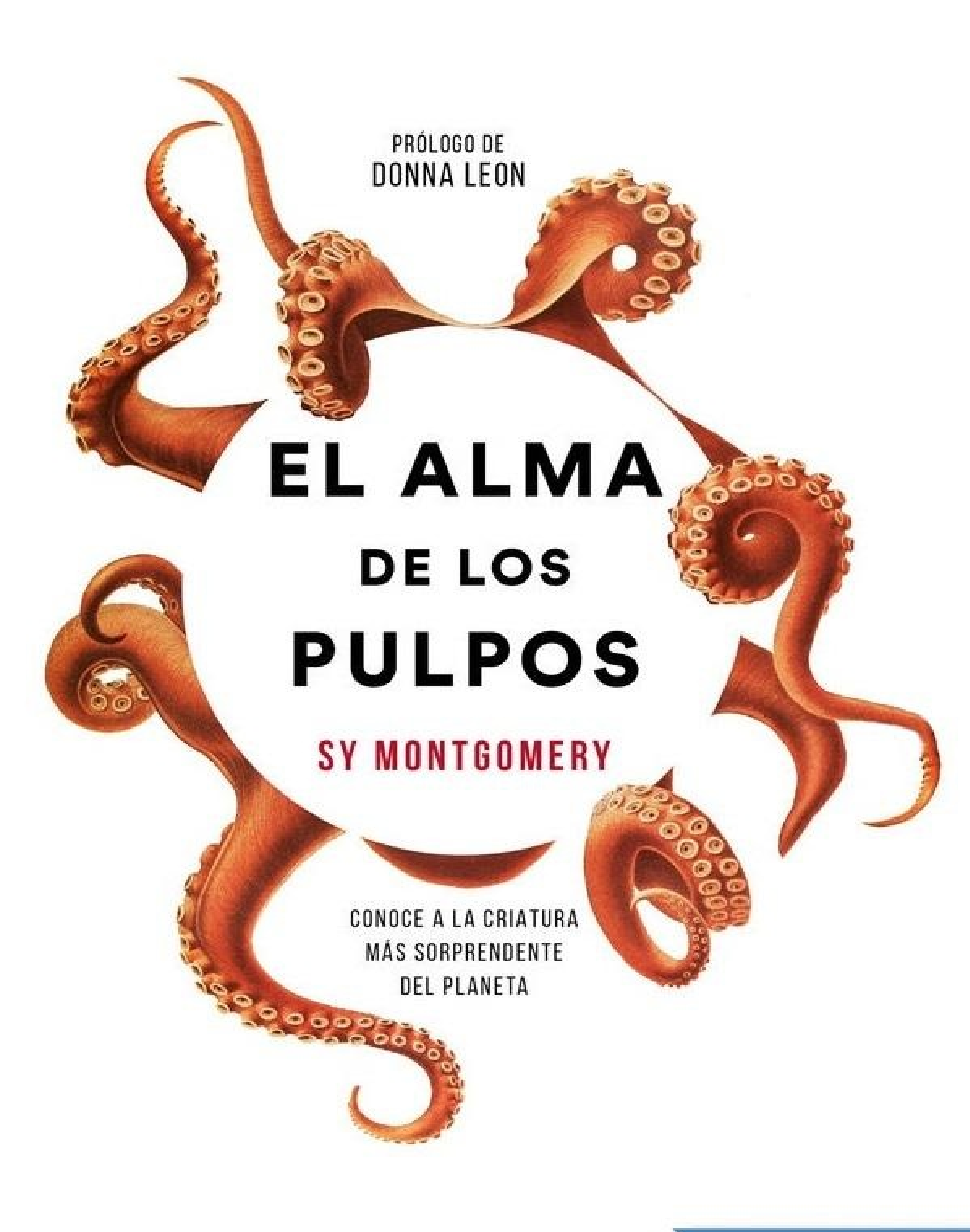

PRÓLOGO DE
DONNA LEON
EL ALMA
DE LOS
PULPOS
SY MONTGOMERY
CONOCE A LA CRIATURA
MÁS SORPRENDENTE
DEL PLANETA

Los pulpos tienen una amplia variedad de personalidades y son inteligentes de muchas formas: son capaces de abrir cajas para sacar la comida; lanzar chorros de agua para jugar con pelotas; y escapar de sus cuidadores usando una red como trampolín para saltar el acuario y correr por el suelo con sus ocho patas. Tienen un pico como los loros, veneno como las serpientes y una lengua cubierta de dientes. ¿Qué saben? ¿Qué tipo de pensamientos tienen? Los científicos han probado la inteligencia de perros, pájaros y chimpancés, y ahora se enfrentan a la inteligencia de los pulpos, viéndoles resolver problemas y descifrando el significado de sus cambios de color.

Montgomery no sólo nos cuenta en este libro cómo nuestro conocimiento acerca de los pulpos está cambiando, sino también una historia de amor: la suya (y por extensión la del lector, sin duda) con los cefalópodos. A ratos divertido y conmovedor, divertido y profundo, *El alma de los pulpos* pone sobre la mesa por primera vez todo lo que los pulpos pueden enseñarnos sobre nosotros mismos.

Sy Montgomery

El alma de los pulpos

Conoce a la criatura más sorprendente del mundo

ePub r1.0

Titivillus 04.05.19

Título original: *The Soul of an Octopus: A Surprising Exploration into the Wonder of Consciousness*
Sy Montgomery, 2015
Traducción: María José Díez
Traducción del prólogo, Íñigo F. Lomana, 2018
Imágenes de inicio de capítulo: Iada - Shutterstock
Canciones del interior: © *Joy to the World*, P 2000 Universal Music Enterprises, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por Three Dog Night; © *Roxanne*, P 2002 A&M Records Inc., interpretada por The Police
Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice

Para Anna.
«El ayer sigue siendo perfecto»

PRÓLOGO

El título de la obra de Sy Montgomery, *El alma de los pulpos*, capta de inmediato la atención del lector. ¿Cómo que el alma de un pulpo? ¡Santo cielo! ¿Es que acaso tiene alma ese gigantesco asesino de seres humanos al que hemos visto tantas veces en las películas de terror? Sin embargo, apenas tenemos tiempo para plantearnos esa pregunta antes de que la autora empiece a exponernos sus argumentos y a relatarnos su primer encuentro con un pulpo llamado Atenea. Cuando Montgomery se inclina sobre el tanque del Acuario de Boston en el que se encuentra ésta para observar a su nueva compañera, el pulpo se eleva hasta la superficie con el fin de saludar a esa otra mujer, rodea el brazo de Montgomery muy delicadamente con sus tentáculos llenos de neuronas, la acaricia y prueba el sabor de su piel, y después se eleva un poco más para mirarle a la cara, como ofreciéndole su amistad. Un trabajador del acuario se acerca a dar de comer a Atenea y ésta empieza a jugar con sus manos, «besando suavemente» su piel. Montgomery tiene la sensación de estar frente a «una entrañable pareja de ancianos que llevan felizmente casados muchos años y se cogen de la mano con ternura». Cuánta dulzura hay en el gesto de Atenea; qué parecidas son estas criaturas a nosotros.

Y justo cuando el lector empieza a maravillarse por lo mucho que se parecen, en efecto, a nosotros, Montgomery nos ofrece una serie de datos: los pulpos gigantes del Pacífico no sólo tienen cerca de mil seiscientas ventosas de unos siete centímetros de diámetro, sino que además pueden levantar con cada una de ellas alrededor de trece kilos. Y lo que es todavía más peculiar, cada uno de los tentáculos —que es donde se encuentran la mayor parte de sus neuronas— parece tener una inteligencia propia: si los cortasen, volverían a crecer. Los pulpos no tienen la cabeza en lo alto de su cuerpo y su boca se encuentra en la axila. Cuentan con tres corazones y el cerebro está enrollado alrededor de su garganta.

¿Queréis saber más? Pues resulta que también disponen de tinta y de veneno, y que con su picadura pueden matar a un ser humano. Ah, y su sangre es de color azul. Así que no, en realidad no se parecen en nada a nosotros.

Sin embargo, estas diferencias son sólo de orden físico, y Montgomery está escribiendo sobre el alma de los pulpos, ¿recordáis? Cuando está con ellos, suele experimentar eso que Emily Dickinson llamaba *arrobamiento de cordialidad*, un sentimiento que al parecer muchos seres humanos desarrollan

hacia los animales que más se nos parecen, ya sea porque son mamíferos, porque son bonitos o porque nos inspiran ternura. Muy bien, pero ¿qué hay de las similitudes en cuanto a inteligencia o sensibilidad? Como nosotros, los pulpos pueden reconocer a determinados individuos, y manifiestan preferencias por algunas personas. Son capaces de aburrirse soberanamente y les encanta explorar objetos y lugares nuevos. Dedican los últimos meses de sus tres años de vida a procrear y después mueren.

No tardaron en acercarse a Montgomery otros trabajadores del acuario para hablarle de sus pulpos favoritos: el «tranquilo» George; la «impaciente» Ginebra; Truman, el «oportunista», y Kali, de quien se decía que era «activa», «curiosa», «accesible» y «sociable». No es habitual que se apliquen este tipo de adjetivos a los animales invertebrados.

Existen pruebas más que suficientes de los poderes asombrosos que tienen los pulpos: de esa fuerza y esas habilidades increíbles que explican por qué son unos depredadores tan temidos y por qué saben zafarse y ocultarse tan bien de sus propios depredadores. Los pulpos pueden cambiar de aspecto para mimetizarse con el entorno y pasar desapercibidos. Se tiene noticia de uno que cambió de color y textura ciento setenta y siete veces en una sola hora. Al observar las infinitas capacidades de estos animales, Montgomery empieza a plantearse algunas de las grandes preguntas sobre la naturaleza de la conciencia y el sentido del yo. Empieza a hablar de la existencia de un «Creador» y de la «belleza y el poder del mar».

Pasa cada vez más tiempo en el acuario en compañía de tres pulpos —Atenea, Octavia y Kali—, y trata de mostrarle al lector lo diferentes que son entre sí. Después, espoleada por su ejemplo, decide aprender a bucear para poder ver a los pulpos en su hábitat natural. Viaja a la costa de México, se zambulle en el mundo de los pulpos y accede a un «estado alterado de la conciencia». Los observa —junto a un montón de peces y criaturas marinas más— y nada entre ellos. Cuando llega el momento de volver a la superficie, se ve obligada a ascender «como un alma moribunda que se niega a abandonar el cuerpo». Da las gracias a los pulpos por haberle permitido alcanzar un conocimiento tan profundo de lo que significa pensar, sentir y aprehender la realidad.

Si la conciencia puede definirse como el sentido del yo o la percepción de nuestra propia singularidad —factores que a menudo se citan como requisitos indispensables para disponer de un alma— entonces, o eso es al menos lo que cree Montgomery y así lo expone, los pulpos tienen conciencia y ésta, a su

vez, presupone la existencia de un alma. ¿Qué trato deberían dispensarles a los pulpos las demás criaturas dotadas de alma?

Montgomery tiene ocasión de conocer también a otros habitantes del acuario. Ahí está, por ejemplo, la estrella girasol anaranjada, miembro de una especie que «carece de ojos, rostro y cerebro». A pesar de ello, le dicen que es un animal inquisitivo y que está siempre dispuesto a robarles los juguetes a los pulpos con los que convive. Esto hace que Montgomery se plantee algunas preguntas: ¿Puede sentir curiosidad un animal sin cerebro? ¿Puede decirse que las estrellas de mar tienen conciencia?

Al cabo de unas cuantas semanas, le permiten que dé de comer al primer pulpo que conoció. Atenea no tiene la menor dificultad para reconocerla y después de comer deja que le acaricie la cabeza y el cuerpo. A Montgomery le fascina la suavidad y la textura del animal. Percibe la alegría que siente Atenea cuando la tocan con suavidad y le dan comida, y se entusiasma al experimentar el vínculo que se ha forjado entre ellas. Apenas una semana después, recibe un correo electrónico en el que le informan de que Atenea ha muerto y, al leerlo, llora.

¡Adiós! Aunque te conocí poco y demasiado tarde,
uno de los míos había empezado ya a considerarte

Es poco probable que Montgomery tuviera en mente esta elegía, compuesta por el poeta inglés John Dryden a la muerte del señor Oldham, otro poeta, cuando escribía sobre las lágrimas que derramó por la muerte de Atenea. Pero, aunque estas dos muertes están separadas por más de trescientos años y por un importante cambio de especie, lo que Montgomery escribe no suena demasiado diferente: «Apenas nos conocíamos, pero me permitió vislumbrar un cerebro que no había visto nunca». Primero tuvimos un «alma», y ahora tenemos una «mente».

Hay algunos pasajes literarios que, por mucho que los leamos y por mucho que nos cueste reconocer que somos unos sentimentales, siempre nos dejan reducidos a las lágrimas. Ahí están, por ejemplo, la muerte de Magwitch en la novela *Grandes esperanzas*, de Dickens, y la de Lily Bart en *La casa de la alegría*, de Edith Wharton. Pues bien, a estos dos pasajes se les une ahora la muerte de Octavia en *El alma de los pulpos*, de Sy Montgomery. Octavia, igual que Magwitch, fue capturada y vivió recluida muy lejos de su hogar. Cuando por fin puso sus huevos, no había ningún macho cerca y esas decenas de miles de embriones no pudieron desarrollarse. Igual que Lily Bart,

Octavia pasó su vida en un entorno completamente artificial y murió después de cumplir con su absurdo deber.

Estas extrañas criaturas han encontrado en Sy Montgomery su Dickens o su Wharton y ella, por su parte, ha encontrado un tema que está a la altura de su considerable talento. Sus vidas no necesitan de la magia transformadora de la ficción. La magia de su existencia —¿o tal vez sería mejor decir de sus almas?— es más que suficiente.

DONNA LEON



CAPÍTULO UNO
Atenea

Descubrir el cerebro de un molusco

Un día de mediados de marzo inusitadamente cálido, cuando en Nuevo Hampshire la nieve empezaba a derretirse y convertirse en barro, fui a Boston, donde la gente paseaba por el puerto o estaba sentada en los bancos con cucuruchos de helado. Yo, sin embargo, cambié el agradable sol por el húmedo y tenue santuario del Acuario de Nueva Inglaterra. Tenía una cita con un pulpo gigante del Pacífico.

No sabía gran cosa de los pulpos, pero lo poco que sabía me intrigaba: es un animal que tiene veneno, como una serpiente, pico, como un loro, y tinta, como una pluma estilográfica. Puede pesar tanto como un hombre y ser tan largo como un coche, y sin embargo es capaz de introducir su ancho e invertebrado cuerpo por una abertura del tamaño de una naranja. Puede cambiar de color y de forma. Puede percibir el sabor de algo con la piel. Y, lo más fascinante de todo: había leído que los pulpos son inteligentes. Esto confirmaba la escasa experiencia que yo ya tenía: al igual que muchas personas que van a ver pulpos en acuarios públicos, a menudo he tenido la sensación de que el pulpo al que estaba observando también me observaba a mí, con un interés tan vivo como el mío.

¿Cómo podía ser? Cuesta encontrar un animal más diferente del ser humano que un pulpo. Su cuerpo no está organizado como el nuestro. El nuestro es cabeza, cuerpo y extremidades; el de ellos, cuerpo, cabeza, extremidades. Tiene la boca en las axilas, o, si se prefiere comparar sus

brazos con nuestras extremidades inferiores, en lugar de con las superiores, entre las piernas. Respiran agua. Tienen los apéndices cubiertos de diestras ventosas prensiles, una estructura que no tiene equivalente en ningún mamífero.

Y los pulpos no sólo se encuentran al otro lado de la gran división que separa a las criaturas vertebradas, como mamíferos, aves, reptiles, anfibios y peces, de todas las demás; dentro de los invertebrados, se clasifican como moluscos, igual que las babosas, los caracoles y las almejas, unos animales que no son lo que se dice famosos por su intelecto. Las almejas ni siquiera tienen cerebro.

Hace más de quinientos millones de años, la familia de la que descienden los pulpos y la de los humanos se separaron. ¿Sería posible, me preguntaba, comunicarse con un cerebro situado al otro lado de aquella división?

Los pulpos constituyen el gran misterio de esos «otros». Son como de otro planeta, y sin embargo su mundo —el océano— cubre la mayor parte de la Tierra (el 70 % de su superficie, más del 90 % de su espacio habitable). Casi todos los animales de este planeta viven en el océano. Y casi todos son invertebrados.

Quería conocer al pulpo. Quería tener contacto con una realidad alternativa. Quería explorar una clase de conciencia distinta, si es que existe tal cosa. ¿Cómo es ser un pulpo? ¿Se parece a ser un humano? ¿Es posible saberlo?

De manera que, cuando el jefe de relaciones públicas del acuario se reunió conmigo en el vestíbulo y se ofreció a presentarme a Atenea, el pulpo, tuve la sensación de ser una visitante privilegiada de otro mundo. Sin embargo, lo que empecé a descubrir ese día fue mi bello planeta azul: un mundo increíblemente ajeno, extraordinario y maravilloso, un lugar en el que por fin, después de medio siglo de vida en este planeta, gran parte de él como naturalista, acabaría sintiéndome como en casa.

El acuarista de Atenea no está, y me llevo una desilusión: el tanque del pulpo no lo puede abrir cualquiera, y hay un buen motivo: un pulpo gigante del Pacífico —el de mayor tamaño de las aproximadamente doscientas cincuenta especies de pulpos del mundo— puede dominar fácilmente a una persona. Una sola de las ventosas de algo más de siete centímetros y medio de un macho de gran tamaño puede levantar unos trece kilos, y un pulpo gigante del Pacífico tiene mil seiscientas ventosas. La mordedura de un pulpo puede

inocular un veneno neurotóxico, así como una saliva que posee la capacidad de deshacer la carne. Y, lo peor de todo, un pulpo puede aprovechar la ocasión para escapar de un tanque abierto, y un pulpo fugado supone un gran problema tanto para el animal como para el acuario.

Por suerte, Scott Dowd me ayudará. Alto y corpulento, de cuarenta y pocos años, con una barba entrecana y unos vivos ojos azules, Scott es el acuarista de la Galería de Agua Dulce, que no está muy lejos de la Galería de Agua Marina Fría, donde vive Atenea. Scott acudió por primera vez al acuario cuando aún llevaba pañales, el día de su apertura, el 20 de junio de 1969, y podríamos decir que no volvió a salir de allí. Conoce personalmente a casi todos los animales del acuario.

Atenea tiene unos dos años y medio y pesa algo menos de veinte kilos —informa Scott mientras levanta la pesada tapa del tanque—. Subo los tres pequeños peldaños de una escalerilla móvil y me asomo para ver. Atenea mide un metro y medio de longitud. Su cabeza —y con «cabeza» me refiero a la cabeza en sí y al manto, o cuerpo, porque ahí es donde nosotros, los mamíferos, esperamos que esté la cabeza de un animal— es del tamaño de una sandía pequeña. «O al menos un melón verde —puntualiza Scott—. Cuando llegó aquí, era como un pomelo». El pulpo gigante del Pacífico es uno de los animales de crecimiento más rápido del planeta. A partir de un huevo tan pequeño como un grano de arroz, en tres años puede llegar a ser más largo y pesado que un hombre adulto.

Cuando Scott abre la tapa, Atenea ya ha salido del rincón más apartado de su tanque de más de dos mil litros de agua para investigarnos. Aferrándose al rincón con dos tentáculos, despliega los demás, con todo el cuerpo rojo debido al nerviosismo, y llega a la superficie. Tiene las blancas ventosas boca arriba, como si fuera una persona lista para dar un apretón de manos.

—¿Puedo tocarla? —pregunto a Scott.

—Claro —contesta. Me quito el reloj y el fular, me subo las mangas de la camisa y meto los dos brazos hasta el codo en el agua, que está tremendamente fría, a 8 ºC.

Retorciéndose y gelatinosos, sus brazos se elevan en el agua, buscando los míos. En un segundo, mis manos y antebrazos se ven cubiertos por decenas de ventosas suaves, curiosas.

Esto no sería del agrado de todo el mundo. Al naturalista y explorador William Beebe le resultaba repulsivo tocar un pulpo. «Siempre me cuesta hacer que mis manos cumplan su cometido y cojan un tentáculo», confesaba. Victor Hugo lo imaginaba como un auténtico horror abocado a un desastre

seguro. «Es una pesadilla horrible. El tigre no puede hacer más que devorarnos; el pulpo, ¡qué horror!, nos aspira», escribió en *Los trabajadores del mar*. «Los músculos de la víctima se hinchan, sus fibras se retuercen, su tegumento estalla bajo una pesadumbre inmunda, la sangre brota y se mezcla de una forma espantosa con la linfa del molusco. La fiera se sobrepone a su presa por mil bocas infames…». El miedo a los pulpos está profundamente arraigado en el cerebro humano. «No hay un animal más salvaje a la hora de causar la muerte del hombre en el agua —escribió Plinio el Viejo en su *Historia natural*, en torno al año 79 d. C.—, ya que forcejea con él enroscándose a su cuerpo y lo engulle con sus ventosas y lo despedaza…».

Sin embargo, la succión de Atenea es delicada, aunque insistente. Me chupa como el beso de un alienígena. Esa cabeza que tiene el tamaño de un melón sube a la superficie, y su ojo izquierdo —los pulpos tienen un ojo dominante, igual que las personas tienen una mano dominante— gira en su cuenca para clavarse en los míos. La pupila, negra, es un guion grueso dentro de un globo perlado. La expresión de su ojo me recuerda a la que se ve en las pinturas de los dioses hindúes: serena, omnisciente, cargada de una sabiduría que va más allá del tiempo.

—Te está observando —apunta Scott.

Sosteniéndole la brillante mirada, alargo instintivamente la mano para tocarle la cabeza. «Elástica como el cuero, sólida como el acero, fría como la noche», escribió Victor Hugo sobre la carne del pulpo; sin embargo, para mi sorpresa, la cabeza es sedosa y blanda como un flan. La piel tiene motas rubíes y plateadas, un cielo nocturno reflejado en ese mar oscuro como el vino. Al acariciarla con la yema de los dedos, la piel se le pone blanca. El blanco es el color de un pulpo relajado, en el caso de las sepias, parientes cercanos de los pulpos, las hembras se vuelven blancas cuando se topan con otra hembra, alguien con quien no sienten la necesidad de pelear y de quien no tienen que huir.

De hecho, es posible que Atenea sepa que soy hembra. Los pulpos hembra, como las mujeres, tienen estrógenos; podía estar detectando e identificando los míos. Los pulpos tienen el sentido del gusto en todo el cuerpo, pero lo tienen más desarrollado en las ventosas. El de Atenea es un abrazo extremadamente íntimo. Me toca y me saborea la piel, y posiblemente los músculos, los huesos y la sangre dentro de mí. Aunque acabamos de conocernos, Atenea ya me conoce como nadie me ha conocido antes.

Y parece sentir la misma curiosidad por mí que yo por ella. Poco a poco pasa de tocarme con las ventosas de menor tamaño, exteriores, que tiene en la

punta de los tentáculos, a hacerlo con las más grandes y fuertes, más cercanas a la cabeza. Ahora me veo inclinada en un ángulo de 90°, doblada como un libro entreabierto, mientras estoy de pie en la escalerilla. Me doy cuenta de lo que está pasando: Atenea está tirando de mí firmemente hacia el tanque.

Me iría con ella encantada, pero por desgracia no encajaría en su mundo. Su guarida se encuentra debajo de un saliente rocoso, y ella puede entrar deslizándose como si fuera agua, pero yo no, constreñida como estoy por huesos y articulaciones. El agua del tanque me llegaría por el pecho, si estuviese de pie, pero tal y como tira de mí, me encontraría boca abajo, iría a parar al agua de cabeza y no tardaría en enfrentarme a las limitaciones de unos pulmones ávidos de aire. Al preguntarle si debería intentar soltarme, Scott nos separa con suavidad, y las ventosas de Atenea hacen ruiditos secos, como pequeños desatascadores, al retirarse de mi piel.

«¡¿Un pulpo?! Pero ¿no son monstruos? —me preguntó alarmada mi amiga Jody Simpson al día siguiente, cuando íbamos dando un paseo con los perros —. ¿No te dio miedo?». La pregunta no reflejaba tanto el desconocimiento del mundo natural como los conocimientos imperantes en la cultura occidental.

El miedo a los pulpos gigantes y a su pariente, el calamar gigante, lleva presente en distintas formas artísticas occidentales desde el siglo XIII, con las leyendas islandesas, hasta el siglo XX, con películas americanas. El enorme *hafgufa*, que «engulle hombres y navíos y ballenas y todo cuanto encuentra a su alcance», de la antigua saga islandesa de Örvar-Oddr, que sin duda se inspira en algún molusco con tentáculos, dio lugar al mito del Kraken. Relatos de marineros franceses sobre pulpos gigantes que atacan su barco frente a las costas de Angola invocaron una de las imágenes del pulpo que más ha perdurado en la memoria moderna, una imagen que los marineros aún se tatúan en los brazos: el icónico dibujo a pluma de 1801 del experto en moluscos Pierre Dénys de Montfort muestra un pulpo gigante que surge del océano, con los tentáculos enroscándose en amplios lazos alrededor de los tres mástiles de una goleta. El malacólogo afirmaba que existían al menos dos especies de pulpos gigantes, una de las cuales, concluía, sin duda era responsable de la desaparición de al menos diez buques de guerra británicos que se desvanecieron misteriosamente una noche de 1782. (Para escarnio público de Montfort, más adelante un superviviente reveló que la realidad era que se habían perdido en un huracán).

En 1830, Alfred Tennyson publicó un soneto sobre un pulpo monstruoso: «pulpos innumerables y desmedidos baten / con brazos gigantescos / la verdosa inmovilidad». Y, claro está, un pulpo fue la estrella antagonista de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, la novela de ciencia ficción que escribió Julio Verne en 1870. Aunque en la película homónima de 1954 el pulpo se convierte en un calamar gigante, John Williamson, el hombre que rodó las secuencias subacuáticas de la primera película, que se estrenó en 1916, dijo esto del villano original de la novela: «Un tiburón devorahombres, una morena enorme con dientes venenosos y una barracuda asesina se antojan inofensivos, inocentes, amistosos e incluso atractivos si se los compara con el pulpo. No hay palabras que puedan describir de manera precisa el inmenso terror que se siente cuando, desde una guarida oscura y misteriosa, lo miran a uno los grandes ojos sin párpados del pulpo… Incluso el alma parece encogerse ante su mirada, y un sudor frío te perla la frente».

Deseosa de defender al pulpo que durante siglos ha ido arrastrando la imagen de una personalidad asesina, respondí a mi amiga: «¿Monstruos? ¡Qué va!». La definición de monstruo que dan los diccionarios siempre menciona las palabras *grande*, *feo* y *espantoso*. Para mí, Atenea era bella y buena como un ángel. Incluso el adjetivo *grande* es discutible en lo tocante a los pulpos. La especie de mayor tamaño, el gigante del Pacífico, no lo es tanto como antaño. Es posible que en su día existiera un pulpo que midiese más de cuarenta y cinco metros de envergadura, pero el de mayor longitud que figura en el *Libro Guinness de los récords* pesaba 136 kilos y medía 9,7 metros de ancho. En 1945, un pulpo mucho más pesado capturado frente a las costas de Santa Bárbara, California, al parecer alcanzó los 182 kilos. Una fotografía del animal, situado junto a un hombre para poder comparar tamaños, apunta a una envergadura de entre seis y siete metros únicamente. Sin embargo, ni siquiera estos gigantes modernos logran estar a la altura de su pariente molusco más cercano, el colosal calamar. Un ejemplar de esta especie, capturado recientemente por un pesquero neozelandés que faenaba frente a las costas de la Antártida, pesaba más de cuatrocientos cincuenta kilos y medía más de nueve metros. En la actualidad, los amantes de los monstruos lamentan que los pulpos de mayor tamaño, al parecer, se capturaran hace más de medio siglo.

Cuando describí la elegancia, la delicadeza y la aparente cordialidad de Atenea, Jody se mostró escéptica. Un cefalópodo enorme y viscoso cubierto de ventosas para ella era un monstruo. «Bueno —concedí, cambiando de enfoque—, ser un monstruo no es necesariamente algo malo».

A mí siempre me han gustado los monstruos. Incluso de pequeña animaba a *Godzilla* y a *King Kong* en lugar de a las personas que intentaban matarlos. A mi modo de ver, el enfado que tenían esos monstruos era de lo más razonable. A nadie le gusta que lo despierte una explosión nuclear, así que no me extrañaba que *Godzilla* estuviera de mal humor; en cuanto a *King Kong*, pocos hombres podrían culparlo de que se sintiera atraído por la guapa Fay Wray. (Aunque sus gritos habrían acabado echando para atrás a cualquiera menos paciente que un gorila).

Si se adoptaba el punto de vista de los monstruos, todo cuanto hacían tenía sentido. El truco estaba en aprender a pensar como un monstruo.

Después de nuestro abrazo, Atenea volvió a su guarida y yo bajé algo insegura los tres peldaños de la escalerilla. Me quedé quieta un momento, casi mareada, y respiré hondo. Lo único que pude decir fue: «Vaya».

«Su forma de ofrecerte la cabeza ha sido algo poco común —comentó Scott—. Me ha sorprendido». Me dijo que los dos últimos pulpos que habían vivido en ese sitio, Truman y, con anterioridad a él, George, sólo ofrecían los brazos a los visitantes, no la cabeza.

El comportamiento de Atenea resultaba especialmente sorprendente dada su personalidad. Truman y George eran pulpos tranquilos, pero Atenea se había ganado el nombre que le habían puesto, el de la diosa griega de la guerra y la estrategia. Era un pulpo especialmente enérgico: muy activo y propenso al nerviosismo, emoción que mostraba haciendo que su piel se volviera desigual y roja.

Los pulpos tienen una personalidad propia, y esto es algo que a menudo se ve reflejado en el nombre que les ponen sus cuidadores. En el Acuario de Seattle había un pulpo gigante del Pacífico que se llamaba Emily Dickinson porque era tan tímida que se pasaba el día escondida al fondo de su tanque; los visitantes casi nunca la veían. La acabaron liberando en el estrecho de Puget, el lugar donde había sido capturada. Había otro que se llamaba Leisure Suit Larry, como la famosa saga de aventuras gráficas: en cuanto un cuidador lograba quitarse de encima uno de los curiosos brazos del cuerpo, aparecían dos más en su lugar. Un tercero se ganó el nombre de Lucretia MacEvil porque siempre ponía el tanque patas arriba.

Los pulpos se dan cuenta de que los seres humanos también tienen su propia personalidad: hay quienes les caen bien y quienes no. Y se comportan de manera distinta con aquéllos a los que conocen y en quienes confían.

Aunque recelaba un tanto de los visitantes, George se mostraba relajado y amistoso con su cuidador, el acuarista Bill Murphy. Antes de ir, yo había visto un vídeo de los dos juntos que el acuario había subido a YouTube en 2007: George estaba suspendido en la parte superior del tanque, palpando con delicadeza a Bill con sus ventosas, mientras el alto y larguirucho acuarista se inclinaba para acariciarlo y rascarlo. «Lo considero un amigo —decía Bill al cámara mientras recorría la cabeza de George con sus dedos—, porque paso mucho tiempo interactuando con él, ocupándome de él, y lo veo a diario. A algunas personas los pulpos les parecen horripilantes y viscosos —añadía—, pero a mí me gustan mucho. En algunas cosas son como los perros. Le acaricio la cabeza y le rasco la frente y le encanta».

Un pulpo no tarda mucho en saber quiénes son sus amigos. En un estudio, Roland Anderson, el biólogo del Acuario de Seattle, expuso a ocho pulpos gigantes del Pacífico a dos seres humanos desconocidos vestidos de manera idéntica, con los uniformes azules del acuario. Uno de ellos alimentaba sistemáticamente a un pulpo en concreto y el otro siempre lo tocaba con un palo puntiagudo. Al cabo de una semana, nada más verlos —mirándolos a través del agua, sin tan siquiera tocarlos o palparlos—, la mayoría de los pulpos se movía hacia el cuidador que les daba de comer y se alejaba del que los molestaba. A veces los pulpos apuntaban con su conducto disparador de agua, el sifón situado cerca del lateral de la cabeza con el que se propulsan por el mar, a la persona que lo había tocado con el palo.

De cuando en cuando, un pulpo le coge manía a una persona en concreto. En el Acuario de Seattle había una bióloga que, cada noche que pasaba a ver cómo estaba un pulpo por lo general amistoso, era recibida con un chorro de agua salada dolorosamente fría disparado a través del conducto. El pulpo le echaba el agua a ella y sólo a ella. Los pulpos en libertad utilizan el sifón no sólo para propulsarse, sino también para rechazar aquello que no les gusta, igual que uno podría utilizar un soplanieves para retirar la nieve de una acera. Posiblemente al pulpo le molestara la linterna que empleaba la bióloga por la noche. Una voluntaria del Acuario de Nueva Inglaterra recibía siempre este mismo trato por parte de Truman, que le lanzaba un gran chorro de agua salada cada vez que la veía. Un tiempo después, la voluntaria dejó de acudir al acuario cuando empezó a ir a la universidad. Meses más tarde, volvió de visita, y Truman —que mientras tanto no había calado a nadie— la empapó de nuevo.

La idea de que los pulpos tengan pensamientos, sentimientos y personalidad inquieta a algunos científicos y filósofos. No hace tanto tiempo

que la mayoría de los investigadores se ha dignado admitir que los chimpancés, tan similares a los seres humanos que hasta podemos compartir transfusiones de sangre, tienen cerebro. La noción que expuso en 1637 el filósofo francés René Descartes de que sólo las personas piensan (y, por tanto, sólo las personas existen en el universo moral: *«Je pense, donc je suis»*) sigue estando tan presente en la ciencia moderna que incluso Jane Goodall, una de las científicas que gozan de mayor reconocimiento en el mundo, se sintió demasiado intimidada para publicar algunas de las observaciones más fascinantes sobre los chimpancés salvajes que llevó a cabo durante veinte años. En los exhaustivos estudios que realizó en la reserva de chimpancés del río Gombe, en Tanzania, Goodall había observado en numerosas ocasiones a chimpancés en libertad que se engañaban mutuamente a propósito, por ejemplo, reprimiendo un grito que indicaba que habían encontrado alimentos para impedir que otros dieran con la fruta. Si tardó tanto tiempo en dar a conocer este hecho fue por temor a que otros científicos la acusaran de antropomorfizar —conceder cualidades humanas— a sus objetos de estudio, un pecado capital en la biología. He hablado con otros investigadores de Gombe que todavía no han publicado algunos de sus descubrimientos de los años setenta por miedo a que sus colegas científicos no los crean.

«Siempre se intenta minimizar las emociones y la inteligencia de otras especies», afirmó Tony LaCasse, jefe de relaciones públicas del Acuario de Nueva Inglaterra, después de que yo conociera a Atenea. «Los prejuicios son especialmente fuertes contra peces e invertebrados», convino Scott. Seguimos la rampa que recorre en espiral el Tanque Gigante del Océano, conocido cariñosamente como GOT,**[*]** la recreación de tres plantas y más de setecientos cincuenta mil litros de un arrecife caribeño que constituye el pilar del acuario. Tiburones, rayas, tortugas y bancos de peces tropicales se deslizaban como si estuviera soñando despierta mientras rompíamos el tabú científico y hablábamos de cerebros que según muchos no existen.

Scott se acordaba de un pulpo cuyos taimados pillajes rivalizaban con los de los chimpancés tramposos de Goodall. «Había un tanque de lenguados especiales a unos cuatro metros y medio del tanque del pulpo», contó. Los peces formaban parte de un estudio, pero, para consternación de los investigadores, los lenguados empezaron a desaparecer, uno a uno. Un día pillaron a la culpable con las manos en la masa. El pulpo se había estado escabullendo del tanque y se había estado comiendo los lenguados. Cuando lo descubrieron, Scott dijo: «Con expresión de culpabilidad, mirando de soslayo, se marchó».

Tony me habló de Bimini, una hembra de tiburón nodriza de gran tamaño que había vivido en el Tanque Gigante del Océano. Un día el tiburón atacó a una de las anguilas morenas moteadas del tanque y se puso a dar vueltas con la cola de su víctima saliéndole por la boca. «Uno de los buzos que conocía bien a Bimini la regañó meneando un dedo y a continuación le dio en el morro», me contó Tony. En respuesta, Bimini regurgitó en el acto la anguila. (Aunque la llevaron a toda prisa al veterinario del acuario para recibir tratamiento de urgencia, por desgracia no pudieron salvarla).

En una ocasión nos sucedió algo parecido con Sally, nuestra border collie. Se topó con un ciervo muerto en el bosque y decidió comérselo. Enfadada, cuando le ordené que lo soltara, me obedeció en el acto, vomitándolo. Siempre me había sentido orgullosa de lo obediente que era, pero ¿un tiburón?

Los tiburones no se comen los peces del tanque porque están bien alimentados. «Pero a veces a se comen a otros animales o les hacen daño por otros motivos aparte del hambre», me informó Scott. Un día, un grupo de palometas —peces alargados, planos y brillantes, cuya aleta dorsal tiene forma de guadaña— estaba armando jaleo cerca de la superficie del Tanque Gigante del Océano. «Hacían mucho ruido y estaban provocando un gran alboroto —relató Tony—. Uno de los tiburones toro subió como un cohete a la superficie para atacar a los peces, mordiéndoles las aletas, pero no llegó a matarlos ni a comérselos. Al parecer, el tiburón sólo estaba enfadado. Fue un mordisco para demostrar su dominio, no de depredador», aclaró Tony.

Para muchas personas, el tema que estábamos tratando es una herejía. Los escépticos tienen razón cuando señalan que resulta fácil malinterpretar a los animales, incluso a los que más se parecen a nosotros. Hace años, cuando visité el centro de investigación de Biruté Galdikas, en Borneo, donde orangutanes que habían vivido en cautividad aprendían a vivir en la jungla, una voluntaria americana nueva, locamente enamorada de los peludos primates anaranjados, se acercó a una hembra adulta para darle un abrazo. La hembra levantó a la voluntaria y la dejó caer con fuerza contra el suelo. La señora no fue consciente de que a aquella orangután no le apetecía que la tocara un desconocido.

Resulta tentador dar por sentado que los animales sienten como sentimos nosotros, sobre todo cuando queremos caerles bien. Un amigo que trabaja con elefantes me habló de una mujer que decía poder comunicarse con los animales y había ido a ver a un elefante agresivo al zoo. Tras mantener su conversación telepática, la comunicadora informó al cuidador: «A ese

elefante le caigo bien. Quiere apoyar la cabeza en mi regazo». Lo más interesante de esa interacción fue la parte que la comunicadora pudo haber entendido: es cierto que a veces los elefantes apoyan la cabeza en el regazo de las personas. Y lo hacen para matarlas: las aplastan con la testuz como uno chafaría una colilla con el zapato.

El filósofo austro-británico de principios del siglo XX Ludwig Wittgenstein escribió las famosas palabras: «Si un león supiera hablar, no lo entenderíamos». En el caso de un pulpo, las posibilidades de malinterpretarlo aumentan considerablemente. Un león es un mamífero, como nosotros; un pulpo es completamente distinto: tiene tres corazones, un cerebro que rodea el esófago y una envoltura de baba en lugar de vello. Incluso su sangre es de un color distinto del nuestro: azul, porque el cobre, no el hierro, es el portador de su oxígeno.

En su clásico *The Outermost House*, el naturalista americano Henry Beston escribe que los animales «no son hermanos ni subordinados», sino seres «dotados de extensiones y sentidos que hemos perdido o que tal vez nunca tuvimos, que viven guiándose por voces que nunca oiremos». Son, continúa, «otras naciones atrapadas con nosotros en la red de la vida y del tiempo, compañeros prisioneros del esplendor y las tribulaciones de la tierra». Para muchas personas, un pulpo no es sólo otra nación, sino un alienígena procedente de una galaxia lejana y amenazadora.

Para mí, sin embargo, Atenea era más que un pulpo. Era una criatura con personalidad —que me caía muy bien— y también, posiblemente, un portal. Me estaba guiando hacia una nueva forma de pensar sobre el pensamiento, de imaginar cómo podían ser otros cerebros. Y me estaba incitando a explorar, como no lo había hecho antes, mi propio planeta: un mundo compuesto principalmente por agua que yo apenas conocía.

Ya en casa, intenté rememorar mi interacción con Atenea. Fue difícil. Había tanto de ella por todas partes… No era capaz de aprehender su cuerpo gelatinoso y sus ocho brazos flotantes, gomosos. No era capaz de aprehender su color, forma o textura, que cambiaban continuamente. Si ahora era de un rojo vivo y desigual, acto seguido era más lisa y con vetas marrones oscuras o blancas. Zonas de distintas partes de su cuerpo cambiaban de color tan deprisa —en menos de un segundo— que cuando quería darme cuenta del último cambio, ella ya había pasado al siguiente. Tomando prestada una frase del cantautor John Denver, colmaba todos mis sentidos.

Libres de articulaciones, sus brazos estaban constantemente explorando, enroscándose, extendiéndose, tocando, desplegándose, en distintas direcciones a la vez. Cada brazo parecía una criatura independiente, con un cerebro propio. De hecho, esto es prácticamente así, en sentido literal. Tres quintas partes de las neuronas de los pulpos no se encuentran en el cerebro, sino en los brazos. Si un pulpo pierde un brazo, este a menudo permanece vivo durante varias horas como si no hubiera pasado nada. Se supone que el brazo cortado podría continuar cazando y quizá incluso atrapando alguna presa, para después pasarla a una boca a la que dicho brazo, por desgracia, ya no estaría unido.

Bastó una de las ventosas de Atenea para captar por completo mi atención, y eso que tenía mil seiscientas. Cada una de ellas se ocupaba de multitud de cosas a la vez: succionar, probar, agarrar, sujetar, tirar, soltar. Cada brazo de un pulpo gigante del Pacífico tiene dos hileras de ventosas, las más pequeñas, situadas en las puntas, las de mayor tamaño (siete centímetros y medio de diámetro en un macho grande, unos cinco centímetros en el caso de Atenea) a alrededor de una tercera parte de la boca. Cada ventosa tiene dos cámaras: la exterior es como una ancha copa de succión, con centenares de finas protuberancias radiales que se extienden hasta el borde. La cámara interior es un pequeño orificio en el centro de la ventosa, responsable de la capacidad de succión. Toda la estructura es flexible para poder adaptarse a la forma de lo que quiera que esté asiendo la ventosa. Cada una de ellas se puede incluso doblar para crear un agarre de pinza, como puede hacer nuestro pulgar con el dedo índice. Cada ventosa es accionada por nervios individuales que el pulpo controla por voluntad propia y de manera independiente, y tiene muchísima fuerza. James Wood, administrador de The Cephalopod Page, la página web de biología que inició su andadura hace ya tiempo, ha calculado que una ventosa de unos seis centímetros puede levantar quince kilos. Si todas las ventosas fueran de ese tamaño, el pulpo tendría una capacidad de succión de un cuarto de tonelada. Otro científico calculó que, para separar a un pulpo común, mucho más pequeño, haría falta una fuerza de un cuarto de tonelada. «Los buceadores —aseguró Wood— deberían tener mucho cuidado».

Atenea succionó mi piel con delicadeza. Como yo no tenía miedo, no me resistí a la fuerza que ejercía. Eso fue una suerte, según supe más adelante, cuando hablé con su cuidador, Bill, por teléfono, para fijar mi siguiente visita.

—A muchas personas les dan pavor —me contó—. Cuando vienen visitantes, siempre tenemos a alguien cerca para echar una mano por si sufren un ataque de pánico. El principal objetivo es mantener a los pulpos dentro del

tanque. No podemos garantizar lo que van a hacer. En el caso de Atenea, me ha llegado a coger con cuatro de sus brazos, y, cuando te los quitas, tienes los otros cuatro encima.

—Creo que todos hemos salido con alguien así —comenté.

Mientras exploraba mis brazos y mis manos, Atenea se empeñaba en mirarme a la cara. Me impresionó que llegara a reconocer un rostro tan distinto del suyo, y me pregunté si le gustaría palparme la cara, además de mirarla. Pregunté a Bill si alguna vez lo permitían.

—No —contestó con rotundidad—, no les dejamos que se acerquen a la cara.

—¿Por qué? ¿Podrían sacarte un ojo?

—Sí —afirmó Bill—, podría sacártelo.

Bill se ha visto enredado en absurdos juegos de tira y afloja con pulpos que agarraban el mango de una escoba.

—El pulpo siempre gana. Tienes que saber lo que haces —aseveró—. No puedes dejar que se te acerque a la cara.

—Me ha dado la impresión de que quería meterme en el tanque —le dije.

—Podría tirar de ti para arrastrarte, sí —repuso—. Lo intentará.

Me moría de ganas de darle otra oportunidad. Quedamos un martes, cuando tanto Bill como su voluntario con más experiencia, Wilson Menashi, estarían presentes. Scott y ahora Bill me dijeron lo mismo de Wilson: «Se le dan de miedo los pulpos».

Wilson era ingeniero e inventor en la empresa Arthur D. Little Corp., con muchas patentes registradas. Uno de sus logros es la comercialización de la circonita cúbica como imitación del diamante. (Era un producto sintético creado por los franceses, pero no sabían qué hacer con él). En el acuario, a Wilson le fue encomendada una importante misión: diseñar juguetes interesantes para mantener ocupados a los inteligentes pulpos. «Si no tienen nada que hacer, se aburren», explicó Bill. Y aburrir a unos pulpos no sólo es cruel, sino peligroso. Yo lo sabía, porque vivir con dos border collies y un cerdo doméstico de trescientos cuarenta kilos me había enseñado que dejar que un animal inteligente se aburra es arriesgarse al desastre. Siempre se les ocurrirá algo creativo que hacer con su tiempo y que uno no quiere que hagan, como descubrió el Acuario de Seattle con Lucretia MacEvil. En Santa Mónica, un pequeño pulpo de dos manchas de California, de tan sólo unos veinte centímetros de longitud, se las arregló para inundar las oficinas del acuario con cientos de litros de agua cuando se puso a hacer experimentos con

una válvula de su tanque, ocasionando daños por valor de miles de dólares al estropear los flamantes suelos ecológicos.

Otro peligro que entraña el aburrimiento es que cabe la posibilidad de que los pulpos intenten ir a otro lugar más interesante. Son como Houdini cuando se trata de escapar del sitio en que se encuentran. L. R. Brightwell, de la Estación de Biología Marina de Plymouth, en el Reino Unido, en una ocasión se tropezó con un pulpo que bajaba por la escalera a las dos y media de la madrugada. Se había escapado de su tanque, en el laboratorio de la estación. En una pequeña embarcación en el canal de la Mancha, un pulpo al que capturaron y dejaron en cubierta se las apañó para bajar la escalerilla y llegar a la cabina. Horas después, lo descubrieron escondido en una tetera. Otro pulpo, que se encontraba en un pequeño acuario privado de las Bermudas, retiró la tapa de su tanque, llegó al suelo, avanzó por un porche e intentó volver a su casa, al mar. El animal recorrió unos treinta metros antes de desplomarse en el césped, donde fue atacado por multitud de hormigas y murió.

Un caso quizá incluso más sorprendente sea el que se dio en junio de 2012, cuando un encargado de seguridad del Acuario de la Bahía de Monterrey, en California, encontró una cáscara de plátano en el suelo, delante de la exhibición Arrecife calcáreo, a las tres de la madrugada. Al fijarse bien, la cáscara resultó ser un pulpo rojo del tamaño de un puño que gozaba de perfecta salud. El encargado de seguridad siguió la viscosa y húmeda estela y devolvió al pulpo al lugar del que había escapado. Sin embargo, lo sorprendente es que el acuario no sabía que tenía a un pulpo rojo viviendo en ese tanque. Al parecer, el pulpo llegó hasta allí haciendo autoestop cuando era pequeño, en una roca o una esponja que incorporaron al arrecife, y creció en el acuario sin que nadie supiera que estaba allí.

Para evitar desastres, el personal de los acuarios diseña a conciencia tapas a prueba de fuga para los tanques de sus pulpos e intenta dar con maneras de mantener ocupados a estos animales. En 2007, el Zoo Cleveland Metroparks publicó un manual destinado al progreso de los pulpos, repleto de ideas para tener entretenidas a estas inteligentes criaturas. Algunos acuarios esconden comida en una cabeza de Mr. Potato y dejan que los pulpos desmonten el juguete. Otros les proporcionan piezas de Lego. El Centro de Ciencias Marinas de Hatfield, de la Universidad Estatal de Oregón, ha diseñado un artilugio que permite que un pulpo cree arte moviendo palancas que liberan pintura sobre un lienzo, que después se subasta para recaudar fondos destinados al mantenimiento del tanque de los pulpos.

En el Acuario de Seattle, a Sammy, el pulpo gigante del Pacífico, le gustaba jugar con una pelota de plástico del tamaño de una de béisbol que se unía enroscando sus dos mitades. A un empleado que introdujo comida en la pelota, le sorprendió comprobar que el pulpo no sólo había abierto la bola, sino que, cuando terminó, la enroscó y la volvió a cerrar. Otro juguete se construyó con los tubos de plástico de los que usan los jerbos domésticos como túneles que utilizan de madriguera. En lugar de tantear el túnel con los brazos, que era lo que esperaban los acuaristas, Sammy prefirió desenroscar las piezas y, cuando terminó, se las pasó a su compañera de tanque, una anémona. La anémona, que, igual que todas las de su especie, carecía de cerebro, sostuvo las piezas con los tentáculos un rato, se las llevó a la boca, y al final las escupió.

Wilson, no obstante, llevaba la delantera. Mucho antes de que se publicase el primer manual destinado al progreso de los pulpos, muchos pulpos atrás, decidió crear un juguete seguro que estuviese a la altura del intelecto de un pulpo.

En su laboratorio de Arthur D. Little Corp., Wilson había diseñado una serie de tres cubos de plexiglás transparente con distintos sistemas de cierre. El más pequeño de los tres tiene un cerrojo que gira para encajarlo hacia abajo, como el cierre de pie del box de un caballo. Se puede introducir un cangrejo vivo —uno de los alimentos preferidos del pulpo— dentro y no cerrar la tapa. El pulpo levantará la tapa. Cuando se cierra, el pulpo siempre dará con la manera de abrirla. Entonces habrá llegado el momento de utilizar el segundo cubo. Éste tiene un cerrojo cuyo pasador se desliza en sentido contrario a las agujas del reloj y encaja en un cáncamo. Se introduce el cangrejo en el primer cubo y se encierra todo dentro del segundo. El pulpo dará con la solución. Por último hay un tercer cubo. Éste tiene dos cierres distintos: un primer cerrojo que hay que deslizar para que pueda bajar y otro con un clip que cierra la tapa de forma parecida a los antiguos tarros de conservas. Bill me dijo que cuando el pulpo «lo pilla», es capaz de abrir los cuatro cierres en tres o cuatro minutos.

Estaba deseando reunirme con Bill y Wilson, ansiosa por escuchar lo que tenían que contarme. Pero, sobre todo, deseaba volver a ver a Atenea para saber cómo se comportaba cuando estaba con personas a las que conocía. Además —me preguntaba—, ¿me reconocería?

Bill se reúne conmigo en el vestíbulo del acuario. Tiene treinta y dos años, mide casi dos metros y es delgado y fuerte, con el pelo castaño corto y una sonrisa que le llena la cara y hace que le salgan arruguitas en los ojos. Bajo la manga derecha de la camiseta verde del acuario asoman unos tentáculos: el tatuaje de una carabela portuguesa —una medusa urticante— con una vela azul celeste. Subimos por la escalera al café del acuario y de ahí enfilamos la escalera reservada para empleados que lleva a Galería de Agua Marina Fría, la que dirige Bill. Está a cargo de quince mil animales, desde invertebrados como Atenea, estrellas de mar y anémonas a langostas gigantes, tortugas en peligro de extinción o la rara y antigua quimera o tiburón fantasma, una especie que habita en las profundidades marinas y tiene unas placas óseas con las que muele los alimentos, en lugar de dientes puntiagudos, un pez cartilaginoso emparentado con los tiburones, de cuya familia se separó hace cuatrocientos millones de años. Bill conoce personalmente a cada una de las criaturas de las que se ocupa; a muchas de ellas porque nacieron (o fueron incubadas o se reprodujeron por gemación) estando a su cuidado; con muchas otras se hizo en expediciones a las glaciales aguas de Maine y del noroeste del Pacífico.

Wilson ya ha llegado. Es mucho más bajito que Bill, elegante y callado, con un bigote oscuro, las entradas propias de un abuelo cuyos nietos casi son adultos y un acento de Europa del Este que no acabo de ubicar. Aunque tiene setenta y ocho años, parece mucho más joven.

Son casi las once de la mañana, la hora de la comida de Atenea. Le espera un plato de capelanes plateados de algo más de diez centímetros, que descansan sobre la tapa de un tanque contiguo. No queremos hacerla esperar.

Los hombres levantan la pesada tapa del tanque y la fijan a un gancho suspendido del techo para mantenerla abierta. Está recubierta de una malla fina y elaborada con precisión para adaptarse a las intrincadas curvas del tanque, una precaución perfeccionada con el paso de numerosos pulpos para impedir que escaparan. Bill me deja con Wilson y se va para atender otros asuntos de su sección. Wilson se sube a la escalerilla móvil y se inclina sobre el tanque.

Atenea sale de su guarida y asciende como el vapor de una cacerola. Va a reunirse con Wilson tan deprisa que me deja atónita: mucho más rápido de lo que acudió a verme a mí la otra vez.

«Me conoce», afirma sencillamente Wilson. Mete las manos en la fría agua para saludarla.

Las blancas ventosas de Atenea se arquean y salen a la superficie para coger las manos y los antebrazos de Wilson. Lo mira con sus ojos plateados y a continuación me sorprende: se pone boca arriba, como un cachorrito que enseñara el vientre. Wilson deposita un pescado en las ventosas centrales de uno de los brazos delanteros. La comida va a parar a su boca como si fuese en una cinta transportadora, pasando de ventosa en ventosa. Tengo ganas de vérsela en la boca, de verle el pico. Pero me llevo un chasco: el pescado desaparece como los peldaños al final de una escalera mecánica. Wilson cuenta que no ha conocido nunca a ningún pulpo que enseñe el pico.

Sólo ahora me percato de que una estrella girasol anaranjada de gran tamaño se está moviendo hacia la mano de Wilson. Con más de veinte brazos, llamados rayos, un nombre apropiado para una estrella, y una envergadura de más de sesenta centímetros, se acerca a nosotros con ayuda de quince mil pies tubulares. Al igual que todas las estrellas de mar, ésta, la más grande de todas las especies, carece de ojos, rostro y cerebro. (Cuando es un embrión, a la estrella de mar empieza a crecerle un cerebro, pero al parecer se lo piensa mejor y, en su lugar, forma una red neuronal alrededor de la boca).

«Éste también quiere un pescado», dice Wilson. (Esta estrella de mar es, en efecto, macho, como se puso de manifiesto el día que liberó su esperma, enturbiando el tanque). Wilson le da un capelán con la misma naturalidad con la que uno le pasaría la mantequilla a un comensal.

¿Cómo es posible que un animal desprovisto de cerebro *quiera* algo, y mucho menos, que comunique sus deseos a otra especie? Es posible que Atenea lo sepa. Puede que, para ella, la estrella de mar sea un individuo bien diferenciado, un vecino cuyas costumbres y rarezas reconoce y prevé. En el Centro de Visitantes del Centro de Ciencias Marinas de Hatfield, cuando el pulpo terminaba de jugar con la cabeza de Mr. Potato, la estrella de mar cogía los ojos y los paseaba entre dos de sus brazos. («Era una monería», me dijo Kristen Simmons, la inventora del mecanismo de pintura para los pulpos). Describió a su estrella de mar como *curiosa*, y me dijo que siempre que le dan un juguete nuevo al pulpo, la estrella de mar «intenta quitárselo, algo que a mí me parece extraordinario». Si un empleado le cogía un juguete, la estrella de mar corría a recuperarlo.

Y yo me pregunto: ¿puede sentir curiosidad un animal sin cerebro? ¿Quiere jugar? ¿O sólo *quiere* juguetes o comida del mismo modo que una planta quiere el sol? ¿Tiene conciencia una estrella de mar? Si es así, ¿qué es la conciencia para una estrella de mar?

Está claro que me he adentrado en un mundo que no puedo juzgar según los criterios que he aprendido en la tierra entre vertebrados. La estrella de mar comienza a deshacer el pescado ante nuestros ojos, el capelán va desapareciendo como a cámara rápida. La estrella de mar puede sacar el estómago por la boca para digerir los alimentos, que suelen ser erizos de mar, caracoles, pepinos de mar y otras estrellas.

Con la estrella de mar saciada, Wilson se vuelve a centrar en Atenea, a la que da el resto del pescado. Le va ofreciendo un pescado tras otro, tres más en total. Deposita cada uno en las ventosas de un brazo distinto. Observo estupefacta cómo el pulpo va pasando los pescados por las ventosas hacia la boca. Parece como si cada pescado tardara mucho en llegar a su destino. ¿Por qué no dobla el brazo sin más y se lleva la comida directamente a la boca? Entonces se me ocurre que quizá sea por la misma razón por la que nosotros lamemos un cucurucho de helado en lugar de engullirlo. Probar algo es placentero, y es placentero porque es útil: así es como sabemos lo que es bueno y podemos comer sin peligro y lo que no. Un pulpo hace eso mismo con sus ventosas.

Cuando Atenea se termina el pescado, juega con delicadeza con las manos y los antebrazos de Wilson. De vez en cuando la punta de un brazo, similar a un zarcillo, se le enrosca hasta el codo, pero casi con indolencia; la mayoría de sus brazos se enrollan ingrávidamente en el agua, las ventosas besando suavemente la piel de Wilson. Conmigo, parecía como si tratara de explorarme con su succión, insistente. Sin embargo, con Wilson está completamente relajada. Al ver cómo se tocan el hombre y el pulpo, me viene a la cabeza la imagen de una entrañable pareja de ancianos que llevan felizmente casados muchos años y se cogen de la mano con ternura.

Meto las manos en el agua con las de Wilson y toco uno de los brazos desocupados de Atenea. Le acaricio despacio algunas ventosas, que se pliegan para adaptarse a la forma de mi piel y adherirse a ella. No sé si me reconoce. Aunque estoy segura de que el sentido del gusto le dice que soy otra persona, da la impresión de que Atenea considera que formo parte de Wilson, igual que podría comportarse alguien con otra persona que le presenta un amigo de confianza. Atenea se adhiere a mi piel despacio, con languidez, como hizo cuando saludó a Wilson. Me inclino para verle los ojos plateados y ella asoma la cabeza a la superficie para mirarme a la cara.

—Tiene párpados, como una persona —informa Wilson. Le pasa la mano por los ojos con delicadeza, haciendo que ella pestañee despacio. No se aparta ni se aleja. Ya no queda pescado: está cerca de la superficie porque disfruta de

la compañía—. Es un pulpo muy dócil —añade, casi como si estuviera soñando—, muy dócil…

¿Se ha vuelto él más dócil o más compasivo al trabajar con pulpos? Wilson se lo piensa.

—No tengo palabras para responder a esa pregunta —contesta. Wilson nació a orillas del mar Caspio, en Irán, cerca de Rusia, y de pequeño, antes de aprender inglés, hablaba árabe, ya que sus padres eran iraquíes. No quiere decir que no contesta porque no domina el inglés. Quiere decir que es algo que no se había parado a pensar—. Siempre me han gustado los bebés y los niños pequeños —asegura—. Los entiendo. Esto es… parecido.

Al igual que con un niño, comunicarse con Atenea exige un grado de franqueza e intuición mayor que el que se suele utilizar en una conversación entre seres humanos adultos con una cultura compartida. Sin embargo, Wilson no equipara a este pulpo adulto fuerte, inteligente, capturado en su medio natural con un niño pequeño, alguien inacabado, incompleto, que todavía no se ha desarrollado del todo. Atenea es, en palabras de Farley Mowat, el gran escritor canadiense fallecido en 2014, «más que humana», un ser que no nos necesita para estar completo. El milagro es que nos permita formar parte de su mundo.

—¿No es para ti un honor? —pregunto a Wilson.

—Sí —replica con rotundidad—. Sí.

Bill, que se une a nosotros cuando termina sus quehaceres, inclina su largo cuerpo sobre el tanque y mete la mano para acariciarle la cabeza a Atenea.

—Es un placer poco común —asegura Bill—. No todo el mundo puede hacer esto.

¿Cuánto tiempo estuvimos con Atenea? No sabría decirlo. Como es natural, nos quitamos el reloj antes de meter los brazos en el agua, y cuando lo hicimos, entramos en lo que denominamos el tiempo del pulpo. Se sabe que el hecho de experimentar sentimientos abrumadores amplía la noción del tiempo en los seres humanos. Lo mismo ocurre con la capacidad de *fluir*, cuando uno está muy concentrado en algo, comprometido o disfrutando de manera plena. La meditación y la oración también alteran la percepción del tiempo.

Pero existe otra forma de alterar nuestra noción del tiempo. Igual que otros animales, somos capaces de imitar el estado emocional de otra persona. En esto intervienen las neuronas espejo, un grupo de células cerebrales que

responden del mismo modo tanto si estamos observando a otro realizar una acción como si somos nosotros mismos quienes la estamos llevando a cabo. Si, por ejemplo, uno se encuentra con una persona tranquila, pausada, es posible que su propia percepción del tiempo empiece a parecerse a la de esa persona. Quizá mientras la acariciábamos en el agua entramos en la percepción del tiempo de Atenea: líquido, resbaladizo y ancestral, fluyendo a un ritmo distinto del de cualquier reloj. Podría quedarme en aquel sitio para siempre, dejando que mis sentidos se inundaran de lo extraña y bella que es Atenea, charlando con mis nuevos amigos.

Salvo porque las manos se nos quedaron heladas: las teníamos tan rojas y entumecidas que no podíamos mover los dedos. Sacarlas del tanque de Atenea fue como romper un encantamiento. De pronto me sentí incómoda hasta más no poder, torpe e incapaz. Incluso después de echarme agua caliente en la enrojecida piel durante casi un minuto, tenía tanto frío que no pude ni sacar el boli del bolso, y mucho menos escribir nada en mi libreta. Era como si me costase volver a la persona, a la escritora, que era antes.

—Ginebra fue mi primer pulpo —nos cuenta Bill—, así que es mi favorita.

Bill, Scott, Wilson y yo hemos ido a comer sushi a un restaurante cercano. Me parece una elección extraña, pero puede que no lo sea; después de todo, hemos estado viendo comer pescado crudo a Atenea. Nadie pide pulpo. Yo me decido por unos *California rolls*.

—A los dos minutos de interaccionar con Ginebra, ya la tenías encima —continua Bill. Pero después se tranquilizaba, se quedaba cerca y exploraba los brazos de Bill con suavidad con sus ventosas.

Ginebra también fue el primer y único pulpo que mordió a Bill. No le inoculó veneno, y la mordedura no le dejó cicatriz. Así y todo, éste admitió que no quería que volviera a pasar. «Fue como si me mordiera un loro», afirmó. Un loro puede ejercer cuarenta y dos kilos de presión por centímetro cuadrado con el pico, así que no era ninguna tontería, pero Bill se encogió de hombros, quitándole importancia. Como para salvar la reputación de Ginebra, añadió: «No fue una gran mordedura».

Sucedió cuando empezaban a relacionarse. Y además, agregó Bill con galantería, fue culpa suya. Le acercó demasiado la mano a la boca. «Ella sintió curiosidad: “¿Te puedo comer?”».

Los chicos me hablan de los demás pulpos que han conocido.

—George era muy bueno —aseguró Bill—, muy tranquilo. Era un pulpo bueno de verdad, nada peleón. Los peleones son aquellos con los que te pasas los primeros diez minutos quitándote sus brazos de encima. No paran de cogerte. George se acercaba, se te subía al brazo, comía y seguía a lo suyo. A veces estábamos una hora juntos. George murió cuando yo estaba de vacaciones.

Los pulpos viven intensamente y mueren jóvenes: los gigantes del Pacífico probablemente sean una de las especies más longevas, y por lo general sólo viven tres o cuatro años. Y cuando llegan al acuario suelen tener por lo menos un año, a veces más.

—No sabía que George moriría pronto —admitió Bill—. Normalmente les cambia el cuerpo, el comportamiento y el color. No se ponen tan rojos, están blanquecinos todo el tiempo. Les falta intensidad. Son menos juguetones. Es como la vejez en las personas. A veces les salen manchas, zonas blancas en la piel que parece que están mudando.

—Debe de ser muy duro —le dije a Bill.

Se encogió de hombros. Después de todo, esto es parte del trabajo. Sin embargo, en mi primera visita, Scott dijo de Bill y sus pulpos: «Son como sus hijos. Cuando uno se muere, sufre su pérdida. Se trata de un animal al que ha querido y cuidado prácticamente todos los días durante años».

El sucesor de George, Truman, llegó mientras Bill estaba fuera. «Desde el principio, fue uno de los pulpos más activos. Truman —observó— era un oportunista».

Los distintos pulpos abordaban de manera distinta la forma de abrir los cubos de Wilson. Todos aprendían bastante deprisa a abrir los cierres. Bill empezaba por la caja más pequeña, que ofrecía al pulpo una vez a la semana durante alrededor de un mes. A los dos meses, probaban con la segunda, que los animales dominaban al cabo de dos o tres semanas. La tercera caja, con sus dos cierres distintos, podía llevarles cinco o seis intentonas. Pero, aunque todos ellos lograban abrir los cierres, a veces un pulpo, dependiendo de su personalidad, empleaba una estrategia distinta.

El tranquilo George siempre abría los cierres metódicamente, pero Ginebra era impulsiva. Un día, el cangrejo vivo que había dentro la puso tan nerviosa que estrujó la segunda caja de mayor tamaño hasta que la rompió. Después, cuando le presentaron los cubos a Truman, dio la impresión de que disfrutaba abriéndolos. Sin embargo, un día, Bill le dio un capricho especial: puso dos cangrejos vivos en la caja más pequeña. Cuando los dos cangrejos empezaron a pelearse, Truman se puso demasiado nervioso como para

molestarse en abrir los cierres: introdujo los dos metros de largo que medía su cuerpo por la grieta de cinco centímetros por quince que había hecho Ginebra. Quienes visitaban su tanque se encontraron al pulpo gigante, con las ventosas aplastadas y hacia fuera, apretujado en el reducido espacio que quedaba entre las paredes de la caja mediana, de docientos treinta centímetros cúbicos, y la que había dentro de ésta, de unos cien centímetros cúbicos. Truman no llegó a abrir la caja pequeña, probablemente no pudiera moverse. Sin embargo, cuando por fin salió del cubo, Bill le dio los dos cangrejos de todas formas.

Los acuaristas han vivido algunos momentos de pánico por el hecho de que los pulpos se lleguen a meter en espacios tan pequeños. George dio a Bill un susto de muerte un día que se escondió debajo de una roca de gran tamaño y Bill no fue capaz encontrarlo ni siquiera después de llevar a cabo una búsqueda larga y desesperada.

—Creí que se había escapado —dijo Bill.

—Siempre se irán a meter en el más mínimo resquicio que vean —convino Wilson.

Hace más de diez años, Scott conoció a un pequeño pulpo caribeño, el *Octopus mercatoris*, que vivía en uno de los tanques más pequeños del acuario, los denominados *joyeros*. Un día, al llegar al trabajo, Scott vio que el tanque se había desbordado y no encontraba al pulpo por ninguna parte. Descubrió que el animal se había escurrido tras la parte posterior de su tanque y estaba apretujado en la tubería de poco más de un centímetro de diámetro por la que recirculaba el agua. ¿Qué podía hacer?

«Me acordé de un programa del National Geographic que había visto de pequeño», contó. En él, unos pescadores griegos sacaban unas ánforas de barro que habían colocado para capturar pulpos. Después de pasarse la noche entera cazando, los pulpos pensaban que habían encontrado en ellas una guarida segura, pero, en lugar de eso, eran izados por unos pescadores que tenían intención de comérselos. Como es lógico, no querían salir de las vasijas, y los pescadores no querían romper los recipientes, así que echaban agua dulce en las ánforas, y los pulpos salían a toda prisa. Eso mismo hizo Scott con el pequeño pulpo, y funcionó.

Empleó el mismo método años después con un pulpo gigante del Pacífico que se estaba portando mal, hace tanto tiempo que Scott no se acuerda de cómo se llamaba el pulpo, pero sí recuerda perfectamente el incidente. Cuando Scott levantó la tapa para dar de comer al animal, el pulpo se le agarró a las manos y los brazos. Cuando se quitaba un brazo, encontraba dos más pegados a él. «El pulpo no quería volver al tanque, y yo no podía

quedarme allí todo el día —contó—. Tenía cosas que hacer». Así que fue a la pila que había frente al tanque, llenó una jarra de agua dulce y la vertió sobre el animal, que reculó en el acto. «Y pensé: he sido más listo que ella», relató. Scott estaba bastante orgulloso de sí mismo.

Sin embargo el pulpo estaba furioso. «Se puso rojo escarlata y sumamente difícil. Fue un momento acalorado. Lo que no vi fue que se estaba inflando», continuó. Cogió un montón de agua y «me disparó un enorme chorro de agua salada a la cara». Mientras estaba allí, chorreando, Scott se dio cuenta de que «el pulpo tenía en la cara la misma expresión que tenía yo cuando pensé que había sido más listo que él».

Unas semanas después, fui a ver a Atenea por tercera vez. No estaban ni Bill ni Wilson, así que fue Scott quien me abrió su tanque. Atenea, que estaba descansando en su guarida habitual, en un rincón bajo un saliente rocoso, subió deprisa a la superficie y se quedó suspendida delante de mí, boca arriba.

Al principio me decepcionó que no me ofreciera la cabeza ni me mirara. ¿Sentía menos curiosidad por mí? ¿Me había estado observando tímidamente, como una mujer tras un velo, asomándose por la membrana que tenía entre los brazos, cuando no me daba cuenta? ¿Confiaba en que sus ventosas le dirían, antes incluso de tocarme, quién era yo? Pero, si me reconocía, ¿por qué no se acercaba a mí igual que antes? ¿Por qué estaba suspendida delante de mí como un paraguas abierto, boca arriba?

Entonces supe lo que quería: me estaba pidiendo comida.

Scott se informó y averiguó que a Atenea, que no necesita alimentarse a diario, no le habían dado de comer en un par de días. Después me concedió el privilegio de darle un capelán. Puse un pescado en una de sus ventosas grandes, y Atenea empezó a transportarlo hacia su boca, pero primero lo cubrió con otros dos brazos, envolviéndolo con muchas más ventosas, como si se chupara los dedos, saboreando la comida.

Cuando terminó de comer, metí más los brazos en el agua, y entonces ella me dejó que la mimase. Mientras le acariciaba la cabeza y el manto, me maravillaron de nuevo su suavidad y su textura: había fruncido la piel en verruguitas y protuberancias. Toqué la membrana que tenía entre los brazos, delicada como la gasa y tan fina que se veían burbujas por debajo, como sucede a veces con algunos bañadores. Pero ese cuerpo, tan diferente al mío, respondía a mi tacto como lo harían un perro, un gato o un niño. Aunque la piel puede cambiar de color y puede percibir sabores, se relaja, igual que la

mía, con una caricia. Y aunque Atenea tiene la boca entre los brazos, y su saliva deshace la carne, es evidente que, como yo, disfruta de una buena comida cuando tiene hambre. Fue como si en ese momento entendiera algo sumamente básico sobre ella. No sé cómo será cambiar de color o lanzar tinta, pero sí sé lo placentero que es recibir una caricia y comer cuando se tiene hambre. Sé lo que es estar contento. Y Atenea estaba contenta.

Y yo también. Mientras volvía en coche a Nuevo Hampshire, mi felicidad se tornó euforia. Ahora que le he dado de comer, pensé, seguro que la próxima vez se acuerda de mí, eso si no se acuerda ya.

Una semana después, fue un duro golpe recibir este correo electrónico de Scott:

«Siento tener que darte malas noticias: parece que Atenea está en las últimas, puede que le queden días, incluso horas». Menos de una hora después me escribió de nuevo para decirme que había muerto.

Para mi sorpresa, rompí a llorar.

¿Por qué me daba tanta pena? No lloro a menudo. De haberse tratado de una persona a la que sólo hubiera visto en tres ocasiones, con la que había pasado, en total, menos de dos horas, me habría entristecido, pero probablemente no me habría echado a llorar. No sabía si yo había significado algo para Atenea, y aunque hubiese sido así, seguro que no era gran cosa. No era, como Wilson y Bill, una amiga especial de Atenea. Sin embargo, ella significaba mucho para mí. Al igual que la Ginebra de Bill, ella había sido mi primer pulpo. Apenas nos conocíamos, pero me permitió vislumbrar un cerebro que no había visto nunca.

Y eso formaba parte de la tragedia: justo había empezado a conocerla. Lloraba la relación que pudo nacer pero se truncó.

«¿Cómo es ser un murciélago?» fue la famosa pregunta que planteó el filósofo norteamericano Thomas Nagel en su ensayo de 1974 sobre la naturaleza subjetiva de la conciencia. Muchos filósofos podrían argüir que ser un murciélago no es *ser* nada, ya que hay quienes opinan que los animales no tienen conciencia. Tener sentido del yo es una parte importante de la conciencia, una que, en opinión de algunos filósofos e investigadores, poseen los seres humanos, pero no los animales. Si los animales tuvieran conciencia, según un libro escrito por un profesor de la Universidad Tufts, los perros desatarían la correa de los postes y los delfines escaparían de las redes atuneras. (Es evidente que el autor no lee la columna periodística de consejos

«Dear Abby». ¿Por qué no dejan las mujeres maltratadas a su marido? ¿Por qué no deja de ir a ver ese matrimonio a esos suegros maleducados y punto?).

Nagel concluía, al igual que Wittgenstein antes que él, que es imposible saber cómo es ser un murciélago. Después de todo, un murciélago ve gran parte de su mundo mediante la ecolocación, un sentido que nosotros no poseemos y nos cuesta imaginar. ¿Estará mucho más lejos de nuestro alcance el cerebro de un pulpo?

Con todo y con eso, me preguntaba: ¿cómo es ser un pulpo?

¿No es esto lo que queremos saber de aquellos que nos importan? ¿Cómo es —nos preguntamos cada vez que nos vemos, comemos juntos y compartimos secretos y silencios, con cada roce y cada mirada— ser tú?

«Va a llegar a Boston una cría de pulpo del noroeste del Pacífico —me escribió Scott días después de que muriese Atenea—. Ven a darle la mano (× 8) cuando puedas».

Al recibir la invitación de Scott, me dispongo a salvar un abismo de quinientos millones de años de evolución: me dispongo a hacerme amiga de un pulpo.



CAPÍTULO DOS
Octavia

Esto no debería estar pasando: probar el dolor, ver sueños

—Hola, bonita —saludé al nuevo pulpo cuando me encaramé a la escalerilla junto a Wilson, inclinándome sobre el tanque.

Aunque ahora no la veía, sabía que era preciosa, porque la había visto instantes antes, desde el lado del público. Estaba impaciente por conocerla. Era mucho más pequeña y delicada que Atenea, con la cabeza del tamaño de una mandarina grande. Tenía toda la piel de un color marrón oscuro y erizada, y estaba pegada con las blancas ventosas a la parte delantera del cristal. Las ventosas más grandes medían unos dos centímetros y medio de diámetro; las más pequeñas, menos que la punta de un lápiz. Sus ojos plateados asomaban tras la protección que les proporcionaban sus brazos.

—¿Cómo se llama? —le pregunté a Bill, que estaba detrás de nosotros, ajustando el filtro de un tanque que albergaba temporalmente a un charrasco gruñón, un pez con los ojos saltones y la cara de un Boston terrier.

—Octavia —me respondió, subiendo la voz para que lo oyera con el alboroto de las bombas y los filtros. El nombre se le había ocurrido a una niña que fue al acuario, y a Bill le pareció bueno.

Octavia venía de la Columbia Británica, donde la habían capturado en su medio natural y la habían enviado al acuario por Federal Express, el importe del envío superó el precio de compra. Estuve esperando con impaciencia varias semanas antes de ir a conocerla, para que tuviera tiempo de adaptarse. Ese día iba conmigo mi amiga Liz Thomas, escritora y antropóloga, que se

siente tan atraída por aquéllos a los que el autor canadiense Farley Mowat llama *los otros* como yo. Cuando era adolescente, en los años cincuenta, vivió con sus padres entre los bosquimanos, en Namibia, sobre los que escribió en su primer éxito de ventas, *The Harmless People*; se pasó las seis décadas siguientes investigando y escribiendo literatura de no ficción sobre leones, elefantes, tigres, ciervos, lobos y perros, así como dos novelas ambientadas en el Paleolítico. Mi amiga también quería tocar a un pulpo.

Wilson intentó atraer a Octavia con comida para que se acercara a nosotras. En el extremo de unas largas pinzas de alimentación, le ofreció un calamar, un pariente del pulpo. Ella ni siquiera alargó un brazo.

—Ven a vernos, pequeñina, bonita. —Suplicar a un invertebrado (para colmo a uno que no tiene orejas) podría parecer una locura, pero no podía evitar hablarle, como lo haría con un perro o una persona. Wilson sacudió el calamar, de forma que sus ocho brazos y los dos tentáculos con los que captura a sus presas flotaban casi como si el animal estuviera vivo, su sabor extendiéndose por el agua. Seguro que Octavia lo percibía con su piel y sus ventosas. Seguro que también lo veía. Pero no quería tener nada que ver con él… ni con nosotros.

—Lo intentaremos más tarde —decidió Wilson—. Puede que cambie de opinión.

Mientras Wilson se ocupaba de sus quehaceres con Bill, Liz y yo fuimos a la pasarela en espiral que rodea el Tanque Gigante del Océano. En los niveles inferiores, chromis azul eléctrico y vistosas damiselas de cola amarilla entraban y salían disparados de corales de fibra de vidrio; pargos de cola amarilla pasaban formando bancos, como grupos de adolescentes en un centro comercial. Más arriba, las rayas volaban con sus alas cartilaginosas, mientras sus parientes los tiburones se desplazaban de forma sinuosa y resuelta, como si estuvieran haciendo recados y tuvieran prisa. Tortugas enormes remaban con sus aletas escamosas. A la preferida de todo el mundo, Myrtle, una tortuga verde marina que pesa unos doscientos cincuenta kilos, se la conoce como la reina del Tanque Gigante del Océano. Myrtle lleva en ese sitio desde que el acuario tenía un año, y domina incluso a los tiburones, a los que birla calamares directamente de la dentuda boca. Generaciones de niños han crecido conociendo a esta tortuga afable y valiente, que se acerca al cristal para mirarte a la cara, a la que le encanta que los buzos le rasquen la espalda (las tortugas tienen terminaciones nerviosas en el caparazón) y que, según se dice, se queda dormida en el regazo de uno de sus acuaristas preferidos, Sherrie Floyd Cutter, mientras él le acaricia la cabeza. Myrtle tiene incluso su

propia página de Facebook, que cualquier día puede llegar a más de un millar de «Me gusta».

Se cree que Myrtle tiene unos ochenta años (de ser así, podría vivir lo suficiente para ver a los niños pequeños de hoy llevando a sus propios hijos al acuario). Sin embargo no hace mucho, pese a su avanzada edad, Myrtle formó parte de un estudio que demostró que los reptiles —incluso los reptiles viejos — pueden aprender trucos nuevos. A Myrtle le presentaron tres pequeñas plataformas: dos de ellas tenían altavoces, y la del centro, una caja con luz. Si se encendía la luz de la caja, ella tenía que tocarla con una aleta. Pero, si la luz se encendía a la vez que se producía un sonido, debía decidir de qué altavoz provenía y tocar la plataforma correspondiente. Esto era más que un truco: era una tarea compleja, porque requería algo más que responder a una petición o una orden: requería que Myrtle tomara una decisión.

«Piensa en la cantidad de cosas que Myrtle ha visto y aprendido en ochenta años», comentó Liz mientras la tortuga pasaba por delante de nosotras. La mayoría de las personas creen que las tortugas son lentas, pero las tortugas verdes pueden nadar a más de treinta kilómetros por hora cuando tienen prisa, y Myrtle iba directa a la parte superior del tanque, donde había aparecido un buzo con comida. «Las coles de Bruselas son las verduras preferidas de Myrtle», informaba el buzo a la multitud. («¡Puaj, coles de Bruselas!», dijo una niña pequeña a su hermano mayor). Pero la comida no es lo único en lo que piensa esta tortuga. «Parecen interesarle de verdad las cosas que hacemos —afirma Sherrie—, incluso cuando no tenemos comida. Casi hasta el punto de meter las narices en todo lo que pasa en el tanque. Siempre que estamos en la plataforma, ella está suspendida sobre nosotros, intentando ver qué hay sobre la plataforma, alrededor de la plataforma, y yo siempre la estoy apartando». Cuando se realizan rodajes de anuncios y películas por la noche en el GOT, el acuario ha de destinar a un buzo expresamente para distraer a Myrtle y que no se meta por medio. Y esta estratagema sólo funciona unos noventa segundos; después, la tortuga se pone a nadar hacia donde está la acción.

Cuando volvimos arriba, a la Galería de Agua Marina Fría, para volver a intentarlo con Octavia, ésta seguía sin mostrar interés. Traté de entender su timidez. ¿Por qué no venía a vernos?

«Cada uno es distinto —nos recordó Wilson—. Tiene una personalidad distinta. Hasta las langostas tienen cada una su personalidad. Cuando llevéis aquí un tiempo, lo veréis».

Ya estaba claro que Octavia era muy distinta de Atenea. Su situación era poco común, explicó Wilson. Atenea había muerto repentina e inesperadamente. Por lo general, los pulpos muestran señales de envejecimiento —les salen manchas blancas, dejan de comer, adelgazan—, y entonces el acuario pide un animal nuevo. La cría crece en la zona técnica, con lo cual ya está acostumbrada a las personas cuando muere el pulpo mayor y el tanque se queda libre. «Los que crecen en el acuario suelen ser simpáticos —informó Wilson—. Son los más juguetones. Son como los perros y los gatitos cuando son cachorros».

Sin embargo, el acuario no tenía tiempo para que creciera un pulpo joven: necesitaban un pulpo de inmediato. «Un acuario sin un pulpo —como escribió el naturalista de la época victoriana Henry Lee, de Brighton, en 1875 — es como un pudin de pasas sin pasas». De manera que Bill pidió a su proveedor un pulpo lo bastante grande como para impresionar al público.

Octavia tenía unos dos años y medio. Como había crecido en libertad (los pulpos gigantes del Pacífico no se crían en cautividad, contó Bill, y se considera que las poblaciones del océano gozan de buena salud), aún no le entusiasmaba la compañía humana.

Wilson probó por última vez. Le ofreció un calamar a Octavia en las pinzas de alimentación y un único brazo subió tímidamente.

«Liz, tócala tú», exclamé, presintiendo que la ocasión de interactuar podía ser fugaz. Mi amiga subió los tres peldaños para situase en la parte superior del tanque y extendió el dedo índice hacia la punta del brazo de Octavia, parecida a un zarcillo. La escena me recordó al techo de la capilla Sixtina, cuando Adán tiende su mano hacia Dios en el cielo.

El encuentro apenas duró un instante. Liz tocó el dorso de la fina y resbaladiza punta del brazo de Octavia, y ésta lo volvió para tocar a Liz con cautela con sus menudas y delicadas ventosas.

Ambas se apartaron en el acto, alarmadas.

A Liz no le asustan los animales, ni ninguna otra cosa, la verdad. El día que nos conocimos, hace casi treinta años, le presenté a uno de nuestros hurones, que en el acto le clavó sus afilados dientes en la mano, haciéndola sangrar.

—Lo siento —me disculpé.

—No pasa nada, de veras —me contestó, y lo decía en serio.

Ha pasado días a solas con lobos en el Ártico y la ha acechado un leopardo salvaje en Uganda. En Namibia, cuando una hiena, un animal que se sabe arranca la nariz de un mordisco a las personas mientras duermen, metió

la cabeza en la tienda de campaña de Liz, lo único que se le ocurrió a mi amiga fue preguntar al carnívoro rompehuesos: «¿Qué quieres?», como si su madre hubiese aparecido en la puerta de su habitación. Sin embargo, Liz dijo que el contacto con Octavia había sido «visceralmente sorprendente». Su respuesta fue atávica: no pudo evitar echarse para atrás.

¿Y qué asustó a Octavia de Liz? No lo sabía a ciencia cierta, claro, pero Liz es de las que se fuman un paquete de tabaco al día. Me pregunté si los exquisitos sentidos Octavia, con diez mil receptores químicos en cada ventosa, percibieron la nicotina en la piel de Liz o incluso en su sangre. Se sabe que la nicotina es un repelente de insectos, y resulta tóxica para muchos otros invertebrados. Puede que el dedo de Liz le supiera a rayos a Octavia. Esperaba que esto no le hiciera pensar que todos sabíamos mal.

En mi segunda visita, agité un calamar muerto a un lado y a otro en el agua fría hasta que la mano derecha se me agarrotó y casi no pude moverla. Me lo pasé a la izquierda hasta que también se me quedó helada. Octavia permaneció en el extremo opuesto del tanque, bien lejos. Ni siquiera alargó un brazo.

Era viernes, y Wilson no estaba. Bajé para ver mejor a Octavia. Estaba erizada y oscura, y casi ni la veía con la tenue luz de su rocosa guarida. Dado que los pulpos gigantes del Pacífico son, como casi todas las especies de pulpos, nocturnos, el tanque no está excesivamente iluminado, y transmite calma y misterio. Sus únicos compañeros de tanque, la estrella girasol, unas cuarenta anémonas rosa y dos estrellas de mar —una estrella murciélago y una *Dermasterias imbricata*—, estaban en sus respectivos sitios. Anclada con sus miles de pies tubulares, la estrella de mar había adoptado la que parecía ser su posición habitual, frente al pulpo. Era un buen sitio para atrapar un pescado si un acuarista abría el tanque. Las estrellas girasol se pueden mover con rapidez para ser estrellas de mar, a casi un metro por minuto si tiene prisa, pero, aunque no tuviera cerebro, daba la impresión de saber que no era tan rápida como un pulpo.

Los tentáculos de las anémonas se mecían en el agua como pétalos de flores con la brisa. De hecho, las anémonas parecen plantas, pero en realidad son animales invertebrados depredadores, como Octavia y las estrellas de mar, si bien están más emparentadas con los corales y las medusas. Se adhieren al sustrato con sus tentáculos viscosos, arponeando a pequeños peces

y gambas con unos órganos denominados *nematocistos* e inyectando a sus víctimas un veneno urticante.

Parece que Octavia comparte su tanque con dos anguilas lobo de aspecto lúgubre y varias especies de grandes peces de roca con espinas en la aleta dorsal, a menudo venenosas, pero en realidad no es así. Por lo general, todos ellos estarían juntos en libertad, en aguas del noroeste del Pacífico, sin embargo aquí el pulpo se encuentra separado de las anguilas y los peces de roca por un panel de cristal para que no se coman. El tanque de las anguilas lobo tiene una iluminación más viva, de modo que uno tiene la sensación de que está mirando a hurtadillas a un pulpo salvaje en su guarida, y desde ahí al océano abierto.

Esperé a que Octavia se moviera: que la punta de un brazo se contrajese, que el ojo que resultaba visible girara para fijarse en los nuestros, que cambiara de color. Permaneció inmóvil, los brazos hacia arriba, la cabeza protegida. Ni siquiera veía la cara interior blanca de las branquias cuando respiraba. Es posible que nos estuviera observando, pero ese ojo de pupila rayada no revelaba nada.

Deseoso de enseñarme algo en movimiento, Scott me llevó a ver el tanque preferido de su galería, la de agua dulce: el de la anguila eléctrica. Está muy orgulloso de ella, y con razón. Aunque una anguila eléctrica no es vistosa, ni mona, ni especialmente bonita («Podrías encontrar cosas más atractivas en tu cuarto de baño», admitió Scott), este tanque es uno de los más populares del acuario, con una magnífica muestra naturalista. Scott ha viajado en numerosas ocasiones al Amazonas, donde cofundó la organización sin ánimo de lucro Project Piaba, una iniciativa que respalda criaderos sostenibles de peces para acuarios. Sabe cómo es el hábitat de las anguilas eléctricas, así que el tanque rebosa de plantas acuáticas vivas, oriundas del Amazonas. A la anguila eléctrica le encanta esconderse entre las hojas, pero esto suponía un problema para el público visitante: «Nunca veían al animal en el tanque», contó. Y se dio cuenta de lo que tenía que hacer: adiestrar a la anguila eléctrica.

Scott sólo tardó unas semanas en enseñar a la anguila un comportamiento completamente antinatural: dejar su cómodo escondite entre la vegetación y salir allí donde los visitantes pudieran verla. Para ello Scott inventó un dispositivo que llamó *esparcelombrices*.

Suspendido sobre el tanque de la anguila hay un ventilador eléctrico giratorio del que, unido a un pequeño mono de juguete, cuelga un embudo de cocina normal y corriente. Periódicamente, los empleados dejan caer por el embudo lombrices vivas, que van a parar despacio al agua a lo largo del arco

que describe el ventilador, delante del público. «La anguila no sabe nunca cuándo caerá el maná del cielo —explicó Scott—, así que ha aprendido a quedarse fuera esperando, por si acaso». La única pega del invento era que en el tanque solía haber dos anguilas eléctricas, y el esparcelombrices hacía que se pelearan. Ahora han desterrado a una de las anguilas a un tanque de gran tamaño situado cerca de la mesa de trabajo de Scott.

El esparcelombrices tiene multitud de usos. A veces Scott lo utiliza para manipular al público. Los días ajetreados, cuando los visitantes se concentran en una zona concreta del acuario, a menudo el personal de la Galería de Agua Dulce consigue que el grupo se disperse gracias a un puñado de lombrices, que atraen en el acto a la gente al tanque de la anguila eléctrica. El tanque tiene otro atractivo: un voltímetro que mide el potencial eléctrico del pez. Una luz, que alimenta la electricidad de la anguila, parpadea en un panel incorporado a la parte superior del tanque para mostrar cuándo el animal está cazando o aturdiendo a su presa, y esto es algo que capta rápidamente la atención de los visitantes.

Esa mañana, Scott y yo teníamos el tanque de la anguila para nosotros. Aunque Scott acababa de echar unas lombrices por el esparcidor, la anguila, de casi un metro de longitud y color pardo rojizo, no se movía. Me pregunté si estaría esperando, vigilante. «Mírale la cara —señaló Scott—. No, esa anguila se está echando un sueñecito». Una lombriz le cayó al lado mismo de la cabeza y el pez ni se movió: estaba dormido como un tronco.

De pronto vimos que el voltímetro se iluminaba.

—¿Qué pasa? —le pregunté a Scott—. Pensaba que la anguila estaba dormida.

—Y lo está —repuso. Entonces nos dimos cuenta de lo que estaba pasando.

La anguila estaba soñando.

Cuando soñamos, los seres humanos vivimos nuestra existencia más solitaria y misteriosa. «Todo hombre despierto habita un mundo común, pero cada uno piensa que habita su propio mundo cuando duerme», escribió Plutarco. Si eso es así, ¿cuánto más inaccesibles serán los sueños de los animales?

Los seres humanos siempre han exaltado los sueños. El poeta lírico griego Píndaro de Tebas apuntaba que el alma se halla más activa cuando sueña que cuando está despierta. Creía que, en los sueños, el alma despierta podía ver el futuro, «una visión de la dicha o el pesar que se aproxima». Así que no es de extrañar que los seres humanos se apresuraran a reservar los sueños para las

personas; durante muchos años los investigadores afirmaron que los sueños eran propiedad de los cerebros superiores. Sin embargo, cualquiera que tenga una mascota y haya oído ladrar a su perro o contraerse nerviosamente a su gato mientras duerme sabe que esto no es cierto. Investigadores del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT) ahora saben no sólo que las ratas sueñan, sino lo que sueñan. Las neuronas del cerebro se activan siguiendo patrones característicos cuando una rata desempeña tareas concretas en un laberinto. Los investigadores vieron repetidas veces esos mismos patrones reproducidos cuando las ratas dormían de manera tan precisa que podían decir con qué parte del laberinto estaba soñando la rata y si el animal corría o caminaba en el sueño. Los sueños de las ratas se desarrollaban en un área del cerebro que, según se sabe, está relacionada con la memoria, lo que respalda más si cabe la noción de que una de las funciones de los sueños es ayudar a un animal a recordar lo que ha aprendido.

Un estudio realizado en 1972 señaló erróneamente que el ornitorrinco, un mamífero primitivo que pone huevos, cuya línea evolutiva se remonta a ochenta millones de años, no experimentaba la fase REM, que es la fase durante la cual sueñan los seres humanos. Sin embargo, esos investigadores buscaban en la parte equivocada del cerebro. En 1998, un nuevo estudio puso de manifiesto que, de hecho, el ornitorrinco pasa por una fase REM más larga —unas catorce horas al día— que cualquier otro mamífero conocido.

Sobre los peces se han realizado muchos menos estudios que sobre los mamíferos, pero se sabe que los peces sueñan. Hasta los nematodos y las moscas de la fruta sueñan. Un estudio de 2012 demostró que si el sueño de la mosca de la fruta se interrumpe en repetidas ocasiones, a la mosca le cuesta volar al día siguiente: igual que a una persona le costaría concentrarse tras pasarse una noche en vela.

En un libro que me gusta tanto que mi marido me lo lee cada Navidad, el poeta más grande de Gales, Dylan Thomas, lleva a sus lectores hasta Milk Wood, una pequeña localidad a orillas de «un mar negroendrino, cuervinegro, lentinegro, columpiador de barcas pesqueras». Es de noche, y todos los personajes del libro duermen; el autor ofrece a sus lectores la posibilidad de adentrarse en la intimidad más atractiva e imposible: «desde donde estáis podréis escuchar sus sueños», promete.

Cuando uno sueña con peces, según la interpretación de Jung, este animal simboliza el conocimiento que surge del misterio íntimo, oceánico de lo inconsciente. Pero aquella mañana de un día cualquiera en una institución pública, mientras las madres empujaban el carrito de sus hijos y los niños se

reían y señalaban con el dedo y chillaban a mi alrededor, no sólo comprendí algo, sino que tuve una revelación: había visto lo que soñaba un pez: que cazaba y atontaba a su presa.

Volvimos con Octavia, y Scott colocó el calamar en el extremo de las largas pinzas para ponerle la comida delante de la cara. Ella cogió el calamar… y las pinzas. Subí deprisa la escalerilla del tanque, golpeándome los dedos de los pies, y metí los dos brazos en el agua. Ella soltó el calamar. Quería las pinzas… y ahora también me quería a mí. Mientras se sujetaba con fuerza al lateral del tanque con cientos de ventosas y sostenía las pinzas con otras tantas, Octavia me agarró el brazo izquierdo con tres de sus brazos y el derecho con otro y empezó a tirar… con fuerza.

Su piel, roja y erizada, revelaba su nerviosismo. La succión era lo bastante intensa como para hacerme sentir que la sangre se me acumulaba en la superficie de la piel. Ese día me iría a casa con chupetones. Intenté acariciarla, pero tenía las manos inmovilizadas. Octavia me mantenía a cierta distancia, pero por lo menos le veía la cabeza. Ahora era del tamaño de un melón cantalupo, y cada tentáculo medía alrededor de un metro de longitud. Había crecido mucho desde mi última visita. El pulpo gigante del Pacífico es uno de los carnívoros más eficientes del planeta a la hora de convertir la comida en masa corporal. Eclosiona de un huevo del tamaño de un grano de arroz y pesa las tres décimas partes de un gramo, pero una cría de pulpo gigante del Pacífico duplica su peso cada ochenta días hasta alcanzar unos veinte kilos aproximadamente, y después duplica el peso cada cuatro meses hasta llegar a la madurez.

Scott tiraba con toda su fuerza —que no era poca— de las pinzas para impedir que Octavia me metiera en el tanque. Me rendí al tira y afloja: no tenía elección. Aunque estoy bastante en forma para mi altura y mi peso (casi un metro con setenta centímetros y unos sesenta kilos), mi edad (cincuenta y tres años) y mi sexo (mujer), carecía de la fuerza suficiente en el tronco para oponer resistencia a los músculos hidrostáticos de Octavia. Los músculos de un pulpo poseen fibras tanto radiales como longitudinales, con lo que se parecen más a nuestra lengua que a nuestros bíceps, pero son lo bastante fuertes para convertir los brazos en barras rígidas o acortar su longitud entre un 50 y un 70 %. Se estima que los músculos del brazo de un pulpo son capaces de resistir una fuerza cien veces superior a su peso. En el caso de Octavia, ésta podía ser de casi dos mil kilos.

Aunque los pulpos por lo general son delicados, ha habido casos de personas que se han ahogado, o han estado a punto de hacerlo, como resultado de la atención que les dispensó el animal. El misionero inglés William Wyatt Gill pasó dos décadas en los mares del Sur, entre pulpos mucho más pequeños que el gigante del Pacífico, pero incluso estas especies son lo bastante fuertes como para arrollar a un hombre joven, fuerte y en forma. «Ningún nativo de la Polinesia pone en duda» que los pulpos son peligrosos, escribió. Gill relata que un hombre que estaba pescando pulpos se habría asfixiado de no ser por su hijo, que lo rescató cuando salió a la superficie con un pulpo cubriéndole la cara.

Existe otro relato, de un tal D. H. Norrie, de Nueva Zelanda, que recorría aguas poco profundas buscando langostas con sus amigos maoríes. De pronto, uno de sus compañeros «empezó a dar gritos tratando de deshacerse de algo que lo sujetaba con fuerza. Fuimos a ayudarlo y descubrimos que se peleaba ¡con un joven pulpo!». El animal medía menos de un metro de longitud, y sin embargo, sin sus amigos, contó Norrie al escritor Frank Lane, el hombre no habría podido escapar y seguro que se habría ahogado.

Octavia sólo estaba empleando una mínima parte de su tremenda fuerza. En comparación con lo que era capaz de hacer, sólo estaba jugueteando. Yo no tenía la sensación de estar siendo atacada. Tenía la sensación de que me estaba estudiando.

Puede que me tuviera agarrada únicamente un minuto, o tal vez fueran cinco, pero, después de lo que me pareció bastante tiempo, Octavia de pronto retrocedió. Nos soltó a mí y a las pinzas a la vez.

—¡Vaya! —exclamé mientras ella se retiraba a su guarida—. Ha sido increíble.

—Estaba tirando con todas mis fuerzas —afirmó Scott—. Tenía miedo de que acabara sujetándote por los tobillos.

¿Qué pasó entre Octavia y yo? ¿En qué estaba pensando? Era evidente que no tenía hambre, ya que de ser así se habría comido el calamar. No parecía temerosa ni enfadada: eso es algo que soy capaz de notar casi siempre en un mamífero o un ave, aunque no estaba segura de poder identificarlo en el caso de un molusco. Sin embargo, Scott y yo estuvimos de acuerdo en que ese encuentro había sido completamente distinto de mis primeros contactos con Atenea, que fueron juguetones. «En este caso podría tratarse de un alarde para demostrar su dominio», aventuró Scott. Quizá quisiera las pinzas y concluyó, razonable, pero erróneamente, que yo se las quería quitar. También se me ocurrió otra cosa: cuando me di en los dedos de los pies al subir deprisa y

corriendo al tanque, la química de mi cuerpo cambió, ya que los neurotransmisores asociados al dolor inundaron mi sistema. Ser capaz de reconocer los neurotransmisores del dolor sería una destreza útil para un pulpo, porque podría saber si su presa estaba herida y, por tanto, si sería especialmente fácil dominarla. Ese mismo día había visto los sueños de un pez y ahora quizá un pulpo acababa de probar mi dolor.

En este reino acuático se me estaba abriendo un abanico de posibilidades que no había imaginado nunca.

Quienes trabajan con pulpos dicen haber visto cosas que, tal y como hemos aprendido que funciona normalmente el mundo, no deberían suceder.

Como por el ejemplo el día que Alexa Warburton se sorprendió persiguiendo a un pulpo del tamaño de un puño que corría por el suelo.

Corría, sí. «Lo perseguías por debajo del tanque, arriba y abajo, como si anduvieses detrás de un gato —dijo—. Fue muy raro».

Alexa cursaba estudios de veterinaria en el recién creado laboratorio de pulpos de Middlebury College, en Vermont. A su juicio, algunos de los pulpos se mostraban poco dispuestos a colaborar de manera expresa y, a veces, de un modo más afectado y enrevesado. Cuando un estudiante intentaba sacar a un animal de su tanque con una red para pasarlo a un cubo y que recorriera un laberinto en forma de *T*, por ejemplo, el pulpo podía esconderse, meterse en un rincón o agarrarse con fuerza a algún objeto y negarse a soltarlo. Algunos permitían que los capturasen, sólo para utilizar la red a modo de trampolín: saltaban de la malla como si fueran acróbatas, se tiraban al suelo y corrían como alma que lleva el diablo.

Alexa describió la experiencia de trabajar con esos pequeños invertebrados como *surrealista*. En el pequeño laboratorio, que se encontraba en lo que antes era el cuarto del conserje, ella y los otros estudiantes trabajaban con dos especies distintas: el pequeño pulpo caribeño *Octopus mercatoris* y el pulpo de dos manchas de California, algo mayor, cuyo manto puede llegar a medir casi veinte centímetros y sus brazos hasta sesenta centímetros. «Tenían una fuerza tremenda —afirmó—. Este animal es tan pequeño que me cabe en la mano, pero es tan fuerte como yo».

El tanque del laboratorio, de mil quinientos litros, tenía una tapa con peso y estaba dividido en compartimentos independientes para cada animal. Sin embargo, los pulpos se escapaban. Se escurrían bajo la tapa y se salían, y a veces morían; se introducían por debajo de los separadores, que los

estudiantes habían afianzado a conciencia, para meterse en el compartimento de otro pulpo y se comían los unos a los otros. O se apareaban, que era igual de letal para los experimentos de los estudiantes: después de aparearse, las hembras ponen huevos, se esconden y se niegan a recorrer laberintos y luego, cuando los huevos eclosionan, ellas mueren; los machos mueren poco después de aparearse.

Más impresionante incluso que la fuerza física de los pulpos era su fuerza de voluntad, la fortaleza de la personalidad de cada espécimen. Se suponía que los estudiantes debían referirse a sus animales por números en sus trabajos de investigación, pero terminaron llamándolos por sus nombres: Corriente en Chorro, Marta, Gertrudis, Enrique, Bob. Algunos eran tan afables, decía Alexa, que «sacaban los brazos del agua igual que un perro salta para saludarte» o como un niño que quiere que lo cojan y lo abracen. A uno llamado Gustavo le gustaba que Alexa lo acariciase y daba la impresión de acurrucarse con las caricias «levantando los hombros, aunque no los tuviera».

Otros eran irascibles. Uno de los pulpos caribeños daba tantos problemas que los estudiantes lo llamaban la Pícara. «Cogerla para llevarla al laberinto nos llevaba siempre veinte minutos», recordaba Alexa. Este pulpo siempre se agarraba a algo y no se soltaba.

Luego estaba Wendy. Alexa la utilizó como parte de su tesis, un acto formal que se grabó en vídeo y para el que Alexa lucía un bonito traje de chaqueta. En cuanto las cámaras empezaron a grabar, Wendy caló a la estudiante con agua salada. Después, el pulpo se fue al fondo del tanque, se escondió en la arena y se negó a salir. Alexa está convencida de que el desastre ocurrió porque el pulpo supo de antemano lo que iba a pasar y decidió impedirlo.

«A Wendy no le apetecía que la cogieran en la red», contó Alexa.

Según los datos que reflejan los experimentos de Alexa, los pulpos de dos manchas de California aprendían deprisa. Sin embargo, Alexa aprendió mucho más de lo que podía publicar una revista especializada. «Son muy curiosos —aseveró—. Quieren saberlo todo de lo que los rodea. ¡Un invertebrado! Este animal que supuestamente no puede ser más simple».

«No los entendemos —continuó—. Tratamos de construir un laberinto que nos enseñe cómo piensa esta criatura, pero ni siquiera los comprendemos lo suficiente como para ponerlos a prueba. Puede que un laberinto no sea la manera adecuada de estudiarlos. Es todo lo que puede decir la ciencia. Sé que

me observaban. Me seguían. Pero demostrar esa inteligencia es muy difícil. No hay nada más peculiar que un pulpo».

Una semana después de que Octavia estuviera a punto de meterme en su tanque, volví al acuario.

Animados por un artículo que escribí para la revista *Orion*, amigos del programa de radio nacional sobre medio ambiente *Living on Earth* decidieron grabar un programa conmigo sobre la inteligencia de los pulpos. Confiaban en interactuar con Octavia, pero yo no sabía qué decirles de lo que podían esperar.

Llegué temprano para charlar con Scott, Wilson y Bill. ¿Qué clase de recibimiento podía dispensar Octavia a mis amigos de la radio? Bill, que había trabajado con cinco pulpos a lo largo de los ocho años que llevaba en el acuario, definió su personalidad así:

—Agresiva y distante.

—Ésta no es juguetona —convino Wilson.

A diferencia de los demás, aseveró, alrededor de la mitad del tiempo durante el que intentaba interactuar con ella, ésta no le hacía el menor caso.

Octavia era distinta de los pulpos que había conocido Wilson en otro aspecto: se camuflaba. Los demás pulpos, que habían llegado cuando eran pequeños, habían vivido en la zona técnica en tanques o barriles en los que no había absolutamente nada: ni escondites, ni rocas, ni arena, ni compañeros. Y, aunque estos pulpos podían cambiar de color —se ponían rojos cuando estaban nerviosos y pálidos o blancos cuando estaban tranquilos, y mostraban tonalidades marrones y blancas y motas cuando no sentían ni una cosa ni la otra—, no se camuflaban para confundirse con su entorno. No había gran cosa con la que confundirse. Wilson se percató de que no se camuflaban ni siquiera cuando los pasaban al tanque de exhibición.

Sin embargo, Octavia sí.

La capacidad de camuflarse que tienen los pulpos y sus parientes no tiene igual en velocidad y diversidad. Les sacan los colores a los camaleones. La mayoría de los animales que tienen la capacidad de camuflarse sólo pueden adoptar un puñado reducido de patrones fijos. Los cefalópodos, en cambio, disponen de entre treinta y cincuenta patrones distintos por individuo. Pueden cambiar de color, dibujo y textura en siete décimas de segundo. En un arrecife de coral del Pacífico, un investigador observó en una ocasión a un pulpo que cambió 177 veces en tan sólo una hora. En la Institución Oceanográfica de

Woods Hole, los cefalópodos a los que ponen en dameros de laboratorio desaparecen literalmente. No se quedan a cuadros, claro está, pero sí pueden crear un dibujo de claros y oscuros que hace que sean invisibles para prácticamente todo el mundo sobre casi cualquier telón de fondo.

Los pulpos y sus parientes tienen lo que Roger Hanlon, investigador de Woods Hole, denomina *piel eléctrica*. Para su paleta de colores, el pulpo utiliza tres capas de tres tipos distintos de células cercanas a la superficie de la piel, todas ellas controladas de maneras distintas. La capa más profunda, que contiene los leucóforos blancos, refleja de forma pasiva la luz del fondo. Al parecer, en este proceso no intervienen músculos ni nervios. La capa intermedia contiene los minúsculos iridóforos, cada uno de los cuales mide cien micrones de diámetro. Éstos también reflejan la luz, incluida la polarizada (que los seres humanos no podemos ver, pero cierto número de depredadores de los pulpos, incluidas las aves, sí). Los iridóforos crean una serie de verdes, azules, dorados y rosas brillantes. Algunos de estos pequeños órganos pueden dar la impresión de ser pasivos, pero parece que a otros iridóforos los controla el sistema nervioso. Están relacionados con el neurotransmisor acetilcolina, el primer neurotransmisor que se identifica en cualquier animal. La acetilcolina interviene en la contracción de los músculos; en los seres humanos también reviste importancia en la memoria, el aprendizaje y la fase REM del sueño. En los pulpos, una mayor cantidad de ella enciende los verdes y azules; una menor cantidad, los rosas y dorados. La capa superior de la piel del pulpo contiene cromatóforos, minúsculos sacos de pigmento amarillo, rojo, marrón y negro, cada uno de ellos en un contenedor elástico que se puede abrir o cerrar para generar más o menos color. Camuflar únicamente los ojos —con una variedad de dibujos entre los que se encuentran una barra, un antifaz de bandido y una estrella— puede implicar nada menos que cinco millones de cromatóforos. Cada cromatóforo se regula por medio de una serie de nervios y músculos, de los cuales el pulpo ejerce un control voluntario.

Para fundirse con su entorno o confundir a depredadores o presas, un pulpo puede generar puntos, rayas y manchas de color en cualquier parte de su cuerpo salvo en las ventosas, el interior del sifón y la cavidad del manto. Puede crear un espectáculo de luz en su piel. Uno de los diversos dibujos móviles que puede crear el animal se denomina *nube pasajera*, porque es como una nube oscura que se desliza por el paisaje, aparentando que el pulpo se mueve, cuando en realidad no es así. Y, naturalmente, el pulpo también puede controlar de manera voluntaria la textura de su piel —subiendo y

bajando unas protuberancias carnosas llamadas *papilas*—, además de cambiar la forma y la postura en general. El pulpo mimo, una especie atlántica que vive en la arena, es especialmente ducho en esto. En un vídeo de internet se puede ver al animal cambiando de postura, color y textura de la piel para convertirse en un pez plano, en varias serpientes marinas a continuación y, por último, en un venenoso pez león: todo ello en cuestión de segundos.

Hoy en día no hay ningún investigador que indique que todo esto sea puramente instintivo. Un pulpo ha de elegir las galas que necesita lucir para la ocasión, transformarse en consecuencia y, a continuación, efectuar un seguimiento de los resultados y, si fuera necesario, transformarse de nuevo. La capacidad de camuflaje de Octavia era superior a la de sus predecesores, porque, al haber vivido más tiempo en el océano, entre depredadores y presas en libertad, la había aprendido.

Ésta es una prueba más de la extraña e invertebrada inteligencia del pulpo. Sin embargo, tenía miedo de que mis amigos del programa radiofónico no lograran vislumbrar ni una mínima parte del brillante cerebro de Octavia y viesen únicamente un cuerpo blando, sin huesos, hecho una bola en su guarida. «Si no quiere venir —me recordó Wilson—, adiós muy buenas».

Por eso me pilló totalmente desprevenida lo que pasó cuando Bill abrió la tapa de su tanque esa tarde. Mientras el presentador, Steve Curwood, su productor y su equipo de sonido se mantenían a un lado, Wilson sacó un capelán del pequeño cubo de plástico con pescados que había dejado en el borde del tanque de Octavia. Roja de nerviosismo, Octavia fue inmediatamente hacia él, y no extendiendo un brazo o dos, sino acudiendo con todo su cuerpo. Acercó la cabeza a la superficie para mirarnos a la cara. Nos miró a los ojos a ambos y aceptó el capelán. Mientras se lo llevaba a la boca, tres de sus brazos salieron del agua, y Octavia cogió la mano libre de Wilson con algunas de sus ventosas de mayor tamaño. Yo metí las manos y los brazos y también me los agarró. Un brazo, dos, un tercero aferrándose a mí. Notaba la succión de las ventosas, pero sus tentáculos no tiraban de mí.

—Steve, ven a conocer a Octavia. —Bill invitó a Steve a que se dejara tocar por ella también—. Súbete las mangas y quítate el reloj —pidió—. Siempre decimos de broma que tienen la mano muy larga, así que probablemente te pudiera birlar un anillo o un reloj sin que te dieses cuenta, pero, además, no debemos llevar nada puntiagudo que pudiera hacerles daño.

Steve hizo lo que le pedía y metió los dedos. Octavia desenroscó un brazo para palparlo.

—¡Uy! —exclamó—. Me está agarrando, mirad…

Wilson le dio otro capelán a Octavia.

—Sí, noto las ventosas —afirmó Steve. Bill le explicó que podía controlar cada una de las ventosas de manera individual—. Vaya —observó Steve—. Sería increíble tocando el piano, ¿os imagináis?

Nos abrumaban las sensaciones: sentir las ventosas de Octavia en nuestra piel, el espectáculo de ver cómo cambiaba sutilmente de color, el desfile de los capelanes hasta llegar a su boca, las espontáneas acrobacias de sus numerosos brazos desarticulados. Seis de nosotros la observábamos y tres teníamos los brazos metidos en el tanque, y sin embargo ninguno se dio cuenta de lo que había sucedido: se las había arreglado para escamotearnos el cubo de pescado delante de nuestras narices. Sujetaba el cubo con firmeza con algunas de sus ventosas más fuertes y grandes mientras utilizaba otros cientos de ventosas para explorarnos a Wilson, a Steve y a mí.

A Octavia no le interesaba el pescado; éste seguía en el cubo y, tal y como sujetaba el recipiente, ni siquiera lo veía. Envolvió el cubo con la membrana de entre los brazos casi igual que un halcón oculta con las alas la presa que ha capturado. Como hiciera con las pinzas que le cogió a Scott la semana anterior, a Octavia le interesaba más el objeto que contenía la comida que la comida en sí.

Al parecer, nosotros seis no éramos lo bastante interesantes como para acaparar su vasta capacidad de atención. Y a diferencia del comensal que envía mensajes y consulta el correo electrónico mientras come y mantiene una conversación en una cena, Octavia no parecía distraída con esta multitarea: era capaz de concentrarse en cada uno de sus numerosos esfuerzos simultáneos. Esto nos dejó tanto más estupefactos, porque era evidente que nos habíamos visto superados por nuestra única tarea, una tarea que, cabría pensar, además era sencilla: observar lo que hacía el animal al que estábamos tocando.

—Pues si un pulpo es así de inteligente, ¿qué otros animales habrá que puedan ser así de listos? —preguntó Steve a Bill—. ¿De ésos que consideramos que no sienten ni tienen personalidad ni recuerdos ni esta clase de cosas?

—Es una pregunta muy buena —contestó Bill—. ¿Quién sabe qué más habrá en el océano?

Para ser un invertebrado, el cerebro del pulpo es enorme. El de Octavia era más o menos del tamaño de una nuez: igual que el del loro gris. Alex, un loro

gris adiestrado por Irene Pepperberg, aprendió a utilizar un centenar de palabras en inglés con sentido; demostró que entendía conceptos de forma, tamaño y material; realizaba operaciones matemáticas y hacía preguntas. También era capaz de engañar deliberadamente a sus adiestradores, además de disculparse cuando lo pillaban.

El tamaño del cerebro, naturalmente, no lo es todo. Al fin y al cabo, todo se puede miniaturizar, como demuestra con claridad la informática. Otro criterio que emplean los científicos para determinar la capacidad cerebral es el recuento de neuronas, el pilar de la capacidad de procesamiento del cerebro. Según este cálculo, una vez más el pulpo es impresionante: un pulpo posee trescientos millones de neuronas; una rata, doscientos millones; una rana, unos dieciséis millones; el gran caracol de estanque, otro molusco, como mucho, once mil.

Un ser humano, por otra parte, tiene cien mil millones de neuronas en el cerebro. Sin embargo, lo cierto es que nuestro cerebro no es comparable al de un pulpo. «A falta de que se presenten los marcianos y se ofrezcan voluntarios a la ciencia —afirma el neurocientífico Cliff Ragsdale, de la Universidad de Chicago—, los cefalópodos son el único ejemplo aparte de los vertebrados de creación de un cerebro complejo, inteligente». Ragsdale está investigando los circuitos neuronales del cerebro de los pulpos, para ver si éste funciona como el nuestro.

El cerebro humano, por ejemplo, está organizado en cuatro lóbulos diferentes, cada uno de los cuales se asocia a funciones distintas. El cerebro de un pulpo, dependiendo de la especie y de cómo se cuenten, tiene nada menos que entre cincuenta y setenta y cinco lóbulos distintos. Y la mayoría de las neuronas de un pulpo ni siquiera se encuentran en el cerebro, sino en los brazos. Puede que se trate de una adaptación a la extraordinaria multitarea que ha de llevar a cabo un pulpo: coordinar todos esos tentáculos, cambiar de color y de forma, aprender, pensar, decidir y recordar, todo ello mientras procesa el torrente de información relativa al gusto y al tacto que le llega de cada centímetro de piel, e interpreta la cacofonía de imágenes visuales que le ofrecen unos ojos muy desarrollados, casi como los de los seres humanos.

Sin embargo, al igual que nuestros ojos, nuestro cerebro y el cerebro del pulpo alcanzaron su complejidad por caminos distintos. El antepasado común de seres humanos y pulpos —una criatura primitiva, con forma de tubo— se halla tan profundamente arraigado en el pasado prehistórico que ni el cerebro ni los ojos se habían desarrollado aún. Con todo, los ojos del pulpo y los nuestros son extraordinariamente parecidos. Ambos tienen un cristalino que

les permite enfocar, córneas transparentes, iris que regulan la luz y retinas en la parte posterior del ojo para transformar la luz en señales neuronales que se puedan procesar en el cerebro. Sin embargo, también hay diferencias. El ojo del pulpo, a diferencia del nuestro, puede ver luz polarizada. Carece de punto ciego. (Nuestro nervio óptico surge de la parte posterior del ojo, en la retina, creando el punto ciego. El nervio óptico del pulpo rodea la parte exterior de la retina). Nuestros ojos tienen visión binocular, miran hacia el frente para ver lo que tenemos delante, que es hacia donde solemos desplazarnos. Los ojos del pulpo, con visión gran angular, generan imágenes panorámicas, y cada ojo puede moverse de manera independiente, como los de un camaleón. Nuestra agudeza visual nos permite traspasar el horizonte, mientras que un pulpo sólo puede ver a unos dos metros y medio de distancia.

Existe otra importante diferencia: los ojos humanos poseen tres pigmentos visuales, que nos permiten ver en color. Los pulpos, en cambio, sólo tienen uno, lo cual hace que estos maestros del camuflaje, que disponen de todo un brillante arcoíris de colores, sean, en un sentido estricto, daltónicos.

Entonces, ¿cómo decide el pulpo qué colores utilizar? Pruebas recientes apuntan a que los cefalópodos podrían ver con la piel. Investigadores de Woods Hole y la Universidad de Washington descubrieron que la piel del pariente cercano del pulpo, la sepia común, contiene secuencias genéticas que por lo común se expresan únicamente en la retina del ojo.

Acceder al cerebro de una criatura tan extraña exige que seamos extraordinariamente flexibles en nuestra forma de pensar. El biólogo marino James Wood sugiere que nuestro orgullo desmesurado nos lo impide. Le gusta imaginar cómo alguien como Octavia podría intentar medir nuestra capacidad cerebral: «¿Cuántos patrones de color puede generar en un segundo un brazo que os han cortado?», plantea que podría preguntarse un pulpo. Basándose en la respuesta a esa pregunta, Octavia podría concluir, y con razón, que los seres humanos somos idiotas: tan bobos que nos pudo quitar un cubo de pescado con todo el descaro del mundo. La idea era humillante, pero también lo era una posible alternativa. A finales del siglo III, el naturalista romano Claudio Eliano decía del pulpo: «Es evidente que la picardía en argucias y toda clase de maldades es lo que caracteriza a esta criatura». Puede que Octavia se diese cuenta de cómo era nuestra inteligencia y disfrutase del cubo tanto más por haber sido más lista que nosotros.

Cada vez que fui a verla después ese otoño y ese invierno, Octavia subía a la parte superior del tanque y se acercaba a saludarme, deseosa de palparme con sus ventosas y mirarme a la cara. A veces yo iba con algún amigo. No sólo me apetecía compartir la experiencia, sino que también quería ver cómo reaccionaba Octavia con otras personas. Conoció a mi amigo Joel Glick, no fumador, que había estudiado a los gorilas de montaña en Ruanda y pronto se iría a estudiar una colonia de macacos importados en Puerto Rico. Octavia aceptó a Joel sin reservas.

Un día de diciembre llevé a una alumna de último año de secundaria, Kelly Rittenhouse, que quería ser escritora. No nos conocíamos, pero Kelly había leído algunos de mis libros y me preguntó si podía observarme en mi trabajo para un proyecto del instituto. De camino a Boston, le comenté a Kelly que me preocupaba un tanto el pelo. Esa misma semana me había hecho la permanente, y tenía miedo de que Octavia pudiera percibir alguna sustancia química que hubiera pasado a mi piel y a mi sangre y no quisiera interactuar conmigo.

Sin embargo, Octavia fue directa a mí e inmovilizó deprisa mis dos brazos con sus ventosas. Scott no paraba de quitármelos de la piel. Al cabo de unos minutos, cuando pareció calmarse, invitamos a Kelly a que la tocara. Octavia empezó a palpar tímidamente a Kelly con las ventosas de un brazo y entonces…

¡Bang! De pronto tenía chorreando las mangas de la camisa, que me había remangado, y la parte de arriba de los pantalones, y al mirar a Kelly, vi que le goteaba el flequillo castaño oscuro, las gafas y la nariz. Octavia le había lanzado un chorro a la cara.

Kelly estaba empapada; la sudadera, calada. Y aunque el chorro hizo que nos congeláramos al recorrer las tres manzanas que nos separaban de mi coche, Kelly no podía dejar de sonreír. Más tarde me escribió un correo para decirme que el día había sido «una auténtica pasada».

¿Por qué caló Octavia a Kelly? Es de sobra sabido que los pulpos utilizan el sifón para rechazar lo que no les gusta. Lanzan chorros de agua a residuos de comida que tienen delante de la guarida, y también para expresar insatisfacción. Un pulpo común que formó parte de un experimento de aprendizaje llevado a cabo en los años cincuenta despreciaba de tal modo la palanca que se suponía que debía accionar para obtener comida que, cada vez que el investigador se la presentaba, el pulpo lo empapaba. (Acabó quitando

la odiada palanca de la pared del tanque). Pero también lanzan agua por otro motivo: para jugar.

Tuve el primer indicio de que esto era así después de escribir sobre la voluntaria del Acuario de Nueva Inglaterra a la que Truman calaba constantemente. Cuando la chica leyó el artículo, se puso en contacto conmigo para decirme que le había gustado el artículo, pero que quería que supiese que ella no le caía mal a Truman. Eran amigos. Para ella tenían tanto valor los recuerdos del tiempo que había pasado con Truman que era importante que yo lo supiera.

Quizá, pensé, el pulpo la mojaba con la misma intención con la que los niños les tiran de la coleta a las niñas o los críos se salpican en la piscina. Puede que el pulpo sólo estuviese divirtiéndose.

Luego conocí a Jennifer Mather y Roland Anderson.

Jennifer, psicóloga en la Universidad de Lethbridge, Canadá, es una de las principales investigadoras del mundo de la inteligencia de los pulpos, al igual que Roland, biólogo en el Acuario de Seattle. Tanto juntos como por separado han investigado científicamente el cerebro de los pulpos, analizando la resolución de problemas y la personalidad, incluso desarrollando un test de personalidad, que se sirve de 19 comportamientos distintos, característicos, para clasificar a los pulpos de tímidos a atrevidos.

Roland realizó uno de los descubrimientos más importantes del equipo un día que estaba llevando a cabo un experimento sobre las preferencias de los pulpos. A ocho pulpos que ocupaban tanques independientes de 1 × 0,5 × 0,5 metros en la zona técnica del Acuario de Seattle se les presentaron frascos de comprimidos vacíos de Extra Strength Tylenol. (Roland descubrió que los pulpos pueden abrir los tapones a prueba de niños, una hazaña que escapa al entendimiento de numerosos investigadores). «Unos botes estaban pintados de blanco y otros, de negro; en algunos habían espolvoreado con arena la pintura epoxi, para ver si preferían los colores claros o los oscuros, lo suave o lo áspero —me contó Roland, un hombre elegante y delgado, con un cuidado bigote cano—. En los frascos había piedras, así que apenas flotaban. Dábamos de comer a los animales un día y los poníamos a prueba el siguiente. ¿Cuánto tiempo retenía el animal los distintos colores y texturas? Observé lo que hacían».

Algunos cogían el frasco, lo exploraban y lo desechaban. Otros lo agarraban con una o dos ventosas y lo sostenían a distancia, como si lo examinaran con recelo. Pero dos de ellos hicieron algo muy distinto: le lanzaron sendos chorros de agua, pero de un modo que Roland no había visto

antes. «No era un chorro fuerte, enérgico —como el que emplearían para mojar a un investigador que los molestase, contó Roland—, sino uno cuidadosamente modulado, que hacía que el frasco diera vueltas y vueltas por el tanque. ¡Una hembra lo repitió dieciséis veces!». A la decimoctava vez, Roland ya estaba llamando a Jennifer para darle la noticia: «¡Está haciendo botar la pelota!».

Después, un segundo pulpo del estudio utilizó el chorro de forma similar, sólo que lanzaba el frasco de un lado a otro por la superficie del agua, en lugar de alrededor del tanque. Ambos se servían del embudo —un órgano que en principio servía para la respiración y la locomoción— para jugar.

El estudio se publicó en el *Journal of Comparative Psychology*. «Reúne todos criterios del comportamiento del juego —me dijo Roland—. Sólo los animales inteligentes juegan —recalcó—, aves como cuervos y loros, primates como monos y chimpancés, perros y seres humanos».

Quizá fuera eso lo que hacía Octavia con Kelly; quizá fuera eso lo que hacía Truman con la joven voluntaria a la que siempre mojaba. En una ocasión, en Hawái, Jennifer vio a un pulpo azul del Pacífico lanzar un chorro de agua a una mariposa que revoloteaba encima; la mariposa, asustada, se alejó. Tal vez al pulpo le irritase la sombra que proyectaba la mariposa, o puede que, como a los niños que les gusta correr para asustar a las palomas que se pavonean en una plaza y ver cómo salen volando, el pulpo lo hiciera sólo para divertirse.

Quedé con Jennifer y Roland en el simposio y taller sobre pulpos del Acuario de Seattle, al que decidimos asistir Bill y yo. El simposio —que tuvo tanto éxito que, antes de que terminara, los organizadores ya estaban pensando en el segundo— fue una revelación. En una gran sala de reuniones de una planta alta del Acuario de Seattle, sesenta y cinco amantes de los pulpos, desde investigadores que gozaban del respeto internacional hasta lugareños aficionados, procedentes de al menos cinco países, se dieron cita para asistir a diez presentaciones de expertos en su animal preferido. «¿Cuántos de ustedes tienen pulpos?», preguntó Jennifer a los asistentes en su discurso de apertura, el primero después de la presentación de Roland. Se levantaron unas cincuenta manos. «Y ¿tienen personalidad?». La contundente respuesta llegó como si se tratase de un voto unánime en un pleno municipal: «Sí».

La primera noche en Seattle, Bill y yo cenamos con Jennifer, un cerebro gris de cabello plateado y mejillas sonrosadas, gruesas gafas de profesora y

sonrisa fácil. A nosotros se unieron otros expertos: David Scheel, profesor e investigador de la Universidad Alaska Pacific; Gary Galbreath, biólogo evolutivo de la Universidad del Noroeste, y Rebecca Toussaint, alumna de David. Rebecca anunciaría un increíble descubrimiento al día siguiente: un examen genético demuestra que en las aguas de Alaska existen por lo menos dos especies distintas de pulpo gigante del Pacífico, y quizá en otras partes también. Es posible que el pulpo gigante del Pacífico, como señalaría Jennifer, sea el arquetipo de pulpo, el pulpo primigenio, el pulpo por antonomasia, el pulpo que conoce cualquier niño que haya ido a un acuario público. Sin embargo, hay dos especies distintas, algo que demuestra descaradamente lo poco que sabe la ciencia de estos animales carismáticos pero misteriosos.

A los expertos en pulpos les gusta hablar con la mayor naturalidad del mundo de algunas cosas espantosas que uno se encuentra en el océano. Jennifer nos habló de un hidroide transparente, urticante con el que se topó en la isla de Bonaire: «Ni se ve ni se puede predecir dónde va a estar», dijo. Rebecca recordó la vez que un coral de fuego le rozó el codo durante una inmersión: «Al principio no me dolía —aseguró—, pero cuando salí del agua, creí que me moría».

También nos hablaron de Paul, el pulpo del acuario Sea Life de Oberhausen, en Alemania, que predijo, y no se equivocó, el resultado de siete partidos seguidos de fútbol de la Copa Mundial de la FIFA de 2010. Antes de un partido, a Paul le presentaban dos cajas, en cada una de las cuales había un mejillón. En las cajas se veían las banderas que representaban a las dos naciones cuyos equipos se enfrentarían en el próximo partido. ¿Cómo efectuaba Paul su elección? Y ¿cómo lo hizo tan bien? Sopesamos las distintas posibilidades, incluidas la de que el pulpo se sintiese atraído por la estética de una bandera más que por la de la otra y la de que de verdad supiera qué equipo iba a ganar.

Esa noche, Jennifer y David también hablaron de la posibilidad de realizar una expedición sobre el terreno para investigar las preferencias de alimento y la personalidad del pulpo azul del Pacífico. Quizá pudiera ir con ellos, me dijeron.

Después del simposio sobre pulpos, cuando volví a ver a Octavia, se aferró a mí, suave pero firmemente, durante una hora y quince minutos. Le acaricié la cabeza, los brazos, las membranas, ensimismada con su presencia. Ella

parecía prestarme la misma atención que yo a ella. Estaba claro que ambas queríamos la compañía de la otra, igual que los amigos humanos se alegran de verse. Con cada caricia y cada succión, era como si recalcáramos, casi como si fuese un mantra: «¡Eres tú! ¡Eres tú! ¡Eres tú!». Bill y Scott me acabaron pidiendo que parara para que pudiesen cerrar la tapa y pudiéramos ir a comer. Aunque tenía las manos heladas, no me quería ir, sobre todo teniendo en cuenta que pronto me embarcaría en la gira de presentación de uno de mis libros y estaría dos meses sin ver a Octavia.

Y, aunque viajo mucho y a menudo, esta vez se me hizo muy difícil. No sólo echaba de menos mi casa, como de costumbre, sino que además estaba lejos del pulpo.

Cuando volví, escribí un correo a Bill para que me dijera cuándo podía ir a verla. Bill me respondió afectuosamente, pero con una noticia alarmante:

«Octavia está caprichosa porque se hace mayor, así que espero que salga a saludar…».

¿Se hacía mayor? Sentí vértigo. ¿Era posible que su vida acabara pronto y tan repentinamente como la de Atenea?

Jennifer me lo había advertido: «Si un pulpo vive una vida larga, envejece. Soy reacia a utilizar la palabra demencia, porque se aplica a los seres humanos y se relaciona con la enfermedad mental, y no es normal ni natural ni inevitable para todas las personas que alcanzan la vejez. Sin embargo, el envejecimiento es algo que se produce en todos los pulpos que viven muchos años».

Alexa fue testigo de este deterioro en los pulpos de Middlebury cuando envejecían. «Nadan dando vueltas por el tanque, con los ojos desorbitados —contó—. No te miran a los ojos ni atacan a sus presas». En el laboratorio, un pulpo senil se salió del tanque, se metió en una grieta de la pared y allí se secó y murió.

Cuando el envejecimiento hace mella en las especies de mayor tamaño, como el pulpo gigante del Pacífico, los resultados pueden ser más dramáticos incluso. Un día que trabajaba de buzo para los Pacific Undersea Gardens, en Victoria, Columbia Británica, James Cosgrove fue atacado por un macho enorme… para deleite del público. En este acuario flotante, los visitantes descienden algo más de tres metros por debajo del nivel del mar y los buzos acercan animales interesantes a las ventanas para enseñárselos. El buzo inspeccionó una entrada similar a una cueva próxima a la escalerilla de acceso y en su interior descubrió lo que creyó que eran dos pulpos, pero, cuando los brazos se deslizaron por delante de su máscara, dejando ver unas ventosas

enormes, se dio cuenta de que lo que había encontrado era un pulpo ingente, que a continuación lo agarró. «Lo único que pude hacer fue sujetar con las dos manos el regulador [la pieza que permite que el submarinista respire por la boca] mientras el pulpo me llevaba a rastras, como si fuera un saco de patatas —escribió en *Super Suckers*—. En un momento dado vi que el pulpo llegaba desde las ventanas hasta la pantalla exterior, entre las que mediaba una distancia de más de seis metros». Unas semanas después, el pulpo murió. Pesaba setenta kilos. Cosgrove concluyó que el pulpo se había vuelto loco.

Ni Scott ni Bill se acordaban de ningún pulpo del acuario que hubiera envejecido y se hubiese vuelto agresivo. Por lo general, sólo se volvían insensibles y ausentes, que era lo que le estaba pasando ahora a Octavia, me dijo Bill cuando al día siguiente se reunió conmigo en el vestíbulo del acuario. «Hace tres semanas su comportamiento cambió —contó—. Por lo general, como ya sabes, está en el rincón superior del tanque. Ahora está en el fondo o en la ventana, donde hay más luz. Come, pero coge la comida y se la lleva a su rincón. A veces ni siquiera se acerca. Se limita a extender un brazo. Por las mañanas está muy blanca. Siempre ha sido un pulpo extraordinariamente rojo, pero ahora ha perdido color. Está pálida».

Seguro que esto hacía sufrir a Bill. «Al final resultó ser un pulpo muy simpático e interactivo», comentó, como si ya llorara su pérdida. Poco antes de que se hiciera patente su envejecimiento, unos agentes federales fueron a entregar a una arawana plateada —un pez alargado, grueso, que parece una cinta plateada y se encuentra en acuarios de toda Asia porque se considera que trae buena suerte— que había sido importada ilegalmente y habían confiscado. Scott invitó a los agentes a interactuar con Octavia para darles las gracias. Octavia mostró especial interés en uno de los agentes y lo recorrió con todos sus brazos. Luego empezó a tirar de él. «Entonces vi la cara del agente —observó Scott—, casi de pánico». A Scott se le ocurrió algo: «La mayoría de estos agentes llevan un arma en el costado». Quizá Octavia quisiera cogerle el arma, tal vez sintiera curiosidad por ese objeto nuevo.

—Vaya —dijo el agente—, eso sí que es sed de conocimiento.

—¿Tiene puesto el seguro? —le preguntó Scott, mientras se apresuraba a librar al agente de los brazos de Octavia—. Nadie quiere leer una noticia así —añadió—: «Agente herido de bala en un pie por un pulpo».

Poco después, Octavia pareció perder el interés por interactuar. Aunque tenía muchas ganas de verla, temía ser testigo de su deterioro. Naturalmente había visto a personas a las que quería en una situación similar: un amigo, primero cazador y después naturalista, sufrió un derrame cerebral y decía

incoherencias, sin darse cuenta de que nadie lo entendía mientras llevaba su parte de la conversación de manera animada. Curiosamente, una vez que mi marido y yo fuimos a verlo al hospital, de pronto pronunció una frase que ambos entendimos. Dijo: «El ciervo (un macho) se me cayó cuando escapaba». Lorna, la madre de mi amiga Liz, bailarina devenida en antropóloga, vivió hasta casi cumplir ciento cuatro años; dos años después de que Harvard publicara su primer libro, a los ciento dos años, empezó a olvidar el nombre de las personas. Olvidó el mío poco después de cumplir ciento tres, pero recordaba perfectamente que era alguien importante para ella y me saludaba con afecto genuino. Había visto esto mismo en nuestra primera border collie, cuando tenía dieciséis años. Nos despertaba a mi marido y a mí en plena noche, llorando y asustada, como si no recordase dónde estaba o quiénes éramos. Me tumbaba en el suelo con ella, la acariciaba y le daba besos hasta que la luz volvía a sus intensos ojos marrones, como si su alma hubiese regresado de un viaje.

En todos estos casos, una parte del cerebro de estos individuos había desaparecido. ¿Habían desaparecido ellos también? ¿Quiénes eran ahora? Y ¿qué experimenta un pulpo que envejece, como Octavia, en esta fase de la vida de su multifacético cerebro?

«Confío en que ponga huevos —me confesó Bill cuando íbamos camino del tanque de Octavia—. Es una señal de que podría vivir seis meses más». Aunque su capacidad mental fuese menor, queríamos que Octavia siguiera con nosotros, lo mismo que deseaba yo de mis amigos y de nuestro perro, incluso después de que diera la impresión de que una parte de su alma se estaba desvaneciendo. «Y después de que veamos a Octavia, tengo una sorpresa», agregó Bill, para animarnos.

Bill abrió el tanque y le ofreció a Octavia una gamba con las largas pinzas. Ella alargó un brazo, con las ventosas hacia arriba… y después otro, seguidos del resto del cuerpo. Vi que estaba más pálida que de costumbre. Metí las manos para acariciarle algunas de las ventosas de mayor tamaño y se aferró a mí con ellas, pero sin fuerzas. Después Bill le dio un capelán. La estrella de mar se inclinó al sentir la comida. Le ofrecí a Octavia mis brazos y me palpó con cuatro de los suyos mientras se llevaba el capelán a la boca. Bill me señaló una medialuna de casi dos centímetros de carne blanca, irregular entre la membrana de los brazos segundo y tercero: no era únicamente blancuzca, parecía necrosada. En lugar de esa piel de pulpo hidratada, sana, cuyo medio era el agua, parecía un pañuelo de papel empapado que había

acabado en ese sitio por error y se estaba deshaciendo. Daba la sensación de que Octavia se estaba desintegrando, dejando este mundo pedazo a pedazo.

Levanté la cabeza y vi que Wilson venía por el mojado pasillo de la Galería de Agua Marina Fría. Me alegré mucho, ya que no lo veía desde diciembre —hacía cinco meses—, y ese periodo de tiempo había sido muy duro tanto para el propio Wilson como para Scott.

En diciembre, Scott había perdido a uno de sus animales preferidos, una arawana a la que había criado desde pequeña y conocía desde hacía años, y una de sus anguilas eléctricas había montado un buen lío. En la zona técnica, cuando la trasladaron a un tanque temporal para limpiar el suyo, el gran pez saltó a un tanque contiguo y electrocutó a la amada arawana de Scott y a otro valioso animal: un pez pulmonado australiano. Ese mismo mes, Wilson se sometió a una importante operación en la espalda.

Entretanto, mientras Wilson se recuperaba de la intervención, su mujer, una estupenda trabajadora social que suele hacer gala de una magistral ironía, contrajo una enfermedad neurológica que le estaba afectando a los músculos y al cerebro, un trastorno que los médicos no eran capaces de entender ni de detener.

Wilson sólo había ido al acuario dos veces desde diciembre. Ese día de mayo se desplazó desde Lexington, Massachusetts, donde vive, expresamente para ir a verme. Me dedicó una sonrisa enorme y me dio un abrazo.

Creí que la presencia de Wilson era la sorpresa que Bill me tenía reservada, pero no era así.

—Y dime —me comentó Wilson—, ¿ya has visto al nuevo pulpo?



CAPÍTULO TRES
Kali

La hermandad de los peces

Los pulpos son famosos por aparecer en sitios sorprendentes. Un pulpo gigante del Pacífico decidió residir temporalmente en un mono de trabajo en una embarcación naufragada (y le dio un susto de muerte a un submarinista cuando el mono se elevó delante de sus narices, retorciéndose). Los pulpos han aparecido en caracolas grandes y en minúsculos instrumentos de medición oceanográfica utilizados por investigadores. A los pulpos rojos les gusta especialmente refugiarse en achaparrados botellines de cerveza ambarina.

Sin embargo, jamás esperé encontrar al nuevo pulpo de Bill en un barril de encurtidos en el aljibe.

Cuando iba a ver a Octavia, pasé por delante mismo de ese tanque, por lo general lleno únicamente de agua marina en recirculación, sin reparar en el barril. La tapa de rosca del contenedor, de algo más de doscientos litros, estaba provista de una fina malla, y en las paredes habían practicado cientos de orificios de menos de un centímetro, por los que podía fluir libremente el agua del aljibe.

Éste es el único contenedor del acuario que Bill consideró lo bastante a prueba de pulpos para introducir a un pulpo gigante del Pacífico tan pequeño: la cabeza y el manto juntos son del tamaño de un pomelo.

Al fijarme en el agua del aljibe, veo los oscuros extremos de los brazos del nuevo pulpo, finos como piezas de instrumental dental, asomando por los

orificios del barril. Puede sacar los brazos casi como si fueran pasta de dientes. Por tres agujeros ya se ven unos quince centímetros de brazos. Por eso los orificios miden menos de un centímetro. «Dos centímetros —asegura Wilson, que los ha practicado— y estaría fuera».

Bill no determinó cuál era su sexo hasta hace dos días. Se sabe mirando la punta del tercer brazo derecho: si el brazo tiene ventosas hasta la punta, el animal es hembra; en caso contrario, ese apéndice es el brazo hectocotilizado, y el animal es macho. La razón de que se tarde un tiempo en averiguarlo es que los pulpos no siempre te permiten examinar ese brazo, sobre todo los machos. Tienden a mantener la punta —la lígula— recogida y protegida, y por un buen motivo: es el órgano especializado con el que se depositan los espermatóforos en la hembra. (Sin embargo, el macho no los introduce entre las *piernas*, o brazos, de la hembra, porque ahí es donde está el pico. Los introduce en la cavidad del manto o, como explicó Aristóteles: «Tiene una suerte de pene en uno de sus tentáculos…, que introduce en el orificio nasal de una hembra»).

En un primer momento, Bill admitió que estaba un tanto desilusionado con el sexo del nuevo pulpo. Confiaba en que fuese macho. «Las hembras pueden ser peleonas —aclara—. Los machos son de trato más fácil», y además resulta más sencillo ponerles nombre, asegura: «Frank, Stewy, Steve, para un pulpo macho cualquier nombre tiene gracia. El de las hembras supone un mayor desafío». El de Ginebra se le ocurrió después de ver la película *El rey Arturo*.

Pero esta pequeña hembra ya se ha ganado a Bill: se hallaba en libertad hacía una semana, y sin embargo, cuando él desenrosca la tapa y levanta la malla, ella ya está en la superficie, mirándonos a los tres con curiosidad con sus ojos claros, de pupila rectangular.

—¡Qué cosa más mona! —exclamo.

—Es preciosa —conviene Wilson.

—Nos cae bien —añade Bill, con una sonrisa que le acentúa las patas de gallo.

En comparación con Octavia y Atenea, este pulpo es una miniatura exquisita. Es la mitad de tamaño que Octavia cuando llegó. Aunque resulta imposible determinar la edad de un pulpo (el ritmo de crecimiento depende de numerosas variables, incluida la temperatura del agua), Bill calcula que podría tener menos de nueve meses. Sus brazos no llegar a medir medio metro. Tiene un tamaño que quizá a mi cerebro le resulte comprensible.

Al principio es de un intenso, vivo color chocolate, a excepción de una mancha más clara en la cabeza. Mientras nos mira, cambia a un marrón más claro, moteado de beis. Ahora unas franjas claras le bajan desde los ojos hacia donde estaría la nariz, si la tuviera, como las manchas en forma de lágrima de un guepardo.

Los motivos por los que un pulpo cambia de color son numerosos. Naturalmente, puede hacerlo para imitar su entorno o fundirse con él y volverse invisible; también puede cambiar de color para parecerse a algo distinto de un pulpo (presumiblemente algo menos sabroso o más amenazador). Pero es evidente que otros cambios reflejan el humor. Nadie ha averiguado qué significan todos los cambios de color, pero algunos sí son conocidos: un pulpo gigante del Pacífico que se pone rojo suele estar nervioso; si se pone blanco, es que está relajado. Un pulpo al que se presenta un rompecabezas difícil por primera vez a menudo sufre varios cambios de color rápidos, como una persona que frunce el ceño, se muerde el labio y arruga la frente cuando trata de resolver un problema. Un pulpo nervioso pone especial cuidado en disimular la cabeza, y sobre todo los ojos, y puede crear diversos puntos, barras y garabatos para confundir a un predador. El pequeño pulpo de anillos azules de Australia, cuyo veneno es mortal, deja ver en todo su cuerpo docenas de los llamativos anillos azules que le dan su nombre cuando se siente amenazado. Otro despliegue es el de la barra del ojo, en el que un pulpo dibuja una gruesa y oscura raya en la parte exterior del ojo desde ambos extremos de cada pupila rectangular, enmascarando así la redondez propia de un ojo. En los estudios realizados por Jennifer y Roland, que demuestran que los pulpos reconocen a los seres humanos, los investigadores descubrieron que después de tan sólo un puñado de pruebas, cuando se encontraban con alguno de los miembros del personal que siempre los tocaba con un palo puntiagudo, los pulpos mostraban la barra del ojo en cuanto veían aparecer a dicha persona. Cuando se les acercaban los que siempre les daban de comer, por el contrario, no lo hacían.

Sin embargo, el punto blanco en la cabeza del nuevo pulpo permanece incluso cuando recupera un color marrón más oscuro y uniforme. Bill confirma que no la ha visto nunca sin esa marca. ¡Por fin! ¡Un rasgo que siempre está presente en un pulpo!

El punto recuerda a Bill al *bindi*, el elemento con el que las mujeres se decoran la frente en la India, de manera que la llama Kali, como la diosa hindú de la creación y la destrucción, de piel negra y numerosos brazos. Al igual que los pulpos, los dioses hindúes siempre están cambiando de forma.

Cuando Kali adopta la forma de Prakriti, o Madre Naturaleza, baila sobre la Conciencia —representada como el cuerpo caído de su esposo, Shiva— con desenfreno. En otras representaciones, luce un collar de calaveras. Kali es un nombre estupendo para esta pequeña extrovertida, con sus asombrosos poderes y su potencial capacidad de destrucción.

Wilson y yo le ofrecemos un dedo cada uno; luego, una mano. Ella nos agarra con suavidad con algunas de las ventosas de sus dos brazos delanteros.

—Va a ser simpática —augura Wilson.

—Sí —coincide Bill—, va a ser un buen pulpo.

Kali llegó justo a tiempo. En mi afán de conocer mejor a los pulpos, me había estado planteando hacerme con uno.

Tras visitar foros sobre cefalópodos como <tonmo.com> *(The Octopus News Magazine Online)* y navegar por la red, estaba fascinada con los vídeos que subían entusiastas dueños de pulpos. Algunos ejemplares eran increíblemente interactivos. Una persona subió un vídeo de un pulpo de dos manchas de California que saltaba sobre los brazos posteriores, arriba y abajo por el arenoso fondo del tanque, moviendo con brío los brazos delanteros en la parte frontal del acuario, como si fuera un estudiante diligente que intenta a toda costa que el profesor le pregunte. Su dueño escribía que el pulpo solía hacer eso para que jugara con él. También leí sobre un pulpo que desarrolló otra forma para decirle a su dueño que quería que le hiciese caso. Si la persona estaba fuera de la habitación, el pulpo quitaba el imán del interior del acuario que, con otro imán situado en la parte exterior, mantenía en su sitio un limpiacristales. El imán de fuera caía ruidosamente al suelo, llamando así a la persona, igual que uno llamaría a un mayordomo haciendo sonar una campanilla.

Nancy King descubrió que Ollie, su pulpo de dos manchas, no siempre veía adónde iban a parar los cangrejos vivos que le daba de comer, así que decidió ayudarla utilizando el dedo índice para señalarle por la parte de fuera del acuario dónde se escondía su presa. Ollie no tardó en averiguar el significado de ese dedo. (Se trata de una destreza muy especializada. Los perros —pero no sus antepasados directos, los lobos— se encuentran entre el puñado escaso de especies aparte del ser humano que son capaces de comprender este gesto). «De este modo —escribía encantada—, Ollie y Nancy cazaban cangrejos juntos».

Muchos propietarios de acuarios aseguran que tienen la impresión de que sus pulpos disfrutan viendo la televisión con ellos. Les gustan sobre todo los deportes y los dibujos animados, con mucho movimiento y color. En su acreditado *Cephalopods: Octopuses and Cuttlefishes for the Home Aquarium*, King y su coautor, Colin Dunlop, incluso sugieren colocar el acuario en la habitación en la que se encuentre el televisor, para que dueño y pulpo puedan disfrutar juntos de los programas.

Pero a mi marido no le entusiasmaba la idea de meter un pulpo en casa. En los casi treinta años que llevamos casados, ha conseguido (hasta el momento) impedir que meta en casa serpientes, iguanas y tarántulas, así como que me quedara con un gavilán de cola roja para practicar la cetrería. Sin embargo, no logró evitar que un desfile de loros que la gente no quería fuera a vivir con nosotros, y en una ocasión me compró una cría de cacatúa ninfa, a la que los dos adorábamos. También adoptamos al gato de nuestro casero, rescatamos dos border collies y criamos pollitos: en el despacho de casa, donde se me subían a la cabeza y dormían en mi sudadera. Hasta llevamos a casa al cerdito enfermo más pequeño de una camada (que vivió catorce años y llegó a pesar casi trescientos cincuenta kilos). Mi marido ha querido y quiere a todos estos animales, pero a menudo pongo a prueba su paciencia cuando desaparezco en alguna selva durante semanas o meses para documentar un libro y él se queda con unos animales que, invariablemente, deciden elegir ese momento para escapar, intentar matarse entre sí, destrozar sus jaulas, revolcarse por ahí o vomitar en la cama. Y ahora, ¿un pulpo?

Cuando saqué el tema, me dijo: «Dime que esto es una pesadilla».

Gastos aparte —y el acuario, la comida y el pulpo en sí serían miles de dólares—, estaban los problemas de logística. Incluso para una especie pequeña como el pulpo del Caribe, me haría falta un acuario con capacidad para casi cuatrocientos litros de agua, que pesaría por lo menos cuatrocientos cincuenta kilos, tanto como un alce. Y, al igual que el alce, su peso podía hacer que se desplomase el suelo de nuestra granja, que tenía siglo y medio. Además, las casas antiguas como la nuestra no suelen tener suficientes tomas de corriente, y un buen acuario de agua salada necesita varias para que funcione su complejo ecosistema: tres clases de filtros, un aireador y un calentador para mantener el agua a la temperatura que necesitan esos pequeños pulpos tropicales, por lo general entre 25 y 27 ºC.

En nuestra zona, el suministro de electricidad a menudo falla. Los apagones son frecuentes y pueden durar desde unos pocos minutos hasta varios días (en diciembre de 2008, después de una tormenta de hielo,

estuvimos sin luz una semana), y sólo un periodo relativamente corto sin filtrado y calefacción puede echar a perder un acuario y a sus ocupantes, sobre todo si el pulpo se asusta y expulsa tinta, que puede envenenar el agua y al propio pulpo.

Además estaba el problema del agua y la alimentación adecuadas para un pulpo. El agua de mar natural contiene más de setenta elementos disueltos en ella. La composición química del agua ha de ser exactamente la idónea para un pulpo. Cualquier traza de cobre, por ejemplo, lo mataría. Y si un pulpo adulto come comida muerta, congelada, uno muy joven —que es el que yo querría, ya que el promedio de vida de las especies de menor tamaño es más breve incluso que el de un pulpo gigante del Pacífico— necesita comida viva. Puesto que el océano más cercano se encuentra a dos horas y media en coche de nuestra casa, tendría que criar las presas del pulpo, anfípodos y misidáceos, en otro acuario independiente.

Por último, si yo tenía que salir de viaje (y ya tenía previsto un viaje de investigación a Namibia ese verano), mi marido acabaría siendo el responsable del delicado pulpo, y era una responsabilidad no exenta de riesgo. De hecho, en cuanto salí rumbo a Namibia, su horario de trabajo se vio comprometido por la lucha de nuestra border collie, tras sufrir una operación en la cola, para derrotar al cono de la vergüenza y quitarse los puntos a mordiscos.

Al final decidí que, por increíble que pudiera ser tener un pulpo en casa, sería demasiado arriesgado tanto para el pulpo como para mi matrimonio. Además, pese al largo trayecto en coche, me encantaba ir al acuario. Allí, además, contaba con la ventaja de estar rodeada de expertos: personas cuyas observaciones me enriquecerían e informarían, personas a las que ahora echaba de menos cada vez más entre visita y visita. Mi plan, cuando volviese de Namibia, era ir más a menudo a Boston para observar con regularidad el crecimiento y el desarrollo de Kali. Wilson accedió generosamente a coordinar su agenda con la mía. Una semana después de que regresara de África, inauguramos lo que acabamos llamando nuestros *maravillosos miércoles*, y dedicamos este día de cada semana a la observación de los pulpos. Esto me proporcionó una formación más vasta y profunda de lo que podría haber imaginado y afianzó mi relación no sólo con Kali, sino con las personas que acabaron queriéndola tanto como yo, unas personas que cada vez serían más importantes en mi vida.

La siguiente vez que voy a ver a Kali, un grupito de empleados y voluntarios se ha congregado en el aljibe como si se reuniera alrededor de la cafetera de la oficina. Salvo que, en lugar de tomar una bebida caliente, meten las manos en la helada agua salada como si tal cosa para darle la mano a un pulpo.

Cuesta imaginar que Kali no saque los brazos por los orificios con la esperanza de hacer exactamente esto. En tan sólo dos semanas ha crecido y se ha vuelto más fuerte y más curiosa.

«Se aburre —afirma Wilson mientras desenrosca la tapa del barril. Ya nos está esperando arriba—. O mejor dicho, se aburría —corrige mientras el pulpo sube para tocarle el brazo—. Ya no».

Ofrecemos a Kali nuestras manos y brazos, y ella se agarra impaciente con sus ventosas. Casi se nota el interés que tiene en la fuerza con que succiona, como si nos estuviese leyendo ávidamente mediante un sistema braille para pulpos. Y además de probarnos, nos quiere ver. Mientras sus brazos se enroscan en los nuestros, sube la cabeza y saca los ojos del agua para mirarnos.

La raya de la pupila siempre permanece en horizontal, con independencia de la posición que adopte ella, gracias a los receptores del equilibrio, llamados estatocistos. Estas estructuras en forma de saco contienen vellos sensoriales y pequeñas partículas calcáreas que se desplazan en el estatocisto por acción del movimiento y la gravedad. Sin embargo esa pupila siempre horizontal puede cambiar radicalmente de grosor. Bajo la viva luz, cabría pensar que sus pupilas son pequeñas, pero ahora están muy dilatadas, como las de una persona cuando está nerviosa o enamorada.

Wilson le da un pez, pero ella no se lo lleva a la boca. Esto es algo que me resulta asombroso en un animal joven que crece deprisa: por lo visto, sus ganas de comer se ven superadas por sus ganas de interactuar. Kali quiere encaramarse por nuestros brazos. Las relucientes y musculosas puntas de sus tentáculos se me enrollan en el antebrazo y el codo y tocan el algodón de la manga de la camiseta. Le retiramos con delicadeza las ventosas y la instamos a volver al agua, pero ella se aferra a nosotros de nuevo.

Al cabo de unos minutos, Wilson pone fin a la interacción: no quiere estimularla en exceso. «Todavía es pequeña —arguye—. Vamos a dejar que descanse».

Bill, que se ha estado ocupando de los gusanos plumero (cuyo nombre les viene dado por el bonito penacho de tentáculos estriados que tienen en la cabeza), nos cuenta que, no hace mucho, Kali entretuvo a visitantes internacionales. El acuario recibió a varios miembros del personal del Acuario

de Pekín, que se quedaron estupefactos al poder tocar un pulpo, y más estupefactos si cabe al ver lo afable que era Kali. «Creían que los pulpos eran muy peligrosos», añadió Bill.

Se ha dado cuenta de que las criaturas marinas en general despiertan un miedo irracional en numerosas personas. Es cierto que muchas de las criaturas de las que cuida Bill son venenosas o tienen dientes puntiagudos o espinas ponzoñosas. Sin embargo, nos dice, todas las cicatrices de sus largos brazos —y son muchas— son de tubos, cristales y herramientas. «Es más probable que me haga sangre un destornillador que cualquiera de mis animales —admite entre risas—. Es verdad que los pulpos pueden morder. Y es verdad que pueden hacer daño. Pero el miedo que les tiene la gente es desproporcionado».

En los cuarenta años de historia del Acuario de Nueva Inglaterra, hasta no hace mucho nadie se atrevía a interactuar con los pulpos. Wilson me dice: «Hace quince años, nadie se acercaba a los pulpos».

El Acuario de Boston fue uno de los primeros del país en ofrecer escenarios naturalistas para sus animales. Fue un cambio visionario, que hizo no sólo que sus exhibiciones resultasen más educativas para el público, sino también que fuesen mucho más interesantes para los animales que las habitaban. A excepción de focas y leones marinos (y, cómo no, de la gran tortuga verde, Myrtle, que no soportaba que no le hiciesen caso), la política de reflejar la naturaleza parecía imposibilitar en gran medida la interacción humana con los peces, reptiles e invertebrados.

En la comida, Wilson y Scott me hablan de la transformación que se llevó a cabo, una transformación que formó parte de una pacífica revolución en todos los zoos y acuarios y cambió profundamente la relación entre las personas y los animales exóticos que tenían a su cuidado.

—Todo empezó con Marion —recuerda Wilson—. Marion era estupenda.

—¿Te refieres a Marion anaconda o a Marion Fish? —pregunta Scott.

Marion Fish —pues ése era su apellido— vino primero. Después de jubilarse tras ejercer veintiséis años de enfermera de quirófano en traumatología, en 1998 empezó a ir al acuario de voluntaria los miércoles y llegó a conocer a todos los animales a los que cuidaba personalmente. Dio nombre a cada uno de los peces, y sabía interpretar el humor que tenían con extraordinaria precisión.

«Un buen día, estábamos los dos aquí sentados con el pulpo —recuerda Wilson—, y Marion dijo: “Ese pulpo necesita hacer algo, ¿sabes?”». La idea de progreso —de proporcionar estímulos físicos y mentales a los animales del

zoo— era relativamente nueva por aquel entonces, incluso en el caso de chimpancés y tigres, y desconocida en el de peces e invertebrados. El contacto directo con cuidadores no formaba parte del plan del acuario. «Entonces, los demás tenían miedo de tocar al pulpo, tenían miedo de hacerle daño al tocarlo —me cuenta Wilson—. Pero nosotros dijimos: a la porra. Ese pulpo se aburre. Y nos pusimos a jugar con él». Poco después, Marion y Wilson abrían con regularidad el tanque para acariciar al pulpo y permitir que éste les succionara los brazos. Era evidente que el animal disfrutaba con la interacción, y puede que incluso tuviera ganas de que llegara el siguiente encuentro. «Después pasamos a darle objetos con los que jugar, lo que quiera que tuviésemos a mano: tubos, cosas por el estilo. Así empezó todo —afirma Wilson—. Luego construí los cubos que se cerraban».

Marion Fish dejó el acuario en 2003, tras sufrir un ataque al corazón, y Scott y Wilson le perdieron la pista. Pero en 2007 se presentó otra Marion en el acuario: una mujer joven cuya influencia fue igual de importante. Marion Britt demostró más aún lo positiva que resultaba una interacción interesante, delicada y afectuosa entre cuidadores y los animales de los que se ocupaban. Y lo hizo encargándose directamente de los animales más temibles del acuario: las anacondas, de casi cuatro metros de longitud y algo menos de ciento cincuenta kilos.

«Antes de que llegara Marion —relata Wilson—, nadie se metía en el tanque con las anacondas». Una medida que me parecía bastante sensata. El máximo depredador de Sudamérica, la anaconda, da caza y mata fácilmente a ciervos adultos, así como a capibaras de sesenta kilos, y se sabe que han devorado a jaguares. Conocí por casualidad a uno de los biólogos más famosos que estudia a las anacondas, Jesús Rivas, que ha corroborado dos ataques de estas poderosas serpientes constrictoras a sus ayudantes sobre el terreno. Los seres humanos «entran perfectamente dentro de la relación depredador-presa» de las anacondas, que pueden llegar a medir casi diez metros, según dijo. La única razón por la que las anacondas no atacan más a menudo a las personas es que, aparte de Rivas y su equipo, las personas no se aventuran a entrar allí donde saben que hay anacondas.

Sin embargo, Marion lo hizo. Cuando empezó en 2007 en el acuario, a los veinticuatro años, de becaria en prácticas en la galería de Scott, había tres anacondas, a las que nadie podía tocar sin correr peligro. «Teníamos que inmovilizar a las serpientes cuando nos ocupábamos de ellas —me cuenta Scott—. Las cogíamos por detrás de la cabeza. Y ellas lo odiaban». Cuando Marion dejó de trabajar en el acuario, las dos anacondas de mayor tamaño,

Kathleen y Ahsley, se acercaban a ella y se aovillaban con la cabeza en su regazo.

Y ahora, gracias a Marion, ya no hay más serpientes traumatizadas por inmovilizarlas cogiéndolas por la cabeza cuando es preciso sacarlas de su tanque para que se sometan a su revisión veterinaria anual, para tratar una enfermedad o drenar el tanque. El personal ya no teme interactuar con ellas.

Es evidente que las serpientes están más contentas y más sanas gracias a ello. La prueba: ambas hembras (la tercera, una serpiente de menor tamaño llamada Naranja, resultó ser un macho) tuvieron crías: era la primera vez que lo hacía una anaconda en un zoo o un acuario de Boston. Los delicados huevos eclosionan en el cuerpo de la madre, y Marion estuvo en el tanque con su traje de neopreno mientras nacían las diecisiete crías de Kathleen. Puesto que Marion se hizo cargo de todas las crías de ambas madres desde que nacieron, a los dos ejemplares que se exhiben ahora, llamados Marion y Wilson (ambas hembras), tampoco es preciso inmovilizarlos cogiéndolos por la cabeza. Si se las anima a ello, se someten voluntariamente a la manipulación. El resto de los empleados también ha aprendido a identificar cuándo las serpientes no están de humor para que se las manipule, y en esas ocasiones se retiran y vuelven a probar otro día.

Marion tuvo que dejar el acuario en febrero de 2011 para someterse a una operación y, debido a las complicaciones que surgieron, no ha vuelto. Sin embargo, la repercusión de su trabajo perdura. Ver a una joven delgada sentada en el tanque de la anaconda con un reptil depredador de casi cuatro metros acurrucado en su regazo, con la punta de la cola enroscada cariñosamente en una pierna, fue la espectacular prueba de lo que Scott y Wilson ya sabían: «Prácticamente todos los animales —asevera Scott (no sólo mamíferos y aves)— son capaces de aprender, reconocer a individuos y responder a la empatía». Cuando se da con la manera adecuada de trabajar con un animal, ya sea un pulpo o una anaconda, es posible lograr lo que incluso san Francisco consideraría un milagro.

Como el último proyecto de Scott: adiestrar a los sapos de Surinam.

Estos animales no son sólo anfibios —con mucho menos cerebro con el que trabajar que las anacondas—, sino ciegos. Su ceguera es la responsable de su excepcional aspecto: en la cabeza del sapo, de cuerpo pardo, aplanado y de unos quince centímetros, hay dos fosas nasales, ambas situadas en el extremo de dos tubos largos y estrechos. Las extremidades delanteras poseen unos órganos táctiles, con forma de estrella, en la punta de los dedos con los que el animal detecta a sus presas.

Los sapos de Surinam macho llaman a las hembras emitiendo unos chasquidos bajo el agua, y ambos se ponen a nadar juntos describiendo una serie de círculos mientras la hembra libera sus huevos en el vientre del macho, que a continuación los fertiliza y los deposita en la espalda de la hembra. Acto seguido, la piel de la hembra encierra los huevos fertilizados para protegerlos. Cuando la hembra muda la piel, las crías salen de su espalda, con la puntiaguda cabeza primero. No nacen siendo renacuajos, sino sapitos perfectos.

Por desgracia, el público rara vez logra ver a estos exóticos sapos, ya que se esconden entre la vegetación de su bonito y naturalista tanque de exhibición. Al igual que hizo con las anguilas eléctricas, Scott está intentando dar con la manera de inducir a los sapos a que se dejen ver.

¿Cómo? «Es preciso meterse en el cerebro del sapo —asegura—. Estamos llevando a cabo ejercicios psicológicos con ellos». ¿Cómo decide un sapo ciego cuál es un lugar seguro, bueno para quedarse? Y ¿cómo lo encuentra? «Acabas aprendiendo muy deprisa —dice Scott—. Aprendes a proyectar empatía. ¿Te acuerdas de la película *E.T., el extraterrestre*? Pues es más o menos así. Tiendes una mano invisible para comprender al organismo. Hay que llegar a un compromiso con ellos. Hay que estar dispuesto a escuchar».

Muchos de nosotros reaccionamos sin pensar al ver el ángulo que dibujan las orejas de un caballo o la posición del rabo de un perro o la expresión de los ojos de un gato. Los acuaristas aprenden el lenguaje mudo de los peces. En una ocasión, cuando entramos en un pasillo de la zona técnica en el que acababan de pasar a unos cíclidos de un tanque a otro, Scott me anunció con preocupación: «Huelo estrés en los peces». El olor es sutil —yo soy incapaz de percibirlo—, pero ese olor a marea baja que Scott nota, me explicó en su momento, es el de las proteínas de choque térmico: proteínas intracelulares que, como se descubrió en un primer momento, producen tanto plantas como animales en respuesta al calor, y ahora se sabe que se asocian también con cualquier tipo de estrés. El olor hace que a Scott se le revuelva el estómago; no porque sea nauseabundo, sino porque la idea de que los peces que tiene a su cuidado estén estresados le inspira el mismo sentido de urgencia y miedo que solía sentir cuando sus hijos recién nacidos lloraban.

Scott también sabe interpretar otras señales de los peces. Cuando fuimos a ver a los cíclidos en su nuevo hogar, comparó los que acababan de trasladar con los que llevaban viviendo allí semanas o meses. En los nuevos inmigrantes, las franjas eran más pálidas. «Y mira éste —señaló, apuntando a un pez que ya se sentía como en casa en el tanque—. ¿Ves el brillo en los

ojos? Ahora mira éste. No se ve el brillo». Scott descifra la cara de los peces con la misma facilidad con la que cualquiera de nosotros desciframos la de una persona.

—El problema de interpretar a los pulpos —observo mientras volvemos al acuario— es que son demasiado expresivos —mucho más que cualquier especie que haya conocido—. Nosotros tenemos nuestra poesía, el baile, la música y la literatura, pero incluso con nuestra voz, los trajes, los pinceles, el barro y la tecnología, ¿llegaremos algún día a expresar lo que puede decir un pulpo únicamente con su piel?

—Tienes razón —conviene Scott—. Imagina la agresividad que se vería en la carretera si los pulpos pudiesen conducir por la autopista interestatal 93.

Esa tarde, cuando Wilson abre el barril, Kali sube a la superficie. Sus ojos giran, buscando nuestras caras. Le ofrecemos los brazos y los agarra. Ahora es de un marrón rojizo oscuro, a excepción de la membrana de entre los brazos, moteada de un verde como el del liquen. Wilson le da dos peces más, que acepta entusiasmada. Nos agarra con suavidad con las ventosas mientras deja que le acariciemos la cabeza entre los ojos.

—Nunca he tocado nada tan suave —le digo a Wilson—. Ni el pelo de un gatito ni la pluma de un pollito. No hay nada mejor que esto. Podría pasarme así el día entero.

—Sí —contesta, sin atisbo de sarcasmo—, me lo creo.

La felicidad que aporta acariciarle la cabeza a un pulpo es algo que cuesta transmitir a la mayoría de la gente, incluso a amantes de los animales. Cuando, ya en casa, en Nuevo Hampshire, durante los paseos que damos con nuestros perros por el bosque, se lo conté extasiada a mi amiga Jody, vi que intentaba con todas sus fuerzas no concluir que me había vuelto loca.

«Pero —quiso saber—, ¿es que no son viscosos? Vamos, que de la baba, ¿qué?».

Sería más atractivo describir a los pulpos como resbaladizos. Sin embargo, una piel de plátano es resbaladiza; la baba es una sustancia muy especializada y esencial, y no se puede negar que los pulpos tienen montones de baba. Casi todo lo que vive en el agua la tiene. «Hay más residentes del océano que utilizan saliva o están compuestos de ella, de lo que esperaba —observa la bióloga marina Ellen Prager—. El mundo submarino es un lugar muy baboso». La baba ayuda a los animales marinos a reducir la resistencia al avance mientras se mueven por el agua, a capturar presas y a comer, a

mantener su piel en buen estado, a escapar de los predadores, a proteger sus huevos. Gusanos tubícolas como los gusanos plumero de Bill segregan baba para construir un tubo correoso, como el tallo de una flor, para proteger su cuerpo y mantenerse afianzados a una roca o coral. Para algunos peces —los peces disco del Amazonas y los cíclidos de Scott, entre otros— la baba es el equivalente de la leche materna. Los alevines se alimentan de la nutritiva capa de mucosidad de los padres, una actividad denominada *glancing*. El pez mandarín, de vivos colores, exuda una baba de mal sabor para repeler a sus enemigos; el calamar vampiro, un pariente del pulpo que vive en aguas profundas, expulsa una saliva luminosa que tiene por objeto confundir a los depredadores. Los gusanos de fuego de las Bermudas se sirven también de una baba luminosa para aparearse, como luciérnagas en una noche de verano. Los gusanos de fuego hembra brillan para atraer a los machos, y después los machos emiten destellos de luz, tras lo cual ambos liberan los huevos y el esperma de manera sincronizada.

«La baba de Kali y Octavia no es desagradable —le dije a Jody—. O por lo menos son mucho menos babosas que un pez bruja».

El pez bruja, una criatura que vive en el fondo marino, puede llegar a medir algo más de cuarenta centímetros y, sin embargo, en escasos minutos puede llenar siete cubos de baba: tanta que es capaz de escapar de casi cualquier depredador. El pez bruja correría el peligro de ahogarse con su propia mucosidad, pero ha aprendido, como la persona que tiene un resfriado, a sonarse la nariz. Pero a veces segrega más baba de la que él mismo puede aguantar y en estos casos el animal ha desarrollado una ingeniosa triquiñuela: enrosca la cola alrededor del cuerpo como si fuese un nudo y desliza el nudo hacia delante, escurriendo la baba.

«¡Qué asco! —exclamó Jody—. Es repugnante». Pero después me pidió que le hablara más de la baba de Kali y Octavia, que ya no parecía para tanto.

La baba del pulpo es una especie de cruce entre saliva y mucosidad, pero en versión agradable. Y resulta muy útil. Viene bien ser resbaladizo si uno entra y sale por sitios estrechos. La baba mantiene al pulpo húmedo si quiere salir del agua, cosa que algunas especies en libertad hacen con asombrosa frecuencia. Aunque el infame «pulpo de árbol», descubierto en 1998 por el investigador Lyle Zapato, fue un engaño (cuyo objeto era demostrar, como sin duda hizo, que muchos jóvenes creen todo cuanto leen en internet), los pulpos salvajes que viven en zonas intermareales suelen salir a tierra a visitar las pozas que deja la marea para poder cazar mejor. También pueden hacer esto para escapar de predadores en el agua, como, por ejemplo, de otro pulpo.

Había leído que, en zonas que gozan de la brisa marina continuamente, un pulpo podía sobrevivir fuera del agua treinta minutos o más.

—La baba no hace daño —expliqué a Jody—. Después de todo —le recordé—, la baba forma parte de dos de las experiencias más placenteras que conoce el género humano.

Se paró a pensar un momento.

—¿Cuál es la otra? —preguntó.

—Comer —repuse.

«¡FIESTA!». La grave voz de Brendan Walsh se oye por encima del zumbido de las bombas y la música *heavy metal* que suena en la radio. Brendan, de treinta y cuatro años, alto y fornido, trabaja en el cine IMAX del acuario. Después, cuando se va a casa, se ocupa de sus acuarios de peces. Ahora mismo dice que *sólo* tiene cinco; antes tenía veinte.

Forma parte de un grupo cada vez más nutrido que rodea el barril de Kali, a la espera de que Wilson lo abra para que podamos jugar con ella. En el acuario me he unido a un círculo de colegas para los que la baba del pulpo es una suerte de lubricante social.

Aquí también está Christa Carceo, de veinticinco años, guapa y menuda, con un cabello oscuro que le cae en ondas abiertas por la espalda, una bolita negra coronando el *piercing* que luce en el labio superior y una sonrisa que ilumina la sala. «Cuando era pequeña —me cuenta—, las otras niñas tenían muñecas. Yo tenía peces». Empezó con una pecera de unos cuatro litros con peces de colores, a los que fue añadiendo peces beta, tetras, peces millón y caracoles, hasta reunir diez acuarios. «Cuando entrabas en mi habitación sólo se oía un zumbido», asegura. Christa acaba de empezar de voluntaria con Scott en la Galería de Agua Dulce; va allí un día a la semana. Trabaja de camarera para pagar los préstamos estudiantiles, pero lo que de verdad le gustaría sería trabajar en el acuario.

Marion Britt, la domadora de anacondas, que ha vuelto al acuario por primera vez desde su operación, también se ha sumado a nuestros *maravillosos miércoles*. Con sus ojos color avellana y su media melena castaña y sedosa, posee una dulzura sumada a una aguda inteligencia, que aplica a las numerosas actividades que desempeña, ya sea trazar los primeros «mapas de manchas» que permitieron a los cuidadores distinguir a las crías de anaconda (esbozó sus característicos dibujos en plantillas predeterminadas mientras sostenía a los recién nacidos, que medían treinta centímetros y la

mordían) o desarrollar una nueva y exótica línea de negocio, Purple Okapi, que puede dirigir desde casa, pese a las persistentes migrañas provocadas por la intervención quirúrgica.

Ese día también conozco a Anna Magill-Dohan, que acaba de terminar segundo de secundaria. Bajita y delgada, con el cabello oscuro recogido en una coleta desaliñada, lleva dos años trabajando de voluntaria en el acuario. En verano acude cuatro días a la semana. Tiene acuarios con peces desde que le regalaron el primero, cuando tenía dos años. «Después de eso, fue teniendo cada vez más acuarios —me cuenta—. Mis padres decían que no podía tener ni uno más, pero yo los compraba sin decírselo». Al final se hizo con un lenguado y su madre se enteró. A modo de castigo —llegados a este punto me temí que fuera a entrar en escena una sartén, pero no— su madre, profesora de primaria, decidió que sería ella, y no Anna, la que bautizaría al pez. (Lo llamó Lenguadillo).

A los que solemos reunirnos en torno al barril de Kali se han sumado dos educadores del acuario, y Brendan ha traído a su novia. «Esto es un récord», señala Wilson. En total, Kali tiene hoy nueve visitantes, ni siquiera tiene suficientes brazos para todos. Wilson no ha conocido a ningún otro pulpo que tenga semejante club de fans en la zona técnica.

Aunque nunca ha visto a tanta gente, Kali resulta ser una anfitriona perfecta. Tira con aire juguetón de cada brazo, nos mira a la cara y acepta elegantemente peces y calamares.

—¡Vaya! —exclaman los educadores cuando las ventosas de Kali se agarran a sus dedos.

—¡Increíble! —susurra la novia de Brendan cuando un brazo resbaladizo sube en espiral para probar su mano.

Alrededor del barril no sólo estamos conociendo a Kali y dejando que ella nos conozca, sino que nos estamos conociendo entre nosotros. Y para la mayoría de nosotros no hay mejor forma de conocer a una persona que cuando se mima a un pulpo. Mientras interactuábamos con Kali, Christa nos habló de su hermano mellizo, cuyo animal preferido es el pulpo. Danny tiene un trastorno generalizado del desarrollo, un grupo de trastornos caracterizados por retrasos en el desarrollo de aptitudes básicas, que en ocasiones implica una discapacidad. Christa está haciendo todo lo posible para conseguir la custodia legal de Danny. No porque sus padres, que viven en la cercana ciudad de Methuen, no quieran la custodia ni porque Danny se sienta infeliz allí. La vivaz y bella Christa quiere la custodia de Danny porque, asegura:

«No me imagino la vida sin mi hermano. Todos los días se despierta contento».

A Danny le gustan tanto los pulpos que, cuando van al acuario juntos, informa a Christa con entusiasmo de cada movimiento que hace el animal: «¡Ahora está subiendo! ¡Ahora está moviendo el brazo!». En una ocasión Christa llevó a Danny a una lonja de pescado en Boston y él se disgustó al ver que se vendían pulpos para comerlos. Sin embargo, le fascinaron de tal modo los cefalópodos muertos, que su hermana acabó regalándole uno. Él lo tiene guardado en el congelador y lo saca de vez en cuando para mirarlo.

Gracias a Octavia y Kali, también he empezado a saber más cosas de Wilson y su familia. Nacido en la ciudad iraní de Rasht, de padres judíos iraquíes, creció yendo a un colegio presbiteriano de estilo norteamericano en un Estado persa, y a una edad temprana aprendió a moverse sin problema entre distintas culturas. Cuando tenía dieciséis años, fue a un internado en Inglaterra, del que pasó a la Universidad de Londres, donde cursó estudios de química. Viajó a Norteamérica (recuerda la fecha: el 3 de enero de 1957) para estudiar ingeniería química en la Universidad de Columbia, Nueva York, y se trasladó a Boston para formar parte de la consultora Arthur D. Little Corp. Allí conoció a su mujer, Debbie, una trabajadora social progresista e independiente, cuya madre nació en la frontera ruso-polaca y cuyo padre era norteamericano. Un año y medio después, Debbie le anunció que se iban a casar, y Wilson dijo que sí al instante. Sin embargo, a su conservadora madre, que había enviudado, le mortificó hasta tal punto que Wilson hubiese elegido a una mujer que no era judía iraquí que voló a América para disuadirlo.

Wilson estaba acostumbrado a ser un incomprendido. En un mundo que exige conformidad, en una cultura que valora poco a los animales, y menos aún a los acuáticos, todos lo estábamos. Quizá eso fuera lo que contribuyó a que estrecháramos lazos alrededor de un barril que contenía a un invertebrado viscoso al que la mayoría de la gente consideraba un monstruo.

Son relativamente pocas las personas que entienden, por ejemplo, por qué Marion se metió en un tanque lleno de enormes serpientes constrictoras. «¿Crees que te conocen?», le preguntaba la gente. Desde luego que las serpientes la conocían y les caía bien. Y ella las quería. Marion lloró cuando Ashley murió, en el verano de 2011. Scott comprendía a la perfección sus sentimientos; en cuanto lo llamaron, a las cuatro de la madrugada del día de Año Nuevo, para informarle de que Ashley había tenido crías, Scott dejó a su hijito, que había nacido hacía tan sólo cinco días, para correr al acuario a ocuparse de las anacondas recién nacidas.

Anna, como todos los adolescentes, también se siente incomprendida. Aunque también es melliza, como Christa, Anna no tiene nada que ver con su hermano, atlético y extrovertido. Extremadamente lista y franca, nos cuenta como si tal cosa que va a un colegio especial, que tiene síndrome de Asperger, una forma leve de autismo; que padece migrañas, trastorno de déficit de atención, hipotensión —que una vez hizo que se desmayara en el tanque de las anacondas— y temblores, y que toma varios medicamentos. En casa, sus peces y su escinco de lengua azul, Laila, la ayudan a encontrar algo de paz, pero no se sintió completa de verdad hasta que no empezó a trabajar de voluntaria en el acuario.

«Ir a la zona técnica del acuario me cambió la vida», nos confiesa Anna mientras acariciamos a Kali. Antes y después de sexto curso, Anna pasaba parte del verano en el *campamento de peces* del acuario. Luego, cuando tenía catorce años, empezó a ir a clase de dibujo los sábados, y después de clase cogía el metro para pasar el resto del día en el acuario. Dave Wedge, el barbado y sociable antiguo profesor de instituto responsable de la exhibición Confines del Mar y el Laboratorio Húmedo del Centro de Educación, la reconoció del campamento de peces y la invitó a ver su laboratorio. Le pidió que se reuniera con él una hora después. Sin embargo, Anna no tenía noción del tiempo y no tenía, ni sabía leer, un reloj analógico, de manera que se pasó la hora esperando a la puerta del Laboratorio Húmedo, mientras llovía a mares. Dave se quedó tan impresionado que, aunque Anna era demasiado pequeña para ser voluntaria oficial, comenzó a buscarle cosas que pudiera hacer en la zona técnica.

Ahora, voluntaria oficial, Anna no sólo tiene un reloj digital —y lo sabe leer—, sino que también se sabe el nombre común y en latín de cada vertebrado e invertebrado marino del acuario. Se disculpa por no haber memorizado aún todos los de la Galería de Agua Dulce.

«Las personas de este sitio son tan distintas de las normales como un pulpo. Aquí me siento como en casa —asegura Anna, hablando por todos nosotros—, como si éste fuera mi sitio».

El deseo de formar parte de un grupo es uno de los más profundos del género humano. Somos una especie social, como nuestros antepasados primates. Los biólogos evolutivos sugieren que seguirles la pista a nuestras numerosas relaciones sociales a lo largo de nuestra larga vida fue uno de los factores que determinaron la evolución del cerebro humano. De hecho, la inteligencia en sí se suele asociar a criaturas igualmente sociales y longevas, como chimpancés, elefantes, loros y ballenas.

Los pulpos se hallan en el extremo opuesto de este espectro. Como bien se sabe, su vida es corta y la mayoría no parecen sociales. Existen intrigantes excepciones: en el caso del *Octopus chierchiae*, un pulpo rayado del Pacífico, a veces machos y hembras cohabitan en pareja, compartiendo una única guarida. Algunos de estos pulpos pueden vivir en grupos de cuarenta animales o más, un hecho tan inesperado que durante treinta años no se creyó ni publicó, hasta que, no hace mucho, Richard Ross, del Acuario Steinhart, crio a esta especie olvidada durante tanto tiempo en su laboratorio. Sin embargo, se cree que el pulpo gigante del Pacífico no busca compañía hasta el final de su vida, para aparearse. E incluso así se trata de una proposición dudosa, ya que se sabe que uno de los resultados es literalmente la cita con cena, ya que un pulpo se come al otro. Si no es para interactuar con otros pulpos, ¿para qué les sirve la inteligencia? Si los pulpos no interactúan entre sí, ¿por qué querrían interactuar con nosotros?

Jennifer, la psicóloga de pulpos, asegura: «Lo que hizo que desarrollaran el cerebro no es lo mismo que hizo que nosotros desarrolláramos el nuestro». La inteligencia de los pulpos y la humana evolucionaron de manera independiente y por distintos motivos. Jennifer cree que, en el caso del pulpo, el motivo fue la pérdida del ancestral caparazón. Esto liberó al animal y lo dotó de movilidad. Un pulpo, a diferencia de una almeja, no tiene que esperar a que la comida lo encuentre: el pulpo puede cazar como un tigre. Y si bien lo que más les gusta a la mayoría de los pulpos es el cangrejo, un único pulpo puede cazar presas de decenas de especies distintas, cada una de las cuales exige una estrategia de caza diferente, un conjunto de destrezas diferente y un conjunto diferente de decisiones que tomar y modificar. ¿Se camuflará para lanzar un ataque basado en el acecho y la emboscada? ¿Se propulsará a toda velocidad por el mar con el sifón para dar caza a una presa rápidamente? ¿Saldrá del agua para capturar a una presa que escapa?

Perder el caparazón entrañó un sacrificio: ahora que el animal es «un paquete enorme de proteína desprotegida», como dijo un investigador, prácticamente cualquier cosa lo bastante grande como para comérselo se lo comerá. Los pulpos son muy conscientes de su vulnerabilidad y forjan planes para protegerse. Jennifer lo vio con claridad cuando observaba a un pulpo común en las Bermudas en una expedición que realizó en los años ochenta. Tras volver a casa de una correría de caza, el pulpo se puso a despejar la parte delantera de su guarida con los brazos. Luego, de repente, dejó la guarida, se desplazó un metro, cogió una roca y la colocó delante de la guarida. Dos minutos después, el pulpo salió de nuevo para seleccionar una segunda roca y

una tercera. Aplicando las ventosas a ambas piedras, llevó la carga a casa, se deslizó por la abertura de la guarida y después dispuso cuidadosamente las rocas delante de la entrada, como si fuese una fortaleza de piedras delante de un castillo. Lo que estaba pensando el pulpo parecía evidente, afirmó Jennifer: «Con tres rocas basta. Buenas noches». Ya se sentía lo bastante a salvo como para ir a dormir.

En 2009, en Indonesia, un equipo científico grabó a pulpos que cargaban con un coco partido en dos que utilizaban a modo de resistente refugio portátil. Con evidente esfuerzo, los pulpos arrastraban bajo su cuerpo las mitades de coco, metiendo una dentro de la otra, mientras caminaban con rigidez por el arenoso fondo marino y después construían una esfera con las mitades y se metían dentro. En el laboratorio de pulpos de Middlebury, la ayudante de cuidadora de animales Caroline Clarkson se percató de otro ejemplo de utilización de herramientas. Un erizo de mar se estaba alimentando demasiado cerca de la entrada de la guarida de una hembra de dos manchas de California, de manera que ésta salió de su guarida para coger una teja plana de unos diez centímetros por lado que se hallaba a quince centímetros de distancia y la arrastró hasta la guarida, donde la levantó a modo de escudo para protegerse de las púas del erizo.

De construir refugios a lanzar tinta o cambiar de color, el vulnerable pulpo ha de estar preparado para ser más listo que muchas especies de animales, de las cuales a algunas las persigue y de otras debe escapar. ¿Cómo planificar tantas posibilidades? Hacerlo exige, en cierta medida, adelantarse a las acciones —dicho de otro modo, leer el pensamiento— de otros individuos.

La capacidad de atribuir pensamientos a otros, pensamientos que tal vez difieran de los nuestros, es una destreza cognitiva compleja, conocida como *teoría de la mente*. En su día se pensaba que era exclusiva de los seres humanos. En general, se cree que la teoría de la mente se desarrolla en los niños, entre los tres o los cuatro años. El experimento clásico es el siguiente: un niño pequeño ve un vídeo de una niña que se deja una caja de caramelos en su habitación. En su ausencia, un adulto sustituye los caramelos de la caja por lapiceros. La niña vuelve y abre la caja. El investigador pregunta al niño pequeño qué espera encontrar la niña en la caja, a lo que el niño responde: lapiceros. Sólo un niño de más edad sabrá que la niña esperará encontrar caramelos, aunque no sea eso lo que contiene la caja.

La teoría de la mente se considera un elemento importante de la conciencia, porque implica autoconocimiento. (Yo pienso esto, pero quizá tú pienses eso otro). Brian Hare, director del Duke Canine Cognition Center, un

centro dedicado al estudio de la psicología canina, demostró no hace mucho que los perros saben que otros podrían tener conocimientos que ellos no poseen. A modo de experimento, Hare ofreció a distintos perros dos contenedores herméticos, uno con comida y otro sin ella. Los perros no tardaron en darse cuenta de que las personas sabían lo que ellos desconocían, y seguían el dedo con el que un ser humano les indicaba dónde estaba la comida escondida.

Esto es precisamente lo que Ollie, el pulpo de Nancy King, hacía cuando seguía su dedo para descubrir el cangrejo que ella no era capaz de encontrar por sí misma.

Naturalmente, hay muchos otros ejemplos. Las aves de rapiña con las que los halconeros cazan miran al halconero o a sus perros para levantar la caza. Los tejones meleros africanos siguen a determinadas aves —conocidas como guías de la miel— para dar con nidos de abeja. Da la impresión de que ambas partes son conscientes de que después de que los tejones abran los nidos para comerse la miel, las aves se podrán dar un banquete con las larvas de abeja.

Sin embargo, de todas las criaturas del planeta que leen el pensamiento de otra criatura, la que mejor debe hacerlo bien podría ser el pulpo: porque sin esta capacidad, no podría perpetrar los numerosos engaños que tienen por objeto la propia conservación. Un pulpo ha de convencer a numerosas especies de predadores y presas de que en realidad es otra cosa. ¡Mirad! Soy una mancha de tinta. No, soy un coral. No, soy una roca. El pulpo debe sopesar si el otro animal se cree su ardid o no y, en caso de que no se lo crea, probar algo distinto. En el libro de Jennifer, sus coautores y ella sostienen que despliegues específicos van dirigidos a especies concretas en condiciones específicas. El pulpo se sirve de la *nube pasajera*, por ejemplo, para asustar a un cangrejo inmóvil y hacer que se mueva, delatándose. En cambio, para engañar a un pez hambriento, es más probable que el pulpo utilice una estrategia distinta: cambiar rápidamente de color, dibujo y forma. La mayoría de los peces tienen una excelente memoria visual para buscar imágenes concretas, pero si el pulpo cambia de oscuro a claro, sale disparado y después exhibe franjas o puntos, el pez no podrá seguirle la pista.

Para sobrevivir lo bastante para que haya llegado a conocernos en el Acuario de Nueva Inglaterra, es posible que Kali se haya topado y haya medido su inteligencia con numerosas especies distintas de aves, ballenas, focas, leones marinos, tiburones, cangrejos, peces y tortugas, así como con otros pulpos y submarinistas humanos, todos ellos con ojos distintos, estilos de vida distintos, sentidos distintos, motivos distintos, personalidad distinta y

ánimos distintos. En comparación con la mayoría de las personas, cuya vida cotidiana entraña una interacción directa con una única especie, Kali es cosmopolita y refinada, y nosotros, unos provincianos.

Y ahora mismo se está camelando a un grupo de personas. Kali muestra curiosidad por sus invitados y ¿qué es más encantador que alguien muestre interés en uno? Examina a Brendan y a su novia con la punta del segundo brazo izquierdo mientras investiga a los dos educadores envolviéndoles la punta de los dedos con una ventosa. Se pone boca arriba, desplegando las ventosas color crema de sus brazos como una flor radiante. Christa, Anna, Marion y yo le ofrecemos las manos y los antebrazos, y ella afianza sus ventosas y tira con suavidad, como si estuviese jugando. Su piel se llena de motas, crea púas y cuernos, levanta la cabeza y me deja que la vuelva a acariciar, volviéndose ahora blanca con mis mimos. Hace girar un ojo: busca a Wilson. Da con su cara, y dos de sus brazos ascienden y envuelven el suyo como dos rebanadas de pan el relleno de un sándwich.

Bill, que observa la escena por detrás de nosotros, está encantado. Kali es activa, curiosa, amistosa y sociable. «Va a ser un pulpo de exhibición maravilloso», asegura con orgullo.

Aunque no es miércoles, Wilson y yo hemos realizado una visita especial al acuario. Vamos a celebrar el cumpleaños de Christa y Danny. Con la colaboración de Bill y Scott, hemos ido allí para participar en la sorpresa que Christa le ha preparado a su hermano.

La noche previa, Danny fue en autobús desde la casa de sus padres, en Methuen, hasta el apartamento que Christa tiene en Boston. A las 11.15 h, Wilson y yo estamos esperando, listos para que Christa traiga a su hermano a la zona técnica, en la tercera planta.

«Mi hermano siempre estaba leyendo enciclopedias —presume—. Mi hermana y yo les echábamos una ojeada, pero él se las leía. Mi madre acabó comprando un montón de enciclopedias», contó. Desde que tenía trece años, la entrada preferida de Danny era la del pulpo. ¿Qué es lo que más le fascina de los pulpos? «Su aspecto —asegura—. Lo listos que son. ¡Están llenos de copas de succión!».

Anoche, dice Christa, le leyó a Danny mi artículo en *Orion*. Me confiesa entre susurros, en tono cómplice: «Mi hermano me dijo: “¿Te imaginas cómo será tocar un pulpo?”». Ayer todo lo que sabía del plan de hoy era que iban a

ir juntos al acuario. «Así que hoy veremos el pulpo —le dijo a su hermana por la mañana—. Va a ser un día estupendo».

No tiene ni idea de lo que le tenemos preparado.

Wilson lleva a Danny a la parte del arriba del tanque de Octavia.

—¿Adivina de quién es este tanque? —le pregunta Christa.

Los ojos de Danny se abren de par en par.

—¿Del gran pulpo?

Wilson intenta atraer a Octavia ofreciéndole un pescado con las pinzas. Christa, Danny y yo corremos abajo, a la exhibición, para ver cómo reacciona Octavia. Danny la saluda a través del cristal. Al principio Octavia no hace caso de las pinzas, pero al final las coge con dos brazos, tres brazos, y se pone de un rojo vivo. El pescado cae: no quiere comer. Suelta las pinzas y Wilson las saca.

Wilson aparece delante del tanque con nosotros.

—¿Lo ha visto?

—¡Ha sido increíble! —exclama Danny. Ésa ya es suficiente sorpresa para él. Pero entonces volvemos arriba y nos paramos delante del barril de encurtidos de Kali. Wilson empieza a desenroscar la tapa.

—Eh, Danny, mira esto —dice Christa cuando Kali, de un marrón rojizo oscuro, sube a la superficie.

—Siempre pensé que en este sitio sólo había un pulpo —comenta Danny. Wilson extiende la mano y Kali la cubre con sus ventosas.

Danny empieza a temblar de los nervios.

—Toma, dale un pescado —le propone Wilson—. Pónselo en la ventosa y deja que ella lo coja —lo anima.

Danny coge el pescado, pero se muestra cauteloso en un primer momento.

—Creo que lo está agarrando.

—Suéltalo, deja que lo coja —dice Wilson—. No te hará daño. Mete la mano en el agua.

Ahora Kali tiene la cabeza y tres de sus brazos fuera del agua, sube por el borde del tanque: está deseosa de saludarnos. Todos la acariciamos e instamos a Danny a que haga lo mismo, pero está asustado. Le toca una única ventosa con un dedo y lo retira, temblando. No lo puede evitar: después me cuenta que estaba pensando en un programa de televisión en el que vio que un pulpo tan grande como un edificio atacaba a las personas.

De pronto sale un chorro de agua del barril.

—Es su forma de saludarte —cuenta Christa.

A ése le sigue otro chorro, y luego otro mucho mayor, que da a Danny en plena cara.

Eso no le molesta lo más mínimo. No parece ni más ni menos aturdido que antes. Está delante de un deslumbrante pulpo, emocionado y asustado a la vez.

Chorreando, Danny alarga un dedo para tocarle una ventosa a Kali.

—Yo tengo un pulpo en el congelador —me cuenta—, pero está muerto.

Kali empieza a sacar del tanque su gelatinosa masa, hacia nosotros.

—Aquí viene —observa Christa.

Wilson y yo intentamos que meta algunos brazos en el agua. Kali agarra nuestros brazos con sus ventosas.

—Tiene muchas más ganas de tocarme a mí que a él —me dice Wilson—. Son los nervios. Noto que está nerviosa. No lo había visto nunca con tanta claridad. Si fueses un cangrejo o un pescado —le cuenta a Danny—, te llevaría a la boca, pero como eres una persona, no lo hará. —Le ofrece otro pescado a Danny—: Suéltalo, verás cómo lo coge.

En efecto.

—Hala, esto es impresionante —exclama Danny, que saluda a Kali, moviendo los dedos de la mano izquierda.

Y ahora se siente lo bastante seguro para darle la mano. Kali afianza con suavidad cinco ventosas, luego diez, y ahora quizá veinte en la palma de su mano.

—Es como un guante de goma —opina Danny.

—Danny está menos nervioso y ella tiene más ganas de interactuar —deduce Wilson—. Nos conoce mucho más que nosotros a ella.

—¡Creo que le caigo bien! —nos dice, pasmado, Danny.

—Se llama Kali.

—Hola, Kali —la saluda Danny, como si fuese una persona.

Ella se mueve, ventosa a ventosa, sube por la pared del barril, avanzando como uno de esos muelles en espiral de juguete.

Sin embargo Wilson presiente que quizá corramos el peligro de agotarla, de manera que pone la tapa en su sitio.

Danny está deslumbrado.

—He acariciado a un pulpo vivo en el acuario —dice—. Eso sí que ha sido atrevido. Me muero de ganas de contárselo a mis padres. Y le he caído bien.

Y todavía hay más. Ahora Wilson saca un tarro y retira el guante azul quirúrgico que lo tapa. Dentro, de unos dos centímetros y medio, negro,

quitinoso y en dos partes curvas que confluyen, se halla una de las posesiones más preciadas de Wilson.

—¿Sabes qué es esto? —le pregunta a Danny.

—¿Una concha?

—No.

Danny recuerda una imagen de la enciclopedia.

—Parece el pico de un pulpo.

—Éste es el pico de un pulpo muy mayor —cuenta Wilson. Era el pico de George—. Y es para ti.

Danny está estupefacto.

—¿Qué te parece? —le pregunta Christa.

—¡Era de un pulpo de verdad!

Wilson le ha traído a Danny otro regalo de su colección: una foto enmarcada de George del fotógrafo Jeffrey Tillman.

—La pondré en mi habitación —asegura Danny, impresionado—. Sólo tengo que poner un clavo. La colocaré al lado de la cama.

Danny, Christa y yo pasaremos juntos el resto del día en el acuario, pero Wilson se tiene que marchar temprano. Antes ha recibido una llamada: hay una cama para su mujer en una residencia cercana. Si la quiere, debe ocuparla hoy mismo. Los médicos siguen sin saber qué le pasa, sólo que cada vez es menos la que era y tiene menos fuerza, y al parecer no hay forma de pararlo. Wilson pasará la tarde preparando a su mujer, con la que ha recorrido el mundo, para su último viaje. Además está pensando en dejar su bonita y amplia casa, con la enorme cocina con el hogar revestido de azulejos y las numerosas habitaciones para los invitados y los nietos y el despacho de Debbie. Contando con que se instalará en un lugar más pequeño, Wilson está regalando tesoros: nos ha dado a Christa, a Marion y a mí corales, conchas y libros, y ha donado especímenes de gran tamaño al acuario. Y sin embargo, pese a la inminente tragedia, Wilson ha decidido estar con nosotros esta mañana, celebrando el cumpleaños de estas dos personas jóvenes y felices.

Se las ha arreglado para hacer que éste sea un buen día, una especie de milagro. Y quién mejor para presidir este milagro que un pulpo, poseedor de poderes como de otro mundo: un pulpo llamado Kali, como la diosa de la creación y la destrucción, la deidad que encarna la bondad y la crueldad, el pesar y la dicha.

Una tarde soleada de verano en Boston, en la calle, guardabosques con sombrero contestan preguntas sobre el avistamiento de ballenas y los cruceros por la bahía, padres e hijos felices y contentos dan vueltas y gritos en el tiovivo del parque Common mientras los adultos se apiñan en el centro comercial Faneuil Hall comiendo prétzels tiernos y helado. En el acuario, Anna está ayudando a Scott, Christa está repartiendo gusanos negros y Bill está dando de comer a las tortugas de agua dulce, en peligro de extinción, tortugas de vientre rojo americanas que está criando para que el estado de Massachusetts las ponga en libertad. Wilson y yo estamos con Kali, que ha terminado de comerse un calamar. Aún boca arriba, se queda remoloneando en la superficie. Me agarra la punta de un dedo con una de sus ventosas y la aprieta de vez en cuando, como si uno apretase la mano que ya estuviera sosteniendo. Uno de sus brazos rodea la muñeca de Wilson, otro se aferra a su otra mano y al antebrazo. Con la mano libre, empiezo a acariciarle la cabeza.

A juzgar por las apariencias, los tres estamos tan lánguidos como el día de verano, como si el tiempo se hubiese arremolinado en su fluir y nosotros hubiésemos traspasado los límites del reloj y el calendario, quizá incluso de las especies.

—Si alguien nos viera ahora mismo —le digo a Wilson—, pensaría que formamos parte de alguna extraña secta religiosa.

—¿La secta del pulpo? —responde, entre risitas, Wilson.

—El camino hacia la paz y el éxtasis —contesto.

—Sí —conviene, la voz suave como una nana—. Esto da mucha paz.

Mientras se acaricia a un pulpo es fácil caer en el ensimismamiento. Compartir un momento de una serenidad tan profunda con otra criatura, sobre todo con una tan distinta de nosotros como el pulpo, es un privilegio y una lección de humildad. Es una armonía compartida, un bonito milagro, una conexión con la conciencia universal: la noción, que ya expresara el filósofo griego presocrático Anaxágoras en 480 a. C., de compartir una inteligencia que anima y ordena toda la vida. La idea de una conciencia universal tiñe el pensamiento y la filosofía tanto de Occidente como de Oriente, desde lo «inconsciente colectivo» del psicólogo Carl Jung hasta la teoría de campo unificado o las investigaciones del Instituto de Ciencias Noéticas, fundado en 1973 por el astronauta del Apolo 14 Edgar Mitchell. Aunque algunos de los ministros metodistas de mi juventud podrían sentirse horrorizados, me llena de dicha la idea de compartir con un pulpo lo que una página de internet <loveorabove.com> denomina «un océano infinito, eterno de energía inteligente». ¿Quién sabría más del océano infinito y eterno que un pulpo? Y

¿qué podría resultar más profundamente tranquilizador que ser acunado en sus brazos, rodeado del agua de la que nació la vida misma? Mientras Wilson y yo acariciamos la suave cabeza de Kali esa tarde de verano, me viene a la mente la carta del apóstol Pablo a los filipenses sobre el poder de «la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento…».

Y de repente —¡chof!—, un chorro de agua.

El embudo de Kali, que mide unos dos centímetros y medio de diámetro, consigue darnos a los dos, empapándonos la cara, el pelo, la camisa y los pantalones con agua salada a 8 ºC.

—¡¿Por qué…?! —balbuceo—. ¿Está enfadada con nosotros?

—Eso no ha sido una muestra de agresión —corrige Wilson. Nos inclinamos los dos sobre el barril y vemos que Kali se ha ido al fondo, desde donde nos mira con cara inocente—. Ha sido un gesto juguetón —asegura—. No olvides que cada uno tiene su personalidad. —Metemos de nuevo las manos, pero ella no se afianza con las ventosas en el acto. En vez de eso, nos apunta con el sifón, como un niño con una pistola de agua. No soy lo bastante rápida como para esquivarlo, pero no puedo dejar de mirar para ver lo que hace a continuación. Asciende de manera que ahora tiene la cabeza justo debajo de la superficie, y veo que el agua sube debido a la presión del embudo. Es evidente que puede modular el flujo con gran precisión.

También puede mover el sifón con una flexibilidad asombrosa. Había dado por sentado que dicho órgano, aunque elástico, se hallaba afianzado firmemente a un lado de la cabeza, pero Kali nos demuestra que es evidente que no: primero el embudo estaba en el lado izquierdo, y después lo había hecho girar 180°, a la derecha. Es tan sorprendente como si viésemos a una persona sacar la lengua por la boca y luego por la oreja… y luego por la otra oreja.

A continuación, Kali ahueca las ventosas de los brazos como si fuesen los volantes de unas enaguas y mueve los brazos. Si fuese una persona, llegaríamos por fuerza a la conclusión de que nos está tomando el pelo, retándonos tímidamente a que probemos de nuevo.

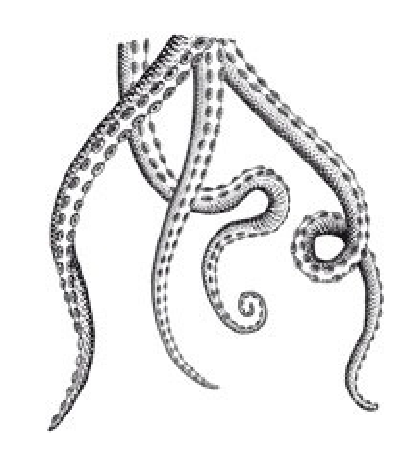
Cuando llega el momento de irme, enfilo el pasillo para despedirme de Scott en la Galería de Agua Dulce. Hoy mismo le he pedido disculpas por las molestias que le causo, ya que siempre que me presento en el acuario tiene que mandar a alguien abajo, al vestíbulo, para que vaya a buscarme y me acompañe a la zona técnica. Las escasas veces que he subido sola, me ha dado el alto el personal, al que preocupan los ladrones. (Lo que se robaba más a menudo —antes de que pusieran cierres en las tapas de los tanques— eran

tortugas pequeñas, como las americanas de vientre rojo de Bill). De manera que Scott ha intercedido por mí ante Will Malan, uno de los coordinadores del vasto programa de voluntariado del acuario. 662 voluntarios adultos donan el equivalente a unos dos millones de dólares en tiempo para el acuario, desempeñando tareas que van desde limpiar excrementos de pingüino hasta dar charlas educativas, alimentar y trasladar animales o ayudar a diseñar nuevas exhibiciones. Otro centenar de jóvenes presta su ayuda a través de becas y programas de voluntariado para adolescentes. Todos ellos llevan un distintivo que los identifica como voluntarios y les permite ir a la zona técnica.

Yo no entro dentro de ninguna de esas categorías, pero Scott me hace pasar al despacho de Will, donde éste me saca una foto que estampará en mi distintivo. Aún tengo la mitad del pelo pegado a la cabeza por la ducha de Kali, pero no quepo en mí de contenta con el título que Will y Scott me acaban de conceder: ahora soy la «observadora de pulpos» oficial del acuario.

Esta identificación es un talismán. Me proporciona acceso a todo el acuario, incluso fuera del horario de visitas. Esto resultará ser algo imprescindible, ya que ahora tengo otro motivo para ir al acuario:

Octavia ha puesto huevos.



CAPÍTULO CUATRO
Huevos

Principio, fin y transformación

Como se ha replegado en el rincón más alejado de su guarida, bajo un saliente rocoso, ahora ya sólo veo a Octavia desde la exhibición. En verano, el Acuario de Nueva Inglaterra recibe una media de seis mil visitantes al día, así que con el objeto de evitar el tráfico de quienes van a trabajar a diario a Boston y llegar antes de que el acuario abra sus puertas al público para ver tranquilamente a Octavia, me levanto a las cinco de la mañana y me pongo en marcha.

Aparco en el garaje del acuario, en Cangrejos, la codiciada sección de la tercera planta. (Si llegara después de las nueve, me enviarían a Medusas, en la quinta). Al entrar en el acuario, saludo al personal de información e inicio la subida en espiral: paso por delante del pingüinario, con sus pingüinos azules, africanos y de penacho amarillo, de la exhibición Agujero Azul, con sus meros gigantes, de la de Peces Primigenios, la alargada y plateada arawana, con su lengua huesuda, y el primitivo pez pulmonado, con sus curiosas aletas lobuladas, y de la Marisma de los Manglares. Paso por debajo del esqueleto suspendido de la ballena franca glacial, me detengo a saludar a la anguila eléctrica, observo un instante a las truchas y me dirijo a la exhibición Golfo de Maine, el tanque Islas Shoals y el rape, de casi un metro de longitud, plano y desigual, que vive en el fondo marino. Nada más pasar la exhibición Pozas de Marea del Pacífico, justo antes de la escalera de acceso restringido al personal que lleva a las galerías de agua marina fría y de agua dulce y al

ascensor que conduce a la parte superior del Tanque Gigante del Océano, mi paso se acelera y el corazón me late más deprisa, porque a continuación llego al tanque donde veré a mi amiga Octavia.

Parece que está durmiendo, pegada al techo de su guarida. La textura y el color de su piel casi no se distinguen de la roca, la cabeza y el manto colgando boca abajo. Tiene el ojo izquierdo abierto, pero su pupila es una hendidura fina como un cabello. El ojo derecho se lo tapa la parte gruesa de un brazo, las ventosas de cara a mí, hasta que el brazo se curva hacia atrás y dejo de verlo. Las puntas de cinco de sus brazos cuelgan del techo como zarcillos rizados. No le veo las branquias ni ninguna señal de que respire. Los movimientos de su cuerpo parecen deberse únicamente a las corrientes del agua.

Me quedo hipnotizada delante del tanque, observándola con el filtro rojo de mi linterna frontal para no molestarla. Para mí, verla tan temprano, antes de que se encienda la tenue luz de su tanque de exhibición, es como meditar. Tengo que preparar mis sentidos, dejar que mis ojos se adapten a la oscuridad. Esto es algo que requiere paciencia. Debo educar a mi cerebro para que pase de no ver nada en absoluto a ver cambios sutiles, a ser consciente de que, de pronto, podrían estar pasando muchas cosas a la vez.

Ahora mismo Octavia es la viva imagen de la paz, una virgen pulpo. Parece haber aumentado de tamaño desde la última vez que la vi. La cabeza y el manto son del tamaño de una sandía que uno llevaría a un pícnic familiar. Atesora algo en la membrana de entre algunos de sus brazos: veo el peso de lo que sostiene, pero no el contenido. Igual que una persona cuando duerme, de vez en cuando estira algunos brazos, pero, por lo demás, no se mueve.

Más tarde, a las 9.05 h, 78 minutos después de mi llegada, empieza a moverse. Su cuerpo empieza a latir como un corazón. Infla las branquias con inhalaciones profundas de agua salada y las expulsa por el embudo. Mueve un brazo por delante del cuerpo, casi distraídamente, como una mujer embarazada que se acariciase la abultada barriga. Otros dos de sus brazos se frotan mutuamente, limpiando las ventosas. Y con estos movimientos Octavia deja ver parte de los tesoros que protege: una cadena de cinco centímetros con alrededor de cuarenta huevos, todos ellos del tamaño y el color de un grano de arroz. Se halla suspendida del techo de su guarida y le cae por uno de los brazos como un mechón de cabello errante por el hombro de una mujer. Esos huevos son los tesoros ocultos que antes descansaban bajo la membrana de sus brazos.

Hay muchos más huevos de los que yo veo. Algunos racimos miden nada menos que veinte centímetros. Hacia la parte posterior de la guarida hay apilados cinco o seis racimos. Pero ahora su cuerpo los oculta casi todos.

Ésa es la razón de que Octavia ya no quiera interactuar con nosotros: tiene cosas más importantes que hacer. Cuidar de sus huevos es la tarea que mantendrá ocupado a un pulpo hembra hasta el final de sus días.

Octavia empezó a poner huevos en junio, mientras yo estaba en África, pero nadie le ha visto poner ni uno solo. «Vas a primera hora de la mañana y hay más huevos», dice Bill. Los pulpos gigantes del Pacífico son, por lo general, nocturnos, y no cabe duda de que un proceso tan delicado como poner huevos es mejor llevarlo a cabo bajo el seguro manto de la oscuridad. Sin que nadie la vea, Octavia ha estado subiendo al techo de su guarida para expulsar por el sifón cada uno de sus minúsculos huevos con forma de lágrima. El extremo estrecho de cada huevo va unido a un pedúnculo corto. Utilizando varias de las ventosas de menor tamaño más próximas a la boca, coloca cuidadosamente entre treinta y doscientos huevos en una ristra, como haría uno con unas cebollas. Utilizando una secreción de glándulas de su cuerpo, afianza los racimos al techo y a las paredes de la guarida, donde cuelgan como si fuesen uvas. Después empieza otra cadena, y otra. En libertad, a lo largo de unas tres semanas, un pulpo gigante del Pacífico hembra podría poner de sesenta y siete mil a cien mil huevos.

Es muy poco probable que los huevos de Octavia estén fertilizados. Las hembras almacenan esperma inactivo encapsulado en su glándula espermatofórica durante meses y lo activan cuando llega el momento de fertilizar sus huevos, pero Octavia tendría que haberse apareado antes de que la capturasen, hace más de un año, y por aquel entonces probablemente fuese demasiado joven para aceptar el espermatóforo de un macho.

Y sin embargo es evidente que Bill está orgulloso de los huevos de Octavia. Aunque la puesta de huevos indica que se acerca el final de la vida de una hembra, Bill no está triste. Parece cada vez más contento, satisfecho con cada nueva cadena de huevos que aparece. Para él, el proceso representa la completitud.

«Atenea murió tan pronto que me sentí estafado», afirma. La vida de todo pulpo hembra debería concluir con la puesta de huevos. Al mantenerlos seguros, aireados y limpios, Octavia podrá llevar a cabo los mismos rituales que completó su madre antes que ella, y la madre de su madre, y la madre de aquélla, hace cientos de millones de años.

En el libro que recoge su vida entre los bosquimanos, *The Old Way: A Story of the First People*, mi amiga Liz evoca tiernamente una imagen que acuñó el biólogo evolutivo Richard Dawkins: «Estás junto a tu madre, sosteniendo su mano; ella sostiene la mano de su madre, que sostiene la mano de la suya…». Al final la cadena se extiende a lo largo de quinientos kilómetros y se remonta a cinco millones de años, y esa mano del antepasado se parece a la de un chimpancé. Me encantaba imaginar uno de los brazos de Octavia alargándose para tocar uno de los brazos de su madre, y uno de los brazos de la madre de su madre, y de la madre de la madre de su madre… Unos brazos repletos de ventosas, elásticos, que se remontaban en el tiempo: un coro de pulpos extendiéndose no sólo cientos, sino muchos miles de kilómetros. Más allá del Cenozoico, la era en la que nuestros antepasados descendieron de los árboles, más allá del Mesozoico, cuando los dinosaurios dominaban la tierra, más allá del Pérmico, con la evolución de los antepasados de los mamíferos, más allá de los depósitos de carbón creados por los bosques pantanosos del Carbonífero, más allá del Devónico, cuando los anfibios salieron del agua, más allá del Silúrico, cuando las plantas arraigaron por primera vez en tierra firme, hasta el Ordovícico, hasta una era anterior a la aparición de alas, rodillas o pulmones, anterior a que los peces tuvieran mandíbula ósea, anterior a que un corazón con cámaras bombeara sangre. Hace más de quinientos millones de años, las mareas serían más fuertes, los días, más cortos, el año, más largo y el aire, demasiado rico en dióxido de carbono para que los mamíferos o las aves pudieran respirar. Todos los continentes del planeta se encontraban en el hemisferio sur. Y sin embargo el brazo del antepasado de Octavia, sensible, lleno de ventosas y elástico, resultaría reconocible, se sabría que era el de un pulpo.

En libertad, la mayoría de los pulpos hembra ponen huevos una sola vez y después los protegen con tanto celo que no se separan de ellos ni para cazar y alimentarse. La madre pasa hambre el resto de su vida. Una especie de las profundidades marinas ostenta el récord de esta hazaña al sobrevivir cuatro años y medio sin alimentarse mientras incubaba sus huevos cerca del fondo del cañón de Monterrey, a alrededor de un kilómetro y medio bajo la superficie del océano.

En el simposio sobre pulpos de Seattle, el submarinista Guy Becken ha ofrecido una presentación en PowerPoint sobre Olivia, un pulpo gigante del Pacífico en libertad que vivía a tan sólo un kilómetro y medio del Acuario de Seattle, en un popular lugar de inmersión conocido como Cove 2. Como miembro del club de submarinismo local que se reunía los martes por la

noche, sus amigos y él iban a dicha zona y solían encontrar allí pulpos, así como cañabotas grises, anguilas lobo y lorchas. En 2001 se topaban con frecuencia con un pulpo macho de gran tamaño al que llamaron Popeye a tan sólo treinta metros de la costa, entre los pilotes del muelle. Después, en febrero de 2002, apareció otro pulpo, que resultó ser hembra. Calcularon que pesaría unos treinta kilos. La llamaron Olivia.

Olivia llegó a acostumbrarse tanto a los submarinistas que aceptaba los arenques que le ponían en las ventosas del brazo que extendía. Sin embargo, a finales de febrero se negó a salir de su guarida. Bajo un grupo de pilotes de madera sumergidos, levantó una barrera de rocas de unos veinte centímetros en semicírculo delante de una de las dos entradas. Pero, con todo y con eso, los submarinistas podían verla desde fuera, y al finalizar el mes confirmaron que Olivia había puesto huevos.

«Cada vez que íbamos a verla era distinta —contó Becken—. A veces se mostraba receptiva, otras dejaba claro que no quería compañía». Durante el primer mes después de que pusiera los huevos siguió aceptando los arenques que le ofrecían los submarinistas, pero «después empezó a rechazar los arenques», dijo Becken.

Cientos de submarinistas acudieron a ver a Olivia y sus huevos aquel verano. Contemplaban embelesados cómo acariciaba los huevos con las ventosas y rociaba agua entre ellos con el sifón, la vieron rechazar a estrellas girasol que intentaban explorar su cámara de incubación con la idea de comerse sus huevos. A mediados de junio, los submarinistas vieron los puntos negros —los ojos— de las crías en los huevos. «¡Ahí hay uno! ¡Ahí hay uno!», recordaba haber exclamado Becken años después, con su entusiasmo intacto al señalar los ojos en desarrollo de las crías en la pantalla.

Durante una inmersión nocturna a finales de septiembre, Becken y sus amigos presenciaron la eclosión de algunos de los primeros retoños de Olivia (denominados *paralarvas*). Olivia se sirvió de su sifón para sacar de los huevos a los pulpos recién nacidos, diminutos y perfectos, no más grandes que un grano de arroz, y expulsarlos por la entrada de la guarida. Una vez allí se desplazarían, flotando en la corriente, como las crías de araña arrastradas por el viento al final de *La telaraña de Carlota*. Hasta que los supervivientes fueran lo bastante grandes como para asentarse en el fondo, formarían parte del plancton errante del océano, esa comunidad de millones de plantas y animales minúsculos que flota y conforma la base de la cadena trófica, produce la mayor parte del oxígeno del planeta y mantiene con vida al mundo.

El desarrollo de los huevos de un pulpo depende, al menos en parte, de la temperatura. Frente a las costas de California, los huevos de los pulpos gigantes del Pacífico suelen tardar unos cuatro meses en eclosionar; en las aguas de Alaska, más frías, siete u ocho. Los de Olivia tardaron más de los seis meses habituales en el estrecho de Puget, y las últimas crías eclosionaron a principios de noviembre. Escasos días después, los submarinistas hallaron el cadáver de Olivia, lechoso y translúcido como un fantasma, junto a la guarida. Dos estrellas de mar se estaban alimentando de su cuerpo.

«Fue triste —dijo Becken—. Algunos submarinistas no quisieron mirar. Pero puesto que vivió y murió aquí, este sitio se conoce como la Guarida de Olivia. Y son muy pocas las veces que uno va allí y no se encuentra a un pulpo. Siempre que los vemos —añadió—, pensamos en el legado de Olivia».

Aquí, en nuestro acuario del otro extremo del continente, Octavia aún acepta el pescado que Bill y Wilson le dan con ayuda de las pinzas de alimentación. «Esto significa que podría vivir varios meses más», me tranquiliza Bill.

Durante estos meses, Octavia nos permitirá ver de cerca y con todo lujo de detalles su labor más íntima e importante, mucho más de lo que sería posible ver en libertad. Pese a todas las atenciones que les prodiga, no será capaz de transformar esos huevos sin fertilizar en paralarvas vivas, pero seremos testigo de otras transformaciones alrededor de su tanque, algunas producidas gracias a la propia Octavia; unas, tristes, otras, extrañas, y otras, como los huevos de Octavia, la promesa susurrada de vida nueva.

«Aún tiene fuerzas —comenta, aliviado, Wilson, al notar cómo los brazos de Octavia tiran de las pinzas cuando le da un calamar—. Aún le queda tiempo».

Entretanto, con cada día que pasa, Kali está más grande y fuerte y se muestra más atrevida. Anna ya tiene ambas manos en el aljibe y está en contacto con la punta de los brazos de Kali, que asoman por los orificios del barril de encurtidos. Cuando Wilson desenrosca la tapa, Kali sube a mirarlo de inmediato. Todos metemos las manos. Kali se pone boca abajo para recibir dos capelanes ávidamente con dos brazos y empieza a pasarlos de ventosa en ventosa hacia la boca. Mientras, sus otros brazos están ocupados con los nuestros. Es como si nos estuviéramos dando un baño en agua fría con ventosas.

Llevamos así sólo unos tres minutos cuando Kali lanza una bomba de agua. Nos salpica a todos, pero a Anna le da en plena cara. Está empapada.

Del pelo negro y de la punta de la nariz le caen gotas de agua salada helada. Un segundo después Anna chilla: «¡Aaayyy!».

Tardamos un momento en entender lo que ha sucedido. En un principio damos por sentado que su grito es una reacción tardía al hecho de que Kali la haya calado, pero entonces vemos que tres de los brazos de Kali se han cerrado en torno al brazo izquierdo de Anna como una venus atrapamoscas. Nos apresuramos a retirar las ventosas, provocando que cada copa haga un ruido seco al romperse el vacío. Anna se aparta del tanque, haciendo gala de una tranquilidad impresionante, para mirarse la mano izquierda. En la articulación más baja del pulgar se ven dos marcas, en las que se distingue la huella de las mandíbulas superior e inferior de Kali.

Marion la ayuda a lavarse la herida en el lavabo. Aunque la piel está abierta, todavía no sale sangre de la mordedura. Sin embargo, esto se puede deber a la tensión baja de Anna.

Anna no siente dolor, ni tampoco está asustada, pero el resto de nosotros siente cierta inquietud. Al oír el barullo desde el pasillo, Christa se acerca corriendo y nos ayuda a Wilson y a mí a meter al pulpo en el barril para poder cerrar la tapa. No es una tarea sencilla: en cuanto ve que se acerca la cubierta, Kali empieza a salirse, vertiéndose por arriba como la espuma de la cerveza. Se agarra con los brazos a la tapa y los lados del barril a la misma velocidad a la que nuestras seis manos le retiran las ventosas. Me siento mal por tener que poner fin a nuestra interacción tan pronto, sin duda ésta es la parte más interesante del día de Kali, y es evidente que no quiere que termine.

Pero tenemos que ocuparnos de Anna. Casi en el acto, a su lado aparecen dos de los integrantes del equipo de primeros auxilios del acuario. Estaban en la planta cuando se produjo la mordedura. Ahora Anna sí que está nerviosa. No quiere que se haga una montaña de esto, no quiere meterse en líos. Y, sobre todo, no quiere que le impidan interactuar con Kali.

El equipo de primeros auxilios está preocupado. Aunque la herida es minúscula, pues parece mucho menos dramática que el mordisco de un periquito, se trata de la mordedura de un pulpo, y hacía casi una década que no pasaba algo así, desde que Ginebra mordió a Bill. «¿Te sientes mareada?», le preguntan a Anna. Aunque el del gigante del Pacífico es uno de los venenos de pulpo menos tóxicos para los seres humanos, las heridas envenenadas pueden tardar muchas semanas en curarse; además, existe la posibilidad de que aparezca una reacción alérgica, como les sucede a algunas personas con las picaduras de abeja. «¿Tienes sensación de quemazón?», se interesan. No, Anna no la tiene. Pronto se hace patente que, aunque Kali podía haber

decidido morder con fuerza e inocularle veneno, se limitó a darle un pellizquito a Anna. Se encuentra bien.

Pero Wilson está horrorizado. «¡Está siendo agresiva! —exclama atónito—. He interactuado cientos de veces con pulpos. Mi nieta interactuó con un pulpo cuando sólo tenía tres años». Y Kali es uno de los pulpos más cariñosos y sociables que ha conocido en su vida, el que ha tenido contacto con seres humanos mucho más a menudo que cualquiera de sus predecesores.

¿Qué estaba pasando? ¿Pensó Kali que la mano de Anna era un pez? Semejante error era poco probable. Hasta nuestros torpes dedos, desprovistos de receptores químicos, saben distinguir entre la piel de una persona y las escamas viscosas de un pez. ¿Mordió Kali a Anna al azar? Podría habernos mordido a cualquiera de nosotros con la misma facilidad, todos teníamos las manos metidas en el tanque. Sin embargo, con la puntería perfecta del embudo, disparó a propósito a la cara a Anna, justo antes de morderla. La mordedura iba dirigida únicamente a ella. ¿Por qué mordería a esa adolescente dulce, lista, cariñosa y con experiencia?

Me pregunto si se deberá al temblor de Anna. Kali también mojó a Danny cuando éste estaba temblando. Aunque, y esto es algo que me parece más probable, me pregunto si tendrá que ver con su medicación. Toma distintos fármacos, que sus médicos cambian con frecuencia. Quizá Kali los notara y el cambio la confundiera. Puede que hoy Anna no le sepa igual que otras veces. Y, de hecho, Anna me cuenta que, en efecto, sus médicos le habían cambiado la medicación hacía poco.

Salimos a comer pronto, para tranquilizar a Anna y asegurarle que no ha hecho nada malo. Contamos historias de distintas especies que nos han mordido. Kathleen, la anaconda, mordió a Scott cuando la sostenía para que le hicieran una radiografía. (A ningún reptil le gusta entrar en contacto con una fría mesa de metal). Yo fui la más aclamada en mi clase de aerobic en casa cuando aparecí con una mano vendada a causa de la mordedura de una arawana, un pez depredador del Amazonas que pegó un salto en su tanque para morderme cuando le estaba dando de comer en la zona técnica. A Anna ya la había mordido un considerable número de animales, incluidos una piraña (a la que estaba liberando de un anzuelo en un viaje a Brasil con la organización de criaderos sostenibles de Scott), un tiburón pequeño en el acuario y, el más sorprendente, una gallina. Parece bastante satisfecha de añadir un pulpo a la lista.

«Hay algo emocionante en el hecho de que te muerdan», opina Christa. Puede que esto no sea así para la mayoría de las personas, pero para los que

estamos comiendo juntos, lo es: una mordedura es una interacción íntima, y a menudo, en particular con las criaturas marinas, una que no entraña malicia. Se cree que incluso los *ataques* a seres humanos de grandes tiburones blancos son de sondeo, no predatorios. Éste podría ser el caso de Kali y Anna.

En la zona técnica en la Galería de Agua Dulce, uno de los voluntarios jóvenes ha dibujado una viñeta de una anguila eléctrica con un rotulador negro en la pared. De la cabeza salen un rayo y las palabras: «¿Lo has probado?». Y sí, también yo había experimentado en mi piel la emoción de 600 voltios que generó Thor, la anguila eléctrica que había en la zona técnica (la que se encuentra en exhibición se llama Mitones), cuando le toqué la suave y resbaladiza parte de atrás de la cabeza a propósito. («Hazlo con la mano derecha —me advirtió en broma Scott—, porque la izquierda está más cerca del corazón»). Es como meter el dedo en un enchufe. Que te dé una descarga una anguila eléctrica es como el ritual de iniciación para entrar en un club exclusivo.

En todo esto hay una parte de frikis de los peces haciéndose los valientes. Pero, aun así, la mayoría de las mordeduras son accidentes, y todos sabemos que la mayoría de los accidentes suceden cuando uno es vago o descuidado, nada de lo que sentirse orgulloso. Pero una mordedura también es la prueba de que existe una clase de contacto que —hasta cuando sale mal—, en una época en la que la mayoría de la gente está cada vez más apartada de la naturaleza, tenemos el privilegio de experimentar. Aunque los moradores del acuario viven en cautividad, en el fondo siguen siendo animales salvajes. La mordedura de un pez o un pulpo es la prueba de que, para estar en contacto con el mundo natural, estamos dispuestos, hasta deseosos, de entregarnos literalmente (incluso trocitos de nosotros) a los animales que se encuentran aquí.

Durante el verano que Octavia pone sus huevos, veo transformación allá donde miro.

Los pulpos son los maestros del cambio. Un día me encuentro a Octavia blanca como la pared, un color que antes sólo le había visto en las manchas. El blanco es el color al que el pulpo vuelve cada vez más cuando envejece, dado que los músculos que controlan los cromatóforos responsables del color pierden tono con la edad. Otro día veo que a Octavia le falta la punta del tercer brazo derecho, D3. ¿Acaso lo tuvo siempre así y sin embargo ninguno de nosotros, hipnotizados por todos esos tentáculos, siempre en movimiento,

se dio cuenta antes? Julie Kalupa, submarinista y estudiante de Medicina en la Universidad de Wisconsin, escribe que un pulpo gigante del Pacífico puede regenerar hasta una tercera parte de un brazo que ha perdido en tan sólo seis semanas. A diferencia de la cola regenerada de una lagartija, que siempre es de peor calidad que la original, el nuevo brazo de un pulpo es como si fuera nuevo, con todos los nervios, músculos, cromatóforos y ventosas perfectas, vírgenes. Incluso el brazo especializado del macho, la lígula, puede volver a crecer (aunque al parecer tarda un poco más).

Kali también continúa sorprendiéndonos. Un día descubrimos que nos está adiestrando. Christa, Marion y Anna se unen a Wilson y a mí cuando éste desenrosca la tapa del barril. Kali ya está en la parte de arriba, de un marrón rojizo, mirándonos con ojos curiosos, animados. En cuanto la tapa se levanta, dos brazos, tres, cinco, el cuerpo entero intenta salir del tanque. Sus ventosas se mueren de ganas de agarrarnos, a nosotros y todo cuanto pueda coger. Le retiramos con delicadeza las ventosas de la parte exterior del barril, confiando en que se contente con jugar con nosotros en lugar de intentar escapar. Sus brazos se enroscan un instante en nuestras manos, pero después se hunde y se pone boca abajo, como un niño frustrado que se tira al suelo con una rabieta. Luego sube, las ventosas primero, permanece suspendida un segundo en la parte de arriba, y a continuación, como un paraguas al revés que se abriese, su cuerpo se expande. Antes de que nos demos cuenta de que ha girado el embudo y nos apunta con él, dispara un chorro.

Las mujeres nos damos cuenta de que tenemos los pantalones y los zapatos mojados, pero es solamente Wilson —la persona que mejor le cae, la que le suele dar el primer pescado del día— al que ha calado por completo.

—Eso iba dirigido a mí —conviene Wilson, con la cara chorreando—. Ésta va a dar mucho trabajo.

¿Por qué ha lanzado el chorro esta vez? ¿Le fastidia que la hayamos metido en el tanque cuando ella quería explorar? ¿Está jugando?

Tengo la sensación de que es otra cosa. Sospecho que nos está reteniendo a punta de pistola —una pistola de agua, claro— para que le demos capelanes.

—Creo que quiere que le des un pescado —aventuro—, y que lo quiere ya.

El plato de pescado está al lado del barril, y Wilson coge un capelán, que le pone en las ventosas de uno de los brazos. A continuación Christa deposita otro en las mullidas y blancas copas de otro brazo. Kali se tranquiliza sobremanera en el acto. Suspendida boca abajo en la superficie, con los brazos extendidos, nos regala una extraordinaria vista de su brillante pico

negro. Es la primera vez que incluso Wilson ve el pico de un pulpo vivo. El hecho de que comparta con nosotros esta sorprendente parte de ella, por lo general oculta en el interior de la confluencia de sus brazos, es un momento íntimo y de confianza. Vemos cómo pasa el primer pescado de una ventosa a otra, la cola primero. El capelán de siete centímetros desaparece en diez segundos. El segundo pescado se lo come con un poco más de calma. Las rosadas tripas salen a medida que el pico de Kali va masticando, pero después el pescado se desliza despacio en su interior…, los ojos plateados, luego la cabeza, y desaparece.

Desde ese día, siempre saludamos inmediatamente a Kali con un pescado o un calamar. Y ya no hubo más manguerazos en todo el verano.

De un tiempo a esta parte Kali tiene muchos visitantes además de nosotros, puede que demasiados, se preocupa Wilson. Teme que pueda estar demasiado estimulada, y cierra la tapa del barril.

En ocasiones como ésta, después de haber dado de comer a Kali, cuando el tanque de Octavia está demasiado abarrotado para que la pueda observar y no hay nada urgente en la Galería de Agua Marina Fría ni el la Galería de Agua Dulce, Anna, Christa y yo recorremos los otros tanques del acuario, como chicas que van de escaparates por el centro. Sin embargo, para nosotras cada tanque es más como una estación del vía crucis, un lugar donde detenerse a rezar. Aquí nos sentimos santificadas, bautizadas una y otra vez por la belleza y lo extraño del océano.

Dos tanques más allá del de Octavia, un velo de gasa de unos veinte metros de longitud, tachonado de perlas y diamantes, flota en la superficie, sobre el rape, un animal tirando a plano y de casi un metro de longitud, del color y la textura de los detritos del fondo, en cuya gran boca tiene unos dientes largos, puntiagudos y curvados hacia atrás. El velo ha salido de su cuerpo, los diamantes son burbujas de aire, y las perlas, sus huevos. Es un objeto sumamente delicado y prístino, más bello que la cola de cualquier vestido de novia, y que sin embargo proviene de una criatura tan insólita. Me recuerda a la voz angelical de Susan Boyle, la desempleada de cuarenta y siete años, poco estilosa, que pisó un escenario por primera vez en el programa de televisión *Britain’s Got Talent*, en 2009, y cautivó al mundo con su forma de cantar.

Bill, que conoce a este rape desde hace nueve años, sabía que iba a ser madre. El fin de semana anterior, había llevado a un grupo de adolescentes de campamento, fueron unos días largos y agotadores. Pero, de todas formas, el domingo por la noche se pasó por el acuario para ver cómo estaba el rape.

«Empezaba a ponerme nervioso —nos cuenta— porque el pez estaba enorme». El rape anterior al actual llegó a medir el doble que el de ahora y hubo que enviarlo a un tanque de mayor tamaño a Quebec. Expulsar el velo de huevos le causó un prolapso, y hubo que someterlo a una operación para reparar el tejido. Al año siguiente, el velo de huevos se le quedó atrapado dentro, como un niño que viene de nalgas, y el veterinario le practicó una segunda operación para extraerlo. Al siguiente, produjo un tercer velo de huevos, y el veterinario le extirpó los ovarios. El duro y viejo rape sobrevivió a las tres operaciones, pero Bill quería ahorrarle a ese otro, más joven, semejante suplicio.

«Estaba muy incómoda —dijo Bill—. Era como si se hubiese tragado un balón de baloncesto. Ni siquiera podía descansar en el fondo». Se sintió aliviado cuando, la noche siguiente, fue a ver cómo estaba y se encontró los huevos flotando en la oscura agua como la Vía Láctea en el cielo nocturno. Al igual que los de Octavia, esos huevos tampoco habían sido fertilizados. Sin embargo, ello no menoscaba su insólita procedencia o su impresionante belleza.

Por todas partes se suceden cambios increíbles ante nuestros ojos. En el tanque del dragón de mar foliáceo, el macho incuba los huevos, que salen disparados de una bolsa en el vientre que es como la de una zarigüeya. Entre los corales del Tanque Gigante del Océano, una especie de pez llamado *Gomphosus varius* comienza su vida siendo una hembra de color negro o marrón para después convertirse en macho. Las criaturas marinas más corrientes son auténticos milagros. Tomemos, por ejemplo, las medusas. Muchas nacen en este sitio; de huevos y esperma, comienzan su andadura siendo plancton, después, pasan a ser pegotes marrones y se asientan en rocas o muelles, como pólipos. En un principio parecen una cosa que uno se quitaría de la suela del zapato, pero después crecen y se convierten en algo más bello que un ángel.

—Parece que en el océano todo es posible —comento un día en que Christa, Anna y yo estamos contemplando las rayas y las tortugas pasar por delante de nosotras en el GOT.

—¿No te gustaría estar ahí dentro con ellas? —pregunta Christa.

—¿No te gustaría estar en el océano con ellas? —inquiere Anna.

—¿Por qué no lo hacemos? —propongo—. ¿Por qué no aprendemos a bucear juntas este verano?

Anunciamos nuestro plan a Scott y Wilson mientras comemos en uno de nuestros restaurantes preferidos, un mexicano-irlandés llamado Jose

McIntyre’s. A Scott le parece una idea estupenda. Por su trabajo, Scott ha realizado abundantes expediciones de submarinismo de investigación y recolección. Una de ellas la llevó a cabo en el Caribe. Las normas de seguridad básicas prohíben la práctica del submarinismo en solitario, y Scott había prometido unirse a un investigador cuyo objeto de estudio se hallaba activo antes del amanecer. «Pero casi todo el mundo salía de fiesta por la noche y llegaba a las mil», nos cuenta Scott. La pareja de Scott era un buceador excelente, que no necesitaba supervisión; aun así, cada madrugada, a las cuatro y media, Scott lo acompañaba fielmente al lugar de la inmersión. Trabajaban bajo la bóveda de una cueva submarina, en unos dos metros y medio de agua. Scott, agotado, se colocaba la botella, se introducía el regulador en la boca, inflaba el chaleco de control de flotabilidad, se situaba bajo la bóveda, entre corales cerebro y… se pasaba dos horas durmiendo. Luego su compañero lo despertaba y volvían al hotel. «Pero por la noche, cuando me despertaba en la cama, se me olvidaba dónde estaba y daba vueltas como un loco, intentando encontrar el regulador».

Pregunto qué hay que hacer si te entran ganas de toser o estornudar mientras estás buceando.

—No pasa nada. Te enseñan incluso a vomitar como es debido debajo del agua —responde Scott. Afirma que esto pasó de verdad cuando unos visitantes que habían estado de fiesta pagaron por un pase especial para bucear en el Tanque Gigante del Océano.

—Madre mía —dice Christa—. ¿Y qué…?

—Tacos de este restaurante —contesta Scott.

Uno de los brazos de Octavia está bajo su cuerpo. Otro está sujeto mediante veintiocho ventosas de gran tamaño, algunas de ellas de más de 2,5 centímetros de diámetro, al techo rocoso de su guarida. Otro brazo se adhiere con sus ventosas a la pared. La piel que tiene entre los brazos cae como si fuesen colgaduras. Luego, a las 8.25 h, sus brazos comienzan a barrer con brío la madeja de huevos que está más lejos de mí, una actividad atlética que me recuerda a una persona pasando la aspiradora por las persianas o las cortinas. Continúa haciendo esto durante dos minutos. Después se vuelve y le rocía agua con el embudo. No es de extrañar que los huevos sigan tan blancos. ¿Cómo hace para no romper la cadena de sus asideros?

Se enciende la suave luz de su tanque de exhibición. El personal se prepara para recibir al público. El cuerpo de Octavia crece cuando llena de

agua sus branquias, el manto expandiéndose como una orquídea floreciendo. Cuento los segundos que transcurren entre cada respiración. 16. 17. 15. Uno de los zarcillos de sus brazos se ha hecho un nudo. Lo desata y forma un sacacorchos de tres vueltas, con la misma naturalidad con la que una persona haría un dibujito.

Una respiración profunda tarda tres segundos, y el cuerpo entero de Octavia se hincha. Sólo mueve un brazo, el delantero izquierdo, para limpiar de nuevo los huevos que se encuentran al fondo del tanque.

A las 9.10 h oigo los gritos del primer niño pequeño del día. Mi preciado tiempo a solas con Octavia está a punto de acabar. Pero la siguiente hora que paso en el tanque es valiosa por otro motivo: aunque a menudo me impiden ver a Octavia niños que dan empujones y adultos avasalladores, me puedo sumergir en el tsunami de emociones, recuerdos y conceptos erróneos que arranca el pulpo a los visitantes.

—¡Ahí está el pulpo! —exclama una mujer joven.

—Qué bonito —comenta su barbudo acompañante.

—Da miedo, pero es bonito —añade una mujer alta situada detrás de la pareja.

—¿Ése es el pulpo? —pregunta un niño mientras señala la parte inferior del tanque de Octavia.

—No, eso es una anémona —lo corrige el padre.

—¿Es el enemigo del pulpo? —quiere saber, preocupado, el pequeño.

Le señalo a Octavia, en su rincón, y los huevos.

—¡Hala! —dice, y después anuncia—: Soy científico, rescatador de animales y explorador del océano.

Y, dicho eso, sale corriendo a salvar el mar, y sus padres, tras él.

A las 9.20 h me rodea una familia de tres miembros.

—¡Oh, un pulpo! —comenta la madre, leyendo la placa que hay junto al tanque.

Pero no ven a Octavia hasta que yo se la señalo, y después les enseño los huevos. Están sumamente emocionados.

—¿Va a tener hijitos? —quiere saber el niño, que tendrá unos ocho años.

No, le explico, no hubo padre, así que no habrá hijos.

—Son sólo huevos, como una gallina que pone huevos incluso cuando no hay gallo.

Esto preocupa al niño.

—Le hace falta un hombre —asegura.

Su padre está de acuerdo:

—¿No pueden traerle un pulpo macho para que le eche una mano? —sugiere. Una idea romántica, lo admito, pero, le digo a la familia, puesto que los pulpos se pueden comer entre sí, las citas a ciegas en el confinamiento de un acuario, donde nadie puede escapar si no se lleva bien, son más arriesgadas si cabe que en libertad.

—¿No pueden inyectar esperma en los huevos? —pregunta la madre.

A diferencia de los peces, los huevos de los pulpos han de ser fertilizados antes de su puesta. Además, observo, está la cuestión de qué hacer si los huevos eclosionan:

—¿Qué haríais con cien mil crías de pulpo?

—Venderlas a otro acuario —propone el padre, a todas luces emprendedor.

Da la impresión de que la familia al completo está deseosa, desesperada incluso, de que los huevos de Octavia eclosionen. Seguro que en la nevera de su casa hay un cartón de huevos de gallina sin eclosionar que no les angustia tanto. La cuestión es que no hay ni rastro de la madre gallina. Sin embargo, a esta aspirante a madre la tienen delante. Es bonito lo que desean estas personas para los huevos de Octavia. Parecen una familia feliz. No es de extrañar que quieran que Octavia también lo sea.

Los brazos que están más alejados de nosotros ahuecan los huevos, y Octavia riza sus ventosas, limpiándolos, y se coloca boca abajo. Después se vuelve de nuevo. Dos *cuernos* —en realidad, carnosas papilas— aparecen sobre los ojos.

—¡Puaj! Seguro que da asco tocarlo —opina una adolescente.

Va con otras dos chicas, las tres llevan pantalones vaqueros ceñidos, cazadora corta y los ojos muy maquillados. Me vuelvo hacia la que ha hecho el comentario, la repugnancia reflejada en el joven rostro.

—Pero mira —le digo—, ¿has visto los huevos? —Señalo ese bosque de bolitas blancas que cuelga del techo de la guarida—. Todo eso son huevos. ¡Hay miles! Y ella los cuida con mimo a todos.

—¡Ni de coña! —dice la misma chica.

—¡Qué guay! —añade una de sus amigas.

La expresión de las tres se suaviza. Esas bocas en las que antes estaba escrito el asco ahora están ligeramente abiertas, con las pupilas de los ojos dilatadas.

—Sí. ¿Veis cómo ahueca los huevos con los brazos? Sirve para mantenerlos limpios y oxigenados.

—Ooooh… —corean las chicas, como si estuvieran viendo un cachorrito. Hacía un minuto Octavia era un monstruo viscoso. Ahora que es una madre, es una monada.

—¿Cuándo eclosionarán los huevos? —se interesan las chicas.

Sacudo la cabeza y les explico que los huevos no están fertilizados. Veo que a una se le humedecen los ojos.

Proporciono algunos datos sobre los pulpos esperando que les interesen e impresionen. Les hablo del veneno de Octavia, de su pico y su camuflaje, pero las chicas guardan silencio, con expresión fría en su joven rostro. Estoy perdiendo su atención.

Entonces Octavia introduce la punta de un brazo en la cavidad del manto.

—Puede que le pique —comento.

La expresión de las chicas se suaviza.

—Sí —responde una, y se ríen con ganas.

No quieren saber en qué se diferencia Octavia de nosotros. Quieren saber qué tenemos en común. Saben lo que es que te pique algo. Pueden imaginar lo que es ser madre. Este breve encuentro las ha cambiado. Ahora se pueden identificar con un pulpo.

Antes de marcharse, las tres sacan fotos con el móvil y me dan las gracias.

—Cuide de la mami —me dice una con dulzura.

Llega agosto, el momento de ponerse serios con el tema del submarinismo, antes de que las aguas de Nueva Inglaterra se vuelvan demasiado frías o demasiado bravas. Hasta que controle los desmayos, bucear será demasiado peligroso para Anna, así que quedamos Christa y yo. Voy a la tienda de submarinismo que me recomendó Scott, United Divers, en la cercana ciudad de Sommerville, para apuntarme al curso y, cuando vuelvo al acuario, a las 18.15 h, me encuentro con la Teen Appreciation Night, una fiesta que el acuario organiza todos los años para dar las gracias a sus voluntarios jóvenes. Me abro paso como puedo entre los grupos de adolescentes y padres y sus conversaciones y voy hasta el tanque de Octavia. Está inflada, no tiene la piel con arrugas o pliegues, con verruguitas o protuberancias, como de costumbre, sino lisa como un globo hinchado.

Esto no me gusta nada, es como un tumor gigante o un órgano interno hinchado por alguna enfermedad. Mi malestar aumenta al no poder verle las branquias, el embudo o los ojos. Se ha vuelto de cara a la pared, como hacen los perros y los gatos a menudo cuando padecen algún dolor. Salvo parte de

un brazo, caído, las ventosas de Octavia miran hacia dentro, también, unidas a los huevos o a las paredes de la guarida. El color del cuerpo, con la luz roja de mi linterna, parece rosa claro, con vetas de color granate, como varices en las piernas de una anciana. La membrana entre los brazos parece gris.

Estoy consternada. Nunca la había visto así. ¿Se está muriendo? No puedo llamar a nadie, porque nadie puede hacer nada. Los pulpos hembra mueren a los pocos meses de poner los huevos. No hay forma de impedirlo.

Pero no quiero ver morir a mi amiga.

De pronto Wilson está a mi lado, como si fuera la respuesta a una oración. Su nieta, Sophie, es uno de los adolescentes a los que rinde honor la fiesta de esta tarde. Wilson no sabía que yo estaría en el acuario. Quería ver cómo estaba Octavia.

«Es muy raro —comenta, mirando con cara de preocupación al pulpo—. Es la primera vez que veo esa textura. Pero no olvides que estás viendo el final. Si es éste, ¿qué piensas hacer?».

No quiero cargar a Wilson con mi pena. Después de todo, él se enfrenta al mismo problema con su mujer, cuya situación es trágica, además de misteriosa.

Wilson y yo nos quedamos contemplando el pulpo en silencio. ¿Estará pensando en algo Octavia? Y, de ser así, ¿sería yo capaz de entender lo que piensa? ¿Qué pasa en el teatro independiente, sagrado, misterioso, personal de esos cerebros? ¿Alguna vez podremos llegar a conocer las vivencias íntimas de otro?

Aprendizaje, atención, memoria, percepción: todas estas cosas son mensurables, relativamente accesibles, susceptibles de ser objeto de estudio. Pero la conciencia, asegura el filósofo australiano David Chalmers, es «el problema difícil», precisamente por ser tan personal para cada uno. Otros filósofos sugieren que el yo es una noción carente de base. «La ciencia no necesita un yo interior —aduce la psicóloga Susan Blackmore—, pero la mayoría de las personas están seguras de que somos ese yo».

«El yo —escribe Blackmore— no es más que una impresión fugaz que nace con cada experiencia y se desvanece. […] No existe el yo interior —arguye—, tan sólo multitud de procesos paralelos que generan una entelequia benévola, una ilusión útil». Sostiene que la conciencia en sí es una ilusión.

Buda negaba la existencia de un yo fijo y estable. Cuando la vida toca a su fin, es posible que el yo se disuelva en la eternidad como sal en el océano. Esto podría resultar angustioso para algunos, pero perder el solitario yo en el

océano de la eternidad también podría ser una liberación, una iluminación, como prometen los místicos.

A las 19.05 h, uno de los brazos de Octavia se empieza a mover, acariciando despacio los huevos que están más cerca del cristal. Sigue hinchada, de cara a la pared, y no la vemos respirar. Uno de los brazos se adhiere al techo de la guarida con una única ventosa, como una mosquitera que colgara de un clavo.

A las 19.25 h ha erigido algunas papilas en el cuerpo, pero son pocas y pequeñas. Su piel sigue estando más lisa de lo que Wilson o yo hemos visto nunca.

Luego, a las 19.40 h, Octavia se vuelve de repente. Le veo un ojo, la pupila es una raya. Wilson y yo contenemos la respiración. En el cuerpo y la cabeza le salen verruguitas altas. Introduce un brazo en la abertura de una branquia. Los brazos empiezan a moverse con mucha energía, se vuelve de cara a nosotros. Y al hacerlo, nos permite ver los huevos: ¡hay miles!

Da la impresión de que Octavia ha salido de su estupor. De pronto hace girar y girar los brazos, las blancas ventosas arremolinándose como las enaguas con volantes de una bailarina de cancán. Lanza agua con fuerza por el sifón, como un estornudo huracanado. Empieza a despedir una especie de materia fibrosa blancuzca. ¿Qué es? ¿Excrementos? ¿Porquería que tenía en las branquias? Después, Octavia vuelve a limpiar con energía los huevos, acariciándolos con las ventosas.

Salvada la crisis, Wilson va a reunirse con su nieta. A las 20.15 h, Octavia ha extendido las membranas sobre los huevos, como si de una manta se tratase, y cuelga boca abajo, parece una madre pulpo perfectamente sana. Ahora sólo se ven algunos huevos, como un collar de minúsculas perlas ensartadas en un hilo negro. A las 20.20 h parece que se dispone a dormir. Y yo haré lo mismo dentro de un rato. Esa noche me quedaré en el hotel que hay calle abajo. Quiero verla en cuanto el acuario abra sus puertas para los empleados por la mañana.

Cuando vuelvo, a las siete de la mañana del día siguiente, tiene un montón de protuberancias. No tiene nada que ver con cómo estaba por la noche. Se ha rehecho. Con manchas oscuras, está radiante, la viva imagen de un pulpo sano y una madre diligente. Ahueca los racimos de huevos más próximos al cristal con un brazo, igual que una madre sentada en el banco de un parque podría mecer el cochecito de un niño. ¿Quién sabe lo que estará haciendo con los

brazos y los huevos que no veo? Todavía no se han encendido las luces de su tanque; sin la linterna que llevo, no la podría ver.

«Me pongo muy nerviosa cuando entro por la mañana —dice una voz a mi lado. Es una de las becarias con las que no he coincidido hasta ahora—. Me da mucho miedo que un día entre y me la encuentre muerta en el fondo». Una vez a la semana, a primera hora de la mañana, limpia el tanque del pulpo para Bill, y se ha dado cuenta de que los huevos se están arrugando. Algunos han caído al suelo de arenilla del tanque. No sabemos si Octavia se ha percatado de esto ni si esto le preocupa.

Todos los que trabajan en este sitio están al tanto de la noticia agridulce de los huevos de Octavia. Tanto el personal como los voluntarios miran a Octavia con suma ternura.

—¿Usted cree que sabe quiénes somos? —pregunta la señora que limpia el cristal del tanque de exhibición cada mañana—. ¿Sabe que estamos aquí?

—Yo creo que sí —contesto—, pero no sé hasta qué punto le importa, ahora que tiene los huevos. ¿Usted qué cree?

—Creo que nos ve. Sé que son muy inteligentes —replica—. La veo todos los días, y creo que ella me ve a mí. No sabría decir por qué.

El ojo visible de Octavia, ahora cobrizo, no plateado, está de cara a nosotras. No sé si nos mira o mira a la nada, como alguien absorto en sus pensamientos. Parece sana y fuerte, pero es como si tuviera las constantes vitales al mínimo. Respira cada veinte segundos, veinticuatro segundos, quince, dieciocho. ¿Se encuentra Octavia en su mundo, en un espacio en el que apenas se fija en nada que no sean los huevos, como algunas madres jóvenes? Muchas de mis amigas, antes extrovertidas y sociables, cambiaron cuando nacieron sus hijos. Mujeres que no podían aguantar sentadas un concierto de dos horas se quedan embobadas con sus pequeños, aunque éstos hagan poco más que mamar, dormir y llorar. Los cambios hormonales que se producen al dar a luz, incluida una liberación de oxitocina, conocida como *la hormona del amor*, contribuyen a hacer posible ese cambio. Hormonas similares podrían inspirar la dedicación de Octavia. De hecho, los pulpos tienen una hormona tan similar a la oxitocina que los científicos la denominaron cefalotocina.

«Todas las hormonas que hemos buscado en pulpos, las hemos encontrado», me contó Jennifer cuando nos conocimos, en Seattle. Una ponencia que se presentó en el simposio sobre pulpos detallaba que investigadores del Acuario de Seattle habían hallado estrógenos y progesterona —dos hormonas— en sus pulpos hembra, testosterona en los

machos y la hormona del estrés, la corticosterona, en ambos. Los niveles de estrógenos de un pulpo hembra se disparan cuando alcanza la edad de poner huevos y conoce a un macho. Los de testosterona del macho aumentan.

Hormonas y neurotransmisores, las sustancias químicas asociadas al deseo, el miedo, el amor, la alegría y la tristeza en los seres humanos «se mantienen constantes en gran medida en las categorías taxonómicas», dijo Jennifer. Esto significa que, al parecer, tanto si se es una persona como un mono, un ave o una tortuga, un pulpo o una almeja, los cambios fisiológicos que acompañan a nuestras emociones más profundas son los mismos. Hasta el corazoncito de una vieira, que carece de cerebro, late más deprisa cuando un predador se acerca al molusco, lo mismo que le sucedería al nuestro si nos abordara un atracador.

—¡Puaj! Un pulpo, qué asco —dice detrás de mí un niño de unos seis años. Después oigo otra voz a mi lado:

—Hoy me parece que está especialmente guapa —comenta Anna—. Antes venía aquí superpronto y me pasaba todo el tiempo delante de su tanque —cuenta cuando el niño se aleja—, después de que se suicidara mi mejor amiga.

—Madre mía, Anna —susurro—, qué horror.

—Le iba todo tan bien, tenía tantos amigos… Cualquiera habría dicho que si una de nosotras pensaba en suicidarse, era yo, no ella —continúa.

A menudo Anna no se siente a gusto consigo misma. Padece unas migrañas terribles, precedidas por la desagradable sensación de que le suben orugas por el cuello. Le cuesta dormir. Con frecuencia le resulta difícil concentrarse y se siente estúpida. Estos problemas son frecuentes para quienes padecen de trastornos del espectro autista. Si a eso le añadimos el revoltijo de hormonas de la pubertad, los sentimientos pueden volverse insoportables.

Mientras estamos allí, contemplando el pulpo, Anna me confiesa que, antes incluso de que su amiga se suicidara, ella también intentó quitarse la vida.

Estupefacta, me vuelvo para mirarla mientras le señalo a Octavia.

—¿Dejarías esto?

—Entonces no estaba comprometida con este sitio —aduce Anna—. Ojalá hubiera sabido en esa época que sólo se ha explorado el cinco por ciento del océano…

Deja la frase en puntos suspensivos, pero sé lo que está pensando: si hubiera podido transmitir la importancia de este hecho a su amiga, quizá todo

sería distinto ahora. Porque ¿quién querría dejar este vasto planeta azul? Seguro que sus aguas podrían llevarse todas las penas, curar los corazones rotos, sanar todas las almas.

Y, en cierto modo, para Anna ha sido así. Después, en un correo que me escribió a las 2.30 h de la madrugada, Anna me contó más cosas.

«Mi mejor amiga se llamaba Shaira —escribió—, y la vi la noche anterior».

Sin embargo, por la mañana Anna estaba preocupada: Shaira le había dicho que iba a pasar la noche en casa de su novio; a los padres de Anna, que se iba a casa; y a sus padres, que se quedaría con Anna. Pero Shaira no durmió en ninguno de esos sitios, y por la mañana no fue a casa.

Ese lunes, la gente fue llamando a Anna cada cierto tiempo para mantenerla informada. Cuando estaba dando de comer al pez gato del Amazonas, Monty, la hermana de Shaira la llamó al móvil para confirmar que Shaira no había ido a casa de su novio. «Justo entonces la arawana me mordió —escribió—, pero el pez gato se dejó acariciar. Yo estaba llorando».

Anna estaba demasiado preocupada como para trabajar, así que su madre fue a buscarla al acuario. En el coche, la hermana de Shaira llamó de nuevo para decirle que había encontrado una nota en la que ponía que iba a quitarse la vida. Encontraron el cuerpo en un pequeño estanque a diez minutos a pie de casa de Anna en el que se había ahogado.

Anna llamó a Scott y Dave para decirles que no iría a trabajar al día siguiente, pero los dos le dijeron lo mismo: que fuera si creía que podía serle de alguna ayuda. Y eso hizo. Y volvió a ir el día después. Ese miércoles estaba trabajando en la Galería de Agua Marina Fría cuando Dave le preguntó si le gustaría jugar con Octavia. «Para entonces —ponía— ya había perdido la cuenta de las veces que la había sacado, así que tenía la sensación de que la conocía bastante bien. Creo que presintió que pasaba algo. Estuvo mucho más delicada que de costumbre, y me puso algunos tentáculos en los hombros. Me cuesta explicar por qué creo que lo sabía… Cuando has interactuado con un animal muchas veces, acabas sabiendo cuál es el comportamiento habitual y lo que hace en distintas situaciones».

También me escribió: «Me doy cuenta de que expreso más mis sentimientos cuando estoy con ella. Cuando estoy triste, el temblor empeora. Me noto los brazos más débiles, y me baja la temperatura del cuerpo. Cuando Octavia salió, fue como si pudiera dejar de contener la respiración. Me eché a llorar, pero luego paré, porque tenía encima a un pulpo».

Salvo el día en que se celebró el funeral de Shaira, esa semana Anna no faltó ni un solo día en el acuario, de hecho, ese mes de mayo fue nombrada voluntaria del mes.

El resto del año escolar fue duro; Anna trató de evadirse del dolor que sentía consumiendo drogas de vez en cuando, pero en el acuario no se drogaba nunca; ni siquiera se le pasaba por la cabeza drogarse el día anterior a ir de voluntaria. «Mi lógica era que, en el acuario, estaba justo donde quería estar», razona.

«Está siendo el peor verano de mi vida —me escribió Anna—, pero los días que he pasado en el acuario han sido los mejores días de mi vida. He aprendido —añadió, manifestando una sabiduría impropia de su edad— que la felicidad y la tristeza no son excluyentes».

Esto describe cómo nos sentimos al contemplar a Octavia, nuestra extraña amiga invertebrada, que cuida de esos huevos no fertilizados cuando se aproxima al final de su vida con una tenacidad y una ternura que resultan desgarradoras y maravillosas al mismo tiempo.

En *El jardín secreto*, Frances Hodgson Burnett habla de la belleza y la solemnidad de los huevos: «Si hubiese habido una sola persona en ese jardín que no supiera en lo más profundo de su ser que, si alguien se llevaba un huevo o le hacía algún daño, el mundo entero comenzaría a dar vueltas y chocaría en el espacio y tocaría a su fin…, no habría podido haber alegría, ni siquiera en ese exquisito aire primaveral». No cabía duda de que los huevos eran el primer amor de la vida y no cabía duda de que proteger los huevos de uno era el primer deseo del amor. El amor es así de ancestral, así de puro, así de duradero. Ha persistido en miles de millones de especies, a lo largo de millones de años. No es de extrañar que los sabios digan que el amor nunca muere.

Y Anna conoce bien esta verdad. Mientras Octavia cuida de sus huevos no fertilizados, Anna cuida de la tumba de su joven amiga. Busca piedras bonitas, especiales, para llevarlas al cementerio, me cuenta. Sabe que el amor lo resiste todo y que ni siquiera la muerte puede acabar con él.

Aunque los huevos de Octavia no eclosionarán nunca, nos llena de gratitud que Octavia se ocupe de ellos con diligencia y elegancia. Porque cuando muera, Octavia morirá amando como sólo puede amar un pulpo hembra maduro, al final de su breve y extraña vida.

A finales de agosto Octavia sigue activa y fuerte. Bill me cuenta que, el día anterior, cuando estaba dando de comer a las anémonas y a la estrella de mar de su tanque, alargó un brazo y les quitó con avidez dos capelanes de los tentáculos y se los comió. «Podría durar mucho tiempo —asevera Bill—, y ése es uno de los motivos por los que quiero algo distinto para Kali».

Kali ha estado, en palabras de Wilson, «dando guerra». Empezó lanzando chorros de agua. Luego mordió a Anna. Después empezó a exigirnos pescado a punta de sifón. De un tiempo a esta parte ha estado actuando de forma rara. Cuando retiramos la tapa del barril, sube a la superficie, pero no se queda allí. Vuelve al fondo, palidece y nos observa desde abajo. Le pregunto a Bill si esto le preocupa. «Todavía no», asegura.

Esto es exactamente lo que hace cuando Wilson y yo vamos a verla. Sube a la superficie, con el manto inflado, las membranas de entre los brazos ondeando como velas. Pero no nos muestra la parte inferior, pidiendo un capelán. Wilson le da la vuelta a uno de sus brazos —el segundo izquierdo, conocido como I2—, de modo que las ventosas queden hacia arriba. Le da un pescado, y ella parece aceptarlo. Pero en lugar de dejarnos ver cómo se lo come, como hacía antes, desciende. Suelta el pescado. Y, curiosamente, da la impresión de que quiere mirarnos, pero no interactuar con nosotros. Wilson cierra la tapa.

Cuando Wilson, Christa y yo la vamos a ver por la tarde está en la parte superior del tanque, esperándonos cuando se aparta la tapa. Nos succiona las manos con suavidad alrededor de medio minuto. Se detiene cuando las ventosas notan la tirita que llevo en el pulgar, se da cuenta de que es algo nuevo, lo toca tímidamente. Me preguntó a qué le sabrá el adhesivo. Nos suelta pronto. Cuando baja al fondo, el alma se me cae a los pies. ¿Está enferma? ¿Es que ya ha visto a demasiadas personas? ¿Se desespera en ese barril pequeño y vacío? ¿Habrá perdido el interés por nosotros?

Sin embargo, cuando me aparto del tanque para hablar con Bill, Kali sube de inmediato y se vuelve de un rojo vivo. ¿Me está buscando? Wilson me llama. Le acaricio la cabeza y se queda conmigo varios minutos antes de volver al fondo del barril. Nos mira fijamente, con expresión inescrutable.

Wilson está preocupado. Cuando la jornada termina y me marcho, habla con Bill.

—El número de personas con las que se relaciona Kali es mucho mayor que el de cualquier otro pulpo. ¿Opinas lo mismo, Bill? —pregunta.

—Sin duda.

—La semana pasada todo el mundo estaba allí antes que nosotros. Y me parece que está viniendo demasiada gente.

Bill está de acuerdo. Se ha estado planteando exactamente este problema. Los trabajos de investigación, incluido el de Jennifer, demuestran que los pulpos en libertad deciden pasar entre un 70 y un 90 % de su tiempo metidos en pequeñas guaridas. Sin embargo, eso aún deja tiempo para que Kali se aburra. Cuando la gente quiere interactuar con ella, si no está de humor, no se puede marchar a ninguna parte. No se puede esconder en una guarida como puede hacer Octavia en su gran tanque. En el barril, Kali es, como dice Wilson, «presa fácil».

Hace unas semanas, con el permiso de Bill, le di a Kali una vasija de terracota limpia por si quería esconderse en ella. En el laboratorio de pulpos de Middlebury, los pulpos apreciaban tanto estas vasijas que se usaban a modo de recompensa por recorrer bien un laberinto, pero, que nosotros sepamos, Kali no ha utilizado nunca la suya. No la hemos visto nunca ocultarse en ella. Cuando abrimos la tapa, siempre está en la parte de arriba del barril, así que Bill la sacó. Parecía que la vasija no hacía más que ocupar espacio, y eso es algo que empieza a escasear en el barril. Kali ya es como dos tercios de Octavia.

Las opciones de Bill son limitadas. No la puede meter en el tanque grande con Octavia, porque es casi seguro que un pulpo intentaría matar al otro. «La quiero en un sistema nuevo», dice Bill a Wilson.

Sin embargo, eso es algo que resulta más fácil decir que hacer. «Todas las fichas tienen que estar en su lugar —dice Wilson, cuando me lo cuenta después—. Quieres mover este pez, pero primero hay que mover este otro, y antes hay que mover ese otro, y, al moverlos, habrá que mover a esos otros animales de ahí. No siempre se puede controlar lo que uno tiene y cuándo lo tiene». Todos los días nacen y mueren animales en el acuario, llegan de expediciones de recolección, los trae un agente del Servicio Federal de Pesca y Vida Silvestre norteamericano o se intercambian con otros acuarios de todo Estados Unidos y Canadá.

Las idas y venidas siempre son acontecimientos delicados, a menudo, sorprendentes. Una mañana veo que a Bill le han regalado una langosta de casi diez kilos capturada frente a la playa de Nauset, en Orleans, Massachusetts: la ha donado el ganador anónimo de un sorteo en la lonja Capt’n Elmer, cuyos beneficios irán a parar al centro de investigación y tratamiento del cáncer Dana-Farber. Las pinzas de la langosta pesan tanto que no las puede sacar del agua. Otro día llegan a la Galería de Agua Dulce

dieciocho rayas amazónicas, cada una de ellas tan grande como una alfombrilla para el baño. Vivían en un tanque enorme cuyo dueño era un hombre parapléjico al que estaban reformando su piso, en una planta baja, pero habían crecido demasiado y no podía seguir haciéndose cargo de ellas. (El hombre agradeció al acuario que las aceptase, pero lloró mientras la furgoneta se las llevaba).

Luego, un miércoles, cuando subo después de visitar a Octavia, me encuentro al equipo de Scott cogiendo peces ángel.

Hay veintiséis, así como dieciséis plecos, un *Satanoperca lilith*, diecisiete *Geophagus*, dos arawanas plateadas y un sinfín de especies más. Después de un año de planificación, los peces ángel y sus compañeros de tanque van a pasar de la zona técnica, donde se han desarrollado desde que llegaron del Amazonas, a la exhibición Amazonas, delante. El gran tanque redondo que hay en la parte de atrás, en la zona técnica, está casi vacío para que Christa y otro voluntario, Colin Marshall, ambos con trajes de neopreno, puedan coger con la red los peces que aún hay en el agua que queda, que les llega por la espinilla, haciendo que los peces vayan hacia el otro. Colin y Christa cada vez que tienen un pez en la red, se lo pasan a Scott, quien también lleva su neopreno y sostiene otra red. A medida que va a trasladando cada uno de ellos al nuevo tanque, dice en voz alta el nombre de la especie y el número de ejemplares que hay, puesto que a menudo hay varios peces en cada redada. Anna hace constar el número mientras Wilson, Brendan y yo observamos e intentamos no estorbar.

Se tarda una hora en mover a los peces. Después bajamos de inmediato a la exhibición para verlos en su nuevo hogar. Nunca he visto a Scott tan tenso. «Algún pez podría comerse a otro, o podrían morir peces a causa del estrés», baraja. Pero nada más plantarnos delante del tanque, Scott guarda silencio. «Está observando el lenguaje de los peces», me dice en voz baja Wilson. Las franjas de los peces ángel son más claras que de costumbre, una señal de angustia. Sin embargo, y por suerte, una hora después recuperan su color oscuro. Incluso están comiendo en el nuevo tanque. Scott deja escapar un suspiro de alivio.

Otro miércoles, cuando llego, veo que Bill acaba de reorganizar todas las rocas y trasladar a los erizos de mar púrpura, las lapas bellota gigantes, los caracoles de mar, las anémonas verdes gigantes, los gusanos plumero y las anémonas tubo a la exhibición Noroeste del Pacífico, junto a la de Octavia. Está satisfecho con el cambio, tiene un aspecto estupendo, pero no le gusta nada alterar a sus animales. «Llevan aquí más tiempo que yo», alega Bill. Sus

erizos de mar púrpura pueden vivir unos treinta años, los gusanos plumero, un siglo, y las anémonas, si están a salvo de predadores y no sufren ninguna enfermedad, en teoría casi una eternidad, los científicos apuntan a que al parecer no muestran señales de envejecimiento.

Sin embargo, estos potencialmente longevos animales también pueden ser exigentes, en particular las delicadas anémonas. Cuando las condiciones son adecuadas, cada una de ellas se abre como una bella flor, capturando nutrientes con sus tentáculos, que parecen pétalos. Cuando algo las altera, se cierran formando una masa compacta en la que nadie se fijaría. Estos animales carecen de cerebro y del sistema nervioso más básico, y así y todo su comportamiento es sumamente expresivo. El neurocientífico António Damásio menciona brevemente a las anémonas en *La sensación de lo que ocurre*, su libro sobre la conciencia y las emociones. No sostiene que las anémonas tengan conciencia, pero afirma que, en sus comportamientos simples, de una criatura desprovista de cerebro, podemos ver «la esencia de la felicidad y la tristeza, del acercamiento y la elusión, de la vulnerabilidad y la seguridad».

«Es posible que a las anémonas no les guste el sitio en el que las he puesto —comenta, preocupado, Bill. Una de las cuatro anémonas tubo, cuyos tentáculos seguían replegados ayer, se ha abierto hoy, pero hay una blanca rosa manchada que aún es infeliz y no se ha abierto—. Cuando se molesta a alguien, tarda un tiempo en recuperarse —razona».

Pero la mayor alteración de la historia del acuario está por llegar. El Tanque Gigante del Océano, la atracción principal del recinto, va a ser objeto de una reconstrucción integral. Cuatrocientos cincuenta animales de un centenar de especies distintas serán trasladados, más de la mitad de los animales del acuario. El espacio, que ya escasea, escaseará aún más y estará muy solicitado. Durante los próximos nueve meses, la rutina se verá trastocada, lo que hace que encontrar sitio para un nuevo tanque grande y a prueba de pulpos para Kali sea sumamente complicado.

«Éste es el proyecto de mayor envergadura que se ha realizado en el acuario desde su construcción —anuncia Billy Spitzer, vicepresidente de programas y exhibiciones, al personal y los voluntarios que asisten a la presentación informal que se realiza en el mismo acuario el último miércoles de agosto. Lleva puesto un casco protector y un chaleco naranja reflectante para causar

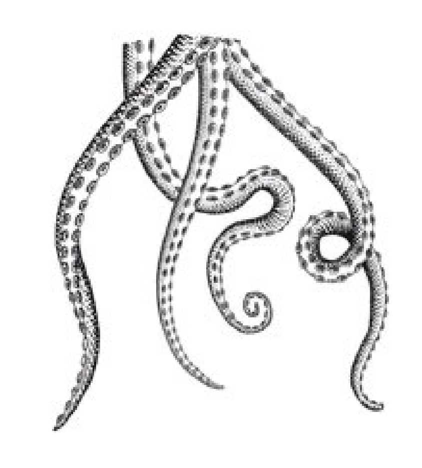
una mayor impresión—. Es incluso más importante que cuando se construyó el acuario, ya que se llevará a cabo sin cerrar sus puertas al público».

Muchos de los animales a los que habrá que mover —incluida Myrtle y sus compañeros quelonios, los tiburones, rayas y morenas, así como cientos de peces de arrecife grandes y pequeños— serán trasladados a las piscinas de los pingüinos, de aguas poco profundas. La temperatura de sus más de cuatrocientos litros de agua, a tan sólo 16 ºC para los pingüinos, pasará a ser ahora de 25 ºC para los peces tropicales. Los ochenta pingüinos africanos y de penacho amarillo habían viajado la semana anterior al Acuario de Quincy, al centro de atención veterinaria, para dejar sitio. Los pequeños pingüinos azules ocuparán un rincón en el Centro para Mamíferos Marinos de la Fundación New Balance, en la primera planta. Se retirará el esqueleto de ballena suspendido para poder cambiar la iluminación del techo. Tras más de cuarenta años de agua salada y presión, los sesenta y siete paneles de cristal de la espiral del Tanque Gigante del Océano serán retirados y sustituidos por paneles acrílicos, más transparentes que el cristal. Entre los próximos nueve y doce meses, las dos terceras partes de los dos mil corales esculpidos del tanque serán retirados y reemplazados por dos mil esculturas de coral nuevas, más delicadas, vistosas y fáciles de limpiar. Y cuando el proyecto, de dieciséis millones de dólares, por fin esté concluido, el GOT sufrirá una renovación completa. Será más accesible y ofrecerá una mayor visibilidad. Y con numerosos escondites adicionales para peces entre las nuevas esculturas de coral, el tanque albergará casi el doble de animales.

«Es una gran oportunidad —aseguró el vicepresidente al personal—, pero será estresante, hay que reconocerlo». Algunos miembros del personal ya lamentan los cambios. Hay quien habla de «la psicología de la pérdida». Durante nueves meses, los pingüinos no darán la bienvenida a los trabajadores ni al público cuando entren en el edificio. Durante gran parte del año que se avecina, el acuario se verá desprovisto de su atracción principal. Algunos de los animales preferidos del equipo no estarán en el recinto. Personas y animales vivirán en la estrechez para dejar sitio a obreros con casco y sus toneladas de equipamiento. Lo que en su día era bonito, pasará a ser feo. Lo que en su día era tranquilo, pasará a ser ruidoso. Nada será igual.

El martes que viene, nos dice, dará comienzo la transformación del acuario.

Y aunque entonces aún no lo sabía, muy pronto también yo viviría una transformación propia.



CAPÍTULO CINCO
Transformación

El arte de respirar en el océano

Me ahogo.

Bueno, no exactamente. Pero hay agua en mis vías respiratorias, estoy a algo menos de cinco metros bajo el agua y da la impresión de que cada vez me entra más agua. Mi respuesta habitual a semejante situación, una respuesta que me ha dado buenos resultados durante más de medio siglo, es sacar la cabeza del agua y coger aire. Pero mi instructor de buceo está horrorizado.

—No, no, no. No puedes subir a la superficie tan deprisa —advierte el chico joven con acento francés cuando vuelvo a ese aire que me da la vida.

—Lo siento —balbuceo—. Me estaba entrando agua en el regulador. ¿Por qué?

Ese mismo día, otro instructor me enseña que mi problema era el mismo por el que muere el pez: la boca. Tengo que sujetar con más fuerza el regulador con el labio inferior, algo que no estoy haciendo muy bien, porque, por lo visto, paso mucho tiempo bajo el agua sonriendo; sí, sonriendo. Allí, en la piscina del MIT, estoy como loca de contenta, disfrutando de mi transformación anfibia. Me veo en un futuro no tan lejano nadando entre corales, peces, tiburones, rayas, morenas y, sobre todo, entre pulpos. No puedo evitar sonreír como una loca.

Sin embargo, no hay nada que borre una sonrisa de la cara más deprisa que estar a punto de ahogarse. El chico francés me aconseja: «Vayamos paso

a paso». Pero, para mí, la idea de bucear en sí es un paso de gigante con respecto a todo lo que conozco.

Estoy realizando el curso intensivo de submarinismo a las afueras de Boston, como sugirió Scott, pero sin Christa, por desgracia, que se tuvo que borrar en el último momento. Aunque echaba en falta a mi amiga, no me daba miedo hacer el curso. Siempre he sido un tanto acuática. No soy una nadadora especialmente elegante o buena, pero sí intrépida. Del golfo de Tailandia a las turbias aguas del Amazonas, siempre he tenido la seguridad de que no me pasaría nada si seguía la regla número 1 de la natación: no intentar respirar bajo el agua.

Salvo que ahora eso es exactamente lo que se supone que tenemos que hacer.

En el buceo, las cosas no pueden ser más distintas de la vida en la tierra, y también de cualquier experiencia previa con la natación. El equipo de submarinismo es intimidador y pesado. Ya sólo ponerse el equipo —la botella de aire de casi veinte kilos, el dispositivo de control de la flotabilidad o BCD, similar a un chaleco, con sus pesos de plomo adicionales en los bolsillos, los tubos, indicadores y boquillas que cuelgan por todas partes como anguilas durmientes— requiere siete complicados pasos. Mete la pata en cualquiera de ellos y tendrás un serio problema. Con todo, el proceso en sí se me antojaba —a mí, una persona que consiguió pasar no por uno, sino por dos institutos sin recordar la combinación de mi taquilla— un misterio inescrutable.

Con el equipo alquilado, mi cuerpo es algo completamente ajeno a mí. Las enormes aletas son grandes como los zapatones de un payaso, la máscara anula mi visión periférica y respirar por el regulador que tengo metido en la boca hace que parezca Darth Vader. El chaleco de buceo tiene una cámara de aire que se puede inflar y desinflar para que uno flote o se hunda como nunca se ha hundido antes. Llevo una máscara alquilada en la que otra persona escupió (se escupe en la máscara para que no se empañe), un traje de neopreno en el que otra persona hizo pis (nos dicen que todo el mundo lo hace, en el océano, no en la piscina) y un regulador en el que es posible que alguien haya vomitado. Y con todo este equipamiento ni siquiera se supone que vaya a nadar como suelo hacerlo. Se supone que debo poner los brazos como un canguro e impulsarme únicamente moviendo las aletas.

Todo se ve raro: los objetos parecen estar más cerca y ser un 25 % más grandes en el agua. Todo suena raro: el sonido viaja cuatro veces más deprisa en el agua que en el aire, y la orientación se distorsiona. Todo se siente raro: puesto que uno en realidad no está nadando, no entra en calor, y en el agua el

calor del cuerpo se pierde veinte veces más rápido que al aire libre. Aunque la piscina está a unos 27 ºC y llevamos neopreno, cuando termina la primera clase todos tenemos los labios azules del frío.

Aun así estaba dándolo todo y pasándolo de miedo.

Sólo me entró el pánico cuando el agua me empezó a entrar en el regulador.

Estaba segura de que todo sería más fácil a medida que fuera pasando el fin de semana, pero me equivocaba.

Todo el mundo estaba roto tras el primer día de clase de submarinismo. Incluso nuestra instructora jefe, Janine Woodbury, una veinteañera en forma, admitió estar molida. Y, según nos confesó, le dolían los oídos. A mí también. La noche anterior, como el dolor de oídos no me dejaba pegar ojo, me había tomado un somnífero, así que no me encontraba precisamente bien. (Después me enteré de que era peligroso y podría haberme causado daños en el corazón o los pulmones). Sin embargo, al oír —aunque mucho más bajito que de costumbre— la confesión de mi joven instructora de que a ella también le dolían, me sentí mejor. Me dije que quizá sólo fuera eso. Me equivoqué.

El dolor no disminuyó, pero, para mi sorpresa, fui capaz de ponerme el equipo. No tuve que pararme a pensar cómo se purgaba el aire del regulador o cómo inflar o desinflar el chaleco. Me sentía con fuerzas y preparada para aprender cosas nuevas, incluido respirar por el regulador de reserva de un compañero, que, para mi regocijo, se llama *octopus*, pulpo. Sin embargo, tenía la sensación de que me iban a estallar los oídos.

De hecho, en una ocasión Janine vio cómo le reventaban los tímpanos a uno de sus alumnos. «Le salían burbujas de la oreja bajo el agua —contó—. Fue tremendo». Y muy doloroso. Por desgracia, las lesiones auditivas permanentes causadas por el submarinismo no son tan poco comunes como cabría esperar. Scott ya no bucea debido a los daños que sufrió durante una expedición relativamente rutinaria en aguas de Massachusetts, recolectando roca viva —fragmentos de corales muertos colonizados por algas y esponjas que, ya en el acuario, actúan como filtros biológicos en los tanques— a una profundidad de treinta metros. Cuando subía a la superficie, sufrió un «bloqueo inverso» debido a los cambios de presión, y los daños en la cóclea fueron tales que su médico le prohibió volver a bucear.

Le hice a mi instructora la señal de «problemas para compensar los oídos» bajo el agua, y ella me indicó que me tapara la nariz y expulsara el aire, un

truco para ecualizar la presión conocido como «maniobra de Valsalva». Lo hice con tanto entusiasmo que oí un ruido fuerte en la cabeza. «¿Bien?», me preguntó por señas, pero entonces me dolía más, así que le hice el gesto de «algo va mal», me señalé de nuevo los oídos y expulsé el aire de nuevo.

Ascendí un poco y probé de nuevo la Valsalva. También utilicé la maniobra de Frenzel, otra manera de abrir las trompas de Eustaquio, moviendo la mandíbula de un lado a otro como una serpiente que intentara engullir algo más grande que su cabeza. Pero tampoco sirvió de nada.

«¿Bien?», me preguntó otra vez Janine.

«No», contesté con la mano. Intenté hacer una vez más la Valsalva. Probé a hundirme un poco, tal vez se tratara de un «bloqueo inverso» y pudiera solucionarse de esa forma. Pero no, si acaso esto empeoró más aún las cosas. Ascendí de nuevo, despacio, tapándome la nariz y expulsando aire todo el tiempo.

«¿Bien?».

Pero no me encontraba bien. Hiciera lo que hiciese, la presión que sentía en los oídos era sumamente dolorosa.

Salí del agua y me senté con los ojos cerrados, doblada. El dolor no era la única causa de mi sufrimiento, sino la posibilidad de fracasar. Quería a toda costa poder adentrarme en el mundo de Octavia y Kali. Lastrada por mi torpe esqueleto y mis pulmones ávidos de aire, no podría descubrir gran cosa de cómo sería ser un pulpo sin al menos aprender a respirar debajo del agua. Quería conocer a pulpos que vivieran libres en el océano. En la ducha empecé a repetir mentalmente las primeras palabras de la oración de los pescadores bretones, las mismas que John F. Kennedy tenía en una placa en su despacho de la Casa Blanca: «Oh, Señor, tu mar es tan grande y mi barco es tan pequeño…». Deseaba fervientemente salir de ese barco y entrar en el gran océano del Creador, aunque fuera sólo una hora cada vez, respirando y nadando como una criatura marina. ¿Cómo iba a hacerlo sin bucear?

Entonces fui consciente del vértigo y las náuseas. Cuando Scott sufrió daños en la cóclea, el dolor se vio acompañado de mareo. Cuando salió a la superficie, vomitó.

Pero estaba decidida a volver a probar. Mi instructora me sugirió que utilizara Afrin, un espray nasal que suelen usar los pilotos. Fui tambaleándome hasta una farmacia para comprar el espray y, después, una cajita de comida macrobiótica para comer. No fui capaz de retener la comida.

Janine me sugirió con tacto que lo dejara. No quería perder el oído. Tengo tres amigos inteligentes y fuertes que son sordos, e incluso a ellos les cuesta

vivir en el mundo de los que oyen. Así que accedí. Me iría a casa temprano, tras no haber sido capaz de completar la primera mitad del curso.

Derrotada, me fui al coche, donde descubrí que estaba demasiado mareada para conducir.

Me tumbé en el asiento de atrás, en la manta en la que se sienta nuestra border collie, con las patas y la barriga a menudo llenas de barro después de nuestros paseos por el bosque. Al respirar su olor, me tranquilicé en el acto. En cuestión de media hora, aunque los oídos me seguían doliendo una barbaridad y el vértigo no se me había pasado del todo, pude conducir las dos horas que había hasta mi casa.

Cuando volví al acuario el miércoles siguiente, todo había cambiado. La planta superior del Tanque Gigante del Océano se hallaba cerrada al público, y la pasarela que discurría alrededor del enorme tanque ahora estaba cubierta por una lona blanca para ocultar los trabajos que se estaban llevando a cabo. Había varios barriles de plástico de algo más de trescientos litros, listos para recibir a los peces. La planta superior estaba llena de grandes cajas de madera, en las que esos barriles se llevarían a la sección de mayor tamaño del arrecife.

Octavia se encontraba en un sitio extraño, mucho más al fondo de su guarida que de costumbre, y al menos se veían quince hileras de cadenas de huevos, algunas de más de veinte centímetros de longitud. Estaba suspendida de los brazos, como si estuviese tumbada en una hamaca, y extraordinariamente quieta.

De hecho, una calma poco natural parecía envolverlo todo. El acuario se hallaba prácticamente desierto. Había pocos visitantes. Scott asistía a una conferencia en Tucson, Bill estaba de vacaciones en Florida y Anna había vuelto al instituto. Los pingüinos habían desaparecido y su piscina sólo estaba ocupada por Myrtle y sus compañeras tortugas.

A Myrtle la habían trasladado el día anterior. Un buzo la tentó con lechuga para que fuese hacia un cajón de plástico blanco, del tamaño de una tortuga marina, con corchos en las asas y orificios por los que podía entrar agua. Mientras Myrtle masticaba su golosina, otro buzo se limitó a hacer que el reptil de doscientos cincuenta kilos se diera la vuelta cogiéndolo del caparazón y lo empujó con suavidad hacia el cajón. Después, la sacaron del agua, la metieron en el ascensor y la introdujeron en la piscina de los pingüinos. Myrtle empezó a mover las patas en cuanto notó el agua y, cuando

uno de los cuatro buzos que se ocupaban de liberarla inclinó el cajón, la tranquila y vieja tortuga salió con seguridad a su nuevo hogar como si nada.

La transición de Myrtle fue mejor que la mía. Confiaba en volver de mi fin de semana de submarinismo victoriosa, convertida en una criatura distinta. Pero cuando Christa y Wilson me preguntaron, me vi obligada a confesar mi fracaso.

Wilson se mostró comprensivo, habiendo probado él mismo una vez. «No es un deporte sencillo», apuntó. Sus dos hijos son consumados submarinistas, con multitud de inmersiones registradas, incluida una en la que un compañero murió a causa de un problema de descompresión.

Compartí más detalles sobre mi fracaso durante nuestra visita a Kali, que estaba en la parte superior del barril antes de que levantaran la tapa, con su cuerpo de un marrón rojizo intenso, mirándonos con ojos dorados. A diferencia de la semana anterior, se mostraba bastante activa, extendiendo los brazos y agarrándonos con las ventosas. «Tranquila, cariño», dijo Wilson, mientras corría a darle un calamar y dos capelanes. Sus ventosas se llevaron la comida a la boca en cuestión de segundos, y un minuto después había desaparecido. Acto seguido, centró su atención en jugar, cogiéndonos y tirando de nosotros. Cada ventosa nos abrazaba y besaba a la vez. Para mí fue un consuelo.

Christa, siempre alegre, se sentía optimista con mi revés en el buceo. «Sé que vas a poder hacerlo», me aseguró. Y, de hecho, yo ya había puesto en marcha mi próximo plan. Más o menos a medio camino entre mi casa y el acuario hay una tienda de submarinismo, Aquatic Specialties, en Merrimack, Nuevo Hampshire, y me había apuntado a clases privadas para empezar la semana siguiente, de modo que fuera posible completar la certificación de buceo en aguas abiertas antes de que las aguas de Nueva Inglaterra fuesen demasiado frías o demasiado bravas. Mi instructora era voluntaria en el acuario, algo que consideré un buen augurio.

En realidad, todos los que trabajaban los martes en el acuario conocían a mi nueva instructora. La llamaban Big D. Doris Morrissette, de cincuenta y nueve años, pelirroja y divertida. Sólo mide 1,55 metros, pero tiene un gran corazón. Y es una instructora sumamente paciente y eficaz, porque, como ella misma admite alegremente, cualquier error que alguien pueda cometer durante sus clases, ella ya lo ha cometido.

De pequeña le encantaban Jacques Cousteau y la serie de acción televisiva *Sea Hunt*. Pero aunque era buena nadadora y le encantaba el mar, hasta los

cincuenta años no se le pasó por la cabeza que quizá pudiera bucear, ya que en televisión todos los buzos eran hombres.

Probó con un cursillo de buceo durante unas vacaciones en el Caribe. Al cabo de una media hora de clase en el aula, su grupo se subió a un barco, se puso el equipo y saltó al agua. «Todos menos yo —precisa—. Ni siquiera estaba en el agua y ya estaba muerta de miedo. Simplemente no fui capaz de hacerlo». Probó de nuevo y, después de recibir clases y trabajar con dos instructores personales y un nutricionista para fortalecerse durante un año, obtuvo su certificación.

En 2010 se hizo instructora, y desde entonces Doris ha enseñado a muchos alumnos agradecidos. En verano dirige inmersiones semanales en Nueva Inglaterra y bucea por todo el mundo. Cuando yo la conocí, había realizado 371 inmersiones en aguas abiertas y, desde que empezó a trabajar de voluntaria en el acuario, en 2009, 180 inmersiones en el GOT.

Mis dos clases con ella en la piscina de Aquatic Specialties, más pequeña y menos profunda, fueron sencillas y divertidas, pero a medida que avanzaba el otoño me empezaron a preocupar cada vez más las cuatro inmersiones en aguas abiertas que necesitaba para terminar el curso. Big D se había visto obligada a suspender las dos últimas inmersiones que tenía previstas en aguas atlánticas debido al oleaje. Sin embargo, tenía una solución para mí: me sacaría la certificación en el lago Dublin, en Nuevo Hampshire, a escasos minutos en coche de nuestra casa.

Por desgracia, para entonces ya estábamos en octubre, y la temperatura del lago, que se nutría de agua de manantiales, era de 12 ºC.

Los antiguos espartanos creían que el agua fría es buena para todo, incluido el pelo. Es cierto que el agua a temperatura baja causa cambios fisiológicos, uno de los cuales es el que se conoce como respuesta al *shock* térmico, «una serie de reflejos que dan comienzo inmediatamente después de que la piel se enfríe repentinamente tras efectuar una inmersión en agua fría». Durante esta respuesta refleja, «la presión arterial, el ritmo cardiaco y el gasto cardiaco aumentan, haciendo que el corazón sea más susceptible a arritmias graves y ataques al corazón. Simultáneamente —explicaba un texto en internet—, se produce un jadeo, seguido de una respiración rápida y profunda. Estos reflejos pueden tener como resultado la inhalación accidental de agua y el ahogamiento. Esta respiración jadeante y al parecer incontrolable crea una sensación de asfixia y contribuye a que se experimente un sentimiento de pánico. También puede causar mareo, confusión, desorientación y una disminución del nivel de conciencia».

Me alegro de no haber sabido todo esto en aquella época.

Para no congelarse en las gélidas aguas de Nueva Inglaterra, el submarinista se pone bastante neopreno: yo debía alquilar un traje húmedo, tipo mono, de siete milímetros de grosor, sobre el que llevaría un segundo traje húmedo corto de otros siete milímetros, manga larga y pantalón corto. Ponerme las perneras del mono resultó tan difícil como ortopédico, con muchos tirones y muchos gruñidos, pero Doris me aseguró que valdría la pena, porque cuanto más me costara enfundármelo, más se ajustaría, y cuanto más se ajustara, más calor tendría yo. Pero, dado que la tienda no tenía una gran selección de trajes de alquiler, y hay menos clientas que clientes, me dieron un traje de caballero pequeño. Cabría destacar la amplia entrepierna, que me obligaba a caminar como una mujer que llevara los pantis por la rodilla.

También tendría que comprar escarpines, guantes y capucha. Ponerse la capucha fue como meter la cabeza en un guante quirúrgico de látex. Me dobló las orejas en dos como un pan de pita alrededor de un falafel, y estaba segura de que me iba a asfixiar. Tenía el cuello tan apretado que creía que me iba a estallar la cabeza. Cuando logré ponerme la capucha, confié en que me alisara y estirase la piel de la cara, dándole el grato efecto de un estiramiento, pero en lugar de eso me estrujaba las mejillas contra la nariz, como si la cabeza se me hubiese quedado atrapada entre las puertas de un ascensor al cerrarse.

Otra característica del neopreno extra es que incrementa la flotabilidad, con lo cual el buceador necesita llevar más peso. De modo que, además de la botella de más de trece kilos y los pesos que ya llevaba para bucear en la piscina, ahora tendría que añadir más lastre aún a un cinturón que llevaba. Esto hizo que el peso total que llevaba ascendiera a más de treinta kilos… el 57 % de mi peso.

El incremento de peso, el frío, el equipo adicional y la escasa visibilidad de sus turbias aguas hacen que el submarinismo en aguas abiertas en Nueva Inglaterra prácticamente sea una inmersión técnica. Tanto Doris como mi instructora anterior, Janine, dijeron lo mismo: «Si eres capaz de bucear en Nueva Inglaterra, eres capaz de bucear casi en cualquier parte».

Big D y yo cargamos el equipo en nuestros coches y salvamos la hora que separaba Merrimack de Dublin. Una vez más me embutí como pude en los dos trajes de hombre. Peleándome con el neopreno en el arcén de la concurrida Ruta 101, una carretera por la que pasan a menudo amigos y vecinos, recé para que no pasara por allí nadie que me reconociera en ese preciso instante.

Cuando por fin estuve vestida, pensé: «Vale, esto es tan incómodo que ni siquiera notaré el agua fría». Entré en el lago tambaleándome, yendo de piedra en piedra hacia el fangoso fondo, y durante un momento me sentí seca y caliente. Luego empezó a entrar el agua. Recordé con añoranza que Janine nos había dicho que sólo hay dos clases de buceadores: los que se hacen pis en el neopreno y los que mienten al respecto. En ese momento 37 ºC me habrían parecido una gozada. Deseé haber bebido más antes de ir.

Ese primer día era nublado y lluvioso, pero Big D estaba contenta: «Las gotas de lluvia son increíbles vistas desde debajo del agua», comentó. Al sumergirme comprobé que o me hundía hasta el fondo o subía disparada a la superficie. Sentía calambres en las piernas del frío. En esa agua turbia, si mi instructora se alejaba de mí más de diez metros, la perdería de vista.

Milagrosamente, logré poner en práctica todos los conocimientos de submarinismo que poseía, para satisfacción de Doris. Salimos a la superficie a los veinte minutos, y ella anunció que nuestra próxima inmersión sería «sólo para divertirnos». Podríamos ir en busca del gran róbalo con el que el Departamento de Caza y Pesca de Nuevo Hampshire puebla el lago; también hay salmones de lago. En la oscuridad no vimos ninguno. Sin embargo, Big D tenía razón: las gotas de lluvia eran increíbles vistas desde debajo del agua.

Para la última inmersión, dos días después, prácticamente me caí al agua. Esta vez ni siquiera buscaba peces. Sólo quería que terminara la inmersión.

Pero entonces un róbalo de quince centímetros vino directo hacia mi máscara.

No tuvo nada que ver con ningún encuentro que hubiera tenido con un animal en libertad. Por lo general, primero se ve el animal a lo lejos y, si se tiene suerte, puede que se acerque poco a poco o permita que uno se coloque un poco más cerca de él. No se plantan sin más a centímetros de tu cara y se te quedan mirando. Es posible que el róbalo también se sorprendiera. Como su cara no es tan móvil como la nuestra, hay quien dice que los peces carecen de expresividad, pero se equivocan. Su mirada era burlona: «¿Qué haces tú aquí?».

Nos sostuvimos la mirada varios segundos. Luego uno de los dos parpadeó. Puesto que yo era la única que tenía párpados, debí de ser yo. El róbalo se esfumó en un santiamén.

Pero el pez seguro que se alegró, porque ese día —el día que obtuve mi certificación— la que se quedó enganchada fui yo.

Cuando volví al acuario, descubrí que habían evacuado a los últimos peces del GOT. El personal del acuario quitó el tapón del tanque de más de setecientos cincuenta mil litros a las diez de la mañana del 2 de octubre, drenándolo a unos dos centímetros y medio por minuto. Por fin, los buzos pudieron utilizar escalerillas para llegar al nivel de agua inferior y coger en redes a los veloces sábalos, palometas y jureles. Mientras yo buceaba en el lago Dublin, Bill formaba parte del equipo que trabajó de las 15.00 a las 21.00 h el fin de semana para trasladar a los ocho sábalos de un metro y veinte centímetros de longitud y casi veinte kilos de peso. «Son grandes y difíciles —contó—. Por eso los dejaron para el final».

Cada movimiento está cargado de dramatismo y peligro. En septiembre, un equipo de cuatro buzos, tres veterinarios de la plantilla, una cadena humana de trece miembros provistos de sendos cubos, un conservador y un puñado de voluntarios trabajaron codo con codo para sacar a los dos tiburones limón, una hembra y un macho de casi un metro de longitud, del GOT.

Durante semanas, los buzos estuvieron aclimatando a los tiburones a las redes, sosteniéndolas en el agua para que los animales no les tuviesen miedo. El día anterior, el equipo había trasladado sin problema a los tiburones cabeza de pala, pero los limón son más sensibles, explicó el conservador Dan Laughlin, y podían asustarse. Un tiburón asustado es casi imposible de coger, razón por la cual Dan puso al corriente a todo el mundo no sólo del plan A, sino, por si éste no funcionaba, de los planes B, C y D. (Los planes B y C implicaban acorralar a los escualos aislando sus zonas de natación habituales con redes o particiones; el D entrañaba esperar hasta que el tanque estuviera prácticamente drenado). Si hay algo peor que asustar a un tiburón es herirlo, y esto puede suceder con facilidad si el animal se da contra el afilado borde de una escultura de coral. «No hagáis nada —advirtió Dan a los dos buzos armados con grandes redes— a menos que estéis seguros de que vais a cogerlos».

El plan era sencillo: los dos buzos, la amiga de Myrtle, Sherrie Floyd, según pude ver, y Monika Schmuck, acuarista de cría en el Acuario de Quincy, se situarían frente a frente en sendas esculturas de coral entre las cuales se abría una profunda depresión. Un tercer buzo, que permanecería en el agua de la depresión, tentaría a los tiburones ofreciéndoles un arenque en un palo de alimentación. Cuando el alimento captara la atención de un escualo, el buzo movería el palo en dirección a la familiar red, hacia la que, confiaba todo el mundo, el tiburón nadaría con impaciencia.

Al principio parecía que a los tiburones no les interesaba el arenque. Dieron una vuelta alrededor del palo de alimentación una vez, otra, luego una tercera. Pero el equipo se había asegurado de que los animales estuvieran hambrientos. La cuarta vez, el tiburón limón hembra fue directo a la red de Sherrie, que la cogió en un movimiento fluido y se la pasó a otro empleado que se encontraba en tierra firme y llevó al tiburón al tanque —que la cadena humana de cubos había llenado de agua salada, con ayuda de una única bomba— que ya esperaba en el ascensor.

Todo el mundo pensó que costaría más coger al segundo tiburón, pero dos pasadas después el macho se hallaba en la red de Monika. Como era más grande que la hembra, y lo bastante fuerte como para salirse, el corazón se nos paró hasta que alguien colocó una segunda red sobre la primera para impedir que escapara. Los dos tiburones estaban en el camión rumbo a Quincy antes incluso de que los buzos se metieran en la ducha.

Por desgracia, el traslado de los sábalos no fue tan sencillo. Tuvieron que disolver anestésico en el agua para ralentizar a los peces. Uno de los sábalos no se recuperó de la anestesia y murió.

Esto fue un golpe para Bill. En una visita anterior lo había observado cuando sostenía con delicadeza a uno de sus protegidos más ancianos, una gallineta, mientras técnicos veterinarios la alimentaban a través de un tubo. «No está comiendo», me contó Bill con gran preocupación. El de la gallineta era un problema corriente: tenía una burbuja de gas en un ojo, y el dolor le había quitado el apetito. Lo estaban tratando con gotas oftálmicas con esteroides para la burbuja, pero mientras se recuperaba era importante que se mantuviera fuerte. Bill estuvo visiblemente tenso hasta que el pez se recuperó del fármaco y pudo volver a su tanque de la zona técnica, que compartía con otra gallineta y una suerte de anguila parda conocida como pez mantequilla, ambas especies comunes en el cercano estado de Maine.

No todas las instituciones que se ocupan de animales son iguales en cuanto a los cuidados que prodigan a sus enfermos. Durante la época en que una amiga mía trabajaba en un pequeño zoo a principios de los años ochenta, el canguro que tenían enfermó. Mi amiga llamó a un zoo australiano para pedir ayuda. «¿Qué hacen cuando un canguro se pone malo?», preguntó. «Pegarle un tiro y capturar otro», fue la respuesta.

Pero en el Acuario de Nueva Inglaterra cada animal, por corriente que sea, recibe unos cuidados compasivos y expertos. Todo el mundo quiere a estos animales, nadie quiere verlos sufrir o morir. Una de las mojarras de Bill se recuperaba de una episiotomía. Estos peces son vivíparos y las crías,

atrapadas en su interior, le habían roto la cloaca, dejando a la vista los intestinos. Charlie Innis, el juvenil y alegre veterinario del acuario, la operó con la misma concentración y urgencia que pone cuando salva a las docenas de tortugas marinas salvajes heridas, en peligro de extinción, que el acuario rescata, rehabilita y libera cada año.

La mojarra, que medía diez centímetros, tardó un mes en recuperarse de la operación. Hoy, Bill la saca con suavidad del tanque de recuperación y la deposita en un cubo azul, donde será anestesiada para que dos técnicos veterinarios con su bata y sus guantes le puedan quitar los puntos. Uno la sostiene en una toallita de papel amarilla mientras el otro le corta la sutura. Pronto pasará a un tanque de la zona técnica, que compartirá con algunas plumas de mar, bellos corales blandos cuyos apéndices parecen aquellas antiguas plumas de ave que se usaban para escribir. Bill me enseña el tanque. Se encuentra al lado de otro que en su día contenía lumpos, después *Zoarces americanus* y ahora anémonas blancas, unos animales que han sido trasladados recientemente de la exhibición Noroeste del Pacífico. Éste es el tanque al que a Bill le gustaría pasar a Kali.

Pero ¿cuándo? El pequeño pulpo ya no es tan pequeño. Cuando la vamos a ver, se muestra activa y afectuosa, su succión nos deja chupetones rojos en las manos y los brazos, pero a todos nos preocupa que en su pequeño y aburrido barril —sin nada con lo que jugar, ningún sitio donde esconderse, nada que ver— pueda llegar a deprimirse. Además de la falta de espacio que ha traído consigo la reforma del GOT, dentro de poco Bill tendrá que marcharse para unirse a la expedición de recolección anual que el acuario realiza en el golfo de Maine para traer más animales, lo cual complicará más si cabe el encaje de todas las piezas del rompecabezas.

Ver a Kali en su barril sólo hace que me entren más ganas de conocer a un pulpo en el mar. No sé cómo ni cuándo sucederá esto. Mi próximo trabajo me llevará, dentro de tan sólo dos semanas, a Níger, a documentar un estudio sobre el antílope del desierto. Nada podría estar más lejos de mi corazón acuático en este momento que un océano de arena.

Pero cuando vuelvo de pasar el día en el acuario, me aguarda una noticia inquietante. Agentes de Al-Qaeda en el cercano Mali han pasado a Níger, y los terroristas están secuestrando a extranjeros. La expedición se ha suspendido. En lugar de ir de safari al Sahara, estaré buceando en el Caribe en busca de pulpos.

La tienda de submarinismo de Merrimack organiza cada otoño un viaje a Cozumel, uno de los mejores lugares del mundo para la práctica del submarinismo. La isla, situada a unos quince kilómetros de la mexicana península de Yucatán, da su nombre al Parque Nacional Arrecifes de Cozumel, que protege más de diez mil hectáreas en su mayor parte intactas de la segunda barrera coralina más grande del mundo, en unas de las aguas más claras del océano. El parque se enorgullece de albergar alrededor de veintiséis especies de coral y más de quinientas de peces, y ofrece la posibilidad de ver pulpos.

«Por lo general, es raro ver un pulpo —afirma la propietaria de la tienda, Barb Sylvestre—. Casi todos los submarinistas con los que he hablado lo corroboran. Mi tendero, por ejemplo, después de bucear por todo el mundo durante veinticinco años, sólo ha visto uno, que le lanzó tinta al ver que se acercaba—. Pero en Cozumel —continúa Barb— solemos ver un montón en las inmersiones nocturnas». «Un montón» de una especie que rara vez se deja ver puede que se refiera tan sólo dos o tres, pero aun así sería muy emocionante.

El primer sábado de noviembre conozco a mis compañeros de viaje en el aeropuerto de Manchester, Nuevo Hampshire. Este año irán a Cozumel ocho personas, un número que se me antoja propicio: aparte de Big D, yo, Barb y su marido Rob, en nuestro grupo hay otros tres submarinistas y la pareja de uno de ellos, que no bucea. Componemos un equipo optimista y entusiasta, pero después de los retrasos que sufrimos en el control de inmigración a nuestra llegada a México, cuando por fin llegamos al Scuba Club Cozumel para prepararnos para nuestro chequeo de flotabilidad —en mi caso el primero en el océano—, estoy atontada por el agotamiento. Y empieza a oscurecer.

Con la escasa luz, el equipo parece sumamente complejo y extraño. Afianzo el chaleco a la botella de aire de lado. Big D (tan cansada también que se ha puesto el traje de neopreno del revés) me ayuda a colocarlo bien. Conecto las mangueras —al revés—, estropeando una junta tórica. (¿No fue eso lo que hizo que el transbordador espacial *Challenger* estallara?). Ahora tengo una pérdida de aire. Devuelvo la botella a la tienda, cojo una nueva y afianzo las mangueras. Ya con mi máscara, mis aletas verde lima y un neopreno nuevo negro y rosa, por fin voy hacia el muelle, caminando como un pato, doy una zancada resuelta y me sumerjo en el mar Caribe.

Y una cantidad alarmante del mismo me entra inmediatamente por la nariz.

Subo a la superficie, tosiendo. El agua sabe a hemorragia nasal. Cojo aire de verdad quitándome el regulador. Big D hace la señal de descenso, con los pulgares hacia abajo, pero ¡no me hundo!

Los otros buceadores acuden en mi ayuda: uno va por más pesos a la tienda, y Rob me los mete en los bolsillos del chaleco. En el agua salada se flota mucho más que en la dulce, y ése es el motivo de que ahora necesite ese chequeo de flotabilidad: para determinar cuál es el lastre adecuado antes de lanzarme al océano desde un barco. Así y todo, sigo sin poder hundirme. Rob añade un kilo más, luego dos.

Ahora la oscuridad es absoluta. No veo nada. Me sigue entrando agua por la nariz. Asustada por los errores que estoy cometiendo, soy incapaz de recordar cómo hacer las cosas. Me siento fatal.

«Es tu primera inmersión nocturna», afirma Big D para darme aliento. Alguien consigue una luz. Rob me ha equipado con cinco kilos de peso más. Me sumerjo siguiendo a Doris y atravieso un arco submarino. Por un momento me siento entusiasmada, volando por el agua. Pero doy gracias cuando por fin subo la escalerilla: salvo que no puedo hacerlo, porque no soy capaz de quitarme las aletas.

Big D me ayuda. Consulto mi ordenador de buceo para ver cuánto tiempo he estado buceando en el océano. ¿Habrá sido una hora? ¿Cuarenta y cinco minutos? Miro la pantalla y veo que he bajado a tres metros y he estado dos minutos: ni siquiera lo bastante para que cuente como inmersión. El resto del tiempo he estado cabeceando en la superficie, atragantándome y jadeando.

Dios mío, pienso. ¿Qué será de mí mañana?

A la mañana siguiente me paso media hora delante del espejo, como una colegiala acicalándose. Jugueteo con la máscara, apretando la correa y probando varias formas de colocarla alrededor de la coleta que me he hecho con la esperanza de que la nariz no se me llene de agua salada. Saldremos a las 8.30 h a bordo del *Reef Star*, un barco de casco vikingo de unos quince metros de eslora que puede navegar a veinte nudos por hora, construido por encargo en Estados Unidos hace quince años. Nuestra primera inmersión del día es una inmersión de deriva, en la que nos dejamos llevar por la corriente. Una vez que dejemos el barco, no lo volveremos a ver hasta que vuelva a recogernos. Estaremos lejos de cualquier embarcadero.

—Vamos a bucear en un lugar llamado El Paso del Cedral —nos informa nuestro carismático y fornido guía de buceo, Francisco Marrufo, justo antes de llegar a nuestro destino. Es un arrecife alargado, con forma de columna vertebral, con cabezas de coral a lo largo de un montículo que separa un banco de arena poco profundo de uno más profundo—. Una corriente lenta discurre a lo largo de la línea de corales, donde es posible que veamos morenas. Tal vez haya grandes bancos de roncos condenados, peces amarillos y azules que rechinan los dientes. Puede que veamos ejemplares de pargos rojos… y —Francisco me mira directamente a mí— puede que pulpos. —Antes nos ha comentado que disfruta especialmente cuando se encuentra a estos animales—. Si uno los asusta, abren mucho los ojos, como las personas —informó. Hay hasta cuatro especies distintas, pero puede ser difícil distinguirlas cuando cada una de ellas es capaz de adoptar numerosas formas, tamaños y colores.

El capitán apaga el motor. Me pongo el chaleco, cierro la faja de velcro, ajusto las tiras del pecho, desempaño la máscara y me pongo las aletas.

—Pues allá vamos —dice Big D. Sujetándome la máscara con la mano, doy una zancada desde el borde del barco para ir al agua detrás de ella.

La máscara no se me llena de agua, y respiro bien. Miro hacia abajo con cuidado y descubro un fantástico mundo de colores y formas que parecen sacados de un póster psicodélico. Salvo que estos colores y estas formas están vivos: peces, cangrejos, corales, gorgonias, esponjas, gambas. Los corales hacen pucheros como labios de gigantes y señalan como dedos de esqueletos. Los abanicos de mar ondean más delicadamente que el más exquisito de los encajes. La arena es blanca como la nieve de Nuevo Hampshire; el agua, de un turquesa intenso, y a nuestro alrededor los animales nadan en libertad, como si nosotros no estuviéramos. Es como ser un viajero en el tiempo invisible en otro planeta. Excepto por el hecho de que éste es el planeta en el que vivo desde hace más de medio siglo, cuyos continentes he visitado, todos a excepción de la Antártida. Y sin embargo gran parte del planeta siempre ha sido un misterio remoto para mí. Hasta ahora.

Hay peces por todas partes, la visibilidad es prácticamente ilimitada. El miedo que tenía ha desaparecido.

Casi inmediatamente Francisco señala una morena de metro y medio, oculta bajo un saliente. Es una bella cinta de un verde musgo aterciopelado. Cuando abre la boca, le veo los afilados dientes. Scott me contó que en el acuario hubo una vez una morena que abría la boca muchísimo, invitando a

los buzos a rascarle con cuidado el interior, cosa de la que el buen pez disfrutaba sobremanera. Me siento como si conociera al amigo de un amigo.

Francisco es en parte maya, pero también, creo yo, en parte pez. Se desliza por el agua con la facilidad y la naturalidad de un vecino que nos enseñara su barrio, de modo que lo sigo de cerca, sin perder de vista a Big D. Continuamos nadando, y en un momento dado mi ordenador de buceo me dice que estamos a quince metros y noto que mis oídos están perfectamente. Francisco se vuelve para llamarnos. Señala una oquedad que se abre junto a un enorme coral cerebro.

Veo un ojo, luego, un embudo. Levanto ocho dedos, y Francisco asiente. Manchas marrones, ventosas blancas. Separando un brazo de su roca, el pulpo avanza, los ojos hacia arriba, mirándonos. Su cabeza es del tamaño de un puño. De pronto se pone rojo, luego palidece, a continuación muestra un brillo turquesa. Aparta todo su cuerpo de la oquedad salvo los ojos. Luego el animal se asoma un poco, enseñando la cabeza de nuevo, después, el manto. Nos apunta con el embudo, que acto seguido mueve hacia un lado. Se le ve el blanco de las branquias cada vez que respira.

Podría quedarme en aquel sitio para siempre, viéndolo respirar. Pero los demás también merecen ver el pulpo, así que me hago a un lado, inventando una nueva señal para Francisco: los dedos ligeramente entrelazados, las palmas hacia el pecho, las manos acercándose y alejándose de mi acelerado corazón. Pero Francisco ya lo sabe, me ha visto la cara extasiada. Durante más de un año y medio, desde que conocí a Atenea, desde que llegué a conocer a Octavia y ahora a Kali, cada vez que metía las manos en los tanques en los que trajimos a estas criaturas a nuestro mundo, he deseado adentrarme yo en el suyo. Por fin estoy aquí, en el cálido abrazo del mar, respirando debajo del agua, rodeada del mundo líquido del pulpo, mi respiración ascendiendo en burbujas plateadas como un canto de alabanza.

Lo que sigue es un desfile de maravillas: un pez sapo espléndido se esconde bajo una roca. Sumamente plano, con finas líneas azules y blancas horizontales, onduladas, aletas de un amarillo vivo y barbillas como bigotes, en su día se creía que vivía únicamente en Cozumel. Un tiburón nodriza de más de un metro duerme bajo un saliente coralino, apaciblemente. Un pez trompeta pintada, amarillo con franjas oscuras, flota con el largo morro tubular hacia abajo, intentando fundirse con corales ramificados. Big D se inventa una señal en el acto: un puño en la boca, el pulgar de la otra mano enganchado a él, con los dedos en alto y aleteando, como si diera rienda suelta a las notas de un instrumento de viento. Un banco de peces rosas y

amarillos iridiscentes se desliza a escasos centímetros de nuestra máscara y describe un giro al unísono, como aves en el cielo.

No he conocido un estado natural más parecido a un sueño que éste. Siento una euforia rayana en el éxtasis, y experimento extrañas sensaciones: el eco de mi respiración en la cabeza, sonidos lejanos que resuenan en mi pecho, objetos que parecen más próximos y de mayor tamaño de lo que en realidad están o son. Como en un sueño, lo imposible se revela ante mí, y sin embargo lo acepto sin cuestionar nada. Bajo el agua, me encuentro en un estado de conciencia alterado, donde el enfoque, el alcance y la claridad de la percepción están radicalmente modificados. ¿Es esto lo que Kali y Octavia sienten todo el tiempo?

Para mí el océano es como el LSD para Timothy Leary. Leary sostenía que los alucinógenos son a la realidad lo que el microscopio a la biología, proporcionando una percepción de la realidad que antes no resultaba accesible. Chamanes y amantes de las emociones fuertes comen setas, beben pociones, lamen sapos, inhalan humo y esnifan rapé para llevar su mente a terrenos que no son capaces de experimentar en estado normal. (Y los seres humanos no son los únicos: especies que van desde los elefantes hasta los monos comen a propósito fruta fermentada para emborracharse; no hace mucho se descubrió que los delfines comparten cierto pez globo tóxico, que se pasan con delicadeza de morro en morro, igual que las personas se pasarían un porro, tras lo cual los cetáceos parecen entrar en una suerte de trance).

El deseo de cambiar nuestra conciencia habitual, cotidiana, no se apodera de todo el mundo, pero es algo recurrente en la cultura humana. Expandir la mente más allá del yo nos permite aliviar nuestra soledad, conectar con lo que Jung llamaba la conciencia universal, las formas primigenias, heredadas, que compartimos con todas las mentes; nos une a lo que Platón denominaba el *anima mundi*, la vasta alma del mundo que comparte todo cuanto posee vida. A través de la meditación, las drogas o el sufrimiento físico, determinadas culturas animan a buscar estados alterados para entrar en contacto con los espíritus de animales, cuya sabiduría puede pasar desapercibida en la vida cotidiana. En mi estado alterado inducido por el buceo, no estoy a merced de una droga: estoy lúcida en mi inmersión, formo voluntariamente parte de lo que me parece el sueño del océano.

¿Quién dice que los sueños no son reales? La mitología hindú cuenta la historia del asceta Narada, que se ganó la gracia de Visnú y fue invitado a pasear con el dios. Cuando le entró sed, Visnú pidió a Narada que le diese agua. Narada fue a una casa en la que conoció a una mujer tan bella que

olvidó a qué había ido. Se casó con la mujer, y juntos cultivaron la tierra, criaron ganado y tuvieron tres hijos. Pero entonces llegó un monzón violento. Las inundaciones amenazaban con llevarse las casas de la aldea, el ganado y las personas. Narada tomó a su esposa de una mano y a sus hijos de la otra, pero las aguas eran demasiado fuertes y se separaron. A Narada lo arrastraron las olas, y cuando apareció en la orilla, abrió los ojos y… allí, aún esperando su agua, vio a Visnú, el dios al que a menudo se representa durmiendo en un océano insondable mientras sus sueños salen en forma de burbujas para crear el universo.

Nuevamente a bordo del *Reef Star*, me quito la máscara y lloro de alegría.

Día tras día me siento ebria de extrañas maravillas: caballitos de mar oceánicos de unos siete centímetros con cola prensil, como la de las zarigüeyas, peces ángel de seis especies, la aleta dorsal como la cola de un vestido de novia, peces con los labios amarillos, peces con la cola púrpura, peces coloridos como un loro, peces con forma de disco, peces con dibujos intrincados como cota de malla o con manchas de leopardo entremezcladas con rayas de tigre, peces con nombres evocadores: sargento mayor, castañuela azul, serrano arlequín, abuela real, doncella rayada.

Una noche buceamos desde la orilla. Me pierdo del grupo inmediatamente en la oscuridad y me sumo a otro por error. Inquieta y desorientada, vuelvo al muelle, desilusionada por tener que suspender la inmersión. Pero Rob y Big D regresan: «Vamos a ver si te encontramos un pulpo», afirma Rob, que me coge de la mano e ilumina con su linterna un pez erizo, que se puede inflar como un balón cuando se asusta, un pez cofre cornudo, con cuernos en la cabeza como los de un toro, una raya de espina plana, fantasmagórica, tendida en la arena… Luego Rob me aprieta la mano y apunta con la linterna a otra cosa que está en el fondo. Al principio creo que me está enseñando una gruesa estrella de mar naranja, pero justo al lado, de una abertura en el coral muerto, sale hacia nosotros algo de un rojo pardusco. El pulpo despliega los brazos, dejando a la vista las blancas ventosas, los ojos altos. Irritado por la luz, se vuelve de un rojo vivo y se mete en su oquedad, desapareciendo como agua por un desagüe.

Martes, 7 de noviembre: «Hoy —nos informa Francisco— bucearemos en una de las partes del Columbia: Palancar Ladrillos». En mi guía había leído algo

sobre este arrecife situado en el borde de la cortada del extremo meridional de la isla: «Enormes columnas de coral descuellan sobre una arena blanca y bajan en pendiente por la cara del mar hasta las terrazas consecutivas que se extienden debajo…». Es famoso por sus gigantescos corales plato, abanicos de mar, enormes esponjas, inmensas anémonas.

«Justo donde empezaremos las inmersiones hay un montón de ladrillos y un ancla —continuó Francisco—. Cuando estemos todos en el fondo, atravesaremos el saliente y llegaremos a la cortada. Pasaremos unos pináculos, algunos con resaltes, y después saldremos a la pared. Puede que veáis tortugas. La semana pasada, más o menos en la zona central de este lugar, se nos acercaron veinticinco grandes delfines por detrás. Veremos tiburones y pastinacas, y a veces aparecen como diez langostas en un mismo sitio. Bajaremos a unos veinte metros. Si la corriente es rápida, permaneced cerca del arrecife. Y cuando salgáis, dejaos llevar».

Big D es la primera en saltar, y después voy yo. Pero algo va mal. A tres metros, me empiezan a doler los oídos. Subo un poco e intento compensar la presión tapándome la nariz y soltando aire. No funciona. Veo al resto en el fondo. Intento bajar, pero el dolor es agudo. Le hago a Doris la señal de «problema para compensar los oídos», y después a Rob.

Rob me enseña algunos trucos: inclinar la cabeza a un lado y luego al otro, expulsar aire por la nariz sin tapármela, subir un poquito más y probar de nuevo. Pero nada funciona, y supongo que no es de extrañar: ayer realicé tres inmersiones, una de ellas a la mayor profundidad a la que he bajado en mi vida, veinticinco metros, y esta mañana se me olvidó utilizar el espray descongestionante que suelo usar.

Rob y yo salimos a la superficie.

—¿Puedo seguir con este dolor? —pregunto.

—Es mejor no arriesgarse —aconseja Rob.

Me paro a pensar: mañana es la inmersión nocturna en barco, la mejor oportunidad de la semana para ver pulpos. No me puedo permitir perdérmela.

La tripulación me ayuda a subir al barco, y me siento en un banco, abatida, con la cabeza y esos oídos tan poco dispuestos a cooperar entre las manos. Me tomo un comprimido de Sudafed, confiando en que me descongestione los oídos en la hora y media que queda para la siguiente inmersión.

Espero que el tiempo pase despacio, pero vuela. En el mar, parece que hasta el tiempo se ralentice por el peso y la viscosidad del agua. Incluso cuando sólo tengo las manos dentro del tanque de Kali o de Octavia, el

tiempo avanza a un ritmo distinto. Puede que éste sea el ritmo al que piensa el Creador, reflexiono, de esta manera densa, elegante, líquida, como fluye la sangre, no como los fogonazos de las sinapsis. En la superficie, nos movemos y pensamos como niños inquietos, o como adolescentes crispados con sus *smartphones*, haciendo muchísimas cosas a la vez, pero sin centrarnos nunca en una. En cambio, el océano te obliga a ir más despacio, con mayor determinación, y sin embargo con mayor flexibilidad. Al entrar en él te envuelve una elegancia y un poder que no se experimenta en el aire. Bajo la superficie uno se siente como si se adentrase en el vasto subconsciente de los sueños de la Tierra. Someterse a su profundidad, a sus corrientes, a su presión es un acto de humildad y liberación al mismo tiempo.

Media hora después, cuando emergen mis amigos, mis oídos no han mejorado. Me entero de que a Mike, otro buceador de nuestro grupo, también le han dado guerra los suyos, pero a diferencia de mí, él sí ha completado la inmersión. Ahora le sangra la nariz y deberá saltarse la próxima inmersión; también se muestra desilusionado.

Francisco informa sobre la inmersión que Mike y yo nos perderemos: se realizará en el Parque Chankanaab, famoso por sus langostas y sus peces sapo.

—Para mí la segunda parte es la mejor —cuenta Francisco—, porque puede que veamos alguna tortuga. Si es así, será una tortuga verde marina.

—¡Como Myrtle! —me dice Big D. Ese día, comenta, es el que suele ir de voluntaria al acuario—. Me pregunto si Myrtle me echará de menos hoy.

—Quince metros como máximo —prosigue Francisco—. Tened cuidado. La arena es fina como el polvo y se revuelve enseguida.

Acto seguido Mike y yo vemos cómo nuestros amigos se lanzan a esa agua turquesa sin nosotros.

Por una vez puedo ser testigo de la transformación. Hasta ahora he estado completamente concentrada en mis frenéticos preparativos. Saltamos al mar por la borda, arrastrando los pies en nuestras grandes aletas, un método que se conoce como «zancada gigante». Suena majestuoso y experto, pero al hacerlo, incluso Jacques Cousteau era como si acabase de salir del Ministerio de los Andares Tontos de los Monty Python. Ver a mis amigos, buceadores veteranos, elegantes, tan sumamente torpes y desvalidos, tan dispuestos y vulnerables, impresiona. En un abrir y cerrar de ojos, el submarinista renace, engullido por otra realidad, pasa de ser un monstruo desgarbado a un ser de elegancia ingrávida. ¿Será eso lo que le pasa al alma cuando uno muere y ella sube al cielo?

Amanece el miércoles, el día que suelo ver a Kali y Octavia. Este miércoles es el día que efectuaremos la inmersión nocturna desde el barco, la mejor oportunidad de todo el viaje para ver pulpos en libertad. Mis oídos son objeto de debate. Mike y Rob piensan que estaré bien, pero Big D y Barb creen firmemente que no debería acometer la primera inmersión del día, por la mañana, porque será en la que se baje a mayor profundidad, a veinte metros. Después habrá otra por la tarde, y tras ésa, antes de la inmersión nocturna, una durante el crepúsculo.

De manera que, aunque me subo al barco con los demás, me salto la primera inmersión, lamentando perderme las morenas verdes, las tortugas y los tiburones que, según nos cuenta Francisco, hay allí. Hoy el mar está picado, y la corriente es fuerte. Todos se dan prisa en saltar, impacientes por sumergirse bajo las grandes olas. Sin embargo, algo le pasa al equipo de Big D. El inflador de su chaleco no está bien afianzado. En el barco, dos manos la ayudan a resolver el problema, rápidas como un equipo de parada en boxes, pero los demás ya se han lanzado al agua, y Big D va con retraso. Después de que dé la zancada, miro nerviosa para ver si se ha unido al resto. Pero con las olas no veo nada, ni siquiera burbujas, ninguna señal de la existencia de mi querida instructora, ninguna prueba de que se haya sumado a esos amigos que han desaparecido. El barco se aleja, para dejar a otro grupo. Seguro que Big D sabe lo que hace, pienso, pero así y todo me preocupo.

El capitán comparte mi preocupación, y tras dejar el otro grupo, da media vuelta para ir adonde estábamos. Pero las aguas están plagadas de barcos y submarinistas. ¿Dónde está nuestro grupo? De pronto vemos un tubo inflable grande y fino, de color naranja —se denomina «salchicha de seguridad»—, y con él, a Big D. ¿Estará herida?

Está bien, pero se perdió del grupo. «Los estuve buscando un buen rato —dice como si tal cosa—, pero luego pensé que no sabía si sería capaz de encontrarlos. —Big D está de buen humor cuando sale del agua y sube a cubierta, como de costumbre—. Tengo esta salchicha de seguridad desde hace cuatro años, y es la primera vez que la utilizo».

La tripulación escudriña las olas en busca de efervescencia, las burbujas de los demás. Al cabo de un rato divisan al grupo, y allá va mi generosa instructora, tan pancha.

Pero hay otros que no se sentirán tan tranquilos hoy. Debido a lo agitado del mar y a la fuerte corriente, muchos buceadores han tenido el mismo problema que Doris. Durante la segunda inmersión, que también me perdí, en

el agua había más salchichas que en una carnicería alemana. Rescatamos a uno de los buceadores que flotaban tras haberse perdido, un caballero de cierta edad al que la experiencia había afectado bastante. «Normalmente, cuando subo a la superficie, mi barco me está esperando», farfulló. Pero no recordaba el nombre de su barco ni a su guía de buceo. Pudimos hacerle hueco en nuestro barco porque habíamos perdido al pobre muchacho al que apodamos Poti después de que vomitara antes, no por la borda, como se supone que hay que hacer, sino en cubierta, inspirando a otros a hacer lo mismo. Luego lo vimos en otro barco, al que se subió por error. Terminamos dando con el barco del caballero extraviado y recuperando a Poti, que se las arregló para dejarse el cinturón de pesos en el otro barco.

Con tantos buceadores perdidos a la luz del día, me preocupo: ¿qué pasará en la inmersión nocturna?

Quedamos a las tres en el muelle para realizar la inmersión durante el crepúsculo, porque se tarda una hora en llegar al lugar donde se efectuará. «Este sitio se llama Dalila —cuenta Francisco—. No hay necesidad de bajar más de veinte metros. Es temprano, no estará muy oscuro, pero coged una linterna. Comprobad el interior de los cráteres. A esta hora del día veremos tortugas dirigiéndose hacia el sur, tiburones nodriza buscando un lugar donde dormir, y también peces loro. Si hay corriente, permaneced cerca del arrecife, ¿de acuerdo?».

Rezo para que mis oídos aguanten.

Desciendo muy despacio, compensando repetidas veces al hacerlo, bajo la mirada vigilante de Big D. En el fondo, le hago la señal de «ok» y veo que todo el mundo mira para asegurarse de que estoy bien. Pasan cuarenta minutos, y aunque mi ordenador de buceo registra que he bajado a casi treinta metros, no siento dolor, sólo placer, ya que un pargo común azul de gran tamaño nos sigue todo el tiempo. A medida que el agua se vuelve más oscura, voy cobrando confianza. Puedo hacer esto. Ahora sólo hace falta que los pulpos colaboren.

Cae la noche y empieza a hacer frío. Durante la hora que esperamos en cubierta, eliminando el nitrógeno que se ha acumulado en nuestra sangre, Big D y yo nos acurrucamos bajo una toalla compartida, tiritando y riéndonos.

Ahora estoy nerviosa. Pienso: los oídos, la oscuridad; es de noche y esto es el océano.

Francisco nos reúne para informarnos de la inmersión: «Casi hemos llegado —empieza—. Este sitio se llama Paraíso. De todos los lugares que hay en Cozumel, éste es el indicado para realizar una inmersión nocturna. Creo que veremos pulpos y tiburones, pero aquí cada noche es distinta. Una noche habrá montones de pulpos. Cuando hay luna llena el pulpo sale, porque es un depredador y la luna es su luz estroboscópica, pero las langostas se quedan en su cueva. Puede que veáis grandes cangrejos, y también calamares. Hay anguilas, de la especie tieso afilado, que parecen serpientes. Las veréis en el lado del arrecife. Nos reuniremos primero en la superficie, en la parte trasera del barco, y bajaremos juntos. Encended la linterna. Cuando hagáis señales con la mano, iluminad la mano. Y cuando emerjáis, iluminaos la cabeza al subir para que el barco os pueda ver. Yo llevo una luz marrón anaranjada y otra verde. Si las veis es que soy yo. Eso es todo, vamos allá».

Cada uno de nosotros tiene dos luces: una linterna y un tubo luminoso en la espalda. Me lanzo al agua justo después de Rob. Debido a los problemas que me planteó la noche que buceamos desde la orilla, decide cogerme de la mano derecha durante toda la inmersión. Descendemos juntos despacio. Al cabo de un metro empiezo a compensar. Noto la presión. Sin dejar de expulsar aire, bajamos un poco más. A los diez metros, le indico a Rob que tengo problemas para compensar los oídos. Subimos juntos alrededor de medio metro. Hago la Frenzel. La Valsalva. Echo la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro. Me encuentro mejor. Me ilumino la mano izquierda e indico «ok». Bajo medio metro, un metro. Me duelen los oídos. Pero a menos que el dolor se vuelva insoportable, pienso seguir.

Al final Rob y yo estamos en el fondo con el resto. Avanzamos a lo largo del arrecife en la oscuridad. Me alegro mucho de que me lleve de la mano, porque me está costando mucho ajustar la flotabilidad, utilizar la linterna para ver el profundímetro, despejar los oídos y a veces la máscara y buscar animales en el pequeño disco de luz que me proporciona la linterna a la vez. Es como si estuviese viajando en una pequeña cápsula en el espacio exterior. A mi alrededor la oscuridad es pesada y envolvente. Mis sentidos están restringidos e intensificados para centrarse únicamente en ese pequeño círculo luminoso. Y de pronto veo un cangrejo enorme…, una alta torre púrpura de coral…, un pez ángel de un azul vibrante. Un banco de pargos agrupados bajo un coral. Una langosta espinosa mueve las antenas. Delante se ven destellos de luz, como relámpagos, de las cámaras de mis amigos, estelas que dejan sus

chalecos. Y entonces lo veo: ¡un pulpo! Le aprieto la mano a Rob, pero ya lo ha visto, saliendo de su refugio. Es marrón con rayas blancas, se vuelve más claro cuando los brazos asoman de la guarida. Avanzan tres brazos, luego el animal vuelve la cabeza, con los ojos mirándonos directamente a la cara, se torna verde, después marrón y acto seguido desaparece.

Corales amarillos extienden sus tentáculos para alimentarse. Ante nuestros ojos se materializan esponjas púrpura y naranja. ¡Otro pulpo! Sube los ojos, los baja. El área que rodea a los ojos parece amarilla, la pupila, una raya. En un santiamén hace que su piel se motee, un manto de estrellas, luego vuelve a su guarida.

Frente a mí, mi linterna me permite ver que Francisco está jugando con un pez globo, que por algún motivo le permite que le toque con delicadeza la barriga con la palma de la mano. Pero Rob está haciendo girar su luz para llamar mi atención: justo debajo de nosotros hay un tercer pulpo. Me pongo cabeza abajo para observarlo. Éste es más grande que los otros dos, y no parece tan asustado. Su embudo apunta hacia otro lado mientras el animal avanza hacia mí. Luce rayas, después, puntos. Tengo la sensación de que me está poniendo a prueba, como un científico que realizase un experimento, para ver lo que voy a hacer. Me quiero quedar, pero la corriente me está arrastrando, igual que a Rob, que no debe permitir que nos separemos del resto en la oscuridad. Me siento como cuando el doctor Zhivago ve a la desaparecida Lara en la bulliciosa ciudad al final de la película homónima, pero me encuentro a merced del océano, y sus corrientes me empujan hacia delante.

Más maravillas aparecen delante de mí en mi círculo de luz: un tieso afilado, con la cola con la forma de una pala lisa, afilada en la punta. Hay roncos rayados, llamados así por cómo rechinan los dientes, un pez ángel azul vivo, un cangrejo enorme. Pero noto que aumenta la presión que siento en los oídos. Me cuesta centrar la atención. No paro de expulsar el aire por la nariz, intentando compensar, pero en lugar de conseguir eso, creo una extraña banda sonora submarina en mi cabeza, pitidos y burbujas que acompañan el silbido a lo Darth Vader que me sale del regulador. Si Rob no me llevara de la mano, estaría completamente desorientada.

Entonces veo un cuarto pulpo, esta vez en una pared del arrecife. Éste es bastante pequeño y tímido, y lo único que veo son ojos y ventosas asomando de un hueco entre los corales. Los oídos me duelen a más no poder cuando Rob me indica con los pulgares que ha llegado el momento de subir. Asciendo con él despacio, como un alma moribunda que se niega a abandonar

el cuerpo, y observamos la estela plateada de nuestras burbujas, que se elevan sobre nosotros como estrellas fugaces.



CAPÍTULO SEIS
Salida

Libertad, deseo y huida

A mi vuelta, la anciana Octavia sigue con fuerzas. Se muestra muy activa, haciendo girar las ventosas, volviendo la boca hacia el cristal. Luego da una vuelta hacia atrás, el cuerpo suspendido bajo la cabeza. Despliega la barra del ojo, luego se motea, después se pasa tres brazos por la frente. Abriendo la branquia como una jarra, introduce un brazo por la abertura y deja que la punta asome por el embudo, moviéndola como quien para un taxi. Saca ese brazo y mete otro. Ahora se vuelve más clara, ensanchándose sobremanera con cada respiración y exhalando con fuerza por el sifón. La pupila es una gruesa barra, que le confiere una expresión intensa. Después hace rotar el embudo, más flexible que una lengua, de manera que desaparece de mi vista. Continúa cambiando de color: la barra del ojo desaparece y crea un dibujo de estrella. El moteado se vuelve tan rico y variado como una suntuosa alfombra persa mientras ahueca los huevos hacia la parte posterior de la guarida con un brazo. Se da la vuelta y veo que hay más de medio metro de huevos: no son miles, sino decenas de miles. Se los enseño a dos niños y su madre, que se quedan boquiabiertos.

Algo más arriba de donde estamos nosotros, abriendo la tapa del tanque, Wilson ofrece a Octavia primero un calamar y luego otro, con las largas pinzas de alimentación. Lo veo desde abajo con los maravillados niños. Mientras el pulpo se come con ganas el calamar, la estrella girasol alarga hacia Wilson los pies tubulares de la punta de un brazo. «Quiere que le dé

pescado —cuento a los niños—. No tiene cerebro, pero no es nada tonta. Mirad». Wilson le da amablemente un capelán y la estrella, con la cara del estómago pegada al cristal, a la altura de los ojos de los niños, empieza a pasar la comida de un pie, delgado como un tallo, a otro. Mientras los pequeños observan boquiabiertos, la estrella hace que la comida recorra despacio los más de veinte centímetros que van de la punta del brazo a la boca, por la cual acto seguido saca el estómago. «Es capaz de segregar ácido del estómago para deshacer la comida», cuento a los niños, que chillan entusiasmados cuando el pescado desaparece como una pastilla para la tos en la boca de una persona.

Kali ya es casi tan grande como Octavia, y el problema de dónde colocarla apremia. La semana anterior, me cuentan Christa y Wilson, cuando le fueron a dar de comer, sacó los brazos del barril con tanta fuerza que les costó lo suyo quitarle las ventosas antes de que pudiera escapar. «Parecía desesperada por salir», me dice Christa. Hoy, sin embargo, Kali no está nada nerviosa, sino que parece afable y tranquila, y su frío y húmedo abrazo se me antoja una calurosa bienvenida.

Quizá el jaleo de la otra semana se debiera a sus nuevos vecinos. Una mojarra enferma que comparte con ella el agua del aljibe está siendo tratada con Praziquantel, un fármaco cuyos efectos en los pulpos se desconocen, así que Bill trasladó el barril de Kali a un enorme tanque abierto con una fuente de alimentación distinta, a escasos metros. El tanque donde ahora flota el barril lo ocupan animales que recolectó en la expedición al golfo de Maine: anémonas, pepinos de mar *Cucumaria frondosa* que parecen pepinillos en tecnicolor, *Styela montereyensis*, patatas de mar con forma de raíz de jengibre, y lumpos, gris plomo, atractivos y regordetes, con la boca en forma de *O*, como si estuvieran siempre sorprendidos. El lumpo es un pez adaptado a su medio: posee una ventosa en el vientre que le permite adherirse a cualquier superficie, como si fuera el elemento decorativo de una ventana. Y los lumpos son inteligentes. Un vídeo grabado en 2009 registra las hazañas de uno llamado Rubito, que, trabajando con uno de los entrenadores de mamíferos marinos del acuario, aprendió a pasar por aros, a hacer burbujas cuando se lo pedían, mantenerse inmóvil para que el veterinario tomase raspaduras de piel y dar vueltas en la superficie. En una clase de adiestramiento a la que fuimos juntas en una ocasión Sally, mi border collie, y yo, la orden para esta última acción era «gira», un truco que, aun trabajando con una raza de perros famosa por su inteligencia, fui incapaz de enseñarle.

Uno de los nuevos lumpos parece sentir curiosidad por Kali. Ayer, me cuenta Bill, mientras le daba de comer al pulpo, el pez se acercó a investigar la punta de los brazos de Kali.

—Puede que haga que las cosas sean más interesantes para Kali —apunta Christa.

—Eso espero —afirma Wilson—. No le vendría mal un poco de diversión.

Sin tan siquiera tocar a sus vecinos, Kali puede percibir su sabor. Sus receptores químicos son capaces de recabar información química desde al menos unos treinta metros de distancia. Un investigador averiguó que las ventosas de los pulpos eran cien veces más sensibles a la hora de detectar sustancias químicas disueltas en el agua de mar que la lengua de una persona a la hora de percibir sabores disueltos en agua destilada. Puede que Kali sepa a qué especie pertenecen sus compañeros de tanque, cuál es su sexo, su estado de salud.

Aunque los pulpos suelen ser asociales con sus congéneres, se sabe muy poco de cómo se relacionan con animales de otras especies, a excepción de cuando los cazan o se ocultan de predadores. Expertos en el cuidado de cefalópodos en casa recomiendan a los aficionados que no junten a los pulpos con otros animales, ya que podrían matarlos y comérselos. Sin embargo, no todas las interacciones con compañeros de tanque son necesariamente hostiles. En aguas de la Columbia Británica, Danny Kent, conservador del Acuario de Vancouver, descubrió que «algunos individuos pueden vivir años con bancos de peces de roca sin comérselos, mientras que otros acaban con todos sus compañeros de tanque en un abrir y cerrar de ojos». A un pulpo que vivía en la exhibición Estrecho de Georgia del acuario, de casi un cuarto de millón de litros, le gustaba subir por el lateral de las rocas cercanas a la superficie del agua y meter un brazo en la columna de agua. Kent averiguó que el pulpo utilizaba el brazo a modo de caña de pescar: esperaba hasta que un arenque se topaba con él para atraparlo y comérselo.

Las relaciones con los compañeros de tanque pueden ser complicadas. En 2000, el Acuario de Seattle tomó la arriesgada decisión de introducir en su tanque de más de un millón y medio de litros a un pulpo gigante del Pacífico con varios mielgas de entre 1,20 y 1,50 metros, creyendo que el pulpo se escondería cuando se sintiera amenazado. Pero se equivocaban. Para su sorpresa (y la de 2,9 millones de personas que vieron el vídeo subido en 2007 que recreaba el incidente y se volvió viral), el pulpo comenzó a matar sistemáticamente a los tiburones. Los tiburones no desaparecieron, sino que

aparecieron muertos en el tanque, sin que nadie se los comiera. Eso no era depredación, ni una reacción inmediata a una amenaza directa. Según las noticias del momento y el texto que acompañaba al vídeo, la matanza de tiburones consistió en una serie de ataques preventivos, con los que el pulpo eliminaba posibles predadores antes incluso de que éstos tuvieran la ocasión de amenazarlo.

En Cozumel fui testigo de una peculiar escena que podría poner de manifiesto una clase de relación diferente entre distintas especies, una de la que no había oído hablar nunca. En la última inmersión de mi viaje, visitamos un discreto arrecife con relativamente pocas cabezas de coral grandes y salientes y cornisas alargados. Después de aproximadamente media hora de inmersión, a unos diez metros de profundidad, divisamos un pulpo del Caribe en la blanca arena, bajo un saliente rocoso. Me acerqué a unos dos metros del animal y, para mi asombro, vi que una docena de cangrejos vivos, unos rojizos y otros verdosos, con un caparazón de entre cinco y siete centímetros de longitud, se había reunido a escasos centímetros del pulpo. Los cangrejos parecían sumamente tranquilos, considerando el apuro en que se hallaban. Algunos avanzaban despacio, pero cuando alguno parecía alejarse demasiado del pulpo, éste alargaba un brazo y (más bien con delicadeza, pensé yo) lo acercaba.

Todo aquello era extraño. El pulpo no mostraba un color rojo vivo, de nerviosismo, como cabría pensar al estar rodeado de un bufé viviente de su comida preferida: estaba blanco, con un brillo turquesa iridiscente. No daba la impresión de que el animal estuviera utilizando sus ventosas para pescar cangrejos errantes, sino que parecía acercárselos con los brazos. Curiosamente, los cangrejos no intentaban escabullirse. Y yo no vi caparazones o restos de cangrejo, como suele haber junto a la guarida de un pulpo. Claro que quizá ésa no fuera su guarida. Pese a todo, había tantos cangrejos que lo más probable era que estuviesen sobre los exoesqueletos de antiguos compañeros, sólo que yo no los veía. El pulpo me miró un instante, pero después volvió a centrar su atención en reunir cangrejos. No reculó cuando nos aproximamos, ni siquiera cuando me situé a un metro de distancia de él.

Me habría gustado quedarme allí más tiempo, pero la corriente era fuerte, y esa inmersión era de deriva. Pregunté a mis amigos del acuario: ¿qué hacían allí todos esos cangrejos?, ¿por qué no salían pitando?, ¿qué pensaba hacer el pulpo con ellos?, ¿llevaba un rancho de cangrejos? Lo digo medio en broma,

pero se me ocurre otra idea: ¿podía ser que el pulpo los hubiera drogado con tinta?

De vez en cuando los zoólogos marinos norteamericanos G. E. y Nettie MacGinitie introducían una morena en un tanque que albergaba a un pulpo de dos manchas de California. La morena se ponía a buscar al pulpo y, cuando se acercaba demasiado, éste le lanzaba tinta. La morena seguía buscando, pero no le hacía ningún daño al pulpo. Aunque llegara a tocarlo, no mostraba interés alguno en atacarlo o comérselo. Eso era algo que sucedía siempre.

La tinta del pulpo, además del pigmento llamado melanina, contiene otras sustancias importantes desde el punto de vista biológico. Una de ellas es la tirosinasa, una enzima que irrita los ojos y obstruye las branquias, pero es posible que tenga otros efectos. Según un artículo publicado en 1962 en *British Journal of Pharmacology*, en experimentos realizados con mamíferos la enzima inhibe el efecto de la oxitocina (la «hormona de la felicidad») y la vasopresina (la hormona antidiurética que afecta a la circulación). Los peces, las aves, los reptiles y los invertebrados, pulpos incluidos, poseen su propia versión de estas dos hormonas. Y, al igual que en los mamíferos, en experimentos realizados con peces se ha descubierto que la oxitocina influye en las interacciones sociales. Si los niveles naturales de esta hormona se vieran alterados, ¿podría una criatura por lo general solitaria, como un cangrejo, sentirse inusitadamente tranquila en un grupo, incluso en uno del que formara parte un importante depredador?

Otra de las sustancias que contiene la tinta de un pulpo es la dopamina, un neurotransmisor conocido como la «hormona del placer». Había visto hacía poco un comentario en el que se mencionaba la dopamina en uno de mis blogs de pulpos preferidos, Cephalove, que ahonda en la biología y la psicología de los cefalópodos y nació en mayo de 2010 de la mano del por aquel entonces estudiante de Medicina de la Universidad de Buffalo Mike Lisieski. Citando trabajos de los investigadores Mary Lucero, W. F. Gilly y H. Farrington sobre la tinta del calamar, Lisieski especulaba: «Cabe la posibilidad de que la tinta del calamar engañe a los depredadores y éstos piensen que han atrapado al calamar y se lo están comiendo… Si un depredador ingiere una bocanada de tinta, si percibe los aminoácidos que por lo general le dicen que está comiendo carne, es posible que se comporte como si ya hubiese atrapado y/o se hubiera comido a su presa y renuncie a la persecución». Quizá, apunto, los cangrejos estaban allí pasando el rato tan tranquilos porque los habían drogado y se sentían felices y saciados.

—Creo que le estás dando demasiada importancia a esto —advierte Wilson.

—¡¿Cómo?! ¿Crees que es una locura que los pulpos lleven ranchos de cangrejos y los encorralen drogándolos con tinta? —replico—. Pues escucha esto.

Le refiero las conversaciones que he mantenido con Peter Godfrey-Smith, un filósofo que pasa los veranos practicando el submarinismo por la bahía de Sídney, entre sepias apamas y pulpos. Describe estos encuentros afirmando que es «como toparse con un alienígena inteligente».

Al igual que los seres humanos, los cefalópodos con los que se ha tropezado eran inteligentes y despiertos. «Pero ¡mira todas esas neuronas que tienen en los brazos! —me dijo—. Es posible que posean una clase de organización psicológica diametralmente distinta de la nuestra. Puede que en los pulpos veamos inteligencia sin un yo centralizado. Si se tiene el diseño de un pulpo —planteó Peter—, ¿existe la noción del yo, un centro de experiencia? Si no, es preciso imaginar algo tan distinto de nosotros que podría resultarnos inconcebible».

Si no existe una conciencia central, ¿tiene el pulpo «un cerebro colaborador, cooperador, pero repartido», como sugiere Peter? ¿Tiene conciencia de sus múltiples yoes? ¿Tiene cada brazo literalmente un cerebro propio?

Incluso es posible que los pulpos tengan brazos tímidos y brazos osados. La investigadora de la Universidad de Viena Ruth Byrne informó de que los pulpos que mantenía en cautividad siempre escogían un brazo favorito para explorar nuevos objetos o laberintos, aun cuando todas sus extremidades son igual de diestras. Investigó ocho pulpos, todos los cuales se abalanzaban sobre su presa con todos los brazos, envolviendo con la membrana interbraquial y los tentáculos cualquier cosa que encontraban para comer. Pero todos ellos empleaban combinaciones de uno, dos o tres brazos favoritos cuando manipulaban objetos. Su equipo contó que los pulpos utilizaban únicamente cuarenta y nueve combinaciones distintas de uno, dos o tres brazos para manipular objetos, cuando, según sus cálculos, si se usaban los ocho, el total de combinaciones posibles era de 448.

Esto podía ser simplemente un ejemplo de predominancia. Se sabe que al menos los pulpos que viven en tanques tienen un ojo dominante, y Byrne piensa que esta dominancia podría transmitirse a la extremidad delantera más próxima al ojo preferido.

Sin embargo, lo de los brazos audaces y tímidos podría ser algo muy distinto. Si bien los brazos se pueden utilizar para realizar tareas especializadas —por ejemplo, cuando la mano izquierda sostiene el clavo mientras la derecha maneja el martillo—, es posible que cada brazo tenga su propia personalidad, casi como si fuese una criatura independiente. Los investigadores han observado en repetidas ocasiones que, a veces, cuando un pulpo se encuentra en un tanque desconocido en cuyo centro hay comida, algunos de sus brazos avanzan hacia la comida, mientras que otros parecen quedarse encogidos en un rincón, buscando seguridad.

Cada uno de los tentáculos de un pulpo disfruta de bastante autonomía. En un experimento, un investigador cortó los nervios que conectaban los brazos de un pulpo con el cerebro y a continuación estimuló la piel del brazo. La extremidad se comportaba con absoluta normalidad: incluso se extendía y cogía comida. El experimento demostró, como informó un colega a National Geographic News, que «en los brazos se procesa una gran cantidad de información que no llega al cerebro». En palabras de la autora científica Katherine Harmon Courage, es posible que el pulpo «externalice gran parte del análisis de información [del mundo exterior] a partes individuales del cuerpo». Es más, al parecer «los brazos se pueden comunicar entre sí sin tener que pasar por el cerebro central».

—Lo cierto es que los brazos de los pulpos son como criaturas independientes —afirma Scott. No sólo les pueden crecer brazos nuevos cuando es necesario, sino que existen pruebas de que, de vez en cuando, un pulpo decide desprenderse de su propio brazo, aunque no haya ningún depredador a la vista. (Las tarántulas también hacen esto: si tienen una pata herida, la parten y se la comen).

—¿Un brazo arranca otro porque no le gusta su actitud? —pregunta, risueño, Wilson.

¿Es como lo que sucede cuando se pelean los siameses?

—Resulta increíble lo poco que sabemos de cómo viven los animales. Cuanto más sabe uno, más raro se pone todo. Lo cierto es que esta conversación no podríamos haberla mantenido hace más de veinte años. Sólo estamos empezando a entender a los animales.

«¡Me han dado el trabajo!».

La semana siguiente Christa me saluda luciendo su flamante polo azul marino con el icónico logotipo del pez del acuario. Para compensar a los

visitantes por el ruido y el trastorno que supone la reconstrucción del Tanque Gigante del Océano, el acuario ha contratado a diez educadores nuevos, cuyo cometido es explicar con mayor profundidad las exhibiciones y proporcionar al público una experiencia más personalizada. «Es algo temporal, hasta que se termine el GOT —cuenta—, y no es a jornada completa. Pero es un sueño hecho realidad». Además del uniforme, también le han dado un traje de neopreno de la talla 34, y el primer cometido de su nuevo empleo —que empezó ayer— fue hablar con los visitantes mientras paseaba a Myrtle por las aguas de la piscina de los pingüinos para que la rolliza tortuga hiciera ejercicio.

O al menos eso pensaba ella que iba a hacer. Mientras se ponía el traje de neopreno, uno de los otros buzos —una mujer menuda pelirroja— se volvió y le preguntó:

—¿Tienes la certificación de buceo?

—Pues… no —admitió con nerviosismo Christa. Estaba deseando dar un paseo con Myrtle, y ahora tenía miedo de que no le permitieran hacerlo.

—Si no la tienes —afirmó con gravedad la buceadora pelirroja—, no podrás hacer esto —ahí hizo una pausa y una alegre sonrisa le inundó la cara — ¡sin pasártelo en grande!

La traviesa buceadora resultó ser Big D, que a continuación enseñó a Christa a utilizar un poco de lechuga para hacer que Myrtle la siguiera por toda la piscina de los pingüinos. A Myrtle no se la puede dejar sola para que recorra a sus anchas la piscina sin supervisión, explica Christa. Porque, al ser tan grande, se puede quedar encajada entre las rocas. «Le encanta un sitio que hay cerca de un filtro, entre la tubería y una pared», informa Christa, y en sus paseos, el personal ha de tener cuidado de que el animal, de casi doscientos cincuenta kilos, no se quede atrapado ahí.

El periodo de ejercicio de Myrtle dura dos horas. Cada una de las cuatro tortugas marinas tiene un acompañante personal durante ese tiempo, y cada una de ellas tiene necesidades distintas. Una de las dos tortugas bobas está ciega. Fue rescatada en 1987 frente a las costas de la península de Cabo Cod, en otoño, con una hipotermia tan severa que todo el mundo pensó que estaba muerta. Un trabajador se iba llevar el cuerpo cuando alguien vio que se movía, y la llevaron a toda prisa al acuario, a rehabilitación. «Por eso la llamaron Recuperada —relata Christa—. Como se quedó ciega por congelación, cuando nada hacia ti, es mejor que te quites de en medio. Cuando va a toda velocidad, te puede atropellar. No es la más elegante de las tortugas». A otra, Ari, una tortuga lora, le gusta que los buzos se agachen y la

cojan en el agua. Lo pide levantando mucho la cabeza. Todos los buzos saben lo que quiere, y corren a complacerla. «Hace lo que quiere con nosotros», añade Christa.

Incluso teniendo ese nuevo empleo —y además trabajando cuatro o cinco noches por semana en el bar—, Christa pone empeño en ir los miércoles con nosotros a ver a Kali. Ahora que la mojarra se ha curado, Bill ha devuelto el barril de Kali al aljibe.

Con sus alrededor de dieciocho meses de edad, Kali ya es igual de grande que Octavia, en parte debido a que ésta ha empequeñecido visiblemente. Resulta irónico: la anciana y empequeñecida Octavia, en su tanque de algo más de dos mil litros, sólo quiere sentirse segura con sus huevos en un rinconcito de su guarida. Por su parte, Kali, en pleno desarrollo, rebosante de energía, confinada en su barril de menos de doscientos litros, está ansiosa por explorar un mundo más amplio.

A Wilson le gustaría que Kali y Octavia pudieran cambiarse el sitio, pero es imposible mover los huevos de Octavia con ella, y separarla de esos huevos a los que tantos cuidados prodiga resulta impensable.

—Eso destrozaría a Octavia —opina Christa.

—Y ahora mismo los huevos también son un buen espectáculo para los visitantes —admite Wilson.

Un día Octavia hizo algo que no habíamos visto nunca. La primera que lo vio fue Christa, un lunes por la tarde, durante su descanso. La estrella girasol, que por lo general permanece en el lado opuesto del tanque, empezó a avanzar despacio hacia el pulpo por la trasera del tanque, cerca de la parte superior. Había recorrido las dos terceras partes del tanque cuando Octavia dejó los huevos y salió disparada hacia la estrella, con la cabeza hacia delante, los brazos recogidos y moviéndose como un boxeador. «Sólo estuvo separada de los huevos dos o tres segundos», contó Christa, pero bastó para impresionar a la estrella. Mientras la estrella emprendía una lenta retirada, Octavia volvió con sus huevos.

Un poco más tarde, lo volvió a hacer. Suspendida de la hamaca de sus propios brazos, Octavia acababa de aceptar una sardina atlántica de las pinzas de alimentación de Wilson y se la había comido. Cuando renunció a un segundo pescado, Wilson ofreció uno a la estrella girasol. La estrella se encontraba en el centro del tanque, con la boca mirando al público. Cogió un pescado y empezó a pasarlo por sus pies tubulares hacia la boca cuando

Wilson le ofreció otro, que también aceptó. Mientras los dos pescados iniciaban el lento recorrido por la escalera mecánica de sus apéndices hacia el estómago, la estrella continuó avanzando por el cristal hacia donde estaba Octavia, que empezó a cobrar más y más actividad al ver que la estrella se aproximaba, moviendo los brazos, con las ventosas hacia fuera, las pupilas enormes. Primero alargó un tentáculo, extendiéndolo más de un metro, por el tanque. Después se apartó de los huevos, dejando a la vista cientos de cadenas perladas. Aunque seguía adherida al techo de su guarida por un puñado de ventosas de gran tamaño de dos de sus brazos, separó por completo de los huevos las demás extremidades, la membrana interbraquial y el cuerpo. Acto seguido lanzó un potente chorro por el embudo, y las cadenas de huevos se mecieron como cortinas con la brisa. Movía los brazos con nerviosismo, con las ventosas hacia fuera y las puntas enroscadas. Este espectáculo duró unos quince minutos. Al final, la estrella de mar dejó de avanzar hacia ella y empezó a hacerlo en la dirección contraria. Aunque no tenía cerebro para procesarlo, daba la sensación de captar el mensaje. Octavia volvió con sus huevos, y los movimientos de sus brazos se tornaron más lentos y tranquilos. Por fin pareció relajarse.

—Creo que al principio la estrella girasol la confundió —opinó Wilson, que bajó las escaleras para observarla con nosotros—. Luego comprendió que sólo se estaba comiendo el pescado. Pero si la estrella se hubiera acercado más, no sé lo que habría hecho. —En libertad, se sabe que las estrellas girasol se comen los huevos de los pulpos.

—Está claro que se lleva el premio a la Madre del Año —aseveró Christa.

No obstante, pese a los meticulosos cuidados de Octavia, los huevos se están arrugando. Muchos ya han caído a la arena. Wilson se pregunta si acabarán desintegrándose. Tiene la sensación de que si los huevos desaparecieran, Octavia estaría encantada en el barril de Kali. Y, de hecho, a la semana siguiente pregunta a Bill si el acuario estaría dispuesto a cambiar de sitio a los dos pulpos. Pero nadie lo quiere hacer. «Los huevos son el mejor de los espectáculos», me cuenta Wilson.

Algunos días Kali está nerviosa y tocona. A veces se pasa veinte minutos jugando sin cansarse. En esas ocasiones, a veces acepta un pescado, pero no se lo come inmediatamente. Prefiere cogernos y tirar de nosotros, enroscando sus brazos en los nuestros, succionándonos la piel. A veces sube y luego baja de golpe, afloja la presión y entonces, cuando todos estamos relajados, tira de

uno de nosotros con tanta fuerza y brusquedad que nos hace reír con su broma de pulpo.

Después de jugar un rato, solemos descansar juntos. Ella se queda suspendida en la parte superior del barril, con las ventosas adheridas con suavidad a nosotros, haciendo que el tiempo se pare. A veces, mientras contemplamos el juego de colores que se despliega en su piel, es como si viésemos lo que se le pasa por la cabeza. ¿En qué estará pensando? ¿Se pregunta Kali eso mismo de nosotros, mientras percibe los fugaces sabores de la sangre que fluye bajo nuestra piel? ¿Percibe nuestro afecto, nuestra calma, nuestra emoción?

Pero en otras ocasiones, sobre todo de un tiempo a esta parte, Kali parece apagada. Nos toca con vacilación, pálida. A veces se acerca a la superficie para saludarnos, pero se baja enseguida cubriendo por completo el fondo del barril cubierto con sus brazos. Esto me asusta. Aunque interaccione con regularidad con personas, aunque se coma los cangrejos vivos que le da Bill, ¿este animal joven, en desarrollo, puede crecer bien en un espacio tan reducido y vacío?

Durante las próximas semanas, el apuro en que se encuentra Kali acapara las conversaciones que mantenemos durante nuestra comida de los miércoles. ¿Y si se enviara a Kali a otro acuario donde hubiese más espacio? Los animales van constantemente de acuario en acuario. Un tiburón cebra de metro y medio llamado Indo, un préstamo recién llegado de Pittsburgh, ahora nada en la piscina de los pingüinos; entretanto Scott se prepara para llevar a algunos de los arenques más ancianos y de mayor tamaño de la Galería de Agua Templada a un acuario que tiene un tanque más grande en Montreal. Que Kali se vaya, aunque sea en calidad de préstamo, es algo cuya sola mención me duele, pero ¿sería mejor para ella?

No, asevera Scott. Bill es más que consciente de lo sumamente difícil que resulta trasladar a los pulpos grandes. Cuando se alteran, los pulpos lanzan tinta, y en una bolsa de viaje de plástico sin filtro para el agua, un pulpo gigante del Pacífico, con suficiente tinta para oscurecer un tanque de más de diez mil litros, se ahogaría con su propio sistema de defensa. «Además —añade Scott—, son más propensos a estresarse al tener tanta conciencia».

No podemos construir un nuevo tanque sin más, porque, mientras el acuario entero sea un caos, sería difícil justificar la construcción adicional de un tanque que sólo utilizaría un individuo durante unos meses, o posiblemente unas semanas. Entonces ¿dónde la ponemos? Y aunque se pudiera hacer un tanque nuevo, ¿sería a prueba de pulpos? «El problema es que Kali podría

salirse, y entonces se armaría una buena —afirma Wilson—. Si hay un orificio, por pequeño que sea, se salen. No —nos dice Wilson—, Bill no tiene ninguna alternativa buena. No hay nada que pueda hacer».

Por dolorosa que sea la situación de Kali, Wilson es más que consciente de que también las personas se ven obligadas a vivir con limitaciones de espacio. La semana anterior, para que la residencia pudiera acoger a más pacientes, su mujer fue trasladada a otra habitación.

—¿Acaso no la desorienta eso? —quise saber.

—Bueno no es —contestó—, pero no tenemos elección. Todo el mundo hace lo que puede.

Miércoles, 19 de diciembre: hoy me apetece especialmente ver a Octavia y Kali. Casi es Navidad. Presiento que va a ser un buen día. El ruido de la obra acalla la música clásica que pone el acuario para mitigarlo, pero la dirección ha desplegado a tantos educadores para compensar, que al público parece no importarle. Da la sensación de que hay un educador casi para cada grupo de visitantes. Hay dos buzos con traje de neopreno en la piscina de los pingüinos para responder preguntas; un voluntario se inclina para mostrarle a un niño de primero de primaria un modelo de tortuga carey; otros voluntarios están ocupados enseñando a unos niños a acariciar a las rayas en el tanque de contacto. El acuario parece el mejor sitio del mundo.

Esta mañana, nada más entrar, me siento obligada a sentarme junto al mero gigante. Está en frente de la exhibición Agujero Azul. Sus ojos giran para verme. Soy la única que está ante su tanque. Estamos a cinco centímetros de distancia, y tengo la sensación de que podría acariciarlo como si fuese un perro. Es tan grande como un perro, puede que mida más de un metro, aunque pueden alcanzar los dos y medio. «Podrías meter la mano en la boca de un mero —comenta Marion—. Y la podrías sacar, aunque estaría ensangrentada». Sin embargo resulta apacible estar sentada a su lado y que me regale su mirada. En libertad, los meros tienen unos ojos grandes y bonitos, que miran a los visitantes fijamente desde el coral. Dicen que pueden tener tanta personalidad como los perros y que son bastante inteligentes. Los buceadores, tanto de superficie como de profundidad, han llegado a distinguirlos como individuos.

Dejo al mero gigante y paso por delante de los peces primigenios, los dragones de mar, la exhibición Salina Marina, la Marisma de los Manglares, los arenques y las medusas. Subo la rampa, ahora tapada con una lona, voy

hacia el bosque de várzea y su tanque de pirañas, independiente, al tanque de la anaconda, con sus bancos de vibrantes tetras cardenal rojos y azules y ajetreadas tortugas, paso a la anguila eléctrica, a la exhibición del Estanque de Nueva Inglaterra, a la del Arroyo de las Truchas, giro de nuevo para ir a la del Golfo de Maine, al santuario Stellwagen Bank, a la de Islas Shoals, con sus inteligentes lumpos y sus lenguados, tan monos y divertidos…, a Puerto de Eastport, donde está el rape y su círculo de relucientes sardinas atlánticas…, a la de Pozas de Marea del Pacífico, con su bosque de anémonas verdes gigantes, arrollada cada veinticinco segundos por una ola estruendosa, burbujeante, que lo transforma todo, como un relámpago líquido…, y finalmente a mi tesoro, Octavia, con sus huevos, bella y tranquila. Hoy los huevos tienen un tinte pardusco, pero ella los cuida con el mismo mimo de siempre.

He encendido la linterna, pero aún no me he quitado el abrigo cuando aparece Anna, que no tiene clase porque está de vacaciones de Navidad. Nos damos un abrazo y, segundos después, baja Wilson. «Me alegro de que estéis aquí —dice—. Vamos arriba: Bill está moviendo a Kali».

Scott, Christa y Marion nos están esperando en el pasillo.

Kali pasará al C1, un tanque de unos trescientos cincuenta litros que no hace mucho albergaba a algunos de los invertebrados del golfo de Maine que Bill recolectó en su viaje. El equipo de Turner Construction tuvo que fabricar tapas robustas para los tanques C1 al C3, porque necesitaban poder arrodillarse encima para acceder a tuberías y cableado. «Estas tapas son increíbles», afirma Bill. El equipo las hizo de un plexiglás de más de un centímetro de grosor. Añadiendo cuatro pinzas de presión, Bill puede afianzar la tapa del nuevo tanque de Kali lo suficiente como para que resista incluso su tremenda fuerza. Parece la solución perfecta.

Bill abre la tapa del barril de Kali, que, aunque mira hacia arriba, no sube. A Bill le gustaría meterla en una bolsa de plástico y salvar así los escasos pasos que hay hasta el C1 por el angosto pasillo.

—¡Una bolsa de plástico! —exclamo, horrorizada.

—Así fue como vino hasta aquí —contesta Bill.

Pero no hay forma de convencer a Kali, es como si sospechara algo. A lo mejor intuye que tenemos algo entre manos.

—No pasa nada —decide Bill—. Cogeré el barril.

Vacío, pesa menos de cinco kilos, pero lleno de agua (y el agua salada pesa más que la dulce) pesará por lo menos trece más. Y Kali pesa otros nueve kilos. Sin embargo, el alto y fuerte Bill levanta el barril, que mide 1,20

metros de alto, con la misma facilidad con la que yo cogería un pañuelo de papel. Por los orificios practicados en las paredes sale un agua que va a parar al aljibe, pero queda bastante en el fondo para que Kali esté perfectamente cómoda durante los seis segundos que Bill tarda en llevarla al C1 y sacarla.

Kali se endereza en un instante y se pone de un rojo intenso. Acto seguido comienza a explorar su nuevo mundo con ventosas ajetreadas. Se aplanan, succionan y después se deslizan por las paredes de cristal del gran tanque. Todos los brazos están en movimiento. Concentra sus esfuerzos en la pared frontal, más próxima a nosotros, pero también toca los lados del tanque, sin embargo, no hace caso a la trasera, que da a la pared. Parece un mimo haciendo el número de estar atrapado de una caja invisible, sólo que con mil seiscientas ventosas en lugar de dos manos. Con la posible excepción del lugar al que fuese a parar cuando la capturaron en el océano, es la primera vez que palpa cristal o percibe su sabor.

Christa y Marion y Anna, Wilson y Bill, Scott y yo observamos, embelesados, mientras este animal joven, inteligente y vigoroso por fin tiene la oportunidad de hacer lo que todos llevamos deseando que haga estos largos meses: explorar un entorno más complejo e interesante que el oscuro barril. Su nuevo tanque no sólo es más grande que el antiguo, sino que además tiene un fondo de piedras y arena, nuevas superficies para palpar y probar, y vistas interesantes por tres lados. Es posible que a otra criatura la asustara la novedad, pero Kali parece tener muchas ganas de conocer ese mundo más vasto. Literalmente se ensancha ante nuestros ojos. Nunca la habíamos visto alargar los brazos así.

—Qué grande es —comenta Marion.

Con los tentáculos abiertos y las membranas extendidas, es como si Kali fuera una esponja absorbiendo sensaciones. Se mueve rápida y resueltamente, tocándolo todo, los brazos precipitándose como cachorritos la primera vez que ven la nieve o pájaros enjaulados puestos en libertad.

—Qué contenta está —observa Christa.

—Sí, mucho —conviene Wilson en voz queda.

Me alegro tanto… Me alegro por Kali, me alegro por Christa y su nuevo trabajo, me alegro por Wilson, que se merece más que nadie alguna alegría en esta etapa tan difícil de su vida, me alegro por Anna, a la que no hace mucho le cambiaron la medicación para que no sufriera temblores, me alegro por Marion, cuyos dolores de cabeza están mejorando, me alegro por Scott, cuyo viaje anual a Brasil es el mes que viene…

—¿Estás contento, Bill? —pregunto.

—¡Claro! —contesta. Y es evidente que está contento al ver que su pulpo disfruta de su nueva libertad. Pero también está nervioso, y no tiene miedo de admitirlo—. Es un gran riesgo meterla en este sitio —alega—. Lo cierto es que nunca se sabe. Pensamos que es a prueba de pulpos, pero ellos siempre dan con la manera de liarla.

Le pregunto cuál es su mayor preocupación.

—Bueno, creo que esto está listo, pero ella podría desenroscar la columna de alimentación del desagüe.

El tanque desagua en el aljibe para que el agua pueda recircular. Kali podría drenar su propio tanque. O podría obstruir la columna e inundar todo el suelo.

Pero, por ahora, parece que, con tanta alegría, la preocupación no tiene cabida. Mientras sus brazos traseros continúan investigando el frente y los laterales del nuevo tanque, Kali empieza a explorar el borde de porcelana del tanque con los delanteros. A modo de distracción, Wilson le ofrece un capelán, que ella acepta con avidez. Pero, como todos los pulpos son expertos en la multitarea, no resulta fácil distraerlos. Kali puede comer e investigar al mismo tiempo, mientras que nosotros apenas podemos procesar todo lo que estamos viendo. Su parte inferior está pegada al panel frontal de cristal, y vemos cómo se desliza el capelán por sus ventosas, como en una cinta transportadora, hasta llegar a su boca. Mientras, otros brazos salen del tanque con movimientos que parecen los de una bailarina de ballet, y Anna, Christa y yo los rechazamos con delicadeza. «Los tentáculos en el tanque», le dice Anna con suavidad. Kali no se empeña en salir del tanque, como lo hacía algunas veces cuando estaba en el barril, y la contenemos con facilidad. «Se está portando muy bien», comenta Wilson. Casi me abruma el deseo de besarle una de las ventosas, como beso a veces las almohadillas de las patas de mi perro, pero me refreno. Por mucho que todos sintamos su alegría como si fuera nuestra, me recuerdo que Kali es un pulpo grande, fuerte, salvaje, casi adulto. No podemos saber cómo podría reaccionar a un gesto del mundo humano completamente ajeno a ella.

Y sin embargo… Kali acerca la cara a la superficie y nos mira atentamente a los ojos. Nuestras manos responden como si hubiesen recibido una llamada: todos metemos las manos casi al unísono para acariciarle la cabeza, cosa que ella al parecer no sólo permite, sino disfruta. Saca los ojos del agua. Aunque la luz es muy intensa, tiene las pupilas dilatadas, como las de una persona que está enamorada.

«Vale, dejémosla descansar», sugiere Wilson. Tiene muchas ganas de ver cómo queda la tapa del tanque, si encaja bien sobre la columna de alimentación y cómo la podrá retirar él para dar de comer e interactuar en un futuro. Bill levanta la cubierta de plexiglás y, mientras nosotros apartamos de los bordes las últimas puntas de los brazos de Kali, coloca la tapa en el tanque y la asegura con cuatro pinzas. Después añade unos diez kilos de plomos de submarinismo en cada esquina, por si las moscas. Kali toca inmediatamente la novedosa superficie y adhiere unas cincuenta ventosas al techo de su nuevo mundo. En el aire, las ventosas se extienden unos dos centímetros y medio al sostener su peso, con lo que parece una persona suspendida extrañamente del techo por los labios. Me pregunto cuánto tiempo podría estar así sin secarse. Scott me tranquiliza: «Para eso sirve la baba». Se soltará antes de que se haga daño. «No olvides que es inteligente».

Bill examina la tapa. «Las nuevas tapas para los otros tanques van perfectas —dice—. Pero para contener a un pulpo… Debería ser suficiente…». A Wilson le costará llegar a la pinza de presión que queda más lejos. «Esto es un proceso», añade Bill. Tal vez pueda añadir una bisagra en la parte posterior o, como sugiere Wilson, la tapa podría dividirse en dos secciones, delantera y trasera, con la trasera afianzada permanentemente y la delantera, la accesible, fácil de abrir.

Bill tendrá en cuenta estas sugerencias. «Lo quiero hacer bien con vistas al futuro —cuenta—, para el pulpo siguiente. Quiero una solución más permanente, por si se vuelve a dar el mismo problema». Percibo el peso que ha soportado Bill durante todos estos meses, la enorme carga que ha llevado, al verse obligado por unas circunstancias que no podía prever y que escapaban a su control a mantener confinado y a oscuras a un animal joven e inteligente al que amaba. «No quiero otro pulpo metido en un barril desde mayo», zanja.

Nos quedamos mirando a Kali más minutos, cautivados con su felicidad.

—Éste es uno de esos pocos momentos en los que noto una sensación cálida, agradable —asegura Anna.

Quienes padecen Asperger suelen dar la impresión de no sentir empatía, y Anna no es dada a arrebatos ñoños.

—Te provoca una sensación cálida y agradable alguien que es frío y viscoso —planteo, y pienso: esto demuestra el gran corazón que tiene Anna, y el carisma y el alma de Kali.

Durante la comida nos ponemos al día. ¿Qué tal le va a Christa en el trabajo? ¿Ha mordido a alguien el nuevo tiburón cebra? No, pero un pez erizo rayado le mordió un dedo a Christa. «Te sigue a todas partes y te muerde en cuanto puede. Es como si se te quedara el dedo metido en una pinza grande». Marion se acuerda de un pejelagarto que sólo aceptaba sardinas atlánticas que tuvieran una forma determinada —pequeñas y rectas—, de lo contrario, les llevaba el pescado a las rayas y se lo daba. Wilson nos habla de un tiburón de poco menos de medio metro al que metieron en un tanque donde había un gran mero. El mero lo engulló casi en el acto y lo vomitó entero e ileso. «Pero después —continúa Wilson—, el tiburón no salía casi nunca. Tenían que darle la comida en un palo detrás de una red de seguridad».

Estamos llegando al último día previsto en el calendario maya, y bromeamos sobre si se desplazará la polaridad de la Tierra y sobre si los tiburones, que son capaces de detectar el campo magnético terrestre, se verán afectados. «¿Se presentarán todos los grandes tiburones blancos en Martha's Vineyard a la hora de la cena?», apunta Scott.

La mención de los tiburones hace que la conversación se vuelva a centrar en las mordeduras, y probamos de nuevo a catalogar a todas las criaturas que han mordido a Anna. Va enumerando: pulpo, piraña, gansos… Una vez un camello le arrancó un poco de pelo. Scott sugiere que lo hagamos alfabéticamente para ver si le han mordido veintiséis animales. Empezamos por el final: «¿Un yak?». Sí, en una granja le mordió un yak; le estaba dando de comer y la mordió sin querer. ¿Qué animal empieza por equis? «Xenopus», dice Scott, refiriéndose a un género de ranas africanas carnívoras. «Sí, ésa me mordió», confirma Anna. Vamos hacia el principio. Por la C: ¿una cebra? ¿No? «Pero un cebú me chupó un dedo en un zoo pequeño —relata Anna—. ¿Eso cuenta?». Decidimos que sí. Vamos con la O. «Por la O… ¿Un oso hormiguero? No, no tienen dientes. Pero pudo lamerla uno… ¿Vale si te lamió?».

Un animal que nos ha mordido a todos es la arawana, de las cuales hay dos en la exhibición Amazonas. De lengua huesuda y carnívora, estos peces alargados y plateados son cazadores primitivos y atléticos, que llegan a saltar fuera del agua para atrapar a su presa. Sin embargo, hoy hay una arawana nueva, un pez lengüihueso malayo dorado, que acaba de llegar del zoo de Toledo, y dejamos el restaurante para ir a verla. Estamos deseando que nos dé su bendición para el nuevo hogar de Kali, ya que en toda Asia se considera que esta especie es portadora de buena suerte. Quienes poseen un acuario en casa están dispuestos a pagar diez mil dólares por una. Conocida en China

como «pez dragón dorado» por sus escamas grandes y brillantes, semejantes a las de un dragón, es el pez más poderoso que se emplea en el *feng shui*, pues se cree que atrae la riqueza y el éxito y protege a sus dueños del peligro, los accidentes, la enfermedad y la mala suerte.

«Idóneo para interpretar el lenguaje, favorecer la concentración y exhibir un elevado grado de inteligencia», afirma la página web <fengshuimall.com>. «Una de las capacidades más destacadas que posee la arawana es poder prever los acontecimientos negativos, detectando el aura de energía negativa que está por llegar», continúa la página, y advierte que su poder se ve potenciado al máximo si su tanque se sitúa en una sala principal.

Y aunque nuestro grupo no es supersticioso, que se nos perdone por creer esto por culpa de lo que pasó con Thor, la anguila eléctrica. Anna recuerda la fecha exacta: el 7 de diciembre de 2011. Mientras arreglaban su tanque de siempre, Thor pasó temporalmente a una de las secciones de un tanque de gran tamaño de la zona técnica. Se había dividido con una barrera de alrededor de un metro de altura para garantizar la seguridad de sus otros residentes temporales, un pez pulmonado y una arawana hembra a la que Scott había criado desde que era un alevín. Que se sepa, las anguilas eléctricas no saltan fuera del agua, pero Thor saltó, y fue parar al otro lado de la barrera, donde electrocutó a dos de los peces más valiosos y longevos del acuario.

El hecho de que Scott conociera y quisiera a la arawana desde hacía más de diez años hizo que su pérdida resultara especialmente trágica. Pero lo peor fue, según Anna, que «cuando Thor acabó con la arawana, acabó con la buena suerte». Justo después de que ésta muriera, empezó para Scott toda una serie de desastres. Yo estaba al tanto de algunos, pero no fui consciente de cuántos eran hasta que Anna y Marion me los enumeraron.

La noche que murió la arawana, mientras Scott volvía a casa en el ferri, sus padres sufrieron un accidente de coche y su madre fue hospitalizada. Después, un tío suyo, uno de sus preferidos, se cayó por una escalera cuando visitaba una catedral y murió. El propio Scott se cayó por la escalera de su casa y resultó herido. Hospitalizaron a su hijo por una subida de fiebre. En su viaje anual a Brasil, uno de los participantes, un viejo amigo que respaldaba su labor, murió, y Scott se vio obligado a pasar la mayor parte del viaje lidiando con el ingrato cometido de repatriar a su amigo a Estados Unidos. Desarrolló una enfermedad en la piel. Su perro murió. La mala suerte, de hecho, duró hasta agosto, cuando un zorro diezmó sus gallinas y tuvo que desprenderse de las pocas que habían sobrevivido.

El tanque de cuarentena de la nueva arawana se encuentra situado, de manera propicia, a escasa distancia de la mesa de Scott, en la entrada de la sala de los voluntarios. Ver a este nuevo y bello pez viene a sumarse a nuestro júbilo. Bromeamos con Scott, le decimos que ahora es invencible. Seguro que la buena suerte inundará el pasillo que lleva a la Galería de Agua Marina Fría y llegará hasta Kali en su nuevo hogar.

Tenía que marcharme pronto, porque estaba nevando y había decidido ir en autobús en lugar de coger el coche. Tenía pensado volver en el de las 14.45 h, pero después de volver a ver a Kali, vacilo. Me pregunto si no debería quedarme. Podría intentar quedarme a pasar la noche en el acuario y ver a Kali en su nuevo tanque.

«¿Se pasará alguien esta noche a ver cómo le va a Kali?», pregunto a Scott.

El acuario no sólo cuenta con vigilantes nocturnos, me responde, sino que un equipo de operarios realiza rondas por todas las galerías, en la zona técnica y en el sótano cada cuatro horas todas las noches, para comprobar que no haya fugas, inundaciones o problemas con los animales. Por lo general, si algo va mal, lo pueden arreglar, pero en caso contrario llaman a los acuaristas responsables. Así fue como Scott averiguó por esta misma época hacía cinco años que Kathleen, la anaconda, estaba pariendo, lo que provocó que fuera hasta allí a toda prisa a las tres de la madrugada.

Así que no hay motivo para preocuparme por Kali, no hay motivo para que no me vaya a casa hoy con mi marido y mi border collie, no hay motivo para que cambie los planes de mañana de quedar a tomar el té con Jody y otra amiga, no hay motivo para que haga otra cosa que no sea prepararme para la Navidad, mi festividad preferida, sabiendo como sé que todo va bien. Antes de marcharme, Anna me da un bonito cuadro de un pulpo reticulado que ha pintado. Ha podido hacerlo porque ya no tiene temblores. La pintura ocupará un lugar de honor en mi escritorio, junto al dibujo enmarcado que hizo Danny, con la ayuda de un programa informático, de Wilson, Christa, él y yo con Kali en su barril el día del cumpleaños de Christa y él.

Marion ha horneado galletitas navideñas para todos, y yo reparto un *baklava* que he hecho. Un rato antes, Octavia se había comido dos calamares con avidez. Ahora podemos esperar de todo corazón que tenga una vida larga, sin temor a que le afecte la suerte de Kali. Salgo del acuario cantando el *Joy to the World* de la banda de rock Three Dog Night —«*Joy to the fishes in the deep blue sea* [Que se alegren los peces del mar azul]»—, entusiasmada a más no poder, deseosa de recibir todo lo bueno que nos traiga el año nuevo.

A eso de las once y media de la mañana del día siguiente veo que tengo un correo de Scott de las 10.51: «¿Podrías llamarme al móvil cuando leas esto?».

Así lo hice.

«Tengo una mala noticia —me dijo—. Kali ha muerto».

Traté de reconstruir lo sucedido. Por la noche y a primera hora de la mañana todo iba bien. Sobre las seis de la mañana un vigilante nocturno sagaz y digno de confianza se pasó por la Galería de Agua Marina Fría. Luego, sobre las 7.30 h, Mike Kelleher, ayudante del conservador de peces, fue a la galería como de costumbre y, horrorizado, vio que Kali estaba en el suelo, blanquecina, al pie del nuevo tanque. La tapa estaba tal como la había dejado Bill, con las cuatro pinzas y los cuarenta kilos de plomos de submarinismo encima. Debido a un malentendido, Mike pensó que habían pasado a Kali al tanque de Octavia, y que la que se había escapado había sido la anciana Octavia, no la joven Kali. Sin embargo no vaciló un instante. Abrió deprisa la tapa del tanque, devolvió al pulpo al agua y corrió a buscar al veterinario. Cuando Bill subía por la escalera para iniciar su jornada laboral, se tropezó con Mike, que le contó lo que había ocurrido. Bill fue a toda prisa al tanque, quitó la tapa y le practicó la respiración artificial, que en el caso de un pulpo implica sostener el cuerpo en alto para que se pueda rociar de agua salada la cavidad del manto con una manguera. El sifón de Kali aún se movía, aunque mínimamente, y su cuerpo y sus brazos pasaron a ser de un marrón oscuro.

El veterinario fue corriendo y le puso inyecciones de dexametasona y atropina para intentar reanimar los tres corazones tras un paro cardiaco, así como oxitetraciclina, un potente antibiótico. En un primer momento, todo el mundo pensó que podían salvarla, pero una hora después de ponerle las inyecciones, Kali volvió a perder color. Aunque sus músculos seguían contrayéndose y su piel se oscurecía con el contacto, Kali había muerto.

Después de comer, Scott le contó lo sucedido a Christa, que fue a darle el pésame.

—No había nadie en la galería —me contó mientras las dos llorábamos por teléfono—. Su tanque estaba cubierto por una lona negra. Fue horrible. Kali estaba muy plana, pero en una postura bonita. Cuando miré, no le vi los ojos, pero tenía la cabeza hacia la parte delantera del tanque, en el fondo; los brazos, hacia atrás. Era la típica imagen del pulpo. Todavía salían burbujas de la bomba de oxígeno. Todo era muy raro. Kali estaba de un blanco lechoso.

Se me hizo muy raro verla así. Uno espera ver un pulpo muy rojo o marrón. Tenía el borde de los tentáculos de un blanco rosáceo —relató Christa—, pero así y todo estaba preciosa.

Igual que sucede cuando muere una persona, necesitaba hablar con quienes conocían a la amiga que acababa de perder.

—¿Cuál fue el mejor día que pasaste con Kali? —le pregunté a Christa.

—Fue el día que Danny la conoció y ella me empapó —repuso—. Después, desde que la conocimos, siempre estaba deseando que llegara el siguiente miércoles para volver a verla. Danny se va a llevar un buen disgusto. Teníamos pensado ir al acuario juntos pronto. Ya no será igual…

—No —coincidí—. No me lo puedo creer. No me puedo creer que haya pasado esto. Estábamos todos tan contentos…

Las dos queríamos recordar, como si los recuerdos permitieran que el pasado sustituyese aquel presente inconcebible.

—No puedo dejar de pensar en lo nerviosa que estaba siempre antes de que Wilson levantara la tapa del barril —dijo Christa—. ¿Subiría disparada del fondo? Siempre me vienen a la memoria las distintas formas que tenía de abrirse a nosotros. Siempre era tan emocionante. Y los primeros contactos: las ganas que tenía todo el mundo de meter las manos para estar con ella. Me alegro mucho de tener fotos de los chupetones que me hizo en el brazo…

Llamé a Anna.

—Parece imposible —le dije—. Ayer fue tan increíble.

—Creo que lo que he descubierto es que lo que haces hoy no afecta al ayer —me contestó Anna. No podíamos cambiar el hecho de que Kali hubiese muerto, pero ni siquiera la muerte podía borrar la dicha que habíamos sentido el día anterior. Después de perder a una amiga con la que compartió cada cumpleaños, cada éxito, cada momento de felicidad de su juventud, Anna sabía una cosa—: El ayer sigue siendo perfecto —me aseguró.

Pasé gran parte de ese jueves al teléfono, incapaz de hacer mucho más. Anulé la cita que tenía con mis amigas, que lo entendieron; estaba claro que el té no podía seguir adelante, ya que había perdido a una amiga.

«Hace falta ser una persona especial para entender lo que significa tener un amigo que es un pulpo —razonó Anna, que imaginaba la conversación que podía mantener con sus amigos del instituto—: “Se ha muerto mi amiga. Se llamaba Kali”. “Ah, ¿era de la India?”. “No, de la Columbia Británica. Del océano Pacífico, para ser exactos. Era un pulpo”».

Llamé a Bill y le dejé un mensaje dándole el pésame, pero entendí que no lo cogiera ni me devolviera la llamada. Llamé a Wilson, tanto para saber su opinión como ingeniero como por su consuelo y su amistad. ¿Cómo se salió Kali?

«Sólo pudo escapar de dos formas —replicó—. O levantó la tapa (he visto escapar a pulpos levantando una tapa, incluso una tapa pesada), o escapó por un orificio». Pero esta tapa era más pesada incluso que la del tanque de Octavia, dijo, «y la base era sólida». Había —y tenía que haber— un orificio en la tapa, para que pudiera entrar la tubería que suministraba agua salada al tanque. Y cualquier resquicio que no llenara la tubería, pensaba Wilson, por pequeño que fuese, debió de ser la vía de escape que utilizó Kali.

«No es culpa de nadie —recalcó Wilson—. Bill lo hizo lo mejor que pudo con lo que tenía. Tardamos años en conseguir que el tanque de Octavia fuese relativamente infalible. Estoy triste, pero no sorprendido. Lo que haré será hablar con Bill para ver qué podemos hacer. Pero no teníamos elección. Teníamos que correr el riesgo».

Kali fue sumamente afortunada por vivir tanto tiempo. Casi todos los pulpos mueren cuando son paralarvas. Sólo dos de cada cien mil crías sobreviven y alcanzan la madurez sexual; de lo contrario, el mar estaría lleno de pulpos.

—Y al menos sabemos que su último día se lo pasó bien —me contenté.

—Sí —replicó Wilson—. Tuvo un día de libertad. Y el hecho de que se saliera te dice que era una criatura sumamente curiosa e inteligente que quería ser libre. Sabemos, sin lugar a duda, que tuvo que hacer un esfuerzo supremo para salir. Un animal estúpido no lo haría.

—Murió siendo una gran exploradora —aseguré. Como los astronautas que murieron poco después de que despegara el *Challenger*, o los hombres valientes que perecieron cuando intentaban encontrar las fuentes del Nilo, se adentraron en el Amazonas o fueron a los polos, Kali decidió hacer frente a peligros desconocidos en su afán de ampliar los horizontes de su mundo.

—Los pulpos tienen su propia inteligencia, una inteligencia que no podemos igualar —opinó Wilson—. Confiemos en que podamos aprender de nuestros errores. Es lo mejor que podemos hacer. Después de todo —añadió —, sólo somos seres humanos.



CAPÍTULO SIETE
Karma

Elección, destino y amor

El verano pasado, Bill completó una dura Tough Mudder, una carrera de obstáculos de unos veinte kilómetros celebrada en Vermont, una prueba con barro, fuego, agua helada, paredes de más de tres metros y medio y descargas eléctricas. El día después de la carrera, cuyos beneficios iban destinados a veteranos heridos, se levantó a las tres de la madrugada y volvió en coche al trabajo. Con todo, aquella mañana Bill tenía mejor aspecto que ahora, el primer miércoles tras la muerte de Kali. Ojeroso, Bill baja por la escalera de la Galería de Agua Marina Fría y me ve delante del tanque de Octavia.

Nos damos un abrazo largo y fuerte. En un principio no hablamos de Kali, sino de sus otros animales. Empezamos con los tres lumpos que hay unos tanques más allá del de Octavia. Uno de los peces, por lo general grises, se ha puesto naranja. «Es el macho, y está naranja porque está listo para reproducirse —me cuenta, satisfecho, Bill. Y traduce el lenguaje del pez—: Verás, está intentando impresionar a las hembras con la zona de anidación que ha elegido». Tras seleccionar un rincón donde poner los huevos, entre las rocas de la exhibición, el macho anaranjado está presumiendo de él, soplando las piedras para retirar cuidadosamente algas y detritos. Sopla a un erizo, que se aleja sobre los pies tubulares que tiene entre las púas. Un erizo podría ser un peligro, ya que podría pisar los huevos del lumpo. Sin embargo, por el momento no hay huevos a la vista. Las dos hembras, que todavía no están listas para reproducirse, no parecen impresionadas con los esfuerzos del

macho. Pero Bill tiene grandes esperanzas. Hace dos años, su lumpo se reprodujo y tuvo ocho crías. «Son monísimas», exclama. Esas crías a las que sacó adelante se le acercan en cuanto se inclina sobre el tanque, mirándolo a la cara con sus ojos redondos, sus mejillas abultadas y su irresistible expresión de asombro.

Juntos nos quedamos asombrados viendo a los individuos de tanque tras tanque en su galería. Se ha ocupado de todos y cada uno de ellos a diario durante los últimos nueve años, y siguen despertando su entusiasmo. «Mira, ahí está es mi estrella cesta —dice mientras pasamos a la exhibición Puerto de Eastport—. Esta estrella es increíble. Son preciosas». La criatura, de algo más de diez centímetros, parece más un mineral cristalino que un animal. De un disco central que es como el botón de una margarita, pero con cinco pares de brazos radiales, cada uno de los brazos se ramifica en dos, que a su vez se dividen en esbeltos zarcillos rizados, más intrincados que los rayos del copo de nieve más complejo.

Unos pasos a nuestra izquierda nos llevan ante el Arrecife del Golfo de Maine, un tanque de más de quince mil litros con mil cuatrocientos animales, entre ellos cuatrocientas anémonas dalia, doscientos pepinos de mar, doscientos cincuenta peces trompeteros, cientos de *Lanistes baltemia*, que parecen plantas gomosas, pero que en realidad son moluscos, como Octavia y Kali, y la misteriosa quimera, parecida a un tiburón. Sinuosa, ancestral y dotada de una elegancia como de otro mundo, es en parte cartilaginosa y en parte ósea, en parte ángel y en parte fantasma. La trajo aquí en 2007, cuando ya era una adulta madura, me cuenta. «Es increíble —se maravilla Bill—. Me encanta cómo se mueve».

El afecto que siente Bill por sus animales es tan evidente como la espina de la aleta de la quimera. Que un hombre tan meticuloso y afectuoso haya perdido al más inteligente, sociable y querido de todos ellos —además de joven, sano y fuerte, con toda la vida por delante—, y lo que es peor aún, lo haya perdido, según él, por un error suyo, es algo que está terrible y cósmicamente mal: me vienen a la cabeza unas palabras de *Hamlet* que pronuncia el rey asesinado: «Nuestros deseos y acciones se encaminan hacia lados opuestos, / porque sólo son pasajeros». La pena que siente Bill me asalta, y viene a sumarse a la mía.

Entonces aparece Wilson. Tiene en sus manos el informe de la necropsia de Kali. Realizada tan sólo una hora después de que muriera, el informe puso de manifiesto que los ojos, los brazos, la bolsa de tinta, el colon, el estómago, el esófago y los órganos reproductores femeninos, inmaduros, eran normales.

Aún tenía en el estómago las espinas del capelán que le dimos de comer. Era un animal enorme, y seguía creciendo: su brazo más largo medía más de 1,30 metros; la cabeza y el manto, algo menos de medio metro. Todo en ella era perfecto. Salvo el hecho de que hubiese muerto.

¿Cómo logró salir? Había un resquicio en la tapa, en la parte posterior de la columna. Bill no lo pasó por alto: lo cubrió con una lona de plástico y lo rellenó con una malla rasposa que a los pulpos no les gusta. Sin embargo, eso no disuadió a Kali. Con casi diez kilos de peso y una envergadura de casi tres metros, salió por una abertura que medía unos seis por dos centímetros y medio.

Había un último misterio: estaba claro que Kali había muerto porque un pulpo no puede vivir mucho tiempo fuera del agua: un pulpo gigante del Pacífico puede pasar unos quince minutos sin sufrir daños cerebrales. Sin embargo, Kali podría haber encontrado agua por todas partes. La descubrieron muy cerca del *skimmer* de su tanque, abierto y lleno de un agua que estaba a la temperatura perfecta y tenía las propiedades químicas idóneas para ella. Otros pulpos que han escapado parecen haberlo hecho con la intención de meterse en los tanques de los vecinos y comérselos. ¿Por qué Kali no pudo encontrar otro tanque y meterse en él?

Aunque no todo el mundo suscribe esta teoría, en la Galería de Agua Marina Fría hay quien piensa que quizá Kali pasara por el felpudo desinfectante que había cerca de su tanque. A la entrada de la mayoría de las galerías del acuario de la zona técnica hay uno de estos felpudos. Con el objeto de proteger a los animales de enfermedades que podrían introducirse en la suela de zapatos y botas, la alfombrilla está tratada con Virkon, una solución rosada que mata virus, bacterias y hongos. También es una sustancia química corrosiva, que se sabe que irrita la piel, los ojos y las membranas mucosas. Y la piel de un pulpo es una membrana mucosa gigante, sumamente sensible. J. Charles Delbeek, asistente del conservador del Acuario Steinhart, ha comparado la piel de los cefalópodos con el epitelio intestinal de los mamíferos, con la consecuencia de que «niveles de sustancias químicas, nutrientes, contaminantes, etc., que aparentemente no resultan tóxicos para otras especies de invertebrados pueden ser tóxicos para los cefalópodos». Es posible que el roce con el Virkon envenenara a Kali.

La ironía resulta casi insoportable: Kali escapó porque quienes más la querían intentaban darle la mejor vida posible, y es posible que muriera como consecuencia de sus esfuerzos por proteger a los animales de peligros y enfermedades.

La sombra de la muerte de Kali se extiende como la tinta de pulpo en el agua. «Estás de coña», es lo que Danny le dijo a Christa cuando ésta le dio la noticia en casa de sus padres. Al principio su hermano se mostró confuso: la que se suponía que debía morir era la anciana Octavia, no Kali. Pero luego Christa le contó lo del traslado y que Kali encontró una abertura minúscula por la que se escurrió y se escapó. A lo que Danny repuso: «Ya. Son listos, y se camuflan, y son amigos…». Luego se quedó muy callado. Christa le preguntó si quería que se fuera. «Y me dijo que quería que lo dejara solo, algo muy poco habitual —me contó Christa—. Yo le dije: "Conoceremos a otro pulpo, ya verás, será genial". Y me contestó: "Sí, pero no será Kali". Fue más de lo que me esperaba. Kali creó un gran círculo de amigos a su alrededor».

En Nochebuena, Bill solicitó un nuevo pulpo gigante del Pacífico por correo electrónico. Ha prometido que me informará cuando el animal esté en camino.

Ocho días más tarde, cuando hace sólo tres que hemos empezado el año, recibo la llamada: está previsto que el nuevo pulpo llegue a la mañana siguiente. Será el viernes, el día libre de Bill, que ha dejado a cargo a Dave Wedge y a la acuarista Jackie Anderson. Me invitan a que me una a ellos para ir a buscar al animal a la terminal de carga de Federal Express en el aeropuerto.

«Estas recogidas no siempre van como la seda», dice Jackie, una experta en medusas, guapa, con el pelo recogido en una coleta, cuando nos subimos a la furgoneta blanca del acuario, de la que han retirado los asientos traseros para dejar espacio al cargamento acuático. Un día enviaron a Jackie al aeropuerto Logan a recoger unas medusas que llegaban de las Bahamas. Se suponía que no sería más que un recado que se resolvería con rapidez a primera hora de su apretada jornada laboral, pero la línea área se equivocó al cumplimentar los papeles, donde se aseguraba que se trataba de un envío nacional, de manera que no había pruebas de que hubiera pasado por la aduana. Jackie llegó al aeropuerto a las ocho de la mañana y se pasó el día intentando razonar con la aerolínea. Con cada hora que pasaba, aumentaban las probabilidades de que las medusas sufrieran demasiado estrés o incluso muriesen. Finalmente, a las cuatro de la tarde, exasperada y exhausta, Jackie amenazó con dejar allí el paquete. Los agentes se ablandaron porque, según contó: «No querían tener un montón de medusas muertas en el aeropuerto».

Por lo menos las medusas sobrevivieron. Mientras conduce, Jackie cuenta lo que pasó con las sepias que llegaron de Japón.

Una empresa de Galveston, Texas, criaba sepias para la acuariofilia. Cuando un huracán arrasó las instalaciones, Japón pasó a ser el principal proveedor mundial. Allí los animales se capturan en libertad. Sin embargo, desde que en 2011 un tsunami devastara la central nuclear de Fukushima Daiichi, uno de cuyos reactores causó una fuga de agua radiactiva que fue a parar al mar, se consideró que todos los animales capturados en aguas japonesas estaban contaminados. Cuando las remesas de sepias radiactivas llegaron al aeropuerto de Logan, los perplejos agentes de aduana las retuvieron tres días, y para entonces los sensibles animales habían muerto. (El acuario ha dispuesto que las sepias se envíen a Nueva York, donde el personal de aduanas está más familiarizado con cargamentos poco comunes, y ellos van hasta allí a buscarlas).

Jackie aparca en la primera terminal de carga de FedEx del aeropuerto, y Dave entra para preguntar por el cargamento. El paquete nos está esperando no muy lejos de allí: una caja de cartón ondulado de unos 80 × 60 × 60 centímetros que en un principio iba destinado al envío de un televisor de pantalla plana. En la caja pone: ESTE LADO ARRIBA. Y también: URGENTE. Pero no pone: ANIMAL VIVO. Nadie imaginaría que contiene un pulpo.

Veinte minutos después conseguimos sacar de la furgoneta la caja, que pesa unos sesenta kilos, y pasarla a una carretilla que Scott lleva al área de carga y descarga del acuario, mete en el ascensor y sube a la Galería de Agua Marina Fría. En la caja hay un barril de poliestireno blanco hecho a medida. Dave levanta la tapa. Dentro hay una bolsa de hielo envuelta en papel de periódico, y debajo de la bolsa, atada con un nudo y cerrada con una maraña de gomas de color beis, una bolsa de plástico transparente, resistente, de más de cien litros, que contiene una capa de oxígeno puro en la parte superior, cerca de cuarenta litros de agua y nuestro pulpo. Dave corta el nudo para que podamos ver al ocupante.

Por favor, por favor, por favor, rezo para mis adentros, que todo esté bien.

En el agua hay un gran bulto naranja claro con discos blancos.

—¿Estás despierto? —pregunta Dave al animal. Vemos que la delicada punta de un brazo se riza y después gira.

Jackie huele el agua.

—Parece estresado —anuncia. El agua de la bolsa huele a geranio, y las medusas también huelen a geranio cuando se angustian, explica Jackie. Claro

que esto varía según las especies. Las anémonas estresadas desprenden un olor agrio, salado—. No tiene muy buena pinta —dice, mirando dentro de la bolsa. En el agua amarillenta, como la nieve de pega en una bola, flotan copas de succión. Es normal que un animal que crece rápidamente se despoje de copas de succión, aunque en el mar la corriente se llevaría estos detritos, al igual que las finas cintas de excrementos que se ven en el fondo de la bolsa.

—Nadie está perfecto después de cruzarse el país en un avión —comento—, sobre todo si tienes que viajar en una bolsa llena de tus propios excrementos.

—Creo que he volado con esa línea aérea —apunta Dave—. ¿Qué tal estás? —pregunta al pulpo. Un brazo se mueve lánguidamente. No vemos los ojos del animal, pero sí el embudo y la cavidad del manto y, en ella, una branquia que inhala y exhala de manera superficial. Por lo menos respira.

Dave saca parte del agua sucia, que va a parar a un desagüe en el suelo, mientras Jackie utiliza una jarra amarilla de plástico para verter un poco de agua limpia del aljibe. El pulpo explora tímidamente la jarra con la punta de un brazo.

Nos encantaría sacar al pulpo de la bolsa, pero no queremos que lo asuste un repentino cambio de temperatura o de composición química del agua. Jackie envía una muestra de agua al laboratorio para que determinen el pH, la salinidad y los niveles de amoniaco; Dave toma la temperatura: 7 ºC. Hoy el agua del aljibe está a 10 ºC. Mientras esperamos, miro fijamente al nuevo pulpo en la bolsa de plástico. Aparte del segundo brazo derecho, le falta el cuarto inferior. ¿Qué le habrá pasado? ¿Se acordará? Puede que la memoria resida en el brazo que ha perdido. O tal vez los otros brazos lo sepan, pero el cerebro no.

Ahora el animal se pone de un color naranja más intenso, y me quedo contemplando su misterio. Delante tengo a alguien que nació con el tamaño de un grano de arroz y sobrevivió milagrosamente, flotando indefenso entre el plancton, hasta que fue lo bastante grande para asentarse en el fondo. Ante mí hay un individuo que se ha pasado meses cazando mientras evitaba las mandíbulas que acechaban por todas partes —peces, focas, nutrias, ballenas—, ávidas de su carne. En su corta vida, el animal que está en esta bolsa ya ha vivido aventuras inimaginables, ha protagonizado huidas desafiando la muerte y superado gestas heroicas. ¿Se escondería, cuando era pequeño, en una botella de vino que alguien desechó? ¿Le comería un brazo un tiburón y le volvería a crecer? ¿Habrá jugado con submarinistas, reunido un rancho de cangrejos, escapado de aparejos de pesca, explorado los restos de un barco

hundido? ¿Y en qué medida habrán forjado su carácter las experiencias vividas?

Me quedo mirando el agua y pregunto: ¿quién eres?

La siguiente vez que voy a visitar al pulpo sabemos un poco más de ella. De nuevo, es una hembra. Bill ha examinado el tercer brazo derecho, que no nos permitió ver el primer día, y ha visto que tiene ventosas hasta la punta. «Es bastante enérgica y activa», me cuenta Bill. Pesa de cuatro a cuatro kilos y medio, más de lo que pesaba Kali cuando llegó, y puede que tenga unos nueve o diez meses.

El exportador, Ken Wong, ya les había proporcionado a George, el querido pulpo de Bill, hace años, aunque no a Octavia ni a Kali.

«Capturar a un pulpo es bastante complicado —me contó Ken cuando lo llamé—. Son escurridizos, y hay que dar con el adecuado para exhibirlo. Los pulpos de entre 13 y 18 kilos se descartan. Hay que dejarlos donde están para que se reproduzcan. Luego hay otros que son demasiado pequeños y no resultan apropiados». Otro problema es que, en esta época del año, a la mayoría de los pulpos les falta entre uno y cuatro brazos. Las lorchas *(Ophiodon elongatus)*, voraces depredadores que pueden llegar a pesar más de 35 kilos, con 18 dientes afilados, están desovando, y muerden e intimidan a los pulpos para echarlos de sus guaridas y ocuparlas ellas. Probablemente así perdiera el brazo nuestro pulpo.

En sus primeras inmersiones, Ken no encontró ningún pulpo adecuado. En algunas ocasiones ni siquiera veía pulpos. «A veces simplemente acabas derrotado», admitió. Pero Ken estaba resuelto. Le costó seis inmersiones, pero al final dio con el pulpo que iría destinado a Boston.

La vio a algo más de veinte metros de profundidad, escondida en una formación rocosa, con tan sólo las ventosas asomando. Ken la tocó con suavidad y ella salió disparada de la hendidura y fue directa a su red de monofilamento.

«La red es tan suave que no notarías la presión en la cara —me contó Ken —. A estos animales hay que tratarlos con manos de seda. No los puedes subir de malas maneras a la superficie si no quieres asustarlos». A esa profundidad el agua podría estar a una temperatura 9 º inferior que en la superficie, de modo que pasó al pulpo de la red a un contenedor cerrado de casi doscientos litros de agua y, poco a poco, lo subió todo a la superficie. El animal no forcejó ni lanzó tinta en ningún momento.

Había vivido las últimas seis semanas en un tanque de 1,5 × 1,5 × 1,2 metros y unos mil quinientos litros, equipado con rocas y recodos para poder esconderse. Durante las tres primeras semanas, el pulpo aprendió a acudir cuando Ken daba golpecitos en el agua, con comida en la mano. Le gustaban especialmente las cabezas de salmón y los cangrejos. Le daban de comer con un horario aleatorio, como suele suceder en libertad. Un día comía una única gamba y dos días después se daba un banquete de dos cangrejos grandes. «Aumentó de peso a buen ritmo», me dijo. Cuando la capturó, calculó que rondaría los tres kilos, y ahora creía que pesaba cuatro.

¿Y cómo engatusó al pulpo para que entrara en la bolsa de plástico en la que lo enviaría? «Hay que convencer al animal de que entre en la bolsa —replicó—. A alguien tan inteligente, con ocho brazos, no se le puede obligar a nada. No es rápido ni fácil». Ken drenó algo de agua del tanque para facilitar la tarea, pero con todo y con eso tardó alrededor de una hora en convencerla de que se metiera en la bolsa.

Ken tenía otros tres pulpos en su complejo de la Columbia Británica, cada uno de los cuales ya estaba comprometido. Uno estaba esperando a que su futuro acuarista arreglara su tanque. Otro aguardaba hasta que se resolviera un problema de cuarentena. En algunos casos, Ken tiene que esperar a que el tiempo mejore para enviar un animal. Los aeropuertos cierran en caso de nieve o niebla espesa, y él no manda un pulpo si todo apunta a que tendrá que esperar debido a retrasos por causa del mal tiempo.

Ken se alegró de tener noticias de nuestro nuevo pulpo. «Me alegra saber cómo le va —me dijo—. Los quiero a todos». ¿Qué opina de capturar animales en libertad y destinarlos a una vida en cautividad? No le remuerde la conciencia: «Son embajadores de su hábitat natural —contestó—. A menos que la gente sepa cómo son estos animales y los vea, no habrá una gestión responsable de los pulpos en libertad. De manera que saber que van a parar a instituciones acreditadas, donde van a sentirse queridos, donde las personas verán al animal en todo su esplendor, es algo bueno, y me hace feliz. Este pulpo tendrá una vida larga y buena, más larga que en libertad».

Comparto todo cuanto me ha dicho Ken con Bill y Wilson mientras nos inclinamos sobre el barril, mirando al nuevo pulpo. Al principio es de un marrón intenso, chocolate, luego pasa a un rojo veteado de rosa y marrón, para finalmente adoptar un pardo moteado, con las papilas levantadas salpicadas de blanco, casi como si fuera nieve.

—¿Qué te parece? —pregunto a Wilson.

—Creo… que casi… es sexi —contesta—. Tiene algo que hace que me sienta atraído por ella. ¿Cómo describir esa sensación? —Mi franco amigo ingeniero parece de lo más romántico—. Simplemente ves algo en ella —dice en tono soñador.

Yo diría que es amor a primera vista. ¿Así fue como se sintió cuando conoció a su mujer? «Creo que eso es… otra cosa», dice entre risas.

Sin embargo, es evidente que Wilson está enamorado: «El dibujo, el color…». Si algo le fue de especial utilidad a Wilson en el negocio de la circonita fue su extraordinaria vista para el color: es capaz de distinguir los diamantes de la circonita cúbica sin necesidad de utilizar una lupa de joyero. (Él y su socio inventaron una máquina que hacía esto mismo, midiendo la conductividad térmica. En una ocasión la llevaron a una fiesta… y el resultado fue la ruptura de un compromiso). Wilson puede ver más belleza si cabe en este pulpo de la que yo puedo apreciar.

Claro que quizá yo no quiera ver sus encantos. Después de perder a Kali, tenía miedo de sentirme reacia a abrir tan pronto mi corazón a otro pulpo. ¿Podría evitar comparar desfavorablemente a la recién llegada con nuestra divertida, exigente, juguetona y cariñosa Kali?

Está claro que esto no le supone un problema a Wilson. «Qué bonita es», insiste. Y es cierto. Es un pulpo magnífico: saludable, fuerte, rebosante de color.

Christa también le da la bienvenida. El día que llegó el animal, observó que tenía un *bindi* blanco en la frente. «Es igualita que Kali —comentó Christa—. Creo que es una buena señal».

Desde que llegó, personal y voluntarios del acuario estuvieron barajando posibles nombres. Algunos de los voluntarios de Bill, que utilizan un filtro rojo para la linterna cuando enseñan al pulpo que se exhibe a los visitantes, insistieron en que se llamara Roxanne, por la popular canción del grupo The Police sobre una prostituta *(«Roxanne! You don’t have to put on the red light»),* pero Bill ya había elegido: la llamó Karma.

¿Por qué? «Porque cuando moví a Kali y murió —replica—, me vi obligado a adquirir otro pulpo. Fue el karma».

Entre los occidentales, *karma* se utiliza como sinónimo de destino, suerte, fortuna y fatalidad. Bill escogió el nombre mientras aún se hallaba afectado por lo que a todos nos parecía una desgracia, una tragedia de proporciones shakesperianas. Durante la época isabelina, la mayoría de los europeos creían que el destino de las personas estaba predeterminado, marcado por la posición de los planetas y las estrellas. Algunas personas lo siguen creyendo. Pero la

noción de karma tiene un significado más profundo, y prometedor, que la de destino. El karma nos puede ayudar a desarrollar sabiduría y compasión. En el hinduismo, el karma es la forma de llegar al estado de Brahma, el dios supremo, el yo universal, el alma del mundo. Nuestro karma es algo sobre lo que, a diferencia del destino, tenemos control. «La volición es lo que llamo karma», dijo, al parecer, Buda. En el hinduismo y el budismo el karma es una acción consciente. El karma no es destino, sino justo lo contrario: karma es elección.

Una semana después, el lumpo macho sigue con su cortejo. Una langosta naranja se planta en la guarida que ha elegido, y el macho está desesperado por echarla. Ninguna de las hembras se ha interesado aún por el nido. Las dos pasan por delante de él, al parecer sin percatarse, parecen pequeños zepelines grises de ojos grandes, como niños sorprendidos. Bill lo siente por el macho, pero se pregunta si debería añadir al tanque a un segundo pretendiente para inducir a procrear a las hembras.

Entretanto, en la Galería de Agua Dulce, Asesino, la tortuga pintada, se ha enamorado. Por desgracia, el objeto de su afecto no es otra tortuga, sino una perca sol. Por lo visto la tortuga considera a los demás peces del tanque una amenaza para la hembra, que es suya y sólo suya, y mientras la corteja, ataca a cualquier pez que se acerque, y les muerde las aletas a todos. Mientras Andrew Murphy, asistente de acuarista, explica esto a unos visitantes, Asesino baja hasta el fondo del tanque y mata a dos killis, unos pequeños pececillos, ante la mirada estupefacta de la gente.

Y mientras están esculpiendo los nuevos corales para el Tanque Gigante del Océano en talleres de Charlestown, Massachusetts, y en California, se ha entablado una pelea entre algunos de los peces que viven temporalmente en la piscina de los pingüinos: se ha descubierto que a un boquinete y a un pez mariposa les faltan pedazos de la cola y las aletas. Los sacan para que se recuperen. Pero ¿quién es el responsable? Christa informa de que el personal apuesta por Barry, la barracuda, o Tomás, la morena gris. (Polly, la mansa morena congrio, de un verde vivo, no se encuentra bajo sospecha). Cuando se descubra al culpable, el personal intentará limitar sus movimientos a una zona segura de la piscina de los pingüinos.

¿Qué impulsa a estos animales a tomar las decisiones que toman? ¿Por qué escogen a tal hembra o tal macho y no a otro? ¿Por qué escogen este camino, esta pelea, esta guarida y no otros? ¿Es un comportamiento aleatorio

o se halla condicionado por la experiencia? ¿Se trata de respuestas robóticas a impulsos externos? ¿Instinto? ¿Tienen los animales —o las personas— libre albedrío?

Aunque esta pregunta sigue siendo uno de los grandes debates filosóficos de la historia, si de verdad existe el libre albedrío, las investigaciones apuntan a que existe para las distintas especies.

«Ni siquiera los animales simples son los autómatas predecibles que a menudo se da a entender que son», afirmó el investigador Björn Brembs, de la Universidad Libre de Berlín; ni siquiera las moscas de la fruta, cuyo cerebro únicamente tiene cien mil neuronas (una cucaracha, en cambio, tiene un millón). A su juicio, si estos pequeños insectos fuesen meros robots reactivos, en una habitación completamente anodina se moverían de manera aleatoria. De manera que los pegó a pequeños ganchos de cobre y los colocó en un entorno blanco uniforme.

Su vuelo no era aleatorio, sino que se correspondía con un algoritmo matemático que describe un movimiento denominado vuelo de Lévy. Este patrón de búsqueda es una manera eficaz de encontrar alimento, un método que se sabe que también utilizan albatros, monos y ciervos, y también las moscas tomaron decisiones sensatas, no aleatorias. Los científicos han descubierto patrones similares en el comportamiento humano, en el flujo de correos electrónicos, cartas y dinero (y, observó Brembs, en los cuadros de Jackson Pollock).

Las moscas incluso hacen gala de una variación individual en las decisiones que toman. La mayoría de las moscas de la fruta suelen ir hacia la luz cuando se asustan, pero no todas, ni con la misma urgencia. A investigadores de la Universidad de Harvard les sorprendió el grado de variación individual que mostraban las moscas de la fruta en su laboratorio, incluso entre moscas que eran genéticamente idénticas. Y, al igual que nosotros, parece que las moscas de la fruta toman decisiones impulsadas por emociones como el miedo, la euforia o la desesperación. Otro estudio descubrió que las moscas de la fruta macho que se sentían abatidas después de que las hembras rechazaran sus avances sexuales eran un 20 % más propensas a refugiarse en la bebida (alimento líquido complementado con alcohol en el laboratorio) que los machos que se hallaban sexualmente satisfechos.

Las elecciones de que dispone un animal complejo como un pulpo son incontables, incluso en un barril de encurtidos. Ahora Karma sube a la parte de arriba del barril cuando doy con la mano en el agua, tan tranquila con nosotros que a menudo se pone de un blanco casi puro cuando jugamos con

ella. Es activa, pero ni con mucho tan eufórica como Kali. Prefiere succionarnos con sus ventosas de mayor tamaño, a veces con la fuerza suficiente para hacernos chupetones que duran un día. Cuando intentamos interactuar con la punta de sus brazos, ella deja que se nos escurran de las manos. Al cabo de unos veinte minutos, se suele relajar, y nos coge con suavidad. Pero después nos agarra de nuevo con más firmeza, como para recordarnos: soy lo bastante fuerte como para meteros aquí dentro. Tengo cuidado porque quiero.

Sin embargo, un fin de semana Karma no tuvo ningún cuidado. Andrew le abrió el barril para darle un pescado y sus brazos salieron disparados para cogerlo a él. Se retorció, se volvió de un rojo vivo y se puso boca abajo. Para su sorpresa, Andrew le vio el pico en la confluencia de los brazos, y se dio cuenta de que intentaba morderlo.

Como es propio en él, mantuvo la sangre fría. A sus veinticinco años, tiene peces desde los seis, y consiguió que procrearan a los siete. (Cuando todos los peces de su acuario aparecieron muertos, en lugar de llorar, pidió a su madre unas tijeras para poder diseccionar los cuerpos y averiguar qué había pasado). Se siente tan a gusto con los animales acuáticos que, hace un año, cuando estaba en la tiendecita que hay al otro lado de la calle y se dio cuenta de que iba a sufrir un ataque de epilepsia, su primer pensamiento fue volver al acuario y, concretamente, a la zona que hay detrás del tanque de las pirañas, para tener el ataque en un lugar en el que se sintiera seguro. De modo que cuando lo atacó un pulpo gigante del Pacífico, Andrew, que también lleva con un socio un negocio de diseño y mantenimiento de acuarios para peces tropicales, se retiró las ventosas de Karma con tranquilidad y la metió en el barril. «Nos hemos levantado con el pie —o el brazo— izquierdo», dijo.

La repentina aversión que Karma siente por Andrew parece tan caprichosa como la prolongada indiferencia de los lumpos hembra por su apasionado pretendiente. El infatigable macho todavía no se ha dado por vencido. Tiene el nido impecable, sin algas que manchen las lisas rocas que podrían dar amparo de manera segura a cientos de preciosos huevos. Ninguna estrella de mar o erizo se atreve a acercarse a este sitio, que guarda celosamente. Incluso ha mantenido a raya a la langosta. El macho va de un lado a otro cerca de la parte superior del tanque, casi como un tigre, deseoso de que al menos una de las hembras se fije en su propiedad y le guste. Con todo, ambas hembras siguen sin hacerle ningún caso. Bill tampoco ha perdido la esperanza. Quizá la semana que viene, dice…

Me perderé el siguiente episodio de la saga de los lumpos, ya que el próximo jueves es San Valentín y, con el beneplácito de mi marido, tengo una cita en Seattle. Volaré al otro lado del país para ver cómo dos pulpos practican sexo.

La parte superior del tanque de más de diez mil litros dividido en dos partes, está adornada con una guirnalda de lucecitas rojas con forma de corazón; sus paredes de cristal, decoradas con corazoncitos de un rojo vivo. Un ramo de rosas de plástico, atadas con un lazo de satén rojo, flota en el agua. A las once de la mañana ha empezado a llegar la gente. Ciento cincuenta alumnos de sexto de primaria han ido en autobuses escolares. Hay madres con niños en cochecitos más grandes que los carritos de la compra. Hay 88 alumnos de segundo y 19 adultos acompañantes, y niños de tan sólo cinco años de otros colegios de primaria. Alrededor de las tres cuartas partes de todas las personas que hay aquí son niños, pero también se ven muchos adultos: un joven con una coleta pelirroja y una cazadora de cuero negra me cuenta que su novia y él llevan cuatro años viniendo a este sitio a pasar el día de San Valentín en la cita a ciegas anual de pulpos del Acuario de Seattle.

«Es una locura, pero resulta bastante asombroso», dice un cámara del canal KOMO, filial de la Seattle NBC. Parte de lo que grabe de este acontecimiento saldrá en las noticias de las cuatro, las cinco y las seis. La «Cita a ciegas de pulpos» es un acontecimiento que se celebra con regularidad en el Acuario de Seattle desde hace nueve años, la joya de la corona de la «Semana de los pulpos», la mayor atracción del año en el acuario. Un típico día de invierno entre semana atrae entre trescientas y cuatrocientas personas, cifra que puede llegar al millar un sábado o un domingo concurrido. Sin embargo, en un fin de semana de la «Semana de los pulpos» se han llegado a recibir seis mil visitantes.

«Es curioso si se piensa que vienen a ver cómo se aparean dos animales —cuenta Kathryn Kegel, de treinta y un años, bióloga jefe del acuario y especialista en invertebrados. Pero, incluso después de llevar trabajando en el acuario siete años, también para ella es uno de los días más emocionantes del año—. Los apareamientos que he visto son tal bola de brazos, que ni se distingue a los animales. —Desde entonces no se ha perdido una sola «Cita a ciegas»—. Hay más o menos un 50 % de probabilidades de que los pulpos tengan interés en aparearse —estima. Puede que no hagan nada. O que un animal ataque al otro. Si esto sucede, otro buzo y ella intentarán separarlos…

si es que pueden—. Pero hay demasiados brazos como para poder hacer gran cosa —admite».

Un año la hembra mató al macho y empezó a comérselo. Por suerte esto no pasó delante del público, sino después de que el acuario cerrara sus puertas y dejaran a los animales juntos en el tanque. Y en otra ocasión un pulpo logró retirar la barrera que separaba los dos tanques y los animales se aparearon la noche anterior a la «Cita a ciegas». Ahora la barrera está atornillada y afianzada con bridas en cuatro puntos distintos.

Con ocho brazos y seis corazones latiendo como si fueran uno, cabría pensar que el sexo entre pulpos ofrece un *Kama Sutra* de posibilidades, pero lo cierto es que el pulpo es un amante casi aburrido en comparación con otros invertebrados marinos. Tomemos como ejemplo a la especie de nudibranquios *Chromodoris reticulata*, una babosa marina que se encuentra en arrecifes coralinos poco profundos de todo Japón. Todas poseen órganos sexuales masculinos y femeninos, que pueden utilizar al mismo tiempo. El pene de una de ellas encaja en la abertura de otra, y se penetran a la vez. Pero esto no es todo. Al cabo de unos minutos, ambas se desprenden del pene, que va a parar al lecho oceánico, pero veinticuatro horas después lo vuelven a hacer crecer para poder aparearse una y otra vez.

Aunque existen excepciones, casi todas las especies de pulpos se suelen aparear de una de estas dos formas: el macho encima de la hembra, como acostumbran a hacer los mamíferos, o de lado. Esto último a veces se denomina apareamiento a distancia, es una adaptación del pulpo para mitigar el riesgo de canibalismo. (En la Polinesia Francesa, un pulpo azul hembra de gran tamaño se apareó con un macho en concreto doce veces, pero, tras un funesto decimotercer encuentro, asfixió a su amante y se pasó los dos días que siguieron comiéndoselo en su guarida). El apareamiento a distancia parece el no va más del sexo seguro: el macho extiende su brazo hectocotilizado desde cierta distancia para llegar a la hembra; en algunas especies esto se puede llevar a cabo sin que ninguno de los dos pulpos salga de sus respectivas guaridas contiguas.

Como es difícil encontrar y observar a los pulpos, no se sabe mucho de su vida amorosa. Pueden ocurrir muchas cosas que no esperamos. Los machos se pelean por las hembras, y juegan sucio: un macho le arrancará la lígula a un rival y se la comerá. En 2008, la investigadora Crissy Huffard, del Acuario de la Bahía de Monterrey, documentó a una especie indonesia cuyo sistema de apareamiento era sorprendentemente complejo: descubrió que los machos custodian a la hembra elegida, aunque a veces «machos furtivos» les ponen

los cuernos. En 2013, los investigadores informaron de que el pulpo grande rayado del Pacífico, redescubierto no hace mucho y de una belleza apabullante, vive en colonias de hasta cuarenta animales. Machos y hembras cohabitan en guaridas, copulan pico con pico y producen huevos no una vez, sino muchas, a lo largo de su vida.

Kathryn tiene muchas esperanzas en la pareja de pulpos gigantes del Pacífico de este año, Lluvia y Chorro. Lluvia, el macho, pesa nada menos que treinta kilos. Kathryn lo describe como «un pulpo sumamente curioso, muy relajado y de trato fácil». Fue recolectado en mayo, muy cerca del acuario, y ha crecido muy deprisa. Un voluntario, que lo ha visto doblar el tamaño desde que llegó, me cuenta que «se ve cómo crece de una semana para otra». Es un macho apuesto, de un rojo subido. Una de las ventosas de más tamaño que tiene pegadas en el cristal del tanque mide unos seis centímetros de diámetro, lo bastante grande como para levantar más de diez kilos. Ha probado suerte con distintos juguetes —le gustó especialmente la pelota blanda con la que les encanta jugar a las nutrias—, pero de un tiempo a esa parte le interesan menos los juguetes. Ha llegado el momento de apartar esas cosas de niños. En las dos últimas semanas ha dejado dos espermatóforos en el tanque. Parecen gusanos transparentes, de alrededor de un metro de longitud; cuando los encontraron en el taque del pulpo, los cuidadores de un acuario creyeron que el macho estaba afectado por una plaga de parásitos. Los espermatóforos eran la prueba: Lluvia había alcanzado su madurez sexual, se acercaba al clímax y, poco después, al final de su corta vida.

La hembra, Chorro, es más pequeña —pesa unos veinte kilos— y más tímida. Creó una guarida en cuanto pasó al tanque de exhibición, cosa que no suelen hacer los pulpos. Se llama Chorro porque lanza chorros de agua, aunque la mayoría acaban en las paredes acrílicas, no en quienes pasan por su lado. Le gusta abrir tarros, sobre todo de noche.

Los dos se han estado buscando, palpando, interactuando con las ventosas cada uno desde su lado de la barrera porosa que separa los dos tanques.

La cita se celebra a mediodía, pero me aseguro de coger un buen sitio a las once y media. Visto desde arriba, el tanque parecería un ocho deforme tumbado, con la parte superior minúscula y la inferior de mayor tamaño, conectadas por un pasillo transparente que por el momento está cerrado con una barrera de plexiglás con pequeños orificios. Paredes rocosas incorporadas en la trasera de cada tanque proporcionan a cada uno de los pulpos al menos un buen escondite. Estrellas de mar y caracoles se pasean por el fondo

arenoso, y lorchas y dos especies de pez de roca canario nadan nerviosos por el agua. A veces un pez desaparece, devorado.

Al principio, Lluvia descansa en la esquina superior de su tanque, pero después se vuelve rojo y empieza a moverse. Regresa a su rincón y pasa a un color grisáceo moteado. «Me quedaría helado si estuviera nadando y viera a un pulpo así», dice un adolescente con una cazadora de cuero que va con su novia, con el brazo alrededor de sus hombros. Chorro se muestra más activa en su tanque, más pequeño. Tiene un bonito color naranja oscuro y muchas de sus papilas levantadas.

A las 11.35 h se oye a través del sistema de megafonía del acuario el grave y sexi bajo de Barry White: *Can't Get Enough of Your Love, Babe*. Kathryn, que ahora lleva puesto un traje seco de color rojo, sitúa una escalerilla junto al tanque. Ella y Katie Metz, su compañera, retirarán los tornillos y las bridas que afianzan la barrera entre los dos tanques e instarán a Chorro a que recorra el túnel.

—Ya casi estamos listos para nuestra «Cita a ciegas de pulpos» —anuncia la animadora, que se presenta como Roberta, a través de la megafonía—. Si desean ocupar las primeras filas delante del tanque, les rogamos que se sienten en el suelo. Si prefieren quedarse de pie, háganlo detrás de los que están sentados.

—Sentaos con las piernas cruzadas, niños —dice una profesora a sus alumnos de segundo mientras éstos se acomodan en el suelo. Detrás de mí hay doce filas de personas alrededor del tanque.

—Nuestros pulpos son muy impredecibles —continúa la animadora—. No puedo decir con seguridad dónde estarán. Si les cuesta verlos, nuestras cámaras les ofrecerán la escena en la gran pantalla que hay detrás de la mesa blanca. Les voy a pedir que no se levanten ni se muevan, sino que permanezcan en su sitio unos minutos para ver qué pasa. ¡Empezamos dentro de diez minutos!

Todos los niños gritan entusiasmados.

La música va a más. Ahora canta Roberta Flack, *Baby, I love you*. Para pasar el tiempo, una de las profesoras enseña a los niños a moverse al ritmo de la música.

—¡Esas manos! —exclama, como un predicador evangélico ante su congregación—. ¡Moved esas manos!

A las 11.55 h Roberta vuelve a dirigirse a la multitud. Está junto a Lluvia, en el lado mayor del tanque.

—Feliz día de San Valentín a todo el mundo. Les voy a presentar a los animales que hoy van a protagonizar una cita a ciegas. Éste es Lluvia, nuestro macho adulto —empieza, señalando la bola grisácea de ventosas que descansa en el rincón superior del tanque—, y en este tanque más pequeño está Chorro, nuestra hembra. Se van a conocer dentro de un momento. Estos animales son muy solitarios. No quieren conocer a otro pulpo hasta que llegan al final de su vida.

Sin que las vean la mayoría de los asistentes, que están reunidos en torno a Lluvia en la parte más grande del tanque, Kathryn y Katie se meten en el agua para aflojar los tornillos que sujetan la barrera.

—¿Cuántos de ustedes han tenido una cita a ciegas? —pregunta Roberta —. Unas veces van bien y otras no. Vamos a ver qué pasa.

Mientras los buzos retiran la barrera, Roberta facilita al gentío información sobre algunas especies: tamaño, esperanza de vida, tasa de crecimiento.

—Nuestro buzo va a animar a Chorro a que vaya a conocer al señor Lluvia —anuncia Roberta.

Vemos que Chorro viene hacia nosotros, está de color rojo vivo debido al nerviosismo. Avanza con resolución por el arenoso fondo del tanque hacia Lluvia, que ahora ha pasado del grisáceo al rojo, pero sigue sin moverse. En la «frente» de Chorro aparece un ojo simple de un blanco brillante cuando extiende su segundo brazo izquierdo hacia él, quedándose a un metro del brazo más próximo del macho. Luego, a las 12.10 h, alarga un segundo y un tercer brazo hacia él. Cuando lo toca, Lluvia baja por la pared rocosa para reunirse en el fondo con la hembra.

Corre a sus brazos, y ella se sitúa boca abajo, ofreciéndole su vulnerable parte inferior, de color crema. Se abrazan boca con boca, miles de relucientes ventosas de una sensibilidad extraordinaria probando, tirando, succionando, ambos rojos debido a la excitación.

Por último Lluvia envuelve por completo a Chorro con su membrana interbraquial, igual que un caballero cedería su abrigo a su dama una noche fría. Ahora en el plexiglás sólo se ven algunas ventosas de la hembra.

Aún por encima del tanque, Kathryn y Katie observan a los amantes como dos cupidos. Son momentos tensos para las biólogas. Cada «Cita a ciegas» entraña riesgo. «Siempre hay cierta preocupación —me contó Kathryn—. Pero esto es lo que sucede cuando están en libertad, y pase lo que pase estará bien». Sin embargo, Katie y ella conocen a estos dos animales personalmente. Los quieren y no quieren verlos heridos; quieren que el apareamiento sea un

éxito. En el pasado, algunas hembras lanzaron tinta e intentaron alejarse de los machos, así que el hecho de que Chorro esté dispuesta a acercarse a Lluvia es una buena señal.

Ahora que los pulpos están copulando y ya no se mueven, los niños empiezan a levantar el campamento: es hora de ir a sus respectivos autobuses. Muchos de los pequeños parecen desconcertados. Para ellos, el sexo entre seres humanos es incomprensible; el sexo entre pulpos, inimaginable. Algunos adultos se quedan mirando. Dos chicos están plantados delante del tanque con solemnidad, abrazados. Una señora de pelo corto no entiende que lo que parece un pulpo en realidad son dos.

—¿Lo están haciendo? —pregunta, perpleja—. ¿Dónde está el otro?

Los dos animales no se mueven, pero el color de Lluvia cada vez es más claro.

—Al fin y al cabo, es una cita —observa una voz masculina a mis espaldas—. Tiene que haber comunicación por fuerza.

—Puede que telepática —responde una voz de mujer.

—¿Podría estar haciéndole daño el macho? —inquiere otra señora, preocupada.

—Eso es algo que pasa a veces, sí —explica Katie—. Estas cosas no se pueden controlar. Pero la respiración del macho (respira hondo, a un ritmo cómodo) y el hecho de que ella no intente alejarse son buenas señales de que esto está yendo muy bien.

—Es el apareamiento más relajado y delicado que he visto en mi vida —apunta Kathryn.

Ahora los dos animales están muy quietos, y a las 12.35 h Lluvia está blanco como la nieve, el color de la satisfacción absoluta.

—Ahora se están fumando el cigarrito —observa entre risas el señor que tengo detrás.

—Nunca lo he visto tan blanco —asegura un señor alto, cuyo rizado cabello le llega por los hombros y asoma bajo un gorro para la lluvia. Lleva contemplando la escena desde que llegué yo—. Qué bonito es —dice en voz baja—. Los dos lo son.

Se llama Roger, y me cuenta que a lo largo del año anterior ha estado viniendo al acuario dos veces por semana, sobre todo para ver a los pulpos. Cuando las cosas le iban mejor, se hizo miembro del acuario. Pero después su madre murió de cáncer de mama, perdió su casa y ahora está viviendo en Compass Center, un centro de acogida para personas sin hogar. Está sacando fotos de los pulpos para pintar un cuadro de 2,5 × 3,5 metros para el centro,

«un regalo para las personas que han sido buenas conmigo». En un principio se planteó pintar una orca, pero el pulpo le parece más adecuado: la brújula tiene ocho puntas, y el pulpo tiene ocho brazos. De todos los animales del acuario, los pulpos son sus preferidos.

—Venir a este sitio es casi como meditar —aduce—. Vivir en el mundo es duro si uno es sensible. Pero estar con estos chicos me da paz. —No hace mucho le han ofrecido un hogar en casa de un amigo; se avecinan días mejores—. La paz que me dan estos chicos —me cuenta— me ha dado tiempo para que me pase algo bueno como esto.

Ahora que los autobuses escolares se han ido, la mayoría de los visitantes del tanque son adultos, y todos parecen reconocer la armonía de la escena que se desarrolla ante nosotros.

—No es el sexo —razona Roger—, sino el hecho de que sea el punto culminante de sus vidas. —No oigo risas ni chistes. Algunas parejas se acercan cogidas de la mano y se paran delante del tanque como lo harían ante la hornacina de una iglesia. Son testigos de una dicha de la que ellos también disfrutan. Los susurros de los que observan en silencio a los animales están teñidos de admiración y respeto.

—Mira qué blanco está.

—¡Y todas esas protuberancias en la piel! Parece igual de esponjoso que un cordero.

—Parece feliz.

—Sí, satisfecho.

—Están tan tranquilos…

—Qué monos. Son una verdadera monada.

—Qué bonitos son. Preciosos.

Y a mi lado, oigo que Roger dice en voz queda:

—Te quiero, Lluvia —asegura, casi susurrando—. Te quiero, Chorro.

Los animales llevan tres horas sin apenas moverse. La gente pasa por delante de ellos como si fuesen plancton, dejando estelas de comentarios como tentáculos. «Todos los órganos internos del pulpo están en esa cosa que parece una nariz», explica un naturalista voluntario a un niño de cinco años.

«Las patas le salen de la boca», exclama un niño.

«¿Se aparean el día de San Valentín? —pregunta una mujer a su cita—. ¿Cómo saben que es San Valentín?».

Luego, a las 14.15 h, llega Hariana Chilstrom, naturalista del acuario. «Mover el espermatóforo hasta la lígula es como eyacular —me explica—. La lígula se dilata como si fuera un pene». De hecho, es un pene situado en el manto el que produce el espermatóforo. Un espermatóforo pasa del interior del manto al embudo, y este embudo flexible se acerca a un surco del brazo hectocotilizado y deposita el espermatóforo en dicho surco. Acto seguido, el espermatóforo se desplaza hacia abajo por el surco, arqueándose y deslizándose hasta la lígula, la punta del brazo hectocotilizado.

El macho que se está apareando se excita cuando el espermatóforo pasa a la hembra, cuya respiración se acelera. Justo igual que nosotros. Y ¿por qué no? «Poseen los mismos neurotransmisores que los seres humanos», afirma Hariana.

Y cada pulpo es distinto. Hariana recuerda a uno al que «le iban» las personas en silla de ruedas o que utilizaban bastón. El pulpo se acercaba a mirar cada vez que veía a alguien así. A otro le gustaba especialmente observar a niños pequeños. Depredadores terrestres cautivos, como los tigres, también muestran estas preferencias a menudo. A estos animales les suele llamar la atención ver a alguien con una discapacidad, quizá porque saben que serían presa fácil. Peter Jackson, presidente del grupo de especialistas en tigres que integran la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza, observó que los tigres de los circos solían detenerse en medio de una actuación para mirar fijamente a su hijo, que tiene síndrome de Down. Los tigres de los zoos se quedan quietos cuando Stephanie, hija de mi amiga Liz, pasa por delante en su silla de ruedas. Pero seguro que los pulpos tienen otros motivos. Nosotros no formamos parte de su menú, así que quizá el metal de las sillas o los bastones brille como escamas plateadas. O tal vez sólo sientan curiosidad al ver que esas personas se mueven de manera distinta de las personas que no tienen una discapacidad.

A las 14.50 h, Lluvia y Chorro se mueven ligeramente. Es una escena apacible, doméstica. Un par de ventosas del macho están en la cara de la hembra, como si le estuviese dando un beso en la mejilla.

A las 15.07 h, Katie dice: «Puede que esté llegando el final. Se están separando». Casi toda la parte inferior de Chorro ahora está pegada al cristal del tanque, la piel de la cara interior de sus brazos de color rosa entre las ventosas blancas. La cabeza y el manto, ahora grises, descansan de lado en brazos del macho. Una lorcha curiosa se acerca a mirarlos. «Es muy descarada —dice del pez Hariana. Me cuenta que antes también tenían a una anguila lobo en el tanque, llamada Gibson—. Era un destrozahogares —

asegura». Vivió allí tres años, pero se peleaba con los pulpos por las guaridas. Gibson arrancaba a mordiscos trozos de los brazos a los pulpos, que a su vez le daban una buena paliza.

Después de tanta inactividad, todos estamos impacientes por ver cómo se separan los dos animales y qué hacen a continuación. «Sé que pasará en cuanto me vaya a por un café. Es que lo sé, lo sé», dice Hariana. Así que no nos despegamos del tanque.

15.45 h: Lluvia ahora tiene motas oscuras en la clara membrana. Vemos la cara y los ojos de Chorro, que está de un rojo vivo. Todavía no vemos la cavidad del manto. Roberta se sube a la escalera para mirar desde arriba, pero ni siquiera así consigue ver gran cosa.

16.05 h: Chorro sube despacio por la pared del tanque, ventosa a ventosa. Es mucho más oscura que Lluvia, que ahora es de un rojo claro. Dos minutos después, frena en seco.

Por delante pasa una pareja irlandesa de ancianos. «Se están apareando, Leo», le dice la mujer al marido con un acento encantador. Hasta que oyó a un voluntario que explicaba lo que estaba pasando, me cuenta, vio a los pulpos inmóviles y pensó «que eran de cartón». Luego se vuelve hacia su marido y dice de manera rotunda: «Es una experiencia preciosa. Y muy conmovedora. Mucho». Parece que su frágil esposo, boquiabierto y aferrado precariamente a su andador, no lo acaba de entender. Y sin embargo ella está rebosante de ganas de compartir con él su descubrimiento, animada por el mismo entusiasmo que debieron de sentir juntos en los albores de su largo matrimonio.

A las 16.37 h, Lluvia empieza a mover despacio la punta de dos de sus brazos. Vuelve a estar de color blanco. Chorro yace ahora de lado, la boca y las ventosas que la rodean pegadas al cristal, los brazos extendidos hacia todas partes, como una estrella. Sus ventosas más grandes son del tamaño de un dólar de plata. Lluvia rodea con sus brazos y su cuerpo la cabeza y el manto de la hembra. Su embudo comienza a subir y bajar. Algunas de las ventosas de Chorro parecen flotar, como si el animal se estuviera moviendo.

A las 17.03 h Chorro continúa con su lento ascenso por el lateral del tanque, dos brazos extendidos hacia arriba. Con un tercer brazo parece acariciar a Lluvia, que le ha pasado por encima un brazo.

17.10 h: Chorro se vuelve de un naranja intenso cuando los dos animales se separan bruscamente, con una sacudida. De pronto se despliegan en una explosión de brazos y membrana. Él sale disparado hacia su derecha, y ella va detrás. Golpea las rosas de plástico flotantes y se detiene un instante en el

fondo del tanque. Un espermatóforo blanco de casi un metro asoma de la cavidad de su manto como si fuese una cuerda.

—La pareja se ha separado —informa Hariana por el *walkie-talkie* al biólogo que hará el turno de noche.

—Recibido —contesta éste.

Chorro tose (el pulpo levanta las branquias, dejando a la vista las branquias grises), se vuelve blanca, después, roja, y los dos pulpos empiezan a perseguirse por el tanque.

Son como grandes estandartes rojos ondeando al viento. Ella empieza yendo a la izquierda, por las rocas, hacia el túnel, mientras él se mueve hacia la derecha, de vuelta a su posición original. Ella vuelve a levantar las branquias, gira y va con Lluvia. Da la impresión de que quiere echarlo de su rincón. Extiende los brazos hacia él, que la coge con dos de los suyos. Empieza a arrastrarla con él mientras ambos van nuevamente a la izquierda, envolviéndose con un brazo, dos, tres, ahora cuatro. A continuación se separan.

A las 17.23 h, Chorro, con la membrana interbraquial abierta como un paracaídas, comienza a dirigirse hacia el arenoso fondo, pero entonces recoge los brazos y sube por el cristal para refugiarse en el rincón superior del tanque, donde estaba aovillado Lluvia antes de que se conocieran. Éste, entretanto, se retira a la parte de más pequeña del tanque.

«Nunca he visto tanta actividad postcoital», exclama Hariana.

A las 17.26 h parece que se han acomodado, como esta mañana, en lados opuestos del tanque, pero cambiando de sitio: ella está en el tanque de mayor tamaño y él introduce dos de sus brazos en el túnel, a punto de entrar en el más pequeño, el que antes era de ella.

«Esta mañana, cuando se levantó, tenía una casa bonita y grande —comenta el pulcro señor de cabello plateado que tengo al lado—, luego llega esta hembra y tiene sexo con él, y ahora le toca quedarse en un apartamentito de mala muerte. Apuesto a que está pensando: “Si lo sé, no vengo”».

Siguen cada uno en un extremo del tanque cuando el acuario cierra, a las seis. El personal de noche no ha recibido instrucciones de volver a poner la barrera.

Por la mañana, cuando vuelvo, cada cual está en su sitio de siempre, y la barrera ha vuelto a alzarse. La cola blanca y lacia del espermatóforo que colgaba del manto de Chorro ha desaparecido. Todavía no la ha visto nadie en

el fondo del tanque, pero ha cumplido su cometido. Sus siete mil millones de espermatozoides saldrían e irían a parar al oviducto de la hembra mientras los dos animales se hallaban unidos. A estas alturas, el esperma ya se habrá fijado a las paredes de su espermateca, la glándula donde el esperma puede permanecer viable durante días, semanas o meses, hasta que ella permita que fertilice sus huevos, cuando lo desee.

De vuelta en el Acuario de Nueva Inglaterra, marzo marca otro nuevo comienzo. Todos salvo uno de los nuevos paneles de cristal del Tanque Gigante del Océano están en su sitio; las esculturas de coral de mayor tamaño, todas ellas hechas a partir de coral genuino, están terminadas e instaladas. Bill se ha unido a una expedición de recolección a las Bahamas para hacerse con unos cuatrocientos del millar de animales nuevos que cobijará el nuevo arrecife, con sus numerosos escondites. Incluso con el ruido de las sierras y los taladros y el penetrante olor a pegamento, por fin podemos ver que el futuro toma forma.

Un día, mientras comemos en la cafetería, Christa nos habla de sus planes de los próximos diez años para Danny y ella. «No es fácil tener un hermano mellizo que es así de distinto —explica—. Se supone que venimos al mundo juntos, pero entonces pasa algo…». Cuando solicitó su ingreso en diversas universidades, se enfadó y se disgustó porque Danny no podía ir con ella. Ahora su objetivo es asegurarse de que pueden estar juntos. Sueña con que este trabajo de media jornada temporal pase a ser de jornada completa y fijo, ganar el dinero suficiente como para poder permitirse un piso de dos habitaciones para Danny y ella cerca del acuario y que Danny también trabaje allí, quizá en la tienda de regalos. A sabiendas de que un máster en Biología le sería útil para optar a un trabajo mejor en el acuario, trabaja cuatro días a la semana en este sitio y, por la noche, en un bar, y está ahorrando para reunir los veinte mil dólares de matrícula de la Harvard Extension School, donde estudiará el máster mientras trabaja a jornada completa. «Será duro —afirma—, pero puedo hacerlo».

Marion lleva unas cuantas semanas faltando a nuestros *maravillosos miércoles* por culpa de sus dolores de cabeza. Sin embargo, una semana nos sorprende con una noticia feliz: se casa. Hemos conocido a su novio, Dave Lepzelter, moreno y con gafas, investigador postdoctoral de Biofísica en la Universidad de Boston, amante de *La guerra de las galaxias*, las nueve ratas que tienen como mascota y las anacondas. Todavía no han fijado la fecha de

la boda, pero sí han elegido a la persona que oficiará en la ceremonia: Scott, héroe y mentor de Marion. (Aunque no es pastor ni juez de paz, Scott ni se inmutó cuando se lo pidieron. Su mujer, Tania Taranovski y él escogieron al biólogo evolucionista Les Kaufman para que oficiara su ceremonia, que se celebró en el zoo, bajo la atenta mirada de cebras y jirafas).

Anna, entretanto, teme la llegada de su decimoséptimo cumpleaños sin que su mejor amiga pueda celebrarlo con ella. El día quince de cada mes es un hito, pues ésa es la fecha del aniversario de la muerte de Shaira. Sin embargo el pasado mes fue distinto. Cuando acudió a la tumba de su amiga, por fin pudo llorar. «Mi cerebro me puede seguir atacando al hacerme revivir recuerdos horribles por los que ya he pasado, pero ahora me voy a defender», resolvió.

Decide pasar el trascendental primer día de su decimoséptimo año con Karma y Octavia, las anguilas y las anacondas, las quimeras y los lumpos, con Scott y Dave, Bill y Wilson, con Christa, Andrew y conmigo. Christa ha hecho pequeñas magdalenas decoradas con pulpos glaseados; yo he preparado un bizcocho Bundt con un estandarte con un pulpo colocado sobre unos palillos. Wilson le tiene reservado un regalo especial: un gran caballito de mar disecado de su vasta colección de historia natural, reunida a lo largo de décadas de viajes por todo el mundo. Sigue regalando gran parte de dicha colección, mientras se prepara para dejar la gran casa en la que vivía con su esposa para instalarse en un piso más pequeño. Cada pocos miércoles nos trae conchas, libros, corales; ha donado sus mandíbulas de tiburón tigre de México al acuario. Un fin de semana, con ayuda de Andrew, cogió con su tanque el último pez de su acuario, un cíclido del lago Victoria, para que se fuera a vivir con Christa.

La mujer de Wilson también se ha mudado. Ya no está en la residencia, sino en un piso en el que cuenta con asistencia. Por motivos desconocidos, el avance de la misteriosa enfermedad que sufre parece haberse detenido. Los médicos ya no consideran que sea una enferma terminal.

Con cada nueva interacción, los pulpos nos recuerdan que existe un sinfín de posibilidades. El brazo que Karma tenía cortado ha empezado a crecer. Su enemistad inicial con Andrew ha desaparecido, y se está convirtiendo en un pulpo sumamente tranquilo. Siempre es delicada con Wilson, Bill y conmigo. Nos toca con sus dos brazos delanteros mientras aplica una succión mínima. Saca la cara del agua para mirarme y me deja que le acaricie la cabeza. A menudo es de un blanco puro, como la nieve, pero también cambia de color y se pone preciosa, sobre todo cuando le ofrecen su juguete preferido. Disfruta

especialmente con un juguete de goma púrpura que coge prestado a las focas. Un día se aferró a él por la mañana y no lo soltó hasta que el acuario cerró sus puertas, y exhibió una serie de venas púrpura sobre el fondo marrón chocolate con leche de su manto y brazos para ir a tono con él.

Aunque los huevos de Octavia están encogiendo visiblemente, ella se sigue ocupando de ellos con una diligencia estimulante. Por lo visto, ha dado una lección a la estrella girasol, que ahora se limita a quedarse en su sitio de siempre, lo más lejos posible de los huevos.

No puedo evitar pensar en Chorro y Lluvia. El Acuario de Seattle puede valerse de una opción de la que el Acuario de Nueva Inglaterra no dispone: puesto que se construyó a tan sólo unos metros de las aguas en las que se captura a los pulpos que exhibe, puede devolver a ellas a sus pulpos cuando se aproxima el final de su vida. (Los pulpos gigantes del Pacífico no pueden ser liberados en el Atlántico, y trasladar a Octavia en avión hasta el Pacífico de la Columbia Británica a su edad y con sus dimensiones sería demasiado peligroso, aunque fuese factible desde el punto de vista económico). Chorro y Lluvia fueron liberados semanas después de que celebraran su «Cita a ciegas» en la misma zona en la que fueron capturados.

¡Cuánto me habría gustado ver cómo los liberaban! Lo que sí vi fue un vídeo en internet de la liberación de otro pulpo gigante del Pacífico cautivo, llamado El Colega. Estuvo en exhibición en el acuario Shaw Ocean Discovery Centre, en Sídney, en la Columbia Británica, y fue capturado en esas aguas hacía siete meses, cuando pesaba menos de cinco kilos, como Karma cuando llegó. Cuando volvió a su hogar, pesaba más de veinte.

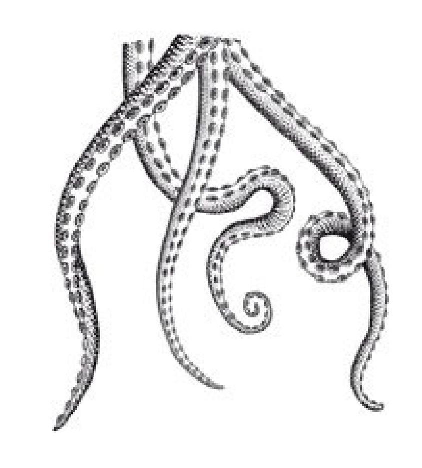
Lo acompañaron cuatro buzos, que estuvieron nadando al lado y alrededor de su amigo toda una hora.

De un naranja vivo y engalanado magníficamente con grandes papilas erectas, El Colega se sirvió de sus dos brazos traseros para caminar con resolución por un fondo turbio, con los brazos delanteros enroscados hacia atrás. Se detuvo para explorar, y en ocasiones tapar la cámara con las ventosas. Aunque no aparece en el vídeo, un comentario de uno de sus cuidadores dice que El Colega también capturó y se comió un cangrejo, e inspeccionó distintos sitios en busca de posibles guaridas.

«Lo pasamos muy bien juntos —escribió su acuarista—. Era sumamente social, gregario y, en general, un gran pulpo. Resulta triste ver su tanque vacío. Se le echará de menos. Hasta pronto, Colega». (Una de las personas que vio el vídeo contestó, comprensiva: «Siento que hayas tenido que perder a tu amigo, pero ahora podrá encontrar a otro pulpo y hacer más colegas»).

Por lo visto el afecto que los acuaristas sentían por el pulpo era mutuo. Durante la hora que estuvieron nadando juntos, aunque podría haberlos dejado atrás con facilidad, el enorme pulpo decidió mantener a su lado a sus amigos humanos. Sólo cuando las botellas empezaron a quedarse sin aire, los buzos se despidieron a regañadientes de El Colega; «el mejor pulpo gigante del Pacífico del mundo», escribió uno.

Al ver el vídeo me entraron ganas de volver al océano a ver pulpos allí donde sus alternativas son tan ilimitadas como el mar. En verano tendría la oportunidad de cumplir mi deseo.



CAPÍTULO OCHO
Conciencia

Pensar, sentir, saber

Me he zambullido en las aguas azul celeste del paraíso, donde compruebo, alarmada, que me hundo como si fuese una piedra.

Minutos antes me dejaba caer de espaldas hacia las olas desde el costado de la lancha. Esa parte fue a propósito. Nuestra lancha, la *Opunohu*, de unos seis metros, es demasiado pequeña para que los buceadores se metan en el agua empleando la zancada gigante, así que, en mi primera inmersión desde que estuve en México, he logrado ejecutar una entrada hacia atrás. Consiste en sentarse de espaldas al agua en el borde de la embarcación con la botella colgada en los hombros. Sujetando la máscara y el regulador con una mano y las mangueras con la otra, se pega la barbilla al pecho y se echa uno hacia atrás para entrar en el agua con los pies por encima de la cabeza, una maniobra que mi manual de submarinismo describía como «un tanto desorientadora».

Sin embargo, todo fue bien, y después de hacer la señal de «ok» a mis compañeros en la superficie, agarrándonos al cabo del ancla de la *Opunohu* y poniendo una mano después de la otra, descendimos unos seis metros. Todo iba como la seda… hasta que liberé el gas de mi dispositivo de control de flotabilidad y me solté. Ahora voy directa al fondo, de espaldas, como una tortuga patas arriba, una posición desde la que puedo ver cómo se aleja el fondo blanco de nuestra lancha como en una pesadilla.

Por suerte, mi compañero, Keith Ellenbogen, antiguo instructor de buceo y aclamado fotógrafo submarino, me coge de la mano y detiene mi descenso. Comprende en el acto lo que ha pasado. La mayoría de los países utilizan botellas pequeñas, ligeras, de aluminio para bucear, pero aquí, en Moorea, que en rigor sigue siendo parte de Francia, los submarinistas continúan siendo fieles al material original de la primera botella Aqualung, desarrollada en 1943 por sus compatriotas Jacques Cousteau y Émile Gagnan: duradera, pero de acero, mucho más pesada. Llevo unos seis kilos más de peso en mi flamante chaleco, menos de los casi ocho que llevaba en aguas del Caribe, pero aun así es demasiado para alguien menudo que carga con una botella de acero.

La ayuda que me brinda Keith me da la posibilidad de enderezarme. Me siento agradecida, pero avergonzada. Nos hemos mantenido a flote juntos durante las veinte horas de vuelo desde Nueva York, donde vive, hasta Los Ángeles y de ahí a Tahití, y después en el transbordador a Moorea, imaginando este momento, cuando, después de meses de gran ilusión, por fin nos zambulliríamos en los arrecifes tropicales de la Polinesia en busca de pulpos. Y cuando por fin lo estamos haciendo, Keith —merecedor de una beca Fulbright que por lo general bucea con compañeros como Philippe Cousteau— se ve obligado a tirar de mí en el agua como si subiese un trineo por una ladera.

Me muero de ganas de ir al lugar donde, justo el día anterior, Keith vivió lo que definió como «uno de los momentos más emocionantes de mi vida».

Ese día, mientras Keith buceaba, yo me uní al resto del equipo científico para practicar buceo de superficie, explorando lugares para investigar en los bajíos. Jennifer Mather, la guía de nuestra expedición, no bucea, y tampoco le hace falta: todos los estudios que ha realizado del pulpo en libertad los ha llevado a cabo en aguas poco profundas, donde siempre ha encontrado multitud de pulpos. Pero aquí, en Moorea, nos estaba costando.

Y no era por falta de experiencia. Jennifer es una de los pocos investigadores destacados del mundo que estudia la inteligencia del pulpo. Si se busca en Google «inteligencia del pulpo», los estudios que aparecen citados con mayor frecuencia son los suyos. David Scheel, de cincuenta y un años, al que conocí en el simposio sobre pulpos, lleva diecinueve años estudiando al pulpo gigante del Pacífico en las frías y turbias aguas de Alaska, donde fue pionero en desarrollar una forma viable de localización de pulpos por medio de la telemetría: perforando la abertura braquial de un pulpo, como se haría en el lóbulo de una oreja para poner un pendiente, y afianzando un

dispositivo de seguimiento por vía satélite. La investigadora brasileña Tatiana Leite, de treinta y siete años, que cursó su doctorado con Jennifer como una de sus tutoras, ha encontrado y nombrado una nueva especie de pulpo en el archipiélago brasileño de Noronha, y se encuentra en proceso de describir cinco más. Cuando han pasado unos días desde que comenzamos nuestro viaje, a nosotros se suma Keely Langford, de veintinueve años. No es científica, sino educadora en el Acuario de Vancouver, donde es conocida por sus aptitudes atléticas en el buceo y la natación, sus vastos conocimientos de la vida marina y sus sagaces observaciones.

Pero incluso con este equipo de expertos, llevamos ya tres días explorando los bajíos sin haber visto un solo pulpo.

Incluso entre los pulpos, la especie objeto de nuestro estudio es una experta en el arte del disfraz. Puesto que es activo de día, el gran pulpo azul es uno de los pulpos que mejor se camufla del mundo: la investigadora de la Universidad de Hawái Heather Ylitalo-Ward afirma que posee uno de los números de células con pigmentos más elevado de todas las especies de pulpos. Y además, añade, es uno de los más inteligentes. En Hawái, con frecuencia cargan con cáscaras de cocos mientras caminan. Cuando el pulpo se desplaza, el coco hace las veces de armadura portátil, protegiendo su parte inferior de los depredadores que acechan en la arena. Al darle la vuelta, el coco puede proporcionar una especie de refugio resistente y práctico en una zona en la que no haya hendiduras adecuadas para esconderse.

Desde luego Keith no esperaba toparse con un pulpo en su primera inmersión.

Y sin embargo así fue.

Con el guía de buceo Franck Lerouvreur, Keith enfiló en barco el canal que discurre detrás del centro de submarinismo CRIOBE, el centro de investigación francés en el que nos alojamos. Veinte minutos después llegaron al lugar donde echaron el ancla, desde el que podían explorar con facilidad a lo largo de la barrera de coral que se halla al este de Opunohu. Aunque bucea desde que tenía dieciséis años y ha hecho inmersiones por todo el mundo, a sus cuarenta y dos años Keith no había visto ni fotografiado nunca un pulpo en libertad. Sin embargo, la vista de lince de Franck se fijó en dos conchas de vieira vacías, una prueba de que allí había comido un pulpo. A escasos centímetros de las conchas, Keith y él encontraron un orificio en el que se veían dos círculos violáceos, ambos de unos dos centímetros y medio de diámetro, sobre un fondo blanquecino. Por encima de los círculos, como una corona, vieron el arco de lo que resultó ser un brazo salpicado de

ventosas. Se dieron cuenta de que los círculos eran los ojos bulbosos de un pulpo que los observaba desde su guarida. Keith pudo sacar varias fotos antes de que el animal se retirara.

Al día siguiente, Keith y Franck volvieron al mismo sitio. Para deleite de Keith, encontraron al pulpo de inmediato. Y esta vez el animal no se mostró tan tímido. Le permitió quedarse mientras se desplazaba por una superficie de unos cinco metros cuadrados del arrecife, cambiando de color y camuflaje todo el tiempo. «Fue como si me estuviera enseñando el sitio —afirmó Keith —. Parecía juguetón, y nada asustado».

Mi amigo el filósofo Peter Godfrey-Smith y un compañero submarinista australiano, Matthew Lawrence, descubrieron un lugar a tres horas al sur de Sídney al que llamaron Octopolis, donde, a unos veinte metros de profundidad, encontraron nada menos que once pulpos de la especie *Octopus tetricus*, que viven a uno o dos metros de distancia entre sí. Son unos pulpos bastante grandes, con cerca de dos metros de envergadura, y unos característicos y conmovedores ojos blancos que hacen que reciba el apodo de «pulpo sombrío». Matthew me dijo: «He tenido un par de experiencias buceando en este sitio, cuando un pulpo me agarró la mano y me llevó a su guarida, a cinco metros». Una vez un pulpo lo llevó a dar lo que él denominó una «gran excursión» por la zona, un recorrido que duró unos diez o doce minutos. Después, el animal recorrió a Matthew y lo investigó con sus ventosas, como si tras enseñarle el barrio quisiera explorar a su invitado humano. Los pulpos con los que se tropezó, relató Matthew, «no eran agresivos, sino curiosos». Puesto que bucea por Octopolis con regularidad, Matthew está seguro de que los pulpos de ese sitio lo reconocen. Es posible, reflexionó, que incluso les apetezca que vaya a verlos. A menudo les lleva juguetes —botellas, huevos de plástico cuyas mitades encajan a rosca, de los que se utilizan para introducir pequeños regalos por Pascua, y cámaras GoPro sumergibles—, que desmontan con interés y en ocasiones se llevan a su guarida.

Para asombro de Keith, después de ofrecerle una visita guiada, el primer pulpo se reunió con un segundo pulpo. Keith no sabía a cuál fotografiar. ¿Cómo decidir cuál de tus sujetos es más fotogénico cuando ambos cambian de color y forma ante tus ojos?

Keith decidió quedarse con el primero, que empezó a subir por el lateral de una roca. Cuando lo estaba fotografiando, el segundo pulpo se acercó hasta una roca más elevada situada no muy lejos y se encaramó a ella, se irguió sobre sus brazos, como si estuviese de puntillas y, con lo que parecía un

interés genuino, se inclinó hacia Keith y el otro pulpo que estaba fotografiando. «Tomó parte activa y se situó así para poder observarme —aseguró Keith—. Fue increíble ser observado así. En todos los años que llevo fotografiando animales bajo el agua (tiburones, atunes, tortugas, peces) nunca había visto nada que me observara así. Era como una persona viendo a un modelo en un reportaje fotográfico de moda o a un jugador de fútbol profesional en un partido. La mayor parte del tiempo los peces te miran y reparan en ti, pero no de aquel modo, como si estuviesen observando y aprendiendo. Fue una de las experiencias más increíbles de mi vida».

Posiblemente el primer pulpo reconociera a Keith, y por eso le permitió acercarse tanto y estar tanto tiempo con él. En su segunda inmersión, Keith pasó una media hora en total en compañía del primer pulpo. Quizá el animal se sentiría más cómodo todavía si coincidían por tercera vez. ¿Y qué había del segundo pulpo? ¿Seguirían juntos? Puede que en esa zona incluso haya más pulpos. Confiaba en que quizá pudiésemos descubrir algo de gran interés para el equipo.

Keith y yo pasamos por dos canales profundos que discurren paralelos a la playa. En el agua cristalina, tenemos una visibilidad excelente miremos donde miremos. Bajo nosotros, un paisaje sembrado de esqueletos nos habla de destrucción y renovación. Los arrecifes de este lugar estuvieron relativamente intactos hasta los años ochenta. Después, en 1980 y 1981, sufrieron una plaga de estrellas de mar que devoraban los corales; en 1982, y nuevamente en 1991, huracanes y ciclones azotaron la isla por primera vez desde 1906, rompiendo corales ramificados y sofocando a otros con las escorrentías provocadas por lluvias torrenciales. Nuevos corales han empezado ahora a recolonizar la zona, convirtiendo a Moorea en un valioso laboratorio viviente para investigadores que estudian la recuperación de los arrecifes. Mientras tanto, el paisaje submarino de oquedades y hendiduras parece hecho a medida para los pulpos.

Descendemos hacia la guarida, a unos veintiún metros por debajo de la superficie. Cogida de la tranquilizadora mano de Keith, respirando con facilidad bajo el agua y respaldada por la reconfortante presión del mar, me siento libre, una vez más, para unirme al desfile flotante de las bellas e inverosímiles vidas que me rodean. Keith me señala un banco de *Mulloidichthys vanicolensis*, los bigotes de la barbilla provistos de receptores químicos que les permiten probar y oler alimentos ocultos entre el coral y bajo la arena. Ahora mismo, estos peces, de unos treinta centímetros, exhiben franjas amarillo eléctrico sobre un blanco satinado, pero, como el de los

pulpos, su color no es estático. Son capaces de llevar a cabo una proeza que hizo que sus parientes mediterráneos fuesen la nada envidiable atracción principal en los banquetes romanos: se les ofrecían vivos a los invitados para que los comensales pudieran ver cómo cambiaban de color cuando agonizaban. A nuestro alrededor, peces mariposa del tamaño de una taza de té, de color amarillo limón y ébano, se deslizan junto a sus compañeros, haciendo gala de unos lazos que honrarán durante toda su vida, que puede llegar a los siete años. Debajo de nosotros, peces loro esmeralda y turquesa picotean algas del coral, el pico en realidad es un mosaico de dientes apretados. Cada uno de ellos duerme en su propio capullo de mucosa, un viscoso saco de dormir que segregan por la boca, para ocultar su olor a los depredadores. Los peces loro son hermafroditas secuenciales: nacen siendo hembra y acaban siendo macho.

La mera existencia de semejantes criaturas me recuerda que todo es posible.

Keith localiza con facilidad la guarida del pulpo. Las dos conchas de vieira siguen donde estaban, justo como las dejó el pulpo. Sin embargo, el pulpo no está en casa. Exploramos atentamente un radio de treinta metros alrededor de la guarida, una zona llena de rincones con los que un pulpo se podría fundir tan fácilmente como la mantequilla en un panecillo inglés. Puede que el pulpo de Keith haya salido de caza, y si se encuentra cerca, cabe la posibilidad de que lo veamos.

Nadamos juntos, buscando, rodeados de peces con nombres de dibujos animados, colores del musical *Godspell* y aletas excesivamente llamativas. Keith señala algo y acto seguido se aleja un instante para sacar una foto. Moviendo los pies como una loca para no darme la vuelta o hundirme, miro hacia arriba: mi compañero de inmersión está rodeado de ocho pacíficos tiburones punta negra de 1,20 metros de longitud. Con la luz del sol, las nueve criaturas que nadan se hallan envueltas en una luz similar a un halo.

Subimos a la superficie demasiado entusiasmados como para sentir decepción. Sin embargo, cuando pasa otro día sin que haya visto un pulpo, me cuesta no acordarme de las otras cosas que me estoy perdiendo. El día que llegué a Moorea era el día de la boda de Marion y Dave. Hoy el Tanque Gigante del Océano reformado abre oficialmente al público, repleto de sus espectaculares nuevas esculturas de coral y cientos de peces nuevos. Echo de menos a mis amigos del acuario, tanto a los vertebrados como a los invertebrados, sobre todo después de todo lo que vivimos juntos cuando empezó la primavera.

Fue extraordinario: incluso en el interior de los tenues pasillos del acuario, lejos de cualquier fuente de luz natural y dentro de sus tanques de agua filtrada, fueron muchos los animales que parecieron notar la llegada de la primavera. Aunque algunos peces, en particular los de los trópicos, se reproducen a largo de todo el año, el paso de marzo a abril hizo que las hormonas sexuales de los peces experimentaran una subida de tensión.

Una carpa macho —el miembro más grande de la familia de pececillos de agua dulce del nordeste de América del Norte— empezó a presumir delante de las hembras. Desplazándolas con la boca, levantó un montículo de piedrecitas en el fondo del tanque y después lo adornó con una planta de seda que cogió y colocó en el centro. Este comportamiento es similar al del pergolero macho australiano, un ave que, en lugar de exhibir un plumaje llamativo, construye intrincadas esculturas profusamente decoradas para atraer a su compañera. Aunque la carpa es común en arroyos de aguas rápidas y lagos de aguas claras, sus complejos rituales de apareamiento rara vez se han presenciado.

En la Galería de Agua Marina Fría, el lumpo macho ha ligado por fin. Una de las hembras está inflada como un balón de playa, llena de huevos. Pronto depositará en el nido rocoso del macho sus cientos de huevos anaranjados, que éste fertilizará y a continuación vigilará con diligencia.

En el tanque de al lado el rape ha generado otro velo.

—Si alguna vez me caso —nos dijo Anna a Bill y a mí—, mi velo será como ése.

—Espero que no tan viscoso —apunté.

—No, si fuera por Anna lo querría con baba y todo —afirmó Bill.

Y en la Galería de Agua Dulce, al llegar una mañana, fui testigo de un nacimiento histórico. Con una mano, Brendan mantenía abierta la boca de un cíclido del lago Victoria poco común, de unos cinco centímetros de longitud, mientras con la otra le apretaba con suavidad la barriga. Salieron disparados 23 alevines, cada uno del tamaño de un minúsculo pez millón. Cada hembra incuba los huevos fertilizados en la boca. Esta especie, explica Scott, es tan poco común que todavía no tiene nombre en latín; prácticamente se han extinguido en libertad y, que él sepa, no se tenía constancia de ningún nacimiento en cautividad.

—Probablemente ahora mismo acabemos de triplicar la población mundial de estos peces —añadió Scott.

Todos estos nacimientos añadieron emoción a mis visitas esa primavera. Y no es que me faltara: acercarme al tanque de Octavia ya era bastante apasionante. Aunque podría haber cogido un ascensor o tomado las escaleras traseras, siempre me hacía ilusión subir por la rampa en espiral, pasar por delante de la piscina de los pingüinos, llena de peces tropicales, del bosque de várzea, de los sapos de Surinam (uno de los cuales, ya adiestrado para ser exhibido, siempre estaba visible al público), de las anacondas y la anguila eléctrica, de las exhibiciones Islas Shoals y Puerto de Eastport, del rape y su velo, de las aterciopeladas anémonas verdes, bañadas por las olas artificiales…, para por fin llegar al tanque de Octavia.

Hasta que una mañana, antes de emprender mi viaje al Pacífico Sur, llegué y vi que Octavia tenía el ojo izquierdo hinchado, del tamaño de una naranja.

En un primer momento me dije que seguro que me equivocaba. Quizá lo que parecía una tremenda infección no fuese más que una ilusión creada por el agua con la tenue luz. Encendí la linterna y la córnea de Octavia seguía abultada, tan opaca que no le podía ver la raya de la pupila.

—Ah, ya estás aquí —dijo Wilson, que me estaba esperando para dar de comer a los dos pulpos.

—Mira esto —exclamé, tan preocupada que ni siquiera lo saludé—. Mira cómo tiene el ojo.

—Oh, no —repuso—. No tiene buena pinta. Vamos a ver a Bill.

Bill se acercó al tanque y echó un vistazo a Octavia, que ahora se había dado la vuelta ligeramente. Fue entonces cuando vimos, consternados, que el otro ojo también estaba hinchado y opaco, aunque algo menos.

—El lunes no tenía los ojos así —comentó Bill, preocupado.

Luego Octavia empezó a moverse. Ventosa a ventosa se fue despegando del techo y los lados de su guarida, separándose de sus preciosos, arrugados huevos. Al cabo, sólo unas pocas ventosas de un brazo seguían en contacto con la masa. Los siete brazos restantes comenzaron a vagar sin rumbo por el fondo.

Dicho movimiento nos dejó perplejos. La estrella de mar estaba en su sitio, lo más lejos de ella posible. Nadie amenazaba sus huevos, y en el fondo no había comida. Daba la impresión de que estaba… vagando sin más.

Me pregunté si estaría ciega, aunque tal vez eso no fuera importante. Pulpos que han sido cegados a modo de experimento se orientan a la perfección sirviéndose de sus sentidos del tacto y el gusto. Peor aún, podría estar sufriendo dolor. (Aunque los cocineros que introducen las langostas en

agua hirviendo insisten en que los intentos de escapar de los invertebrados no son más que reflejos, se equivocan. Las gambas a las que aplican ácido acético en las antenas se limpian cuidadosamente los sensores dañados con complejos y prolongados movimientos, que se reducen cuando se pone anestesia. Los cangrejos a los que se ha golpeado se frotan la parte dolorida durante un largo periodo de tiempo después de sufrir el daño. Robyn Crook, neurobióloga evolucionista del University of Texas Health Science Center, sostiene que los pulpos también hacen esto, y es más probable que se alejen o lancen tinta cuando se les toca un lugar cercano a una herida que cuando se les toca en cualquier otra parte del cuerpo).

—¿Qué está pasando, Bill? —pregunté, con un gesto de impotencia.

Él observó al pulpo unos instantes. Sus movimientos parecían inquietos y desorientados. El manto le latía, y su cuerpo parecía la encarnación de un tremendo dolor de cabeza.

—Esto significa que envejece —nos dijo, entristecido.

En su vejez, los tejidos de Octavia se estaban descomponiendo. El fin de semana anterior, vi esto mismo en mi vecina, que tiene noventa y dos años. Estaba más delgada, más apagada, más frágil. Su delicada piel se magullaba con facilidad. Mencionó que había visto un elefante en el jardín. Cuerpo y alma parecían desintegrarse como fruta caída.

Cuando otros pulpos pasan por esta fase, «como que deambulan —explicó Bill—. Les salen manchas blancas. Sin embargo lo de los ojos no lo había visto nunca».

Volví a sentir el pánico que anidó en mi pecho aquella noche de agosto del año anterior, cuando el cuerpo de Octavia parecía un tumor hinchado y Wilson y yo pensamos que se estaba muriendo. Sin embargo, daba la impresión de que ahora sí había llegado el momento que tanto temíamos.

—¿Qué podemos hacer? —pregunté.

Para la vejez no hay cura, como no hay tratamiento para un pulpo senil.

—Me gusta terminar el proceso natural en exhibición —repuso Bill—, pero no siempre es posible…

¿Había algo que pudiera hacer más cómoda la vida de Octavia al final de su larga existencia? ¿Trasladarla a la acogedora seguridad del barril? Las hembras que cuidan huevos en libertad a menudo levantan una muralla de rocas ante su guarida, y el barril recreaba esa situación mucho mejor que el tanque con su gran ventana frontal.

Además, trasladar a Octavia implicaría dejar libre el tanque para la joven Karma, a la que el barril se le empezaba a quedar pequeño, como le había

pasado a Kali. Al parecer había dejado de intentar salirse. Cuando oía que tocábamos el agua, subía a la superficie para saludarnos, de color marrón rojizo oscuro, comía y volvía al fondo del barril, donde se ponía blanca. Era un pulpo bueno y amistoso, pero nos preguntábamos si no sería más saludable que fuese más activo.

A Wilson le parecía muy importante que Octavia y Karma se intercambiaran el sitio, mientras que a Andrew y a Christa les horrorizaba la idea. Resultaba interesante que a los jóvenes les preocupara más el pulpo anciano y el de mayor edad abogase por el bienestar del joven.

—¿Sacarla del tanque, separarla de los huevos? —planteó Christa—. Eso la destrozaría.

Andrew tenía miedo de que moverla la matase.

—Pero eso es lo que hacemos con los ancianos que sufren de demencia —observé—. Cuando se vuelven seniles, los quitamos de la vista.

Wilson rio, fue una risa no exenta de tristeza.

—Nunca lo había visto así —replicó—, pero es verdad.

Quienes padecen demencia no son capaces de manejarse bien en el vasto mundo. Muchos parecen más tranquilos en un lugar más pequeño y sencillo. Pero ¿y un pulpo?

Debíamos a Octavia calma en su vejez. Y también Karma, claro estaba, se merecía la mejor vida que le pudiéramos dar. Pero conocíamos más a Octavia que a Karma. Octavia había enriquecido nuestras vidas desde que llegó, la primavera del año 2011, siendo ya un pulpo de gran tamaño que conocía el océano, un pulpo que sabía más de camuflaje que cualquier otro que hubieran conocido Bill o Wilson. Tímida al principio, se abrió a nosotros, y nos la ganamos. Me acordaba perfectamente de la primera vez que extendió un instante la punta de uno de sus brazos hacia el dedo de mi amiga Liz y ambas retrocedieron; me acordaba de la primera vez que decidió interactuar conmigo… y casi me arrastra dentro del tanque. Octavia nos hizo reír a todos cuando se las arregló para escamotear un cubo de pescado sin que nadie la viera, mientras la miraba un grupo por lo menos de cinco personas. Octavia ayudó a Anna a superar su dolor al perder a su mejor amiga. Teníamos una historia juntos. Por compartir con nosotros su sorprendente y reveladora vida, debíamos a Octavia comodidad y respeto en su final.

A todos nos atormentaba la incertidumbre. La naturaleza no ofrecía consejo alguno; lo suyo no es la amabilidad. En libertad, seguro que a estas alturas Octavia ya habría muerto. Aunque hubiese sobrevivido el tiempo suficiente como para poner huevos y verlos eclosionar, de hallarse en su

medio natural, se habría pasado sus últimos días deambulando, sola, muerta de hambre y senil, para ser devorada por un depredador o, como en el caso de Olivia, el pulpo de la costa de Seattle, por unas estrellas de mar una vez muerta.

Nosotros, los seres humanos, modificamos ese camino natural cuando sacamos a Octavia del océano. Debido a la intervención humana, Octavia no llegó a conocer a un macho que fertilizara sus huevos. Pese a sus diligentes cuidados, nunca vería eclosionar esos huevos. Sin embargo la alimentamos y la protegimos; le proporcionamos vecinos del mar, vistas interesantes e interacciones entretenidas con personas y rompecabezas. Le evitamos el hambre, el miedo y el dolor. En libertad, prácticamente cada hora del día habría entrañado el riesgo de que un depredador le arrancara una parte del cuerpo, como le sucedió a Karma, o que fuese despedazada, miembro a miembro, y se la comieran viva.

Desde que puso los huevos, daba la impresión de que Octavia ya no quería ni nuestras caricias ni nuestra compañía, pero por lo menos aún parecía disfrutar de la comida que le dábamos. Así que Wilson le ofreció tres calamares. Cogió el primero con el brazo delantero izquierdo, pero lo dejó caer al fondo del tanque, donde fue devorado con avidez por una estrella de mar naranja. Wilson le puso el segundo calamar directamente en la boca, donde lo retuvo un instante y después lo soltó. También dejó caer el tercero.

Si Bill la movía, quizá Octavia se sintiera a salvo de la confusión que le producían el exceso de espacio y el exceso de opciones. O quizá luchara con la poca fuerza que le quedase para defender sus huevos. Sin embargo, puesto que nada parecía apuntar a que los huevos estuviesen vivos después de todos estos meses, tal vez se estuviese olvidando de ellos. No lo sabíamos. Nadie sabía ni tan siquiera si se podía mover a Octavia.

Bill no sabía qué hacer, pero fuera cual fuese su decisión, sería dolorosa.

«No te preocupes —me saluda al amanecer la voz de Jennifer, que sale de debajo de la mosquitera que envuelve su cama, al otro lado de la mía, en la habitación que compartimos en CRIOBE—. Encontraremos pulpos. No sé cuántos. No sé si los datos serán buenos. Pero encontraremos pulpos, eso sí lo sé. Contamos con verdaderos sabuesos. Esta gente es muy buena».

No he dicho nada, pero Jennifer sabe lo que estoy pensando. La ciencia sobre el terreno es, por naturaleza, impredecible. Esto es algo que también aprendí en otras expediciones. No vimos ningún leopardo de las nieves en

Mongolia, vi un tigre una sola vez en los cuatro viajes que emprendí al manglar de la India, en el delta de Sundarbans. A veces el animal que es objeto de estudio no se deja ver. Así y todo, allí se pueden hacer muchas cosas: en Mongolia recolectamos excrementos de leopardo para analizar su ADN, y en la India estudié numerosos senderos y reuní muchas historias del lugar. Sin embargo aquí, en Moorea, es imprescindible que veamos pulpos, porque necesitamos hacerles tests de personalidad para realizar nuestro estudio.

Jennifer había creado una lista de control para determinar la personalidad de un pulpo, si éste era osado o tímido. Bajo el agua, en una pizarra de buceo de plástico, debíamos hacer constar cómo reaccionaba el animal a distintas situaciones. ¿Qué hace el pulpo cuando te aproximas a él? ¿Se esconde, cambia de color, investiga, lanza tinta? ¿Qué sucede cuando tocas con suavidad al pulpo con un lápiz? ¿Sale disparado de su guarida? ¿Retrocede? ¿Coge el lápiz? ¿Apunta con el chorro al intruso? ¿Se queda mirando?

El objetivo de nuestro estudio es comprobar tres hipótesis sobre lo que comen estos pulpos y por qué. David, experto en ecología del comportamiento, sospecha que los pulpos prefieren comer cangrejos grandes, pero ampliarán su menú si no pueden dar con ellos. Tatiana, ecóloga marina, pronostica que los pulpos que viven en entornos más complejos llevarán una dieta más variada. Y Jennifer está comprobando cómo afecta la personalidad a la elección de alimentos. En su opinión, de forma muy similar a como sucede con las personas seguras, intrépidas, es posible que los pulpos osados sean comensales más arriesgados. Para averiguarlo, recolectaremos e identificaremos los restos de presas que encontremos junto a la guarida de cada pulpo.

Jennifer ha desarrollado el test de personalidad a lo largo de muchos años, pese a las miradas de incredulidad de muchos compañeros escépticos. Tiene sesenta y nueve años, y empezó su carrera en una época en que eran pocos los científicos que creían que los animales tenían personalidad, o que las mujeres podían destacar en campos científicos. Por eso cursó estudios de Psicología. En la Universidad Brandeis estudió la coordinación sensorio-motriz en el ser humano, en concreto, los movimientos oculares, para su doctorado. De ahí pasó a estudiar los movimientos oculares característicos de quienes sufrían esquizofrenia. Sin embargo, fascinada con los cefalópodos, dispuso tanques para pulpos pigmeos del Atlántico en el sótano del Departamento de Psicología de la Universidad Brandeis y empezó a catalogar los movimientos de los pulpos y cómo utilizaban el espacio del tanque.

«De manera que cuando empecé a plantearme cuestiones más profundas sobre los pulpos que el mero "¿qué está haciendo?", recurrí a la psicología —me cuenta Jennifer cuando sale el sol y despeja las nubes que cubrían el selvático volcán que se ve desde la ventana de nuestra habitación y los gallos comienzan a cantar—. Soy muy consciente de que los pulpos no tienen complejo de Edipo, ¡Freud no me sirve de ayuda! Pero también soy consciente de que los animales, como las personas, poseen un carácter innato, una manera de ver el mundo, que interacciona con el entorno y conforma la personalidad. No hay nadie más haciendo lo que yo hago. Puede que resulte raro, pero es único».

En su día, el trabajo de Jennifer era pasado por alto o directamente rechazado, pero en la actualidad es respetado y citado por neurocientíficos cognitivos, neurofarmacólogos, neurofisiólogos, neuroanatomistas y neurocientíficos computacionales, incluido un destacado grupo internacional de los mismos que se reunió en la Universidad de Cambridge en 2012 para redactar una proclama histórica: la Declaración de Cambridge sobre la Conciencia Animal. Firmada por científicos entre los que se encontraba el físico Stephen Hawking ante las cámaras del programa *60 minutes,* sostiene que «los seres humanos no son los únicos que poseen los sustratos neurológicos necesarios para generar conciencia. Animales no humanos, incluyendo todos los mamíferos y pájaros, y muchas otras criaturas, *incluyendo los pulpos* [la cursiva es mía], también poseen estos sustratos neurológicos».

Nadie conoce a los pulpos más que Jennifer, y si dice que encontraremos pulpos, tengo que confiar en que así será.

Esa mañana vamos a hacer buceo de superficie en uno de los posibles lugares de estudio que ya habíamos explorado anteriormente, una zona con un fondo de pendiente suave que termina en una pronunciada cortada y hace gala de corales tanto vivos como muertos, corales duros, y numerosos canales. Mientras los otros buscan en los bajíos, David y yo vamos a la parte más profunda. David encuentra pruebas de la presencia de pulpos casi en el acto: dos pinzas de cangrejo sobre la concha de una almeja de fuego, colocadas con el mismo cuidado que un montón de platos en la pila de la cocina después de cenar. «Una guarida, pero sin pulpo —observa—. Aun así creo que este sitio promete».

Me siento como si acabara de tocarme la lotería. Jennifer parece más interesada en buscar en tan sólo un metro de agua, pero a mí los bajíos me parecen complicados: nos damos constantemente en la boca, la frente y la

barbilla con grandes masas de algas marrones y erizadas de la especie *Turbinaria ornata*; a cada paso, me da miedo rasparme los pezones con los dentados esqueletos de los corales muertos. Temo darle una patada a alguno de los pocos corales vivos que hay o aplastar un pepino de mar o, Dios no lo quiera, clavarme las grandes, negras y venenosas púas de alguno de los erizos de mar que vemos por todas partes o de un letal pez piedra, que no vemos, porque son exactamente del mismo color de la arena. (Su picadura puede matar, pero no antes de infligir un dolor tan insoportable que las víctimas suplican a los médicos que les amputen la parte del cuerpo afectada).

Nadar aquí, donde el agua es más profunda, es un auténtico placer. A nuestro alrededor, los peces resplandecen y brillan con franjas iridiscentes, ojos relucientes, vientres de un naranja encendido, antifaces negros, manchas a lo Jackson Pollock. Una tortuga carey nada debajo de nosotros, remando con sus curtidas aletas delanteras, semejantes a unas alas. Pasan más tiburones punta negra, ingrávidos como motas de polvo. Abajo, el fondo, salpicado de corales vivos azules y amarillos, nos ofrece un sinfín de hendiduras que parecen ideales para los pulpos.

David me enseña a hacer buceo libre. Conteniendo la respiración, te zambulles para investigar una guarida y cuando subes a la superficie expulsas agua por el tubo de buceo como si fuese el surtidor de una ballena. Ha encontrado más de diez montones de restos de comida, tantas conchas y caparazones que ha dejado de recolectarlos en el cubo con tapa que lleva afianzado al cinturón de plomos. Inspeccionando los huecos en el coral con la linterna acuática, David ve pruebas por todas partes: hay conchas apiladas con pinzas de cangrejo encima, como cucharas en un tazón. «Nadie más dejaría estas cosas amontonadas así —exclama—. Seguro que el pulpo acaba de salir». De hecho, a media mañana ya ha dado con al menos tres guaridas de pulpos. Sin embargo, no aparece ninguno de sus ocupantes.

En el cielo vemos que los nubarrones anuncian que se avecina una tormenta. Vamos hacia la orilla de mala gana para unirnos al resto. A lo lejos vemos que nos hacen señas con las manos. Nadamos más deprisa para llegar hasta ellos. Jennifer se saca el tubo de la boca: «¡Estoy viendo un pulpo!», anuncia, y vuelve a meter la cara en el agua.

Cuando lo quiero encontrar, lo único que veo en la caverna a la que se ha retirado son algunas ventosas blancas en un brazo azulado. Pero hay más buenas noticias: éste es el segundo pulpo del día. Tatiana encontró uno a los diez minutos de ponerse a buscar. El animal había salido a cazar, tenía los brazos y la membrana interbraquial abiertos sobre un canal poco profundo, la

piel de un verde y azul iridiscente. Cuando el animal la vio, primero se le volvió marrón la cabeza, luego, los brazos y, por último, se metió en su guarida.

Ahora las nubes descargan lluvia sobre nosotros, un silbido ruidoso como grasa chisporroteante. El agua no es un buen sitio en el que estar cuando podrían caer rayos, así que decidimos volver a CRIOBE. Mientras Tatiana se sienta en el metro de agua en el que se encuentra para quitarse las aletas, David echa un último vistazo. Justo al lado de Tatiana, repara en un montón de conchas junto a una roca, una oquedad… y las ventosas de un tercer pulpo.

Los días siguientes investigamos otras zonas, pero en la mayoría de ellas no encontramos pulpos. Con todo, a finales de nuestra primera semana hemos localizado seis pulpos en tres lugares de estudio distintos. Hemos recopilado e identificado cientos de restos de presas; hemos recabado miles de puntos de referencia del hábitat. Me siento muy unida a mis nuevos amigos y, profundamente agradecida por el éxito de nuestra expedición, deseo dar gracias. De modo que ese domingo, cuando el equipo se toma el día libre, mientras los demás van a hacer turismo y observar aves, yo voy con Keith a la iglesia del pulpo.

En la localidad de Papetoai, a un paseo en coche desde CRIOBE, en su día hubo un templo dedicado al pulpo, el espíritu guardián del lugar. Para el pueblo marinero de Moorea, el pulpo, con su fuerza sobrenatural y su capacidad para cambiar de forma, era su deidad protectora, y sus numerosos brazos simbolizaban la unidad y la paz. Hoy en día ocupa su lugar una iglesia protestante. Erigida en 1827, la iglesia más antigua de Moorea todavía honra al pulpo. El edificio, de ocho caras, se halla a la sombra del monte Rotui, cuya forma, para las gentes del lugar, se asemeja a un pulpo de perfil.

Tras sentarnos en la parte de atrás, nos damos cuenta de que Keith y yo somos los únicos extranjeros entre los alrededor de ciento veinte fieles. Casi todo el mundo tiene un tatuaje; muchas de las mujeres lucen elaborados sombreros de bambú y flores recién cortadas. El pastor lleva una larga guirnalda que le llega por la cintura hecha de hojas verdes, hibisco amarillo, frangipani blanco y buganvillas rojas y rosas; las mujeres del coro visten tocados de flores y hojas. Cuando el coro canta, sus voces suenan graves y sonoras, como un cántico que viniera del mismísimo mar. La parte delantera de la iglesia da al océano, y la brisa marina entra como una bendición por las ventanas abiertas. «Es como estar en la Atlántida», comenta Keith en voz baja.

El servicio se oficia en tahitiano, una lengua que no entiendo. Pero sí entiendo el poder del culto y la importancia del misterio, ya sea en una iglesia o buceando en un arrecife de coral. Lo cierto es que el misterio que los fieles buscan en este sitio no es distinto del que he buscado yo en mis interacciones con Atenea y Kali, Karma y Octavia. No es distinto del misterio que perseguimos en todas nuestras relaciones, en nuestras reflexiones más profundas. Queremos llegar a desentrañar el alma.

Pero ¿qué es el alma? Hay quien dice que es el ser, el yo que habita el cuerpo; sin alma, el cuerpo es como una bombilla sin electricidad. Sin embargo, es más que el motor de la vida, sostienen otros; es lo que dota de sentido y propósito a la vida. El alma es la huella de Dios.

Otros defienden que el alma es nuestro ser más íntimo, lo que nos proporciona nuestros sentidos, nuestra inteligencia, nuestras emociones, nuestros deseos, nuestra voluntad, nuestra personalidad e identidad. Hay quien dijo que el alma es «la conciencia que habita en nosotros y ve el ir y venir del cerebro, ve el mundo pasar». Puede que ninguna de estas definiciones sea cierta. Puede que lo sean todas. Sin embargo, sentada en mi banco estoy segura de una cosa: si tengo alma —y creo que la tengo—, un pulpo también la tiene.

En esta iglesia no hay crucifijos ni cruces, tan sólo tallas de peces y barcos, lo cual me hace sentir libre y perdonada. Dejándome llevar por las vocales tahitianas, el sermón del pastor me transporta a las islas Gilbert, donde se dice que el dios pulpo, Na Kika, fue el hijo de los primeros seres, y con sus ocho fuertes brazos hizo subir las islas desde el fondo del océano Pacífico; a la costa noroeste de la Columbia Británica y Alaska, donde la población nativa afirma que el pulpo controla el clima y ostenta el poder sobre la enfermedad y la salud; a Hawái, donde mitos ancestrales nos cuentan que nuestro universo en realidad es lo que queda de un mundo más antiguo, cuyo único superviviente es el pulpo, que logró escurrirse por la angosta grieta que se abría entre ambos mundos. Para los marineros y las gentes de mar de todas partes, el pulpo, con su capacidad de transformación y sus brazos largos y elásticos, fue el que unió la tierra y el mar, el cielo y la tierra, el pasado y el presente, las personas y los animales. Contemplando el océano en una iglesia octogonal, empapada de bendiciones, inmersa en el misterio, mi respuesta natural, incluso en una expedición que se realiza en nombre de la ciencia, es rezar.

Rezo por el éxito de nuestra expedición. Rezo para que consiga ver más que unas ventosas debajo de una roca. Rezo por mi marido, mi perro, mis

amigos de Estados Unidos; rezo por el Tanque Gigante del Océano —por favor, Dios mío, que no tenga ninguna fuga— y por mis amigos del acuario. Y rezo por el alma de los pulpos que he conocido, los que están vivos y los que han muerto, pero a los que no olvidaré nunca.

Después de que me fuera del acuario, el ojo izquierdo de Octavia empeoró, y el derecho lo tenía nublado. Sobre todo si estuviera senil, y no en sus cabales, en un tanque lleno de otros animales y superficies irregulares, las posibilidades de que se hiciera un daño aún mayor eran elevadas. Y el jueves por la mañana surgió un factor adicional que Bill se vio obligado a tomar en consideración.

Alrededor de las diez de la mañana, un movimiento llamó su atención en el barril de Karma. Sin abrirlo, vio algo que no había visto nunca: un pulpo suspendido boca abajo en la superficie, con el oscuro pico claramente visible, masticando con persistencia el entramado de plástico, una suerte de malla, de la tapa.

Karma ya había cortado algunas de las flamantes bridas que mantenían la malla unida a la tapa de rosca. Al ver aquello, Bill supo cuál era el motivo de que hubiese tenido que sustituir algunas bridas cuando Kali murió. Y se dio cuenta de que el daño que presentaban las bridas no se debía únicamente a un desgaste natural: Kali, al igual que Karma, las había estado mordiendo sistemáticamente para escapar.

«Estaba nervioso —admitió Bill—. Seguía sin querer mover a Octavia. —Tenía miedo de hacerle daño, tenía miedo de no poder cogerla. Nunca había sacado a un pulpo vivo del tanque de exhibición—. Pero Karma no me dejó otra elección. Octavia no me dejó otra elección».

Bill se pasó el resto del jueves moviendo peces: pasó algunas gallinetas de la exhibición Puerto de Eastport al Arrecife del Golfo de Maine para así poder trasladar a la primera a unos eperlanos arcoíris de la zona técnica, de manera que unas estrellas de mar nuevas procedentes de Japón pudieran ocupar el tanque que éstos dejaban vacío. Cambió a dos pequeñas gallinetas, dos peces babosos y un *Ulvaria subbifurcata* de la zona técnica asimismo a la exhibición Puerto de Eastport, dejando libre el tanque que ocupaban para un pequeño pulpo rojo, del tamaño de mi mano, que acababa de llegar. Bill decidió intentar mover a Octavia y Karma cuando el público se hubiera ido, ya que no estaba seguro de lo que podía pasar.

Por suerte, el voluntario de Bill de los jueves, Darshan Patel, de veintinueve años, estaba allí para echarle una mano. Juntos sacaron el barril de casi doscientos litros de Karma del aljibe y lo depositaron en el suelo. Bill abrió la tapa del tanque de exhibición de Octavia. Mientras Darshan observaba desde el lado del público, Bill utilizó una gran red de malla suave con el mango metálico para intentar sacar a Octavia de su rincón. Al entrar en contacto con la red, Octavia se refugió todavía más al fondo. Desde ese ángulo, Bill no podía llegar hasta ella, de manera que ambos hombres cambiaron de sitio, y Darshan subió para asegurarse de que Octavia no intentaba escapar del tanque abierto mientras Bill bajaba para evaluar la situación.

Si querían tener más libertad de movimientos, era preciso que retiraran una parte adicional de la tapa, que estaba atornillada al tanque. Darshan se puso un vadeador de goma para poder meterse en el tanque mientras Bill trabajaba desde arriba. Los nublados ojos de Octavia giraron para seguirlo mientras trabajaba.

A Darshan, que mide 1,55 metros, el agua le llegaba por la cintura, pero al agacharse, el agua fría se le metió en el vadeador. Con la tapa retirada, Octavia empezó a moverse hacia el cristal posterior que separa su tanque de las anguilas lobo. Bill utilizó una red desde arriba, y Darshan otra, además de la mano que tenía libre, desde el agua. «Estábamos yendo con mucho cuidado, intentando hacer que Octavia fuera hacia la red», me contó Bill. Pero el animal se zafaba de ellos una y otra vez. Incluso con cuatro de sus brazos en la red, se aferraba a las rocas con los cuatro restantes. Cuando Darshan la persiguió, ella metió en una hendidura dos de sus brazos y medio cuerpo y se negó a salir. «Para ser un pulpo mayor, aún era superfuerte —aseveró Darshan—. Hay que tenerles respeto a esas ventosas. Es una pasada la fuerza que tienen».

Era evidente que aquello no iba a funcionar. Así que, mientras Darshan, empapado y congelado, seguía en el tanque, con Octavia a escasos centímetros de la parte de arriba, Bill se puso rápidamente el traje de neopreno. Ambos rezaron para que Octavia no intentara salirse.

Darshan se apartó cuando Bill se metió en el estrecho tanque, ambos hombres poniendo buen cuidado de no pisar las dos estrellas *Dermasterias imbricata* y las anémonas del fondo. Y después, mientras la estrella de mar observaba —sin ojos— el proceso desde su posición habitual, en el lado opuesto a la guarida de Octavia, Bill dobló su cuerpo de casi dos metros de manera que, aunque no la veía, metida bajo las rocas como estaba, sí podía

tocar las ventosas de Octavia. Con los dedos la instó con delicadeza a que fuese a la red que tenía preparada.

Para asombro de Darshan, al notar la mano de Bill, Octavia entró en su red a la primera. Llevaba diez meses sin tocarle la piel a Bill. Y durante todo ese tiempo, al estar bajo el techo de su guarida, no veía que era él quien le daba la comida con las pinzas de alimentación. Aun así, la respuesta de Octavia al tacto de Bill demostró dos aspectos extraordinarios de la relación que tenía con el acuarista: no sólo lo recordaba, sino que además confiaba en él.

No es de extrañar que los pulpos no salgan cuando los encontramos en Moorea. Hasta los más osados —varios nos cogieron el lápiz cuando lo usamos para tocarlos con suavidad— parecen saber que el mundo es peligroso para un invertebrado que carece de un caparazón protector. Nos habíamos visto cara a cara con bastantes morenas en los sitios objeto de nuestro estudio, así como con tiburones, y lo que es peor aún: investigamos un lugar prometedor y no podíamos entender que en él no hubiera pulpos, hasta que descubrimos que los pescadores se nos habían adelantado.

Así que, cuando tan sólo faltaban tres días para que me fuera, la mayoría de los pulpos no habían hecho otra cosa que esconderse. Cuando volvemos a uno de los sitios que habíamos estudiado con anterioridad para echar un vistazo a una guarida marcada, una vez más, el pulpo que vive en ella se limita a enseñarnos las ventosas.

Vamos hacia David, que nos hace señas entusiasmado a unos doscientos metros. Keely y yo nadamos despacio en los bajíos, de menos de un metro de agua, a punto de rozar los corales muertos y las letales púas de erizos y peces piedra, buscando otras guaridas. No veo la que supongo que está señalando en la roca desigual y cubierta de algas que tenemos a tan sólo treinta centímetros.

Hasta que veo que la roca tiene ojos.

Con los brazos recogidos bajo el gran cuerpo, el pulpo, de unos treinta centímetros, está encaramado a su guarida, el cuerpo, que mide alrededor de veinte centímetros, rojizo y verrugoso, cuelga por la parte delantera como si fuese una narizota, los ojos están camuflados con un dibujo de estrella claro, separados por una mancha blanca, como la de mi border collie. Los perlados iris hendidos por sendas pupilas con forma de guion giran al vernos. Durante al menos un minuto, el pulpo, por lo demás, permanece inmóvil, permitiendo que sus papilas se mezan laxas en el agua, como si fuesen algas. Al cabo de

un momento se mueve. Sacando un brazo y levantándolo por encima del cuerpo, el animal introduce la punta en la cavidad braquial, como si le picara y se rascase.

David y yo estamos tan hipnotizados que ni siquiera nos damos cuenta de que Keely se ha alejado. Luego, bajo el agua, oímos su voz amortiguada: «Tengo otro. ¡Y está cazando!».

David se queda con su pulpo y yo voy a ver el de Keely, a escasos metros. Una vez más, al principio no lo veo, pero al final la imagen que mis ojos deben de estar procesando toma forma en mi cerebro. Este pulpo es mucho más pequeño que el de David, puede que sólo mida unos quince centímetros, aunque está erguido y resulta más alto que ancho. Con motas uniformes marrones y blancas, tiene el cuerpo cubierto de dentados picos de papilas, levantadas especialmente sobre los ojos, como plumas erizadas. Si alguien mostrara su imagen y su tamaño relativo en una pantalla y me preguntara de qué animal se trata, diría que era una lechuza.

Hasta que de repente, propulsado por la fuerza de su chorro, se transforma en un pulpo, que, naturalmente, parece cualquier cosa menos eso. Ante nuestros ojos, el pulpo de Keely se convierte en un pañuelo de seda, un corazón que late, un caracol que se desliza, una roca cubierta de algas. Luego se escurre por una oquedad, como agua por un desagüe, y desaparece por completo.

Saco la cabeza del agua y llamo a David:

—El pulpo está cazando —grito.

—El mío también —contesta.

Keely y yo nos unimos a David y empezamos a seguir al animal, que avanza por la arena enroscando los brazos. Cuando el pulpo va a su izquierda, deja ver toda la extensión de sus brazos —es posible que mida más de 1,20 metros de envergadura—, y nosotros vislumbramos un momento dramático, definitorio en la historia personal del animal: veo que los tres brazos izquierdos delanteros terminan a medio camino. Al igual que Karma, este pulpo ha sobrevivido a un encontronazo con un depredador. La piel le está cicatrizando, pero las extremidades aún no han empezado a crecerle de nuevo. Siento una punzada de compasión y admiración. Seguro que este valiente pulpo recuerda su roce con la muerte, y sin embargo no se esconde de nosotros. Desplazándose por el fondo mientras lo seguimos de cerca, a unos treinta centímetros, no nos pierde de vista, al parecer siente la misma curiosidad por nosotros que nosotros por él. Al igual que nosotros, quiere saber: ¿Quiénes sois? Y, para este animal, por lo visto, las ganas de saber

hacen que el riesgo valga la pena. Se para, se vuelve y me toca el guante de neopreno con su tercer brazo derecho, que tiene intacto.

Las ventosas le llegan hasta la punta. Es una hembra, un pulpo pirata intrépido, con patas de palo, una aventurera audaz, como Kali.

Formamos un pequeño banco de especies mixtas, que sigue por el fondo a su líder, un pulpo. Nos observa mientras avanzamos con ella. De pronto tres largas hileras de puntos claros afloran a sus brazos, mientras que el color de fondo pasa del rojo a un marrón oscuro. Luego, de golpe y porrazo, se vuelve blanca, un comportamiento que Jennifer ha visto utilizar para asustar a una presa y hacer que se ponga en movimiento. Sin embargo, no vemos ningún cangrejo o pez. El cambio de color iba destinado a nosotros. Puede que esté realizando su propio test de personalidad, el equivalente a cuando nosotros tocamos a los sujetos de estudio con un lápiz para ver qué hacen. Pero no hacemos nada; seguimos observando. Espero que no se lleve un chasco con nuestra reacción.

A continuación, alisa la piel, adopta un tono pardo y se aleja. Nosotros movemos los pies para seguirle el ritmo. Unos metros más allá, se posa en el fondo, se pone de color marrón chocolate, vuelve a levantar las papilas y avanza tranquilamente una vez más. Es como si, al igual que el pulpo de Keith en su inmersión y el de Matthew en Octopolis, nos estuviese enseñando su vecindario, un recorrido misterioso y mágico, en el que nuestra guía cambia de forma y exhibe colores psicodélicos. Incluso hace que le aparezcan dos ojos más. En un momento de nuestro recorrido, de pronto hace gala de dos ocelos —del latín *oculus*— uno a cada lado del cuerpo, dos anillos azules de unos seis centímetros de diámetro. Indican a un depredador que lo han visto, desviando la atención de los verdaderos ojos y haciendo que su propietario parezca mayor, y es posible que también tengan otros significados. En otro momento posa para la cámara subacuática de David sobre escombros coralinos, introduciendo los brazos en sus orificios, tanteando en busca de presas. Mira adelante todo el tiempo, como el que se busca las llaves en el bolsillo.

Perdimos la noción del tiempo mientras nadábamos con el pulpo en la cálida agua; pudimos estar juntos cinco minutos o una hora. Después calculamos que el encuentro duró casi media hora. Al cabo de un rato, David sacó la cabeza del agua y sugirió que nos marcháramos, para que nuestra presencia no interfiriese más con su caza.

Por lo visto nuestro encuentro con ella trajo suerte a nuestro estudio. En los dos días que siguieron, dimos con tres pulpos nuevos en aquel sitio. Al

final, el equipo encontró 18 pulpos en cinco lugares distintos, recolectó 244 conchas y caparazones de presas de pulpos, catalogó 106 alimentos junto a guaridas de pulpos activos e identificó 41 especies distintas de presas. Nuestro estudio proporcionó suficientes datos para que Jennifer, David y Tatiana pasaran meses analizándolos encantados.

Pero para mí el mayor regalo de la expedición fue poder nadar con la hembra de brazos dañados. David confirmó la suerte que habíamos tenido. «Fue, sin lugar a dudas, el mejor encuentro de mi vida con un pulpo», aseguró, todo un elogio de un hombre que lleva diecinueve años estudiando pulpos en libertad y en cautividad.

Nadar con un pulpo en su hábitat fue un sueño hecho realidad, pero la experiencia que más atesoraría me esperaba en el acuario, con Octavia, a finales de abril, cuando su vida tocaba a su fin.

Ya en el barril, Octavia parecía muy tranquila. No hizo ningún movimiento que apuntara a que buscaba sus huevos. No mascó la malla. Y Karma estaba encantada con su nuevo espacio. En un principio se mostró tímida: se negó a salir del barril hasta que Bill la sacó por un brazo. Pero una vez fuera, se puso a explorar casi en el acto, volviéndose roja por el nerviosismo y desplegando su cuerpo en su nuevo hogar, más amplio, como un estandarte al viento.

Bill tomó la decisión acertada. Aunque durante muchos meses la constante atención que Octavia dispensaba a sus huevos fue un ritual intenso y lleno de sentido, en un momento dado posiblemente esos cuidados dejaran de llenarla. Un pulpo en libertad que cuida de huevos fertilizados sin duda se verá recompensado, como las aves en el nido, por las señales que indican que esos huevos tienen vida, que los embriones crecen. Las madres pájaro y sus crías gorjean y pían entre sí cuando las crías aún están en el huevo; la madre pulpo puede ver cómo se desarrollan los retoños en los huevos, empezando por los ojos oscuros, y notar que se mueven. Pero Octavia no tenía esa respuesta. Quizá el mero hecho de ver los huevos la llevara a intentar protegerlos, igual que una madre orangután seguirá cargando e incluso acicalando a una cría muerta, a menudo durante muchos días, y algunos perros se niegan a separarse del cuerpo de un ser querido que ha fallecido. Tal vez ahora que ya no veía los huevos, Octavia se sintiera liberada de unas obligaciones que quizá intuyera que eran inútiles, pero que se veía forzada a cumplir. Tal vez ahora, por fin, pudiera descansar.

Sacar a Octavia de su tanque de exhibición también hizo posible que el resto de nosotros recibiera un regalo imprevisto. Cuando puso los huevos, en junio, dimos por sentado que no podríamos volver a tocarla. Protegería los huevos hasta el final, pensamos, y no volvería a mostrar ningún interés hacia nosotros. Quizá ahora consintiera en tocarnos otra vez, dándonos la oportunidad de vivir una agridulce despedida.

Cuando Wilson y yo llegamos al acuario el miércoles siguiente, supimos que Octavia no se había movido mucho desde el traslado. Sobre todo, descansaba en una parte del barril, tapándose el hinchado ojo izquierdo con dos de sus brazos. Hacía ya semanas que cada vez tenía menos apetito, aunque Bill la había estado tentando con exquisiteces especiales: el viernes disfrutó de un cangrejo vivo, al que retiraron las pinzas para que no pudiera hacerle daño, y el domingo comió gambas, pero el lunes y el martes, nada.

Por primera vez temí ver a mi vieja amiga. Durante todos esos meses la había visto únicamente a través de un cristal, con una luz tenue. Ahora, por primera vez en casi un año, la iba a ver nuevamente de cerca, sin que hubiera un cristal de por medio. Tenía miedo de lo que podía encontrarme. No quería verle los ojos nublados e hinchados. No quería verle la piel desvaída y fina. No quería verla débil, desorientada o disgustada.

Sin embargo, deseaba estar con ella. No nos tocábamos desde que puso los huevos, en junio del año anterior. Y yo no sabía si, cuando la observaba, ocupándose de sus huevos, desde el lado del tanque por el que la veían los visitantes, ella miraba por el cristal y veía en mí a la persona que le había dado de comer y la había acariciado cuando ella miraba a través de la rizada superficie del agua, hacía tantos meses.

Mientras Christa y Brendan miraban desde un poco más atrás, Wilson y yo desenroscamos la tapa del barril. Octavia estaba aovillada y tranquila, de color granate pardusco, en el fondo, con el ojo izquierdo, hinchado, mirando hacia el lado opuesto a nosotros. Por suerte, el derecho ahora parecía normal, la pupila grande y alerta. Wilson sostenía en la mano derecha un calamar, que movió por el agua, ofreciendo a Octavia su sabor y su olor. A los veinte segundos, se puso boca abajo y subió un tanto, a unas tres cuartas partes de la superficie, mostrándonos sus ventosas blancas, como de encaje. Wilson metió la mano en la fría agua para depositar el calamar en las ventosas de mayor tamaño cercanas a la boca. Ella lo cogió. Yo también metí la mano, ambos ofreciéndole nuestra piel para que la probara. ¿Nos aceptaría de nuevo? ¿Se acordaría?

Octavia subió unos centímetros más en el agua y cientos de sus ventosas se asomaron a la superficie. Cogió con suavidad el dorso de la mano de Wilson, primero con sólo unas pocas ventosas, luego con más. Y después, lenta pero deliberadamente, sacó un brazo del agua, enredándolo en su mano, su muñeca, y a continuación el brazo de al lado, subiendo y desplegándose como una ola de un color vino oscuro, las ventosas afianzándose a su mano, su muñeca, su antebrazo.

—¡Te conoce! —exclamó Christa—. Se acuerda de ti, Wilson.

Acto seguido, aún rodeando a Wilson con dos brazos, me hizo lo mismo a mí: primero con uno de sus brazos en mi brazo derecho, luego, con dos brazos en el izquierdo. Su húmedo contacto en mi piel fue delicado y familiar, la succión de sus ventosas, tierna como un beso.

—Cuando me enteré de lo que pasó cuando reconoció a Bill, casi no me lo podía creer —comentó Wilson—. Ahora sí… No cabe la menor duda. Está claro que se acuerda.

Octavia permaneció en la superficie durante unos cinco minutos, abrazándonos, probándonos, recordándonos. También le tendió a Christa un brazo, habían coincidido en una ocasión.

—¿Qué sentirá? —susurré.

—Es una anciana dama —repuso Wilson con dulzura, como si esa observación fuese la respuesta. Wilson creció en una cultura tradicional que, a diferencia de la nuestra, venera a los ancianos. En su libro *The Old Way*, mi amiga Liz cuenta que cuando se les acercan los leones, los bosquimanos se dirigen a ellos respetuosamente con la palabra *n!a*, que significa «anciano», «un vocablo —apunta Liz— que también utilizan cuando hablan de los dioses». La palabra *dama* también era muy significativa, aunque rara vez se aplicaba a un pulpo: y es que, como una verdadera dama, Octavia se estaba comportando con educación y consideración, levantándose para saludar a sus amigos, aun cuando cada movimiento debía de suponerle un esfuerzo considerable.

Ninguno de nosotros dijo nada mientras nos tenía cogidos, durante cinco minutos, ¿o fueron diez? ¿Quién podía saberlo? Nos regíamos por el tiempo del pulpo. Suspendida boca abajo, Octavia nos ofreció sus blancas ventosas, que nosotros acariciamos, y entonces nos agarró la punta de los dedos. Expulsó agua con suavidad por el sifón, pero a diferencia de los chorros de agua salada helada que solía lanzar, apenas rizaron la superficie.

Tenía los brazos tan relajados que le veíamos la punta del pico, un punto negro en la intersección de sus miembros, como el centro de una flor.

—Es muy delicada —aseguró Wilson en voz baja—. Está muy tranquila.

Y entonces Wilson hizo algo que no le había visto hacer nunca: delicada, pero deliberadamente, le puso un dedo en la boca.

—Yo no haría eso, tío —advirtió Brendan, que se encontraba con nosotros el día que Kali mordió a Anna y estaba cerca cuando la arawana me mordió a mí, y me vendó la herida. Aunque Brendan es un tipo duro, que ha soportado bastante dolor físico, detesta ver sufrir a otros. Y Wilson no es de los que se exponen al peligro innecesariamente. No es como los becarios en prácticas y los voluntarios que permiten que la anguila eléctrica les dé una descarga para ver qué se siente.

—No me morderá —aseguró Wilson a Brendan. Entonces le acarició la boca a Octavia con el dedo índice, tocándola con un grado de intimidad y confianza que no ha mostrado nunca con ningún otro pulpo.

Al cabo de un momento, Octavia se fue al fondo, sin dejar de mirarnos con su ojo bueno. Qué cansada debía de estar, pensé, después de haber vivido una vida tan intensa y plena, una vida a caballo entre dos mundos. Había conocido el abrazo agreste del mar, había dominado el arte del camuflaje, había probado el sabor de nuestra piel y aprendido la forma de nuestras caras, había recordado instintivamente el modo en que sus antepasados formaban cadenas de huevos. Había ejercido de embajadora de los suyos ante decenas de miles de visitantes del acuario, logrando incluso que el asco se volviera admiración. Había vivido una odisea.

Me incliné sobre el barril y la miré sintiendo un profundo respeto y agradecimiento. Los ojos se me humedecieron, y una lágrima fue a parar al agua. Las lágrimas humanas que responden a una emoción intensa son químicamente distintas de las lágrimas producidas por agentes irritantes de los ojos; las lágrimas de alegría y pena contienen prolactina, una hormona que alcanza sus niveles más altos tanto en hombres como en mujeres durante el sexo, los sueños y el sufrimiento, y en las mujeres interviene en la producción de leche materna. Me pregunté si Octavia percibiría a qué sabían mis sentimientos. Puede que reconociera el sabor: los peces tienen prolactina, y los pulpos también.

Mientras Octavia descansaba, zonas más claras se extendieron por su piel pardusca, dibujando una suerte de red.

—Es preciosa —dijo Brendan con reverencia. Nunca la había visto tan de cerca, sólo a través del cristal de su tanque. Pero incluso ahora, cuando se acercaba al final de su vida, Octavia era preciosa y, a excepción del ojo malo, parecía sana, aunque delgada, sin manchas blancas de piel muerta.

—Es una anciana dama preciosa —confirmé.

Personas y pulpo permanecimos así, mirándonos, varios minutos más. Después, para mi sorpresa, Octavia subió de nuevo con nosotros. Al hacerlo, vimos el calamar que Wilson le había dado en el fondo del barril, lo había dejado caer. Nos habría gustado que hubiese comido, pero averiguamos una cosa más: el hambre no era el motivo de que hubiera subido antes, y tampoco lo que la atraía hacia nosotros ahora.

La razón por la que subía era más que clara. No había interactuado con nosotros, no había probado nuestra piel y no nos había visto encima del tanque desde hacía nada menos que diez meses. Estaba enferma y débil. Menos de cuatro semanas después, un sábado de mayo por la mañana, Bill la encontraría, blanquecina, delgada e inmóvil, muerta en el fondo del barril. Sin embargo, pese a todo, en ese momento supimos que Octavia no sólo nos recordó y nos reconoció, sino que quiso volver a tocarnos.

La primera vez que se llenó con agua del puerto, el terminado Tanque Gigante del Océano era de un verde vivo brillante, mágico, prometedor. Cuando clareó, como el amanecer, sus aguas centellearon con los colores y las formas de las nuevas esculturas de coral y cientos de peces nuevos. El personal tuvo la prudencia de devolver al tanque en primer lugar a los peces más pequeños, para que se hicieran con las hendiduras, consolidando territorios en los que se sintieran a salvo y seguros, antes de introducir a los peces depredadores, más grandes, que no los molestaron en ningún momento. Myrtle volvía a reinar en sus antiguos dominios. Los pingüinos volvieron a su piscina, ocupando cada uno exactamente el mismo sitio que defendía hacía once meses, e inundaron de nuevo la primera planta del acuario con sus gratos y estridentes sonidos.

La apertura al público del transformado GOT, el 1 de julio, fue gloriosa, como también lo fue la boda de Marion y Dave. La homilía profana de Scott se centró en la labor de Marion con las anacondas, lo que hizo que uno de los invitados comentase: «Desde luego ha sido la boda más original a la que he asistido en mi vida». Wilson y su familia pudieron sacar a su mujer del piso en el que se encontraba para que asistiera, en su silla de ruedas, a una fiesta de Sophie, su nieta. La mujer reconoció a todo el mundo y dio la impresión de que disfrutaba del acontecimiento. Cuando terminó el verano, de las cincuenta personas a las que entrevistaron para ocupar el único puesto fijo en el departamento pedagógico del acuario, la elegida resultó ser Christa.

Cuatrocientas treinta mil personas acudieron a visitar el Acuario de Nueva Inglaterra durante los meses de julio y agosto, el mayor número de visitantes en los cuarenta y cuatro años de vida de la institución.

Un miércoles de septiembre, cuando llego al tanque del pulpo, veo que Karma está entreteniendo a un grupo de personas, desplazándose con energía por la parte delantera de su tanque con sus grandes ventosas blancas, observando a la gente con un ojo de pupila rayada. «Ooooh, un pulpo», exclama una niña pequeña con tres coletitas rubias atadas con sendos lazos rosas. «¡Hala!, qué guay», observa un adolescente con una cazadora de cuero. «Clase, venid a ver esto —pide la acompañante de una excursión escolar a los alumnos que están a su cargo—. El pulpo ha salido».

Corro arriba para unirme a Wilson, y abrimos la tapa de su tanque. Karma, de un rojo vivo, sube a saludarnos y se pone boca abajo. Vemos los destellos de las cámaras abajo cuando le damos un capelán tras otro, seis en total, que ella acepta con avidez. Vemos que tiene todo el pescado en el centro de sus brazos. Pero incluso mientras come, se muestra con ganas de jugar con nosotros. Sus brazos salen del agua para cogernos, succionando con tanta intensidad que nos deja chupetones en los antebrazos y el dorso de las manos.

¿De verdad se ha comido los seis capelanes? Bajamos para ver si se le ha caído alguno.

—¿Eran ustedes los que estaban con el pulpo? —pregunta un niño, como si nos acabaran de ver cenando con el presidente. Asentimos, henchidos de orgullo.

—¿El pulpo los conoce? —quiere saber, con incredulidad, un señor de mediana edad con bigote.

Naturalmente, contestamos. Quizá igual de bien, o mejor, que nosotros a ella.

Sin embargo, aún tengo muchas preguntas. ¿Qué se le pasa por la cabeza —o por el grueso de neuronas de sus brazos— a Karma cuando nos ve? ¿Laten más deprisa sus tres corazones cuando ve a Bill, a Wilson, a Christa, a Anna o a mí? ¿Se pondría triste si desapareciéramos? ¿Qué siente un pulpo cuando está triste o, ya puestos, cualquier otro ser? ¿Qué experimenta Karma cuando introduce su enorme cuerpo por una hendidura minúscula de su guarida? ¿A qué le sabe el capelán en la piel?

Estas cosas no las puedo saber, claro está, y tampoco puedo saber exactamente lo que yo significo para ella. Pero sí sé lo que ella —y Octavia y Kali— significa para mí. Estos pulpos me han cambiado la vida para siempre. Los he querido y los querré siempre, porque me han hecho un regalo increíble: una comprensión más profunda de lo que es pensar, sentir y saber.

AGRADECIMIENTOS

Estoy sumamente agradecida a todos, vertebrados e invertebrados, los que se mencionan en estas páginas, y a otros muchos que no.

Sin excepción, todos y cada uno de los voluntarios y miembros del personal que he conocido en el Acuario de Nueva Inglaterra están extraordinariamente bien informados y son tremendamente serviciales, y me recibieron con los brazos abiertos para que pudiera estudiar todos los aspectos de la institución. Anita Metzler me enseñó las langostas que investiga (cada una con su personalidad). Jamie Mathison me presentó a las focas y los leones marinos del acuario, e hizo que Amelia, la foca común, me diera un beso en la boca y Córdova, el oso marino ártico, me besara en la nariz. John Reardon, ingeniero de mantenimiento, me hizo un recorrido por el sótano, el corazón del acuario, con su zumbido característico y sus enormes tanques de almacenamiento, sus bombas y sus filtros. Éstas y muchas otras escenas no han llegado a formar parte del libro, pero las recordaré siempre, como también recordaré siempre la amabilidad de quienes las hicieron posibles.

De la misma manera, jamás olvidaré mi visita al laboratorio de pulpos de Middlebury College, en Vermont, y sus once pulpos de dos manchas de California, en particular la sociable y vivaz hembra, el Pulpo I. Muchas gracias al director de neurociencia Tom Root, a la directora de investigación animal Vicki Major, a la ayudante de cuidador de animales Carolyn Clarkson y a los demás cuidadores e investigadores que nos acogieron a mí y a mis amigos del Acuario de Nueva Inglaterra durante el día que pasamos visitando dichas instalaciones.

Varias expediciones a lugares más lejanos, una sobre el agua y dos bajo ella, fueron de vital importancia para este libro. Mis dos viajes de documentación al Acuario de Seattle, para asistir al simposio sobre pulpos y a la «Cita a ciegas de pulpos», resultaron especialmente informativos y significativos gracias a la amabilidad del difunto Roland Anderson. Mi más sincero agradecimiento al personal de United Divers y a Barb Sylvestre, de Aquatic Specialties, por introducirme en el mundo del submarinismo. Gracias a la extraordinaria instructora de buceo Doris Morrissette por incluirme en el viaje a Cozumel, México, donde vi a mis primeros pulpos en libertad. Gracias, asimismo, a los demás integrantes de nuestro unido grupo: Rob Sylvestre, Walter Hooker, Mary Ann Johnston, Mike Beresford y Janice y

Ray Nadeau, así como al servicial y profesional equipo del Scuba Club Cozumel. Por su investigación pionera, su generosidad y su eterna amistad, doy las gracias a Jennifer Mather, que organizó y dirigió la expedición de investigación para estudiar la personalidad de los pulpos a Moorea, en la Polinesia Francesa, con los también investigadores David Scheel, Tatiana Leite y Keely Langford, cuya amistad atesoraré siempre.

Además, gracias especialmente a:

El editor de *Orion* (y estupendo escritor) Andrew Blechman por animarme a que escribiese mi primer artículo sobre pulpos en su excelente revista.

El biólogo evolutivo Gary Galbreath, mi principal asesor científico y héroe, profesor de talento, respetado investigador sobre el terreno y amigo de todos los animales.

Jody Simpson, por escuchar cómo se iba desarrollando este libro a lo largo de tres años y muchos cientos de largos paseos por el bosque con nuestros perros, Sally, Pearl y May.

El erudito Mike Strzelec, aventurero empedernido que ejerció de con destreza de ayudante de documentación mientras yo escribía este libro, enviándome artículos sobre octópodos de temas tan diversos como la función de las glándulas nidamentales de los cefalópodos o el menos grato concepto japonés del «sexo con pulpos».

Amy Markus, bibliotecaria en Hancock, Nuevo Hampshire, que además fue mi ayudante mientras estaba fuera documentando este libro.

El escritor y traductor Jerry Ryan, por sus conocimientos de la rica historia del Acuario de Nueva Inglaterra.

Tianne Strombeck, por sus sensibles y reveladores retratos de Octavia, Kali y Karma; Johanna Blasi, por sus fotografías del Tanque Gigante del Océano; y Keith Ellenbogen y David Scheel, por su espléndida compañía y sus magníficas fotografías de nuestro viaje a Moorea.

El diseñador Paul Dippolito, por el elegante aspecto de este libro. Liz Thomas, por su eterno apoyo y sus sabios consejos mientras documentaba y escribía este libro y todos los libros anteriores y posteriores a éste.

Mi marido, Howard Mansfield, por su excepcional ojo crítico en la corrección, su paciencia y su bondad, y por aguantar todos los chupetones que me hicieron los pulpos.

Marion Britt, Christa Carceo, Selinda Chiquoine, Marc Dohan, Scott Dowd, Joel Glick, Jennifer Mather, Marion y Sam Magill-Dohan, Robert Matz, Wilson Menashi, Bill Murphy, Andrew Murphy, Judit y Robert Oksner,

Jerry Price, Liz Thomas, Jody Simpson, Gretchen Vogel y Polly Watson por leer, corregir y comentar cuidadosamente el manuscrito.

Mi querida agente literaria, Sarah Jane Freymann; mi estupenda editora, Leslie Meredith, y su fantástica editora adjunta, Donna Loffredo, todas las cuales creyeron en este libro desde el principio.

BIBLIOGRAFÍA

A continuación se ofrece un listado de algunos de los libros, artículos, vídeos y páginas web que me resultaron especialmente útiles cuando me planteé escribir y documentar este libro.

LIBROS

BAILEY, Elisabeth Tova: *The Sound of a Wild Snail Eating*, Algonquin Books of Chapel Hill, Chapel Hill, 2010.

BLACKMORE, Susan: *Consciousness: A Very Short Introduction*, Oxford University Press, Oxford, 2005.

COSGROVE, James A., y Neil McDaniel: *Super Suckers: The Giant Pacific Octopus and Other Cephalopods of the Pacific Coast*, Harbour Press, Madeira Park, 2009.

COURAGE, Katherine Harmon: *Octopus! The Most Mysterious Creature in the Sea*, Penguin, Nueva York, 2013.

COUSTEAU, Jacques-Yves, y Philippe Diolé: *Octopus and Squid: The Soft Intelligence*, Doubleday, Nueva York, 1973.

DAMÁSIO, António: *La sensación de lo que ocurre: Cuerpo y emoción en la construcción de la conciencia*, Destino, Barcelona, 2001.

DENNETT, Daniel C.: *Tipos de mentes: hacia una comprensión de la conciencia*, Debate, Madrid, 2000.

DUNLOP, Colin, y Nancy King: *Cephalopods: Octopuses and Cuttlefishes for the Home Aquarium*, TFH Publications, Neptune City, 2009.

ELLIS, Richard: *The Search for the Giant Squid: The Biology and Mythology of the World’s Most Elusive Sea Creature*, Penguin, Nueva York, 1999.

FORTEY, Richard: *Horseshoe Crabs and Velvet Worms: The Story of the Animals and Plants That Time Has Left Behind*, Knopf, Nueva York, 2012.

FOULKES, David: *Children’s Dreaming and the Development of Consciousness*, Harvard University Press, Cambridge, 1999.

GIBSON, James William: *A Reenchanted World: The Quest for a New Kinship with Nature*, Holt, Nueva York, 2009.

GÓMEZ, Luis: *Pictorial Guide to Common Fish in the Mexican Caribbean*,Editora Fotográfica Marina Kukulcan S.A. de C.V., Cancún, 2012.

GRANT, John, y Ray Jones: *Window to the Sea*, Globe Pequot Press, Guilford, 2006.

GREGG, Justin: *Are Dolphins Really Smart? The Mammal Behind the Myth*, Oxford University Press, Oxford, 2013.

HALL, James A.: *Jungian Dream Interpretation*, Inner City Books, Toronto, 1983.

HUMANN, Paul, y Ned Deloach: *Reef Creature Identification: Florida Caribbean Bahamas*, New World Publications, Jacksonville, 2002.

—: *Reef Coral Identification: Florida Caribbean Bahamas*, New World Publications, Jacksonville, 2011.

JAYNES, Julian: *El origen de la conciencia en la ruptura de la mente bicameral*, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 2009.

KEENAN, Julian Paul: *The Face in the Mirror: The Search for Origins of Consciousness*, Harper Collins Ecco, Nueva York, 2003.

LANE, Frank: *Kingdom of the Octopus*, Pyramid Publications, Nueva York, 1962.

LEWBEL, George S., y Larry R. Martin: *Diving and Snorkeling Cozumel*, Lonely Planet Publications, St. Footscray, 2006.

LINDEN, Eugene: *The Octopus and the Orangutan*, Dutton, Nueva York, 2002.

MATHER, Jennifer, Roland C. Anderson y James B. Wood: *Octopus: The Ocean's Intelligent Invertebrate*, Timber Press, Portland, 2010.

MATHER, J. A.: «Cephalopod Displays: From Concealment to Communication», *Evolution of Communication Systems*. D. Kimbrough Oller y Ulrike Griebel (eds.), MIT Press, Cambridge, 2004.

MORELL, Virginia: *Animal Wise: The Thoughts and Emotions of Our Fellow Creatures*, Crown, Nueva York, 2013.

MOYNIHAN, Martin: *Communication and Noncommunication by Cephalopods*, Indiana University Press, Bloomington, 1985.

PAUST, Brian C.: *Fishing for Octopus: A Guide for Commercial Fishermen*, Sea Grant/University of Alaska, Fairbanks, 2000.

PRAGER, Ellen: *Sex, Drugs, and Sea Slime: The Oceans' Oddest Creatures and Why They Matter*, University of Chicago Press, Chicago, 2012.

RYAN, Jerry: *A History of the New England Aquarium 1957-2004*, publicado por el autor en distribución limitada, Boston, 2011.

—: *The Forgotten Aquariums of Boston*, 2.ª edición revisada, Finley Aquatic Books, Pascoag, 2002.

SEGALOFF, Nat, y Paul Erickson: *A Reef Comes to Life: Creating an Undersea Exhibit*, Franklin Watts, Boston, 1991.

SHUBIN, Neil: *Tu pez interior: 3.500 millones de años de historia del cuerpo humano*, Capitán Swing, Madrid, 2015.

SIERS, James: *Moorea*, Millwood Press, Wellington, 1974.

WILLIAMS, Wendy: *Kraken: The Curious, Exciting, and Slightly Disturbing Science of Squid*, Abrams Image, Nueva York, 2011.

ARTÍCULOS CIENTÍFICOS

ANDERSON, Roland C., Jennifer Mather, Mathieu Q. Monette y Stephanie R. M. Zimsen: «Octopuses *(Enteroctopus Doflenini)* Recognize Individual Humans», *Journal of Applied Animal Welfare Science*, 13 (2010), pp. 261-272.

BOAL, Jean Geary, Andrew W. Dunham, Kevin T. Williams y Roger T. Hanlon: «Experimental Evidence for Spatial Learning in Octopuses *(Octopus Biomaculoides)*», *Journal of Comparative Psychology*, 114 (2000), pp. 246-252.

BREMBS, B.: «Towards a Scientific Concept of Free Will as a Biological Trait. Spontaneous Actions and Decision-Making in Invertebrates», *Proceedings of the Royal Society of Biological Sciences*, 278 (170) (2011), pp. 930-939.

BYRNE, Ruth, Michael J. Kuba, Daniela V. Meisel, Ulrike Griebel y Jennifer Mather: «Does *Octopus Vulgaris* Have Preferred Arms?», *Journal of Comparative Psychology*, 120 (3) (2006), pp. 198-204.

GODFREY-SMITH, Peter, y Matthew Lawrence: «Long-Term High-Density Occupation of a Site by *Octopus Tetricus* and Possible Site Modification Due to Foraging Behavior», *Marine Freshwater Behavior and Physiology*, 45 (4) (2012), pp. 261-268.

HOCHNER, Binyamin, Tal Shomrat y Graziano Fiorito: «The Octopus: A Model for a Comparative Analysis of the Evolution of Learning and Memory Mechanisms», *The Biological Bulletin*, 210 (3) (2006), pp. 308-317.

LEITE, T. S., M. Haimovici, W. Molina y K. Warnke: «Morphological and Genetic Description of *Octopus Insularis*, a New Cryptic Species of the *Octopus Vulgaris* Complex from the Tropical Southwestern Atlantic», *Journal of Molluscan Studies*, 74 (1) (2008), pp. 63-74.

LUCERNO, M., H. Farrington y W. Gilly: «Quantification of L-Dopa and Dopamine in Squid Ink: Implications for Chemoreception», *The Biological Bulletin*, 187 (1) (1994), pp. 55-63.

MATHER, Jennifer A., Tatiana Leite y Allan T. Batista: «Individual Prey Choices of Octopus: Are They Generalists or Specialists?», *Current Zoology*, 58 (4) (2012), pp. 597-603.

MATHER, Jennifer A., «Cephalopod Consciousness: Behavioral Evidence», *Consciousness and Cognition*, 17 (1) (2008), pp. 37-48.

MATHER, Jennifer A., y Roland C. Anderson: «Ethics and Invertebrates: a Cephalopod Perspective», *Diseases of Aquatic Organisms*, 75 (2007), pp. 119-129.

MATHER, Jennifer A., y R. C. Anderson: «Exploration, Play and Habituation in *Octopus Dofleini*», *Journal of Comparative Psychology*, 113 (1999), pp. 333-338.

MATHER, Jennifer A.: «Cognition in Cephalopods», *Advances in the Study of Behavior*, 24 (1995), pp. 316-353.

—: «“Home” Choice and Modification by Juvenile *Octopus Vulgaris*: Specialized Intelligence and Tool Use?», *Journal of Zoology*, 233 (1994), pp. 359-368.

MÄTHGER, Lydia M., Steven B. Roberts y Roger T. Hanlon: «Evidence for Distributed Light Sensing in the Skin of Cuttlefish, *Sepia Officinalis*», *Biology Letters*, 6 (2011), pp. 600-603.

NAIR, J. Rajasekharan, Devika Pillai, Sophia Joseph, P. Gomathi, Priya V. Senan y P. M. Sherief: «Cephalopod Research and Bioactive Substances», *Indian Journal of Geo-Marine Sciences*, 40 (1) (2011), pp. 13-27.

TOUSSAINT, R. K., David Scheel, G. K. Sage y S. L. Talbot: «Nuclear and Mitochondrial Markers Reveal Evidence for Genetically Segregated Cryptic Speciation in Giant Pacific Octopuses from Prince William Sound, Alaska», *Conservation Genetics*, 3 (6) (2012), pp. 1483-1497.

VÍDEOS E IMÁGENES EN INTERNET

Los sitios web cambian a menudo; cuando documentaba el libro utilicé éstos:

Bill Murphy, del Acuario de Nueva Inglaterra, interactúa con su difunto amigo George, un pulpo gigante del Pacífico: http://www.youtube.com/watch?v=_6DWQZkgiaU

Un pulpo toma forma en un pedazo de alga y después se aleja: http://www.youtube.com/watch?v=ckP8msIgMYE

La primera de la excelente serie de charlas de Roger Hanlon sobre el camuflaje y las señales en los cefalópodos. Para ver el resto, se pueden seguir los enlaces: http://www.youtube.com/watch?v=oDvvVOlyaLI

Un submarinista se quedó helado cuando un pulpo le quitó de las manos su nueva cámara de vídeo y salió disparado con su trofeo; durante todo este tiempo, la cámara siguió grabando: http://www.youtube.com/watch?v=x5DyBkYKqnM

El Colega, un pulpo gigante del Pacífico que vivió durante un breve espacio de tiempo en el Shaw Ocean Discovery Centre, es devuelto al océano: http://www.youtube.com/watch?v=V57Dfn_F69c

Cuando los tiburones empezaron a aparecer muertos en el gran tanque del Acuario de Seattle, se descubrió que el culpable era el pulpo: http://www.youtube.com/watch?v=urkC8pLMbh4

Adiestrando a un lumpo en el Acuario de Nueva Inglaterra: http://www.youtube.com/watch?v=7j9S0vBHpUw

Un pulpo rayado camina de puntillas por el fondo del mar cargando con media cáscara de coco a modo de armadura portátil: https://news.nationalgeographic.com/news/2009/12/photogalleries/091214-octopus-carrying-coconuts-pictures/index.html

En una cala de West Seattle, un pulpo gigante del Pacífico cuida con ternura sus 50.000 huevos mientras eclosionan durante la última semana de su vida: http://www.huffingtonpost.com/2011/06/23/giant-pacific-octopus-bab_n_883384.html

AUDIO

El equipo de *Living on Earth* visita a Octavia en el Acuario de Nueva Inglaterra: http://www.youtube.com/watch?v=7j9S0vBHpUw

OTRAS FUENTES EN INTERNET

Página web del Acuario de Nueva Inglaterra, con información para los visitantes, vídeos, noticias y programas especiales: www.neaq.org

Página web del Acuario de Seattle, que incluirá información sobre la Semana del Pulpo y el simposio sobre pulpos semestral: www.seattleaquarium.org

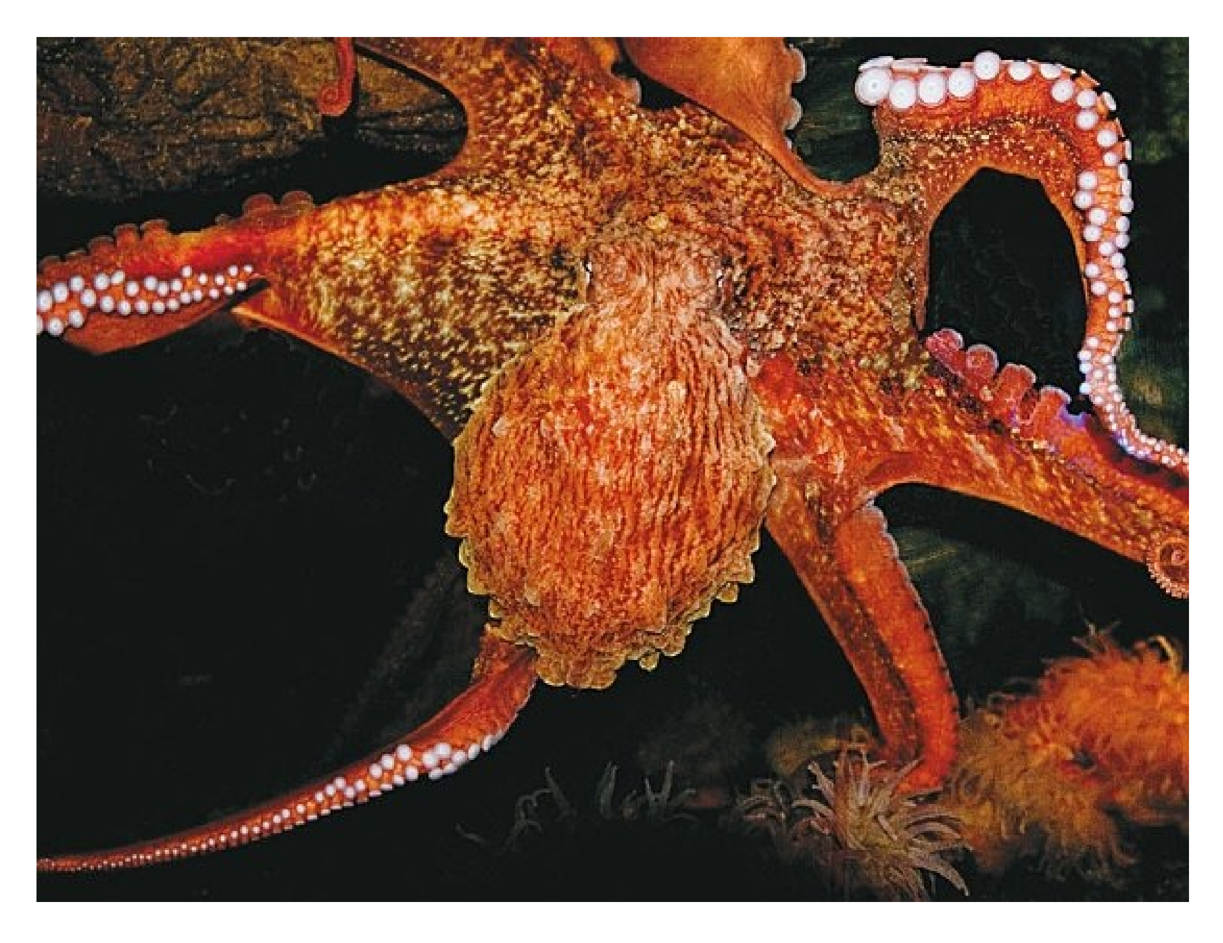
La revista *The Octopus News Magazine Online*: noticias sobre pulpos, nautilos, calamares, sepias y fósiles de cefalópodos: www.tonmo.com

El fascinante blog del filósofo y submarinista Peter Godfrey-Smith sobre la evolución, el cuerpo, el cerebro de los cefalópodos y el mar, incluida una sección especial sobre Octopolis: www.giantcuttlefish.com

Los excelentes, exhaustivos artículos y vídeo sobre cefalópodos del doctorando en medicina y psicología Mike Lisieski, incidiendo especialmente en la inteligencia y el camuflaje: www.southernfriedscience.com/

El ingenioso y dinámico blog sobre pulpos de Katherine Harmon Courage, escritora y colaboradora de la revista de divulgación *Scientific American*: http://blogs.scientificamerican.com/octopus-chronicles/

LÁMINAS



Karma se abre como un pañuelo de seda en el agua de su tanque. El color rojo es prueba de su nerviosismo. (© TIANNE STROMBECK)



Aunque Karma siempre fue cuidadosa con nosotros, sus 1.600 ventosas eran capaces de ejercer una fuerza tremenda. Un científico calculó que las ventosas del pulpo común, mucho más pequeño, podían ejercer una fuerza de un cuarto de tonelada (© TIANNE STROMBECK)



Octavia saca los brazos del tanque para abrazar a Anna. (FOTOGRAFÍA CORTESÍA DE LA FAMILIA MAGILL-DOHAN)



Karma besa el dedo de Wilson. Cada ventosa tiene un sentido del gusto exquisito, y es capaz de crear un agarre de pinza tan excepcional que el animal puede desatar nudos. (© TIANNE STROMBECK)



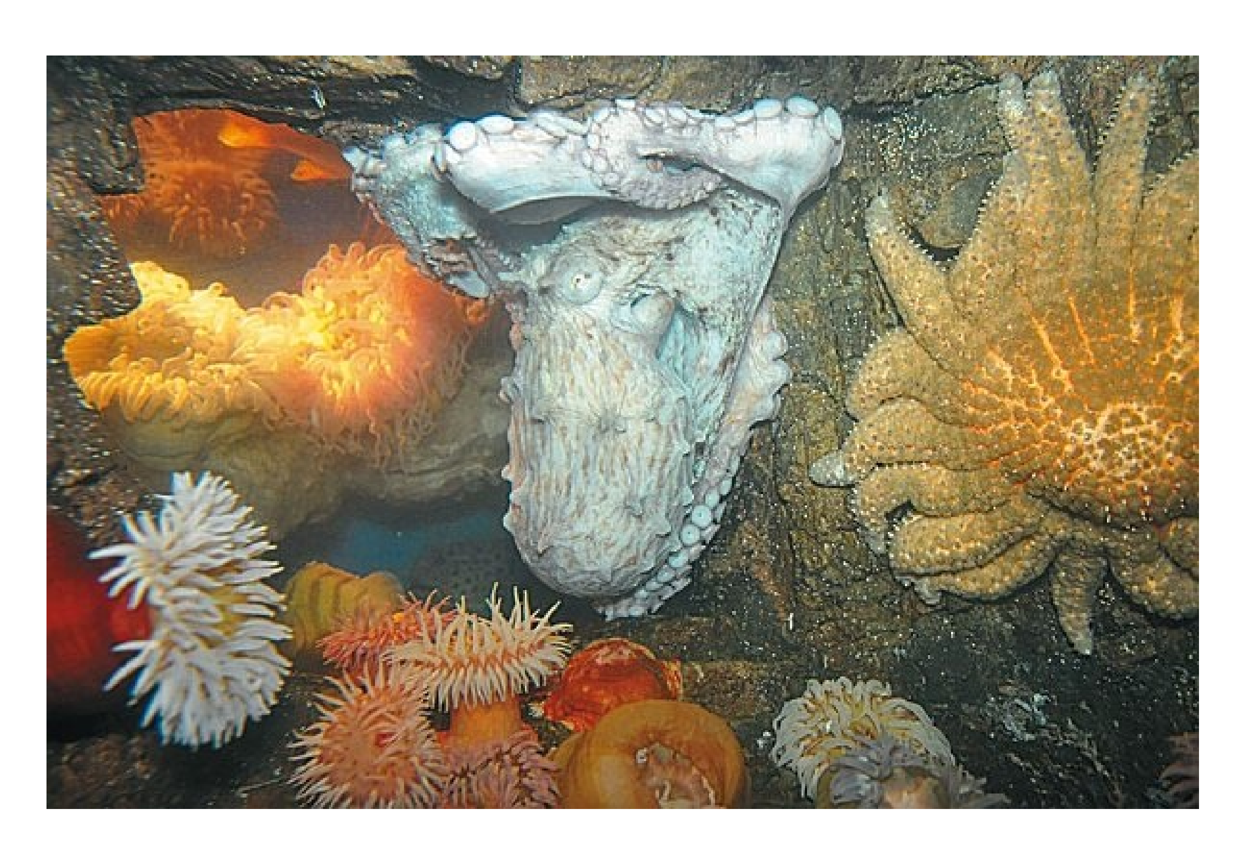
Myrtle, la tortuga verde marina, es la reina indiscutible del Tanque Gigante del Océano. Hasta los tiburones (incluido el cabeza de pala, que se ve detrás) la respetan. (© JOHANNA BLASI)



Banco de roncos en el renovado Tanque Gigante del Océano. (© JOHANNA BLASI)



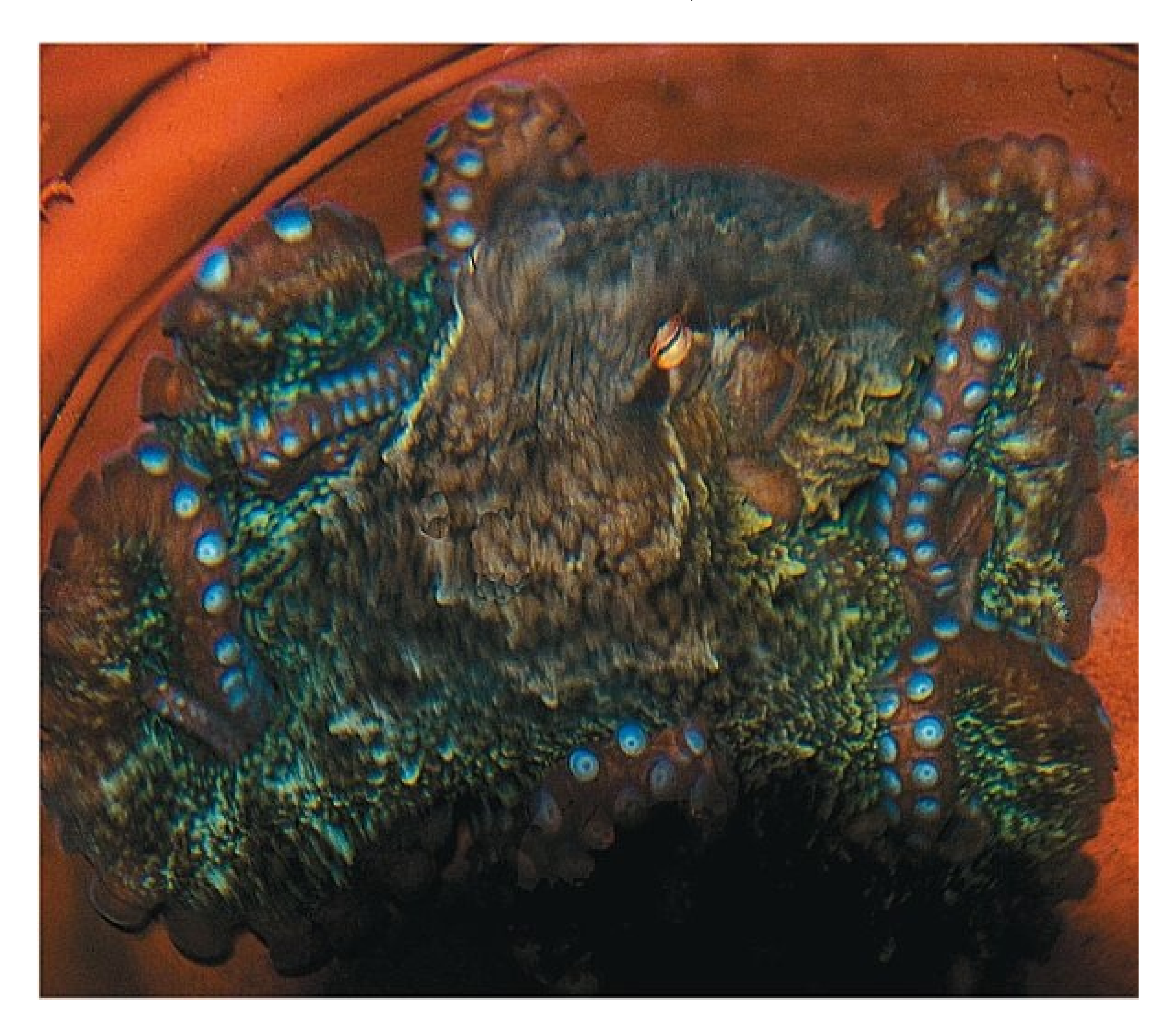
El pulpo tiene la boca en las axilas. Por lo general, los pulpos asen a su presa con las ventosas, y a continuación se la van pasando de ventosa en ventosa, como si se tratara de una cinta transportadora, hasta llegar a la boca. En esta imagen, Karma disfruta de un pescado. (© TIANNE STROMBECK)



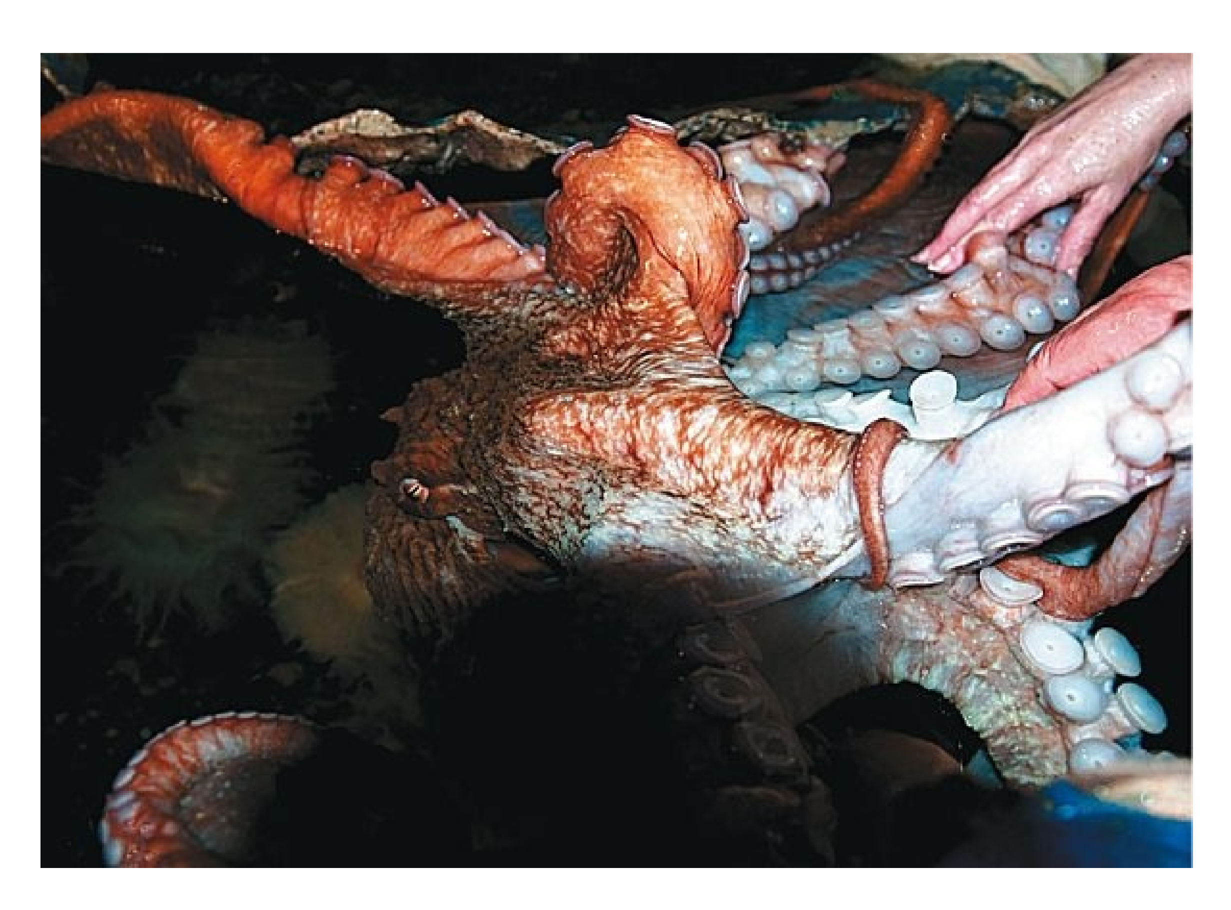
Karma, blanca y tranquila, en su hogar, el tanque de más de dos mil litros de agua. A su derecha está la estrella girasol macho, que muchos confunden con un pulpo. (© TIANNE STROMBECK)



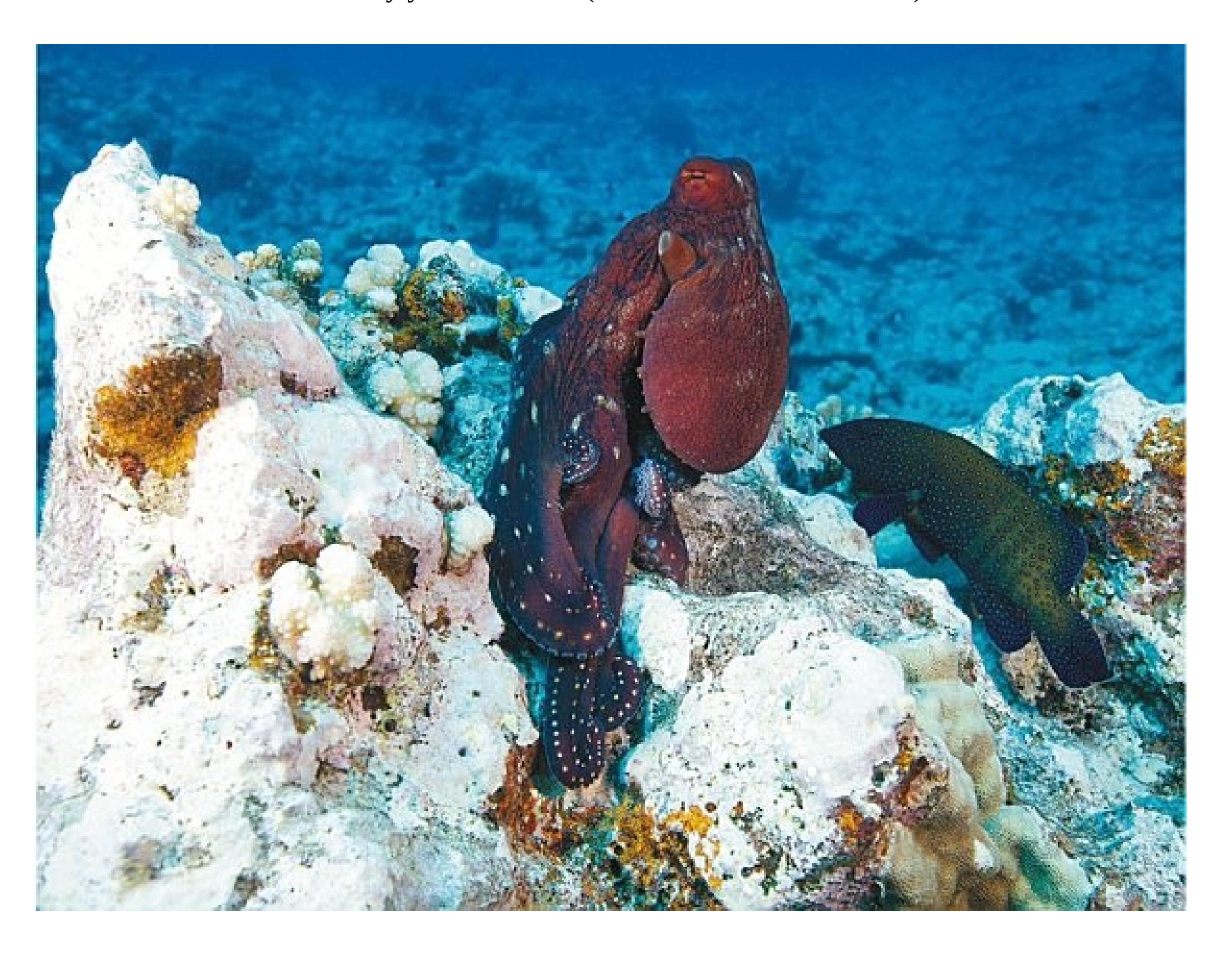
Una raya de espina se desliza como si fuese una alfombra voladora. Parientes aplanados de los tiburones, varias especies de rayas comparten el Tanque Gigante del Océano con los peces ángel gris, el pargo de cola amarilla y el pez loro que se ven aquí y con otras más de cien especies distintas. (© JOHANNA BLASI)



Kali, que tomó su apropiado nombre de la diosa hindú de la creación y la destrucción, nos mira con aire travieso desde su barril. (© TIANNE STROMBECK)



Wilson y yo con Karma. (© TIANNE STROMBECK)



Los pulpos sienten curiosidad por sus vecinos. En Moorea, Keith vio a un pulpo que miraba a este mero con evidente interés. (© KEITH ELLENBOGEN)



En Moorea, un pulpo (izquierda) cogió sitio para poder ver mejor a Keith mientras sacaba fotografías. El otro pulpo se encuentra en la parte inferior derecha. (© KEITH ELLENBOGEN)



La autora nadando con un pulpo en libertad en Moorea. Aunque un depredador le había arrancado una parte de varios brazos, la hembra que se ve en primer plano era extraordinariamente curiosa y osada. (© DAVID SCHEEL)



Octavia abraza sus huevos, las masas de color claro que cuelgan como racimos de uvas y le asoman entre los brazos en la parte superior izquierda. Lo que algunos visitantes podrían confundir con dos

párpados cerrados en realidad es la pupila horizontal. (© TIANNE STROMBECK)

Notas

[1] Por las siglas de su nombre en inglés, Giant Ocean Tank. *(N. de la t.)*. **<<**